ANT
XIX
58

ANGEL PITOU.

ANGEL PITOU.

13 cuos.
R.43.544

ANGEL PITOU.

BIBLIOTECA · Granada · DE ANDALUCIA

POR

ALEJANDRO DUMAS.

TOMO IV.

SEVILLA: 1851.
Imprenta de Gomez Oro, editor, calle de la Muela núm. 7.

I.

Lo que pensaba la reina en la noche del 14 al 15 de julio de 1789.

No podremos decir cuánto tiempo duró esta conferencia que debió ser larga, pues eran ya las once cuando se abrió la puerta del gabinete de la reina apareciendo Andrea, casi de rodillas, y besando la mano de Maria Antonieta.

Despues, la jóven enjugó sus ojos enrojecidos por las lagrimas, mientras que la reina, á su vez, entraba en su habitacion.

Andrea, como si quisiera huir de sí misma, se alejó rápidamente.

Quedóse sola la reina, y cuando una de sus doncellas entró para ayudarla á desnudar, la encontró demudada y paseándose agitadamente por su cuarto.

María Antonieta la hizo con la mano una seña que significaba: dejadme en paz.

La doncella se retiró sin decir una palabra.

Habia ya dicho antes que nadie entrase en su cuarto á menos que no llegasen noticias importantes de Paris.

Andrea no volvió á presentarse.

En cuanto al rey, despues de haber conversado largo rato con Mr. de la Rochefoucault, que trató de hacerle comprender la diferencia que exista entre un motin y una revolucion, dijo que se encontraba muy fatigado, se acostó y se durmuó tan tranquilamente como si hubiese estado de caza.

La reina escribió algunas cartas, pasó á la habitacion que se hallaba próxima á la suya, donde dormian sus dos hijos al cuidado de Mme. Tourzel, y se acostó, no para dormir como el rey, sino para reflexionar.

Pero bien pronto, y en cuanto el silencio enmudeció á Versalles, cuando el inmenso palacio quedó envuelto en sombra, cuando

solo se oian en los jardines los pasos de las patrullas sobre la arena, y en los interminables corredores las culatas de los fusiles que apoyaban los centinelas con precaucion sobre el pavimiento de mármol, Maria Antonieta, cansada del reposo, esperimentando necesidad de respirar el aire libre, se arrojó de su cama, se puso unas chinelas de terciopelo, y envolviéndose en un largo peinador blanco se asomó á la ventana para aspirar el ambiente que subia de las cascadas y á coger al paso esos consejos que formula el viento de la noche en las frentes abrasadas y en los corazones oprimidos.

Entonces recorrió en su imaginacion todos los acontecimientos imprevistos en que tan fecundo habia sido el dia que acababa de pasar.

La caida de la Bastilla, de ese emblema visible del poder real, la incertidumbre de Charny, de ese amigo leal, esclavo apasionado que hacia tantos años que sufria su yugo, y que no habiendo nunca suspirado mas que amor, parecia por la vez primera suspirar dolor y remordimientos.

Con ese hábito de sintesis que dá á los espíritus elevados el conocimiento de los hombres y de las cosas, Maria Antonieta dividió en dos secciones sus dolores, en cuyas sec-

ciones colocó, en una de ellas la desgracia política y en otra el malestar del corazon.

La desgracia política era aquella desastrosa noticia, que habiendo salido de París á las tres de la tarde, iba á esparcirse por todo el mundo y á minar en todos los ánimos el respeto sacrosanto con que hasta entonces habian sidos mirados los reyes.

El disgusto de su corazon era aquella sorda resistencia de Charny á la omnipotencia de su muy querida soberana. Aquello era un arrepentimiento, en que, sin dejar de ser fiel y lleno de abnegacion, el amor iba á dejar de ser ciego y podia empezar á discutir su fidelidad y su abnegacion.

Este pensamiento oprimia de una manera cruel el corazon de la muger y le llenaba de esa amarga hiel que se llama celos, acre veneno que ulcera á un mismo tiempo mil pequeñas heridas en un alma lacerada.

Con todo, el disgusto, en presencia de una *desgracia* supone una inferioridad, pensando con arreglo á la sana lógica.

Así fue que mas bien por cálculo que por conciencia, mas bien por necesidad que por instinto, María Antonieta dedicó primero sus pensamientos á los graves peligros de la situacion política.

A dónde dirigirá su vista? Odio y ambi-

cion por un lado, debilidad é indiferencia por otro, teniendo por enemigos á gentes que habiendo empezado por la calumnia concluian por los motines.

Gentes que por lo tanto no retrocedian delante de ningun obstáculo.

Por defensores á hombres que la mayor parte se habian ido acostumbrando poco á poco á pasar por todo, y que por lo tanto no sentirian la profundidad de las heridas.

Hombres que no se moverian por no hacer ruido.

Era por lo tanto preciso entregarlo todo al olvido, aparentar acordarse y no acordarse, fingir la clemencia y no perdonar.

Esto era indigno de una reina de Francia, y sobre todo era indigno de la hija de María Teresa, de aquella muger de tanto corazon.

Luchar! luchar! este era el consejo que la dictaba el orgullo real ultrajado; pero era prudente luchar? se calman los ánimos vertiendo sangre? No era terrible el nombre de la Austriaca? Y seria preciso para consagrarle, como lo habian hecho Isabel y Catalina de Médicis con el suyo, consagrarle en un bautismo de destruccion y de sangre?

Además, el resultado, si habia de creer á Charny, era muy dudoso.

Luchar y ser vencida!

Estos eran, en cuanto á la parte política, los dolores de aquella reina que en ciertos deriodos de su meditacion sentia, como se siente á una serpiente salir de las malezas en que la ha despertado nuestro pié; sentia, decimos, levantarse en medio de sus dolores de reina, la desesperacion de la muger que se cree menos amada cuando lo ha sido demasiado.

Charny habia dicho todo lo que hemos referido, no por conviccion sino por desaliento; habia, como tantos otros, bebido en la misma copa que ella, las calumnias. Charny, que por la primera vez de su vida habia hablado con tan dulces palabras de su esposa Andrea, olvidada hasta entonces por su esposo; Charny se habria acordado de que aquella muger era aun joven y siempre hermosa? Y á esta sola idea que la devoraba como la abrasadora mordedura del áspid, María Antonieta se admiraba al reconocer que la desgracia no era nada en comparacion de aquel dolor.

Porque lo que la desgracia no pudo hacer lo operó este sentimiento: la muger se agitaba furiosa en el sillon mismo en que la reina, inmóvil é indecisa, habia contemplado la desgracia cara á cara.

El destino de aquella criatura predilecta del dolor se presentó todo entero en la situacion de su alma durante aquella noche.

Cómo sustraerse á un mismo tiempo á aquella desgracia y á aquel dolor? se preguntaba á sí misma en medio de la mas cruel agonía: seria preciso resolverse, abandonando la vida de reina, á vivir en una dichosa medianía? Seria preciso volver á su verdadero Trianon, á la paz del lago y á los oscuros goces de su quinta? Seria preciso dejar al pueblo que se repartiese en trozos la monarquía, reservándose únicamente algunas humildes partículas de ella debidas á las consideraciones de unas cuantas personas fieles que se obstinarian en seguir siendo sus vasallos?

Ay! aquí era donde la serpiente de los celos laceraba mas cruelmente su corazon.

Dichosa! podria ser dichosa por ventura con la humillacion de un amor desdeñado?

Dichosa! podria ser dichosa al lado del rey, de ese esposo vulgar al que le faltaban todas los dotes necesarias para ser un héroe?

Dichosa! al lado de Mr. de Charny, que seria feliz con cualquiera otra muger, con su esposa tal vez?

Y este pensamiento atizaba en el corazon de la pobre reina todo el fuego que abrasó

el corazon de Dido mas bien que las llamas de su hoguera.

En medio de aquel agudo é insoportable dolor, lució un relámpago de reposo; Dios, en su bondad infinita, no habrá creado el mal sino para apreciar el bien?

Andrea se habia confiado á la reina, habia revelado la vergüenza de su vida á su rival; Andrea, bañada en lágrimas, con la frente inclinada hácia el suelo, habia confesado á María Antonieta que no era digna del amor y del respeto de un hombre honrado: así pues, Charny no podia amar jamás á Andrea.

Pero Charny ignoraba, Charny ignoraria siempre la catástrofe de Trianon y sus consecuencias; así es que para Charny es como si no hubiera existido tal catástrofe.

Y sin dejar el hilo de sus reflexiones, la reina examinaba en el espejo de su conciencia su belleza espirante, su perdida alegria, la frescura de su juventud agotada.

Despues volvia á pensar en Andrea, en aquellas singulares aventuras casi increibles, que acababa de referirle.

Admiraba la mágica combinacion de esa ciega fortuna que sacaba del fondo de Trianon, bajo la sombra de una cabaña, á un pobre jardinero para asociarlo al destino de una noble muchacha, ligada á su vez al destino

de una reina.

—De modo, decia, que el átomo perdido en las mas ínfimas regiones, habrá venido bajo la caprichosa influencia de la atraccion de las superiores á fundirse partícula de diamante, con la luz divina de la estrella?

Ese jardinero, ese Gilberto, no es un símbolo vivo de lo que pasa en estos momentos; un hombre del pueblo salido de la nada de su nacimiento, para ocuparse de la política de un gran reino, singular actor que veia personificarse en sí mismo por un privilegio del genio del mal, que ponia su mano de hierro sobre la Francia, el insulto hecho á la nobleza y el ataque dirigido á la monarquía por la plebe?

Y ese Gilberto, que se ha hecho sabio, ese Gilberto revestido con el trage negro del estado llano, el consejero de Mr. Necker, el confidente del rey de Francia, se verá, gracias á los azares de la revolucion, á la altura de esa muger, cuyo honor ha robado durante aquella noche, como un ladron!

La reina, volviendo á ser muger y estremeciéndose á pesar suyo al recuerdo de la lúgubre historia referida por Andrea, se imponia como un deber el contemplar frente á frente á ese Gilberto y saber por sí misma leer sobre facciones humanas lo que Dios ha-

bia podido imprimir en aquel carácter singular; y á pesar del sentimiento de que hemos hablado, y que la hacia casi alegrarse de la humillacion de su rival, sentia un violento deseo de tomar venganza del hombre que tanto habia hecho sufrir á una muger.

Además, habia en ella un deseo de mirar y tal vez de admirar, con el terror que inspiran los mónstruos, á aquel hombre estraordinario que por medio de un crimen habia infundido su vil sangre en la sangre mas aristocrática de Francia; á ese hombre que parecia haber evocado á la revolucion para que le abriese las puertas de la Bastilla, en la cual, sin esta revolucion hubiera aprendido á olvidar lo que no debe recordar nunca un hijo del pueblo.

Por medio de esta consecuencia, producida por el curso de sus ideas, la reina volvió á los dolores políticos y veia acumularse sobre una sola cabeza la responsabilidad de lo que habia sufrido.

Así es, que el autor del motin popular, que acababa de dar tan rudo ataque á la autoridad real derribando la Bastilla, era Gilberto, Gilberto cuyos principios habian puesto las armas en manos de los Billot, de los Maillard, de los Elías y los Hullin.

Gilberto era á un mismo tiempo una cria-

tura venenosa y terrible; venenosa, porque habia perdido á Andrea como amante; terrible, porque acababa de ayudar á derribar la Bastilla como enemigo.

Era por lo tanto preciso conocerlo para evitarle, ó mejor aun, conocerle para servirse de él.

Era preciso á toda costa hablar á este hombre, verle desde cerca, juzgarle por sí misma.

Habian pasado las dos terceras partes de la noche; eran las tres; el alba matizaba las copas de los árboles de Versalles y las cabezas de las estátuas.

La reina habia pasado toda la noche sin dormir; su vaga mirada se perdia en las calles de árboles iluminadas por una débil claridad.

Un sueño pesado y abrasador se apoderó poco á poco de aquella desgraciada muger.

Y quedó recostada con la cabeza echada hácia atrás, sobre el respaldo del sillon, y próxima á la ventana que habia quedado abierta.

Soñaba que se paseaba en Trianon, y que del centro de un cuadro de flores salia un gnomo en cuyo rostro se pintaba una sonrisa terrible como los que se pintan en las bala-

das alemanas, y que aquel mónstruo sardónico era Gilberto, que estendia hácia ella sus crispadas manos.

Entonces dió un grito.

Otro grito respondió al suyo y se despertó.

Era Mme. de Tourzel quien le habia dado. Acababa de entrar en el cuarto de la reina, y viéndola desfallecida y anhelante sobre el sillon, no habia podido contener un grito de dolor y de sorpresa:

—La reina está indispuesta, la reina sufre, esclamó. Quereis que se mande llamar á un médico?

La reina abrió los ojos.

La pregunta de Mme. Tourzel se acomodaba perfectamente con sus deseos.

—Sí, necesito un médico; que venga el doctor Gilberto; mandadle llamar.

—Y quién es el doctor Gilberto? preguntó Mme. de Tourzel.

—Un nuevo médico de cámara, nombrado ayer mismo y que creo ha venido de América.

—Ya sé de quien habla S. M., se aventuró á decir una de las damas de la reina.

—Y bien, preguntó María Antonieta.

—El doctor se halla en la antecámara del rey.

—Le conoceis segun eso?

—Sí, señora, contestó la dama, balbuceando.

—Y cómo es que le conoceis? Ha llegado hace ocho dias de América, y ayer mismo salió de la Bastilla.

—Le conozco...

—Y de qué le conoceis? preguntó imperiosamente la reina; responded.

La dama bajó los ojos.

—Vamos. sabré al fin de dónde os viene ese conocimiento?

—Señora, he leido sus obras, y su obras me han hecho desear conocer al autor; de manera que he hecho que me lo enseñen esta mañana.

—Ah! esclamó la reina con una indecible espresion de sarcasmo y de reserva á un mismo tiempo. Está bien; puesto que le conoceis, decidle que estoy indispuesta y que deseo verle.

La reina, entre tanto que llegaba el doctor, llamó á sus doncellas, se puso una bata y se arregló el peinado.

II.

El médico del rey.

Algunos momentos despues del deseo formulado por la reina, Gilberto, sorprendido, algo inquieto y profundamente conmovido, pero sin que nada se manifestase en su esterior, se presentó delante de María Antonieta.

Su noble y seguro continente, la palidez del hombre de estudio y de imaginacion, en quien los trabajos mentales habian formado una segunda naturaleza, palidez realzada aun por su negro trage, la mano delgada y blanca del operador bajo la plegada musoli-

na, aquella pierna tan elegante, tan bien contorneada y en medio de todo esto, una mezcla de tímido respeto hácia la muger de tranquilo atrevimiento, hácia la enferma, sin que hubiese nada para la reina; tales fueron los rápidos matices que Maria Antonieta, con su aristocrática inteligencia, supo notar en la persona del doctor Gilberto, en el momento en que se abria la puerta de su habitacion para darle paso.

Cuanto menos agresivo estuvo Gilberto en sus maneras, mas sintió la reina acrecentarse su cólera hácia él. Habíase formado de aquel hombre un tipo odioso en su imaginacion, y casi involuntariamente se le habia representado como uno de esos héroes de impudencia, de los que veia á menudo á su alrededor.

El autor de las desgracias de Andrea, ese discípulo bastardo de Rousseau, este aborto que habia llegado á ser hombre, este jardinero que habia llegado á ser filósofo y que se hacia árbitro de las almas, se lo representaba María Antonieta, á pesar suyo, bajo las formas de Mirabeau, esto es; del hombre que odiaba mas despues del cardenal de Rohan y de Lafayette.

Antes de ver á Gilberto habia creido que era preciso un coloso material para poder

contener aquella voluntad colosal.

Pero cuando se encontró con un hombre jóven, de formas esbeltas y elegantes, de una fisonomía dulce y afable, pensó que aquel hombre habia cometido el nuevo crímen de mentir en su interior. Gilberto, hombre del pueblo, de oscuro nacimiento, fué culpable antes los ojos de la reina de haber usurpado las maneras del noble y del hombre honrado. La orgullosa austriaca, enemiga irreconciliable de la mentira en los demás, se llenó de indignacion contra el pobre átomo que por tantos motivos le era odioso.

Para las personas que la veian á menudo y para aquellas que estaban acostumbradas á leer en sus ojos la calma ó la tempestad, hubiera sido fácil conocer que rugia en el fondo de su corazon una horrible tormenta.

Pero qué criatura humana, aunque fuese una muger, hubiese podido seguir en medio de aquel torbellino de ódios y de cólera el hilo de aquellos opuestos y singulares sentimientos que se entrechocaban en el cerebro de la reina, y que impregnaban su alma de todos los mortíferos venenos que describe Homero?

La reina, con una mirada, mandó á todos que se retirasen.

Se quedó sola con Gilberto.

—Señora, un médico juzga primeramente por los ojos. Al fijar los mios en V. M. que me ha mandado llamar, no satisfago una mera curiosidad, sino que cumplo con mi deber obedeciendo sus órdenes.

—Segun eso me habeis estado estudiando?

—Tanto como me ha sido posible, señora.

—Y me creeis enferma?

—Sí; pero no en el sentido que suele darse á esa palabra; V. M. se halla sumamente sobreescitada.

—Ah! esclamó María Antonieta con ironía; por qué no decir de una vez que estoy llena de cólera?

—Ruego á V. M. me permita, puesto que ha mandado llamar á un médico, que me sirva de los términos de la ciencia.

—Sea así. Y decidme; de qué proviene esta sobre escitacion?

—V. M. tiene demasiado talento para no saber que un médico conoce el mal material, gracias á su esperiencia y á las observaciones hechas anteriormente; pero queno es un adivino para poder sondar á primera vista el abismo del corazon humano.

—Lo cual significa que á la segunda ó tercera visita podreis decir, no solo lo que pa-

dezco, sino lo que pienso?

—Tal vez, señora, respondió Gilberto con frialdad.

La reina detuvo su cólera próxima á desbordarse en un torrente de palabras.

—Preciso será que os crea, dijo, pues que sois un hombre sábio.

Y acentuó estas últimas palabras con un desprecio tan sangriento, que los ojos de Gilberto parecieron iluminarse á su vez con el fuego de la cólera.

Pero un momento de lucha bastó á aquel hombre para vencerse.

Asi es, que con tranquilo rostro y mesuradas palabras, respondió en el mismo momento:

—V. M. es demasiado buena para concederme el dictado de sábio sin haber esperimentado mi ciencia.

La reina se mordió los lábios.

—Ya comprendereis que yo no sé si sois sábio; pero lo dicen, y no hago mas que repetir lo que afirma todo el mundo,

—Oh! dijo respetuosamente Gilberto inclinándose mas profundamente que lo habia hecho hasta entonces; una inteligencia como la de V. M. no debe repetir ciegamente lo que dice el vulgo.

—Quereis decir el pueblo? repuso la rei-

na con altivez.

—El vulgo, señora; repitió Gilberto con una firmeza que hizo agitarse en el fondo del corazon de la muger las mas dolorosas impresiones.

—En fin, no discutamos sobre este punto. Ello es que dicen que sois un sábio, y esto es lo esencial. Dónde habeis estudiado?

—En todas partes, señora.

—Eso no es una respuesta.

—Pues bien, en ninguna parte.

—Mas vale eso. Con que no habeis estudiado en ninguna parte?

—Como mejor os plazca, señora; contestó el doctor inclinándose. Y con todo esta segunda respuesta es menos exacta que la primera.

—Vamos, respondedme, esclamó la reina exasperada; y sobre todo ahorradme preguntas inútiles.

Despues continuó como hablando consigo misma:

—En todas partes! Y qué significa eso? Es una frase propia de un charlatan, de un empírico. Pretendeis imponerme con palabras sonoras?

—He dicho que en todas partes, porque verdaderamente he aprendido por do quiera que he pasado; respondió tranquilamente

Gilberto; en la cabaña y en el palacio; en la ciudad y en el desierto; en el hombre y en el irracional; sobre mí y sobre los demás, como conviene al hombre que busca la ciencia y la sorprende allí donde la encuentra, esto es; en todas partes.

La reina, vencida, lanzó una terrible mirada á Gilberto, quien por su parte continuaba contemplándola con una tenacidad que la desesperaba.

No pudo contener un movimiento de rábia, y al volverse derribó el pequeño velador en que le habian servido el chocolate en una jícara de porcelana de Sevres.

Gilberto vió rodar el velador y romperse la jícara; pero no se movió de su puesto.

Pintóse la cólera en el rostro de María Antonieta, llevó su mano fria y húmeda á su abrasada frente y no se atrevió á levantar los ojos hácia Gilberto.

Despues, con tono de desprecio mas incisivo que la insolencia,

—Y cuáles han sido vuestros maestros? continuó la reina volviendo á tomar la conversacion en el punto en que la habia dejado.

—No sé como contestar á V. M. sin peligro de ofenderla.

La reina comprendió la ventaja que acababa de ofrecerle Gilberto y se arrojó sobre sus palabras como una leona sobre su presa.

—Ofenderme! ofenderme vos á mí! esclamó; qué decis? caballero, ofender á una reine! Sin duda no habeis reflexionado vuestras palabras; oh! señor doctor, no debeis haber estudiado la lengua francesa en tan buenas fuentes como la medicina! A personas de mi categoria no se las ofende, señor Gilberto, se les cansa.

Gilberto saludó y dió un paso hácia la puerta, pero sin que le fuese posible á la reina descubrir sobre su rostro el mas ligero movimiento de cólera ni la mas leve señal de impaciencia.

La reina, por el contrario, se abrasaba de despecho é hizo un ademan para detener á Gilberto.

Este comprendió su deseo.

—Perdonad, señora, dijo; me habia olvidado de que como médico he sido llamado para ver á una enferma. Os suplico me disculpeis y yo haré por no volver á incurrir en semejante distraccion.

Y en seguida se puso á meditar.

—V. M., continuó á los pocos momentos, me parece muy amenazada de una crisis nerviosa, y me atreveré á suplicarla que no se

deje llevar hasta ese estremo: todavia puede V. M. evitarla; pero tal vez dentro de poco no lograria poderse dominar. En este momento el pulso debe estar casi suspendido y la sangre afluye al corazon. V. M. sufre y seria prudente mandase llamar á alguna de vuestras doncellas.

La reina dió unos cuantos pasos por la habitacion y volvió á sentarse diciendo:

—Os llamais Gilberto, no es asi?

—Sí, señora, Gilberto.

—Es singular! tengo yo un recuerdo de mi juventud cuya existencia *os ofenderia* sin duda si os lo dijese; pero no importa; si os ofende, podreis curaros vos mismo, vos, que sois tan sólido filósofo como hábil médico.

Y la reina acompañó estas palabras de una irónica sonrisa.

—Eso es, señora; dijo Gilberto, sonreid y dominad poco á poco la escitacion de vuestros nervios con la ironía; es una de las mas bellas prerogativas de la voluntad inteligente; la que nos hace dueños de nosotros mismos. Dominaos, señora, dominaos; pero sin violentaros demasiado.

Esta prescripcion del médico fué espresada en un tono tal de buena fé, que la reina sin dejar de sentir la profunda ironía que en-

cerraba, no pudo ofenderse de las palabras del doctor.

Pero volvió á la carga, continuando el ataque en el punto en que le habia dejado.

—El recuerdo de que os habio es el siguiente:

Gilberto se inclinó en señal de que se hallaba dispuesto á escucharla.

La reina hizo un esfuerzo y fijó sus ojos en los del doctor.

—Era yo entonces Delfina y vivia en Trianon. Habia en los jardines un muchachuelo, siempre lleno de tierra y lodo, que podaba y limpiaba los árboles y los cuadros de flores. Este muchacho se llamaba Gilberto.

—Era yo, señora, dijo tranquilamente Gilberto.

—Vos? esclamó María Antonieta con una espresion del mas odioso desprecio. Segun eso, tenia yo razon! Sois un hombre sin estudios!

—Creo que, puesto que V. M. tiene una memoria tan feliz, deberá tambien recordar las épocas. Si mal no recuerdo creo que era por el año 1772 cuando tuvísteis ocasion de ver á ese muchachuelo de que habla V. M., y que ganaba su vida revolviendo la tierra de los jardines de Trianon. Estamos en el año 1789, y hace por lo tanto diez y siete años

que han pasado las cosas que se ha dignado recordar V. M. Diez y siete años son muchos para el tiempo en que vivimos; son mas de los que se necesitan para hacer un sábio de un salvage; el alma y el espíritu funcionan muy aprisa bajo ciertas condiciones, como se desarrollan prematuramente las plantas y las flores en la estufa; las revoluciones, señora, son las estufas de la inteligencia. V. M. me mira, y á pesar de la inteligencia de su mirada, no advierte que el niño de diez y seis años se ha hecho hombre de treinta y tres; así, pues, no debe estrañar que el ignorante, el sencillo Gilberto, se haya convertido al soplo de las revoluciones en un sabio y un filósofo.

—Ignorante, sí, pero sencillo! habeis dicho sencillo? esclamó la reina exasperada; habeis llamado sencillo al muchacho Gilberto?

—Si acaso me he equivocado, señora, ó si he prestado á ese niño una cualidad que no tenia, ignoro como V. M. puede saber mejor que yo que poseia el defecto contrario.

—Oh! eso ya es otra cosa, dijo la reina; y tal vez llegará dia en que hablemos de esto; pero entre tanto volvamos al hombre, al hombre sábio, al hombre perfecto que tengo de-

lante de mí.

Gilberto no puso objecion ninguna á la palabra *perfecto*, sin embargo de que comprendió qne era un nuevo insulto.

—Volvamos á él, señora, respondió sencillamente Gilberto; y os suplico me diga V. M. cuál ha sido el motivo que la ha impulsado á llamarle.

—Os habeis propuesto como médico del rey. Ahora bien, ya comprendereis que aprecio demasiado la salud de mi esposo para confiarla á un hombre á quien no conozca perfectamente.

—Me he propuesto á mí mismo y he sido aceptado, sin que V. M. pueda concebir la menor sospecha fundada sobre mi capacidad ni sobre mi celo. Yo soy un médico, político sobre todo, y recomendado por Mr. Necker. En cuanto á lo demás, si el rey tiene alguna vez necesidad de mi ciencia, seré para él un buen médico en la parte física en tanto cuanto la ciencia humana puede ser útil á la obra del Criador, pero lo que seré, sobre todo, además de buen consejero y buen médico, es un buen amigo.

—Un buen amigo! esclamó la reina en una nueva esplosion de desprecio; vos, caballero! vos amigo de rey!

—Seguramente, respondió Gilberto con la

mayor tranquilidad; y por qué no, señora?

—Oh! sí, sin duda, en virtud de vuestros poderosos secretos, con el auxilio de vuestra ciencia oculta, y quién sabe? hemos ya visto á los Jacobos y los Maillotins; volvemos sin duda á la edad media! y vos sereis el restaurador de los filtros y de los encantos. Vais á gobernar la Francia por medio de la mágia y á ser el nuevo Fausto, ó el Nicolás Flame!

—Nunca he tenido semejante pretension, señora.

—Que no la habeis tenido! A cuántos mónstruos mas crueles que los de los jardines de Armida, mas crueles que el Cancervero, no hareis dormir en el dintel de nuestro infierno?

Cuando la reina pronunció la palabra *dormir*, fijó su mirada mas investigadora que nunca sobre el doctor.

Esta vez Gilberto no pudo dominar su emocion.

Lo cual sirvió de sumo placer á María Antonieta, pues conoció que el dardo que habia arrojado habia herido profundamente.

—Porque vos haceis dormir, continuó, no es verdad doctor? vos que habeis estudiado en todas partes y sobre todas las cosas, habreis estudiado sin duda la ciencia magnética

con esas gentes que hacen del sueño una traicion, y que sorprenden los secretos en el sueño de sus víctimas.

—En efecto, señora, he estudiado mucho tiempo bajo la direccion del sabio Cagliostro.

—Sí, ese hombre que ejercia y hacia ejercer á sus adeptos ese robo moral de que he hablado antes, el que á favor de ese sueño magnético, que yo llamo infame, se apoderaba de las almas de unos y de los cuerpos de otros

Gilberto comprendió tambien el ataque, y aquella vez palideció en vez de ruborizarse.

La reina se estremeció de alegría hasta el fondo de su corazon.

—Ah, miserable! murmuró; tambien yo he logrado herirte y veo tu sangre.

Pero las mas profundas emociones duraban poco tiempo en el rostro de Gilberto, y aproximándose á la reina, que gozosa con su victoria le miraba imprudentemente, dijo:

—V. M. hace mal en contestar á esos hombres sabios de que hablábais hace un momento el mas bello recurso de su ciencia; el poder de adormecer no víctimas, sino enfermos, por medio del sueño magnético; haríais

mal sobre todo en contestarles el derecho que tienen de perseguir por todos los medios posibles un descubrimiento cuyas leyes, una vez conocidas y regularizadas, están destinadas á hacer una revolucion en el mundo.

Y al acercarse á la reina, Gilberto la miró con ese poder de la voluntad, bajo el que habia sucumbido la nerviosa Andrea.

La reina sintó un escalofrio que recorrió todo su cuerpo al acercarse aquel hombre.

—Infames! dijo, los que abusan de ciertas prácticas sombrías y misteriosas para perder las almas ó los cuerpos! Cagliostro infame!....

—Ah! esclamó Gilberto con un acento penetrante: guardaos, señora, de juzgar con tanta severidad las faltas que cometen las criaturas humanas!

—Caballero!...

—Toda criatura está sujeta al error, señora; todos dañan á sus semejantes, y sin el egoismo individual que forma la seguridad general, el mundo no seria mas que un campo de batalla. Los mejores son los buenos, y hé aquí todo. Otros dirán: los mejores son los menos malos; pero la indulgencia debe ser mas grande señora, á proporcion que el juez es mas elevado. Desde lo alto del trono

que ocupais, teneis menos derecho que qualquiera otro para ser severa con las faltas de los demás; sobre el trono de la tierra debeis ser la suprema indulgencia, como sobre el trono del cielo Dios es la suprema misericordia.

—Caballero, dijo la reina, yo miro mis deberes y mis derechos de un modo muy distinto que vos: me hallo sobre el trono para castigar y recompensar.

—No soy de vuestro sentir, señora; y yo creo que os hallais sobre el trono, vos muger y reina, para conciliar y para perdonar.

—Supongo que no moralizais, caballero.

—Teneis razon, señora, y no hago mas que responder á V. M. Por ejemplo, ese Cagliostro de que habeis hablado, y de cuya ciencia dudais, me acuerdo, y este es un recuerdo anterior á vuestros recuerdos le Trianon, me acuerdo, digo, que en los jardines del palacio de Taverney tuvo ocasion de dar á la Delfina de Francia una prueba de esa ciencia de que debe guardar un profundo recuerdo, pues aquella prueba la impresionó cruelmente hasta el punto de desmayarse.

Gilberto heria á su vez; verdad es que heria á la casualidad; pero la casualidad le sir-

vió de tal modo, que la reina se cubrió de una mortal palidez.

—Sí, en efecto, dijo la Reina con voz ronca, me hizo ver en sueños una horrible máquina; pero hasta el presente no sé que dicha máquina exista en realidad.

—No se lo que haria ver á V. M., repuso Gilberto satisfecho del efecto producido; pero lo que sé es que no puede negarse el título de sabio á un hombre que ejerce tal poder sobre los demás sus semejantes.

—Sus semejantes... murmuró desdeñosamente la Reina.

—No lo serán, repuso Gilberto; pero su poder es tan grande que pone á su nivel la cabeza de los reyes y de los príncipes de la tierra.

—Infamia! Infames, repito, los que abusan de la debilidad ó de la credulidad.

—¿Decís que son infames los que ejercen la ciencia?

—Quimera, mentira, maldad!

—¿Qué quereis decir? preguntó Gilberto con calma.

—Quiero decir que ese Cagliostro es un malvado charlatan, y que su pretendido sueño magnético es un crímen!

—Un crímen!

—Sí, un crímen, continuó la Reina, porque

es el resultado de un brevage, de un envenenamiento de que la justicia humana que yo represento se ocupará, castigando á sus autores.

—Señora, señora, repuso Gilberto con la misma calma. Sed indulgeute con los que han faltado en este mundo.

—Ah! confesais, pues.

La Reina se engañaba, pues por la dulzura de la voz de Gilberto, creia que imploraba perdon para el mismo.

Se engañaba, era una ventaja que Gilberto dejaba correr.

—¿Qué? dijo este dilatando sus pupilas en términos que Maria Antonieta tuvo que bajar sus ojos como si los hubiese herido un rayo del sol.

La Reina permaneció indeeisa y haciendo un esfuerzo repuso:

—No se pregunta jamás á una Reina sin herirla. Aprended aun esto, vos que sois nuevo en la corte; pero me parece que hablais de los que han faltado y pedíais para ellos indulgencia.

—Ay! señora, dijo Gilberto: la criatura humana á quien nada hay que echar en cara, es la que ha sabido encerrarse tan profundamente en la concha de su conciencia que nadie ha podido penetrar en ella. Es la que se llama

muchas veces virtud.

—Segun eso, repuso imprudentemente la Reina, ¿no existen para vos, caballero, personas virtuosas; para vos, el discipulo de esos hombres que van á buscar la verdad aun en el fondo de las conciencias?

—Es verdad, señora.

La reina soltó la carcajada sin tratar de ocultar el desprecio que aquella risa encerraba.

—¡Oh! por favor, caballero, esclamó, acordáos que no hablais en una plaza pública á una multitud de idiotas y de aldeanos ó de patriotas.

—Sé perfectamente con quién hablo, señora, replicó Gilberto.

—Entonces, mas respeto, caballero, ó mas destreza; recorred toda vuestra vida, sondead las profundidades de esa conciencia, que á pesar del génio y de la esperiencia deben tener como todos los demás los hombres que han trabajado por todo el mundo. Recordad todo lo que habeis pensado de bajo y de criminal, todas las crueldades, todos los atentados, todos los crímenes que podais haber cometido. No me interrumpais, y cuando hayais sacado la cuenta de todo lo que os digo, señor doctor, bajad la cabeza, volveos humilde y no os volvais á acercar con ese in-

solente orgullo á la morada de los reyes que hasta nueva órden al menos son instituidos por Dios para penetrar en el alma de los criminales, sondear la profundidad de las conciencias y aplicar sin piedad el castigo á los culpables.

Hé aquí, caballero, continuó la Reina, lo que os conviene hacer. No tendreis de qué arrepentiros; creedme, el mejor medio de curar un alma tan emponzoñada como la vuestra, será vivir en la soledad lejos de las grandezas que dan á los hombres las ideas de su poco valor. Os aconsejo, pues, que no os acerqueis á la corte, y que renuncieis á cuidar al Rey en sus enfermedades. Teneis una cura que hacer mas meritoria á los ojos de Dios, que ninguna otra estraña, la vuestra. En la antigüedad habia un proverbio que decia: *Ipse cura medici.*

Gilberto, en vez de rebelarse contra aquella proposicion que la Reina miraba como la mas desagradable de las conclusiones, respondió con dulzura:

—Señora, ya he hecho todo lo que V. M. me recomienda.

—¿Qué habeis hecho, caballero?

—He meditado.

—¿Sobre vos mismo?

—Sobre mí mismo, señora.

—¿Y apropósito de vuestra conciencia?

—A apropósito de mi conciencia, señora.

—¿Creeis, entonces, que estoy suficientemente instruida de lo que habeis visto en ella?

—Ignoro lo que quiere decirme V. M., pero lo comprendo: ¿Cuántas veces puede haber ofendido á Dios un hombre de mi edad?

—¿Hablais de Dios en realidad?

—Sí.

—¿Vos?

—¿Por qué no?

—Un filósofo! ¿Creen en Dios los filósofos?

—Yo hablo de Dios, y creo en él.

—¿Y no os retirais de la corte?

—No, señora; me quedo.

—Caballero Gilberto, cuidado.

Y el rostro de la Reina tomó una espresion indefinible de amenaza.

—Oh! He reflexionado bien, señora, y mis reflexiones me han hecho ver que no valgo menos que otro hombre; cada uno tiene sus pecados. No he aprendido este axioma hojeando libros, sino leyendo en la conciencia de los demás.

—Medio universal é infalible, ¿no es cierto? dijo la Reina con ironia.

—Ay señora, sino es universal ni infali-

ble es al menos muy instructivo en miserias humanas y muy esperimentado en dolores profundos. Y esto es tan cierto que yo os diria, con solo ver el circulo de vuestros lánguidos ojos, con solo ver esa línea que se estiende de una á otra de vuestras cejas, con solo ver ese pliegue que forma vuestra boca,contraccion á que se dá el nombre prosáico de arrugas, yo os diria, señora, cuántas pruebas rigurosas habeis sufrido, cuántas veces ha estado abatido vuestro corazon de angustias, y á cuántas alegrías completas se ha abandonado para despues verse engañado.

Yo os diré todo esto, señora, cuando querais y sin temor de ser desmentido; yo os lo diré echando sobre V. M. una mirada que sabe y puede leer; y cuando sintais el peso de esa mirada, cuando sintais penetrar en el fondo de vuestra alma el peso de esa curiosidad como el mar siente el peso de la sonda que mide sus abismos, entonces comprendereis que puedo mucho, señora, y que si me quedo aquí es menester que me declareis la paz en vez de provocarme á la guerra.

Este lenguage provocativo del hombre á la muger,este desprecio de toda etiqueta en presencia de la Reina, hicieron un efecto inde-

cible sobre María Antonieta.

Sintió caer sobre su frente una oscura nube que borraba sus ideas, sintió convertirse en espanto su ódio, dejó caer sus brazos inertes, y dió un paso atrás como para huir de un peligro desconocido.

—Y ahora, señora, dijo Gilberto que veia claramente lo que pasaba en el interior de la Reina, tened entendido que me es muy fácil saber lo que ocultais á todo el mundo y tratais de ocultaros á vos misma; tened entendido que me es muy fácil dejaros caer sobre esa silla, que vuestra mano busca por instinto para encontrar en ella un apoyo.

—Oh! esclamó la Reina asustada, porque sentia en todo su cuerpo unos calosfrios desconocidos

—Que pronuncie yo una palabra que no quiero pronunciar, continuó Gilberto, que formule yo una voluntad que renuncio, y caereis herida por mi poder. Dudais, señora. ¡Oh! no dudeis; me tentariais quizá y si me tentais... Pero no, V. M. no duda ¿no es cierto?

La Reina, casi desvanecida y anhelante, se agarraba al respaldo de su butaca con la energía de la desesperacion y la rabia de una inútil defensa.

—Oh! continuó Gilberto, creedme, seño-

ra: si yo no fuera el mas respetuoso, el mas humilde de vuestros súbditos, os convenceria por una prueba terrible. Oh! nada temais: me inclino humildemente ante la mujer, mas aun que ante la Reina. Me estremezco de tener un pensamiento que pueda penetrar en el vuestro; me mataria antes que tratar de penetrar en vuestra alma.

—Caballero! caballero! esclamó la Reina batiendo el aire con sus manos para rechazar de sí á Gilberto que se hallaba á tres pasos de distancia.

—Sin embargo, continuó Gilberto. V. M. me ha hecho encerrar en la Bastilla, y solo temiais que fuera tomada por el pueblo, porque al tomarla me habia de franquear sus puertas. Vuestro ódio contra un hombre á quien nada teneis que echar en cara personalmente, se retrata en vuestros ojos. Y lo conozco: luego que renuncie á la influencia con la cual os contengo, comenzareis á dudar de nuevo.

En efecto, asi que Gilberto cesó de mandar con su vista y con su mano, María Antonieta se levantó amenazadora, como el pájaro que libre de la sofocacion de la máquina pneumática comienza á recobrar la alegria.

—Ah! Dudais; os burlais de mí y me des-

preciais; pues bien; voy á decir á V. M. una idea terrible que ha pasado por mi imaginacion; iba á hacer que V. M. me revelase sus penas mas íntimas, sus secretos mas recónditos y os hubiera obligado á escribirlo aquí en esta mesa, y cuando hubiéseis despertado os habria probado por vuestra misma escritura, cuán poco quimérico es ese poder que tratais de negar, y cuánta es la paciencia, mas diré, la generosidad del hombre á quien acabais de insultar sin que os haya dado el mas mínimo motivo ni prestesto.

—¡Obligarme á dormir! ¡obligarme á hablar á mí! ¡á mí! esclamó la Reina, pálida de rábia, ¿habeis intentado eso, caballero? ¿sabeis lo que es eso? ¿conoceis la magnitud de vuestra amenaza? Pues es un crímen de lesa-magestad, crímen que una vez vuelta en mí lo hubiera castigado con la pena de muerte.

—Señora, dijo Gilberto siguiendo con la vista la emocion vertiginosa de la Reina, no os apresureis en acusar y sobre todo en amenazar. Hubiera hecho dormir á V. M.,es cierto, hubiera arrancado á la muger todos sus secretos; pero creedme,no lo hubiera hecho hallándome solo con V. M.; lo hubiera verificado con la mayor facilidad y hubiera obligado á hablar á la Reina teniendo delan-

te un testigo.

—¿Un testigo?

—Sí, señora, un testigo que hubiera recogido fielmente todas vuestras palabras, todos vuestros movimientos, todos los detalles en fin de la escena que yo hubiera provocado con objeto de que concluido el acto no os hubiese quedado duda alguna.

—¡Un testigo, caballero! replicó la Reina asustada, ¿y quién hubiera sido ese testigo? Tened en cuenta, caballero, que el crímen hubiera sido doble, porque en ese caso hubiérais tenido un complice.

—¿Y si ese cómplice era el Rey? dijo Gilberto.

—¡El Rey! esclamó María Antonieta con tal espanto que hizo traicion á la esposa, mas claramente que hubiera podido hacerlo la confesion de la sonámbula. ¡Oh! caballero Gilberto, caballero Gilberto.

—El Rey, añadió tranquilamente Gilberto, el Rey vuestro esposo, vuestro sosten, vuestro defensor natural: el Rey os hubiera referido al despertar lo respetuoso que yo hubiera estado probando mi ciencia á la mas venerada de las soberanas.

Y despues de haber concluido estas palabras Gilberto dejó á la Reina el tiempo necesario para meditar su profundidad.

La Reina permaneció durante algunos minutos en un silencio que solo interrumpia el ruido de su respiracion entrecortada.

—Caballero, esclamó por fin, despues de lo que acabais de decirme, preciso es que seais un enemigo mortal...

—O un amigo verdadero, señora.

—Imposible, caballero; la amistad no puede subsistir á costar del temor ó de la desconfianza.

—La amistad, señora, entre un súbdito y su Reina no puede subsistir mas que por la confianza que el súbdito inspire. V. M. ha dicho ya, que no es un enemigo aquel á quien á las primeras palabras se le quita el medio de dañar, y sobre todo cuando él es el primero que renuncia á hacer uso de sus armas.

—¿Puede creerse lo que decís, caballero? dijo la Reina con inquietud y mirando á Gilberto con vista penetrante.

—¿Por qué no creerme, señora, cuando teneis todas las pruebas de mi sinceridad?

—Todo cambia en este mundo, caballero.

—Señora, yo he hecho el voto que ciertos hombres ilustres hacian antes de entrar en campaña. No usaré jamás de mi ventaja sino para repeler los daños que

quieran hacerme: *No ofenderé, me defenderé:* tal es mi divisa.

—¡Ay! dijo la reina humillada.

—Os comprendo, señora, sufrís al ver vuestra alma en manos del médico; tened valor, tened confianza. Bien os puede aconsejar quien os ha dado hoy la prueba de longaminidad que habeis visto en mí. Quiero amaros, señora, quiero que os amen. Los consejos que he dado ya al Rey los discutiré con V. M.

—Cuidado, doctor, dijo con gravedad la Reina: quereis cogerme en el lazo; despues de haber amedrentado á la muger, creeis poder gobernar á la Reina.

—No señora, respondió Gilberto, no soy un miserable especulador. Tengo mis ideas, y comprendo que V. M. tenga las suyas. Rechazo desde ahora la acusacion que lanzaríais eternamente contra mí de haber subyugado vuestra razon. Sois la primera muger en quien encuentro á la vez todas las pasiones de vuestro sexo y todas las facultades dominadoras del hombre. Podeis ser á la vez una muger y un amigo. Toda la humanidad podria encerrarse en vos en caso de necesidad. Os admiro y os serviré y lo haré sin recibir nada de V. M.: únicamente por estudiaros, señora. Haré mas en

vuestro servicio; en caso de que os parezca un mueble de palacio demasiado incómodo; en caso de que la impresion de la escena de hoy no se borre de vuestra memoria, os pido, os suplico que me dejeis alejar de palacio.

—¡Alejaros! esclamó la Reina con una alegria que no se ocultó á Gilberto.

—Pues bien, hemos concluido, señora, replicó el doctor con una admirable sangre fria, ni aun diré al Rey lo que tenia que decirle y me marcharé. ¿Es menester que me vaya muy lejos para tranquilizar á V. M., señora?

La Reina le miró sorprendida de aquella abnegacion.

—Veo perfectamente, añadió Gilberto, lo que piensa V. M. Algo iniciada en los misterios de la influencia magnética que hace un momento le asustaban, V. M. se dice á sí misma que seré tan peligroso de cerca como de lejos.

—¿Cómo así? preguntó la Reina.

—Sí, os lo repito, señora; el que quiera dañar á otro por los medios que acabais de echar en cara á mis maestros y á mí, podria ejercer su accion nociva lo mismo á cien leguas que á mil, que á tres pasos. Pero nada temais, señora, ni siquiera lo intentaré.

La Reina permaneció un momento pensativa y sin saber qué responder á aquel hombre que la hacia fluctuar en sus mas firmes resoluciones.

En aquel momento un ruido de pasos en los corredores hizo levantar la cabeza á Maria Antonieta.

—El Rey, dijo, el Rey viene.

—Entonces, señora, responded, os lo suplico, ¿me quedo ó me marcho?

—Pero...

—Apresuraos, señora, puedo evitar la presencia del Rey. Si lo deseais, V. M. puede indicarme una puerta por la cual me retire.

—Quedáos, le dijo la Reina.

Gilberto se inclinó, mientras que Maria Antonieta trataba de leer en sus facciones si su triunfo le revelaba algo mas que la cólera ó la inquietud.

Gilberto permaneció impasible.

—Al menos, dijo la Reina entre sí, ha debido manifestar alegria.

III.

El consejo.

El Rey entró con aire distraido, segun su costumbre.

Leíase en su fisonomía una inquietud y una curiosidad que contrastaba singularmente con el frio continente de la Reina.

Los frescos colores del Rey no le habian abandonado.

Habia madrugado, y el aire húmedo de la mañana le daba una energía que se revelaba en su sonora respiracion y en su segura marcha.

—El doctor, dijo: ¿qué ha sido del doctor?

—Buenos dias, señor. ¿Cómo estais? ¿Os hallais muy fatigado?

—He dormido seis horas como siempre, y me hallo perfectamente. Vos sois la que estais un poco pálida, señora. Me han dicho que habiais mandado llamar al doctor.

—Aquí teneis al doctor Gilberto, dijo la Reina separando la colgadura de la ventana tras de la cual se habia ocultado el doctor hasta aquel momento.

La frente del Rey se dilató, y dirigiéndose á la Reina:

—Ah! se me olvidaba, dijo; habeis mandado llamar al doctor, ¿estais indispuesta?

La Reina se ruborizó.

—¿Os ruborizais? dijo Luis XVI.

La Reina se puso encendida como la grana.

—Algun nuevo secreto! esclamó el Rey.

—¿Qué decis de secreto? dijo la Reina con altivez.

—Sin duda no me habeis comprendido. Os queria decir que vos teneis vuestros médicos favoritos: no podeis haber llamado al doctor Gilberto, sin el designio de...

—¿Qué designio?

—El de ocultarme siempre vuestros padecimientos.

—Ah! esclamó la Reina mas tranquila.

—Sí, prosiguió Luis XVI; pero tened cuidado, porque Mr. Gilberto es uno de mis confidentes, y si le decis algo, lo sabré al momento.

Gilberto se sonrió.

—En cuanto á eso, permítame V. M. le diga que no es cierto.

—Bien, aquí tenemos á la Reina sobornando á mis gentes!

Maria Antonieta dejó escapar una de esas risas ahogadas que significan el deseo de interrumpir una conversacion fatigosa.

Gilberto comprendió, pero no el Rey.

—Vamos, doctor, dijo este, puesto que esto entretiene á la Reina, contadme lo que os estaba diciendo.

—Preguntaba al doctor, dijo Maria Antonieta, el motivo que os habia impulsado á llamarlo tan temprano, pues no puedo menos de confesar que su presencia en Versalles me inquieta.

—Esperaba al doctor, respondió el Rey, para hablar de política con él.

—Ah! muy bien, dijo la Reina.

Y se sentó como para escuchar.

—Venid, doctor, repuso el Rey dirigiéndose hácia la puerta.

Gilberto saludó profundamente á la Reina,

y se dispuso á seguir á Luis XVI.

—¿A dónde vais? preguntó la Reina; ¿qué, os marchais ya?

—Las cosas de que tenemos que hablar no son de las mas agradables, señora; y vale mas que no las oigais, pues os ahorrareis un disgusto.

—Llamais disgusto á los dolores! esclamó magestuosamente la Reina.

—Un motivo mas, querida mia.

—Quedaos, señor. Caballero Gilberto, supongo que no os opondreis á mi voludtad.

—Mr. Gilberto! Mr. Gilberto! dijo el Rey enojado.

—Y bien, ¿qué quereis?

—Oh! Mr. Gilberto tenia que darme un consejo y debia hablar conmigo con entera libertad, y ahora no lo hará.

—¿Y por qué razon? preguntó la Reina.

—Porque estais vos delante.

Gilberto hizo un gesto á cuya interpretacion dió la Reina toda la importancia que merecia.

—¿Pues qué, dijo para acudir en su ayuda; monsieur Gilberto temerá ofenderme hablando segun su conciencia?

—Es muy fácil de conocer, señora, dijo el Rey. Vos teneis vuestra política, que no está siempre en armonía con la nuestra... de ma-

nera que...

—De manera que, segun eso, Mr. Gilberto no participa de mis opiniones en polítlca.

—Eso no puede menos de ser así, respondió Gilberto, segun las ideas que ya me conoce V. M. Unicamente os diré que podeis estar segura de que diré delante de vos todo lo que siento, con la misma libertad que si me hallara únicamente en presencia del Rey.

—Ah! eso es ya otra cosa, dijo Maria Antonieta.

—No siempre se puede decir la verdad, murmuró Luis XVI.

—¿Si es útil, por qué no? esclamó Gilberto.

—O si se dice con buena intencion, añadió la Reina.

—En cuanto á eso, no me cabe duda alguna, interrumpió Luis XVI. Pero si quereis obrar con cordura, dejad al doctor que se esplique con toda la libertad... que yo he menester.

—Señor, respondió Gilberto, puesto que la Reina lo desea, y como estoy convencido de que S. M. nada tiene que temer de la verdad, prefiero hablar delante de mis dos soberanos.

—Señor, dijo la Reina, os ruego que lo ha-

gais asi.

—Tengo demasiada seguridad en la prudencia de V. M., dijo Gilberto inclinándose delante de la Reina. Se trata de la felicidad y de la gloria de S. M. el Rey.

—Teneis mucha razon en confiar en mi prudencia para ese motivo. Empezad, caballero.

—Todo eso es muy bueno, continuó el Rey que no queria ceder, segun su costumbre; pero la cuestion es sumamente delicada, y conozco que vuestra presencia en este momento podria ocasionarme algun perjuicio.

La Reina no pudo contener un movimiento de impaciencia; se levantó, se volvió á sentar, y procurando penetrar con su mirada en el corazon de Gilberto,

—¿De qué se trata? preguntó despues de haberse constituido asi aquella especie de consejo.

Gilberto miró al Rey por última vez, como para pedirle la autorizacion de hablar.

—¡Hablad, hablad! dijo el Rey, pues la Reina lo desea.

—Pues bien, señora, dijo el doctor, enteraré á V. M. del objeto de mi visita á Versailles. Venia á aconsejar á S. M. que se dirigiese á Paris.

Una chispa sobre las 40,000 libras de pólvora que encerraba el Hotel-de-Ville, ¡no hubiera producido la esplosion que estas palabras hicieron estallar en el corazon de la Reina.

—¡El Rey marchar á Paris! ¡el Rey!

Y arrojó un grito que hizo estremecer á Luis XVI.

—¡Ah! esclamó el Rey mirando á Gilberto, ¿qué os decia yo, doctor?

—¡El Rey! continuó la Reina, ¡el Rey á una ciudad insurreccionada! ¡el Rey entre esos hombres que han asesinado á los suizos, que han muerto á Mr. de Launay y á Mr. de Fresselles! ¡el Rey cruzar por esa plaza del Hotel-de-Ville, marchando sobre la sangre de sus defensores! ¿Estais loco, doctor, estais loco para hablar de esa manera?

Gilberto bajó los ojos como un hombre á quien detenia el respeto; pero no contestó una sola palabra.

El Rey, conmovido profundamente, se volvió de otro lado en su sillon como un mártir sobre la parrilla de sus verdugos.

—¿Es posible, continuó la Reina, que semejante idea haya podido surgir en una cabeza inteligente, en un corazon francés? ¿Ignorais, caballero, que estais hablando al su-

cesor de San Luis, al viznieto de Luis XIV?

El Rey golpeaba el suelo con los pies.

—No quiero suponer, prosiguió la Reina, que deseeis quitar al Rey el apoyo de sus guardias y de su ejército: que pretendais arrancarlo de su palacio, que es una fortáleza, para esponerle aislado é indefenso en medio de sus encarnizados enemigos; sin duda que no deseais la muerte del Rey, ¿no es verdad, señor Gilberto?

—Si creyese que V. M. tuviera por un solo momento la idea de que yo era capaz de semejante traicion, no seria un loco, sino que me tendria por el hombre mas miserable del mundo. Pero á Dios gracias, señora, estoy seguro de que no abrigais semejante sospecha. No; yo he venido á dar ese consejo á mi Rey, porque le creo bueno, el mejor de todos los que se le pueden dar.

La Reina comprimió su pecho con sus crispadas manos con tal violencia, que desgarró la batista que la cubria.

El Rey levantó los hombros con un ligero movimiento de impaciencia.

—Pero, en fin, señora, oigámosle, y siempre estaremos a tiempo de desechar su opinion.

—El Rey tiene razon, señora, dijo Gilberto; porque lo que tengo que decir á S. M. no lo sabeis. Os creeis, señora, rodeada de un ejército fiel, adicto, dispuesto á morir por vos, y eso es un error. Entre los regimientos franceses, una mitad al menos está en favor de la revolucion.

—Caballero, cuidado con lo que decís! Esclamó la Reina, insultais al ejército!

—Muy lejos de eso, señora; estoy haciendo su elogio, dijo Gilberto. Bien se puede respetar á su Reina y servir á su Rey amando á su patria y consagrándose á su libertad.

La reina lanzó á Gilberto una mirada fulminante como un rayo.

—Caballero, dijo,ese lenguaje...

—Sí, ese lenguaje os ofende, señora, y yo lo comprendo; porque probablemente es la primera vez que V. M. lo oye.

—Preciso será acostumbrarse á él, murmuró Luis XVI con el resignado buen juicio que constituia su mayor fuerza.

—Nunca! esclamó Maria Antonieta; nunca!...

—Veamos; oid, señora; oid! dijo el Rey; yo creo que lo que dice el doctor es un hecho razonable.

Gilberto continuó:

—Decia que he visto á Paris, y que vos ni aun habeis visto á Versalles. ¿Sabes de lo que se trata ahora en Paris?

—No, dijo el Rey lleno de inquietud.

—Creo que no tratareis de tomar segunda vez la Bastilla, dijo la Reina con el mas profundo desprecio.

—Seguramente que no, señora, continuó Gilberto; pero Paris sabe que existe aun otra fortaleza entre el pueblo y su Rey. Paris se propone reunir á los diputados de los cuarenta distritos que le componen, y enviar estos diputados á Versalles.

—¡Que vengan, que vengan! esclamó la Reina brillando en sus ojos una fiera alegria. ¡Oh! no dudeis que serán recibidos perfectamente!

—Un momento, señora, interrumpió Gilberto; debeis tener presente que estos diputados no vendrán solos.

—¿Pues con quién ha de venir?

—Vendrán apoyados por veinte mil hombres de la guardia nacional.

—¿De la guardia nacional? ¿Y qué significa eso?

—¡Ah! señora, no hableis con tanta ligereza de esa institucion, que llegará á ser con el tiempo una potencia, haciendo y deshaciendo á su antojo.

—¡Veinte mil hombres! esclamó el Rey.

—¡Oh! señor, repuso la Reina; aquí teneis diez mil hombres que valen por cien mil de esos alborotadores; llamadlos, que vengan, y los veinte mil bandidos encontrarán el castigo y el escarmiento de que tanta necesidad tiene esa hez revolucionaria que yo aniquilaria en ocho dias si se me oyese.

Giiberto meneó tristemente la cabeza.

—¡Ah! señora, dijo, cómo os equivocais, ó mejor dicho, cómo os han engañado! ¡Ay! no penseis en una guerra civil provocada por una Reina: una sola de entre ellas se ha atrevido á arrostrarla y bajó á la tumba con el epíteto terrible de la estrangera

—¡Provocada por mí caballero! ved bien lo que decís; ¿soy yo por ventura quien ha hecho fuego sobre la Bastilla sin provocacion ninguna?

—Señora, dijo el Rey, en vez de aconsejar la violencia vale mas escuchar primeramente á la razon.

—¡A la debilidad!

—Vamos, Antonieta, escuchad, dijo severamente el Rey; no es un asunto de poca importancia el tener que metrallar á veinte mil hombres.

Despues volviéndose hácia Gilberto,

—Continuad, doctor, continuad, dijo.

—Todos esos ódios que se exasperan por la distancia; todas esas bravatas que se convierten en valor, gracias á la ocasion; todo ese tumulto de una batalla cuyo resultado es inseguro; todo eso es horrible y debeis ahorrar al Rey y á vos misma semejante espectáculo; podeis con la dulzura evitar esa llegada en que vuestro carácter violento no podria contenerse. El pueblo quiere acercarse á su Rey; adelantémonos á él y dejad que el Rey se acerque al pueblo; hoy se halla rodeado de su ejército; dejadle mañana dar una prueba de arrojo, de confianza y de talento político. Esos veinte mil hombres de que hemos hablado, podrian conquistar al Rey tal vez; pues bien, dejad al Rey solo que vaya á conquistar á los veinte mil hombres, porque esos veinte mil hombres, señora, son el pueblo.

El Rey no pudo menos de hacer una señal de aprobacion que María Antonieta cogió al vuelo.

—¡Desgraciado! dijo á Gilberto ¿no sabeis lo que significaría la presencia del Rey en Paris en semejante coyuntura y como vos proponeis?

—Hablad, señora.

—Pues eso querrá decir: «Yo apruebo...» Querrá decir: «Habeis hecho muy bien en

matar á mis suizos...» Significará: «Habeis hecho perfectamente en asesinar á mis oficiales y en poner á sangre y fuego á mi capital: habeis, en fin, hecho muy bien en destronarme! Gracias, señores, gracias.»

—No, señora, dijo Gilbertó, V. M. está equivocada.

—¡Caballero!

—Eso quiere decir: «Ha habido alguna justicia en el dolor del pueblo. Yo vengo á perdonar. Yo soy el gefe y el Rey, y estoy á la cabeza de la revolucion francesa como en otro tiempo Enrique III se puso á la cabeza de la Liga. Vuestros generales son mis oficiales; vuestros guardias nacionales son mis soldados; vuestros magistrados mis legisladores. En vez de impulsarme, seguidme si podeis. La grandeza de mi comportamiento os dará á conocer que soy el Rey de Francia, el sucesor de Carlo-Magno.»

—Tiene razon, dijo tristemente el Rey.

—¡Oh! señor, esclamó la Reina; por piedad no escucheis á ese hombre; ese hombre es vuestro mayor enemigo!

—Señora, dijo Gilberto, el Rey os dirá lo que piensa de mis palabras.

—Pienso, caballero, que sois la única persona que hasta aqui se ha atrevido á decirme la verdad.

—¡La verdad! esclamó la Reina, ¡oh! qué decís, ¡Dios mio!

—Sí, señora, la verdad, prosiguió Gilberto; la verdad es en estos momentos la única luz que puede iluminar el abismo que amenaza devorar el Trono y la monarquía.

Y al decir estas palabras, Gilberto se inclinó humildemente delante de Maria Antonieta.

IV.

Decision.

Por la primera vez, la reina pareció profundamente conmovida. Era esto por raciocinio, ó por la humildad del doctor?

Por otra parte el rey se habia levantado con ademan resuelto, y pensaba en la ejecucion del consejo de Gilberto.

Sin embargo, á causa de la costumbre que tenia de no hacer nada sin consultarlo con la reina,

—Señora, le dijo; vos lo aprobais?

—Preciso es que así sea, contestó Maria Antonieta.

— Yo no quiero que os sometais, dijo el rey con impaciencia.

—Pues qué es lo que quereis?

—Os pido un asentimiento por conviccion que fortifique la mia.

—Me pedís una conviccion?

—Sí.

—Si no es mas que eso, podeis creer que estoy convencida, señor.

—De qué?

—De que ha llegado el momento que vá á hacer de la monarquía el Estado mas desgraciado y envilecido que ha existido en el mundo.

—Oh! esclamó el rey; sin duda que exagerais. Desgraciado, sí; pero envilecido, no puede ser.

—Señor, vuestros abuelos os han legado una bien triste herencia, dijo melancólicamente María Antonieta.

—Sí, dijo Luis XVI, una herencia de que tengo el dolor de haceros partícipe, señora.

—Permitidme, señora, dijo Gilberto, que se dolia en el fondo de su corazon de la cruel desgracia de aquellos soberanos; no creoque haya motivo para que V. M. vea un porvenir tan espantoso como parece suponer. Concluye una monarquía despótica, y empieza un

imperio constitucional.

—Caballero, dijo el rey; y me creeis el hombre capaz de fundar semejante imperio en la Francia?

—Y por qué no? dijo la reina algo repuesta por las palabras de Gilberto?

—Señora, respondió el rey; yo soy un hombre prudente y de buen corazon. Yo veo distintamente las cosas, y no procuro hacerme ilusiones; y sé precisamente todo lo que no se necesita saber para administrar este pais. Desde el dia en que me precipitaron desde lo alto de la inviolabilidad de los reyes absolutos; desde el dia en que han dejado en mi, al descubierto, al hombre sencillo, he perdido toda esa fuerza facticia, que bastaba para el gobierno de la Francia, pues seguramente Luis XII, Luis XIV y Luis XV se sostuvieron, gracias á esa misma fuerza. Qué es lo que necesitan hoy los franceses? Un amo. Yo no me siento capaz de ser otra cosa que un padre. Qué necesitan los revolucionarios? Una espada. Yo no me siento con fuerza para herir.

—No os sentís con fuerza para herir? esclamó la reina; para herir á esas gentes que arrebatan la herencia de vuestros hijos y que desean romper sobre vuestra frente, uno tras otro, todos los florones de la corona de

Francia?

—Y qué contestaré yo? dijo Luis XVI con tranquilidad; responderé no? Suscitaré aun entre vosotros nuevas tempestades que anublen mi vida. Vos sabeis odiar, tanto mejor para vos. Sabeis ser injusta, y no os lo echo en cara; pues esa es una gran cualidad en los que mandan.

—Me creeis injusta con la revolucion? decid.

—Sí, á fé mia.

—Decís que sí?

—Si no fuéseis mas que una ciudadana cualquiera, querida Antonieta, no hablaríais de ese modo.

—Sí; pero no lo soy.

—Y precisamente por eso os escuso; pero esto no quiere decir que apruebe vuestras ideas. Señora, resignaos, hemos subido al trono de Francia en un momento de tormenta; necesitamos una gran fuerza para impulsar ese carro sangriento que llaman revolucion, y la fuerza nos falta.

—Tanto peor, esclamó María Antonieta, porque ese carro pasará sobre nuestros hijos.

—Ay! bien lo sé; pero nosotros no le impulsaremos.

—No; pero le haremos retroceder.

—Oh! esclamó Gilberto, cuidado señora, pues al retroceder no podrá menos de cogeros bajo sus ruedas.

—Caballero, dijo la reina con impaciencia, veo que llevais demasiado adelante la franqueza de vuestros consejos.

—Me callaré, señora.

—Oh! dejadle hablar, esclamó el rey; lo que os anuncia, si no lo ha leido en la multitud de folletos que lo dicen hace ocho dias, es porque no ha querido leerlo. Hacedle al menos la justicia de que no hay amargura en la verdad de sus palabras.

Maria Antonieta se calló.

Y despues dando un doloroso suspiro,

—Yo reasumiré, ó mas bien repetiré lo que he dicho. Ir á París de esa manera, es sancionar lo hecho.

—Sí, dijo el rey, ya lo sé.

—Es humillarse, es renegar de vuestro ejército que se prepara á defenderos.

—Es evitar que se derrame la sangre francesa, dijo el doctor.

—Es declarar para de hoy en adelante que el motin y la violencia podrán dar á la voluntad del rey la direccion que convenga á los asesinos y á los traidores.

—Señora, creo que habeis tenido la bondad de confesar hace un momento que habia

tenido la dicha de convenceros.

—Sí, hace poco, lo confieso; se alzó delante de mis ojos un estremo del velo. Ahora, caballero, he vuelto á cegar, como decís, y quiero mejor ver dentro de mí misma los resplandores á que me ha acostumbrado la educacion, la tradicion y la historia; quiero mejor contemplarme siempre reina, que creerme una mala madre para ese pueblo que me ultraja y que me odia.

—Antonieta! Antonieta! dijo Luis XVI asustado de la repentina palidez que se habia difundido por las megillas de la reina, y que no era otra cosa que un presagio de una violenta esplosion de cólera.

—Oh! no! no! yo hablaré, esclamó la reina.

—Tened cuidado, señora.

Y con una mirada, el rey recordó á María Antonieta la presencia del doctor.

—Oh! esclamó la reina, ese caballero sabe ya todo lo que voy á decir; sabe todo lo que pienso, añadió con un amargo recuerdo por la escena que acababa de tener lugar entre ella y Gilberto; por qué pues me he de callar? Por otra parte, este caballero ha sido nuestro confidente, y no sé por qué le hemos de temer. Señor, sé que os impulsan, que os arrastran del modo que pudieran hacerlo con

una desgraciada princesa de una de mis queridas baladas alemanas. Adonde vais, no sé; pero vais seguramente á un punto de que no volvereis jamás.

—Oh! no, señora, voy á Paris y nada mas, respondió Luis XVI.

Maria Antonieta se encogió de hombros.

—Me teneis por una loca! dijo con una voz trémula de cólera. Vais á Paris; muy bien; pero quien os dice que Paris no es un precipicio, que yo no veo pero que adivino. No seria posible que en medio del tumulto que escitará vuestra llegada perdais la vida? Quién podrá decir de dónde viene la bala perdida? Quién sabe entre mil manos amenazadoras la que ha impulsado el puñal?

—Oh! en cuanto á eso, señora, nada temais; mi pueblo me ama, esclamó el rey.

—Oh! no digais eso; pues me causais lástima. Os aman; y matan y degüellan á los que os representan sobre la tierra. El gobernador de la Bastilla era vuestro representante, era la imágen del rey. Creedme, pues no exagéro; si han muerto á Launay, á ese valiente y leal servidor, lo mismo hubieran hecho con vos si os hubiéseis hallado allí, y aun mas fácilmente; pue os conocen y saben que en vez de defenderos les

hubiérais descubierto vuestro pecho.

—Acabad, dijo el rey.

—Creia haber concluido ya.

—Y me matarán?

—Sí, señor.

—Y qué?

—Pues, y mis hijos? esclamó la reina.

Gilberto creyó que ya era tiempo de intervenir en la conversacion.

—Señora, dijo; el rey será tan respetado en París y su presencia causará tal alegría, que si algun temor tengo no es por el rey, sino por los fanáticos, que serán capaces de dejarse aplastar bajo los pies de sus caballos como faquires indios bajo las ruedas del carro de su ídolo.

—Oh! caballero, caballero, esclamó María Antonieta.

—Esa marcha á París, será un triunfo, señor.

—Pero, señor, vos, nada decís?

—Es que yo me adhiero á la opinion del doctor.

—Y ya estais impaciente por gozar de ese triunfo, no es cierto? esclamó la reina.

—Sí así es, el rey tendria razon; y esa impaciencia probaria el sano criterio con que S. M. juzga á los hombres y á las cosas. Cuanto mas se apresure V. M. mayor será su

triunfo.

—Lo creeis asi, caballero?...

—Estoy seguro de ello; y el rey si tarda puede perder todas las ventajas de la espontaneidad. Además, pueden tomar la iniciativa en una demanda que cambiaria á los ojos de los parisienses la posicion de S. M., y le haria en cierto modo aparecer como que obedecia una órden.

—Ya lo oís, el doctor lo confiensa, os imponen la ley. Oh, señor! lo veis?

—El doctor no dice que hayan mandado.

—Paciencia, paciencia! perded el tiempo, señor, y llegará ese momento.

Gilberto contrajo lijeramente sus lábios con un movimiento de impaciencia que la reina sorprendió con la misma velocidad que habia cruzado por ellos.

—Qué es lo que he dicho? murmuró. Pobre loca! he hablado en contra mia.

—En qué, señora? preguntó el rey.

—En que por medio de un plazo os harian perder las ventajas de vuestra iniciativa, y á pesar de eso me veo en la precision de pediros un plazo.

—Ah! señora, pedid todo cuanto querais menos eso.

—Antonieta, dijo el rey sacudiendo la cabeza, habeis jurado perderme?

—Oh, señor! esclamó la reina en tono de reconvencion, que puso al descubierto toda la angustia de su corazon; podeis hablar de esa manera?

—Pues entonces, por qué os obstinais en retardar mi viaje? preguntó el rey.

—Tened presente, señora, que en semejantes circunstancias la oportunidad es el todo. Pensad en el valor que tienen las horas que pasan en semejante coyuntura, cuando todo un pueblo las cuenta á medida que van pasando.

—Por hoy no, caballero Gilberto. Mañana, señor, mañana. Concededme este plazo y os juro que no me opondré á ese viaje.

—Un dia perdido! esclamó el rey.

—Veinte y cuatro horas, que son hoy un siglo; pensad bien en ello, señora.

—Es preciso, dijo la reina con acento suplicante.

—Dadnos al menos una razon, dijo el rey.

—La única que puedo daros es mi desesperacion, señor; mis lágrimas.

—Pero de aquí á mañana, quién puede decir lo que sucederá? dijo el rey profundamente conmovido con la desesperacion de la reina.

—Y qué puede suceder? preguntó la reina dirigiendo al rey una mirada suplicante.

—Oh! esclamó Gilberto, en París, nada absolutamente. La menor esperanza le hara esperar hasta mañana; pero...

—Pero aquí es donde está el peligro, no es cierto? dijo el rey.

—Sí, señor, aquí.

—La Asamblea.....

Gilberto hizo con la cabeza una señal afirmativa.

—La Asamblea, continuó el rey, que con hombres como Mr. Monnier, Mr. Mirabeau y Mr. Sieyes, es capaz de enviarme un mensage que me quite todas las ventajas de mi buena voluntad.

—Pues bien; entonces, esclamó la reina con un sombrío furor, tanto mejor; pues conservareis así vuestra dignidad de rey no yendo á París, y será preciso sostener la guerra! La arrostraremos, y si es presiso morir aquí, moriremos: pero moriremos con dignidad y como corresponde á personas de nuestro rango; como reyes, como señores y como cristianos que confian en Dios, de quien han recibido la corona!

Y al ver aquella exaltacion febril de la reina, Luis XVI comprendió que por el momento era menester ceder.

Hizo á Gilberto una seña, y adelantándose hácia Maria Antonieta, la tomó la mano di-

ciéndola:

—Tranquilizaos, señora, todo se hará como deseais. Bien sabeis, querida esposa, que sacrificaria mi vida por no desagradaros, pues conozco demasiado lo que merece una muger de vuestro mérito y de vuestras virtudes.

Y Luis XVI apoyó estas palabras con una espresion de indecible nobleza, vindicando á la reina de todas las calumnias, y esto ante un testigo capaz de referir todo cuanto habia visto y oido.

Este rasgo de delicadeza conmovió profundamente á Maria Antonieta, que estrechando entre las suyas la mano que le presentaba el rey,

—Pues bien, señor, dijo; hasta mañana; no os exigiré mas plazo; pero este concedédmelo; os lo pido postrada á vuestros pies: mañana á la hora que mejor os parezca, os lo juro, saldreis de Paris sin que me oponga á vuestra partida.

—Cuidado, señora, que el doctor es testigo; dijo el rey sonriendo.

—Señor, nunca he faltado á mi palabra; replicó la reina.

—Ya lo sé; pero no puedo menos de confesar una cosa.

—Qué?

—Que no alcanzo á comprender el que viéndoos resignada á dejarme marchar, me pidais esas veinte y cuatro horas de término. Esperais noticias de Paris, de Alemania?..... Se trata de....

—No me hagais preguntas, señor.

El rey era en estremo curioso.

—Se trata, continuó, de la llegada de tropas, de algun refuerzo, de alguna combinacion política?

—Señor! esclamó la reina en tono de reconvencion.

—Se trata....

—No se trata de nada, señor.

—Entonces es un secreto.

—Eso es, un secreto y nada mas.

—Caprichos de muger, no es cierto?

—Como gusteis, capricho.

—Oh! suprema ley del bello sexo!

—Es verdad. Y por qué no habia de suceder lo mismo en la política que en la filosofía? por qué no se ha de permitir á los reyes erigir sus caprichos políticos en leyes supremas?

—Todo llegará con el tiempo. En cuanto á mí, ya lo hago, dijo el rey en tono festivo. Conque hasta mañana.

—Hasta mañana, respondió tristemente la reina.

—Os quedais con mi doctor, señora? preguntó el rey.

—Oh! no, dijo la reina con una precipitacion que hizo sonreir á Gilberto.

—Entonces me lo llevo.

Gilberto se inclinó por tercera vez ante Maria Antonieta, quien esta vez le devolvió su saludo mas bien como muger que como reina.

En seguida el rey se encaminó hácia la puerta seguido del doctor.

—Me parece, dijo Luis XVI al atravesar la galería, que estais bien con la reina, señor Gilberto.

—Señor, esa es una honra de que soy deudor á V. M.

—Viva el rey! gritaron los cortesanos que inundaban ya la antecámara.

—Viva el rey! contestaron en el patio una infinidad de oficiales y soldados que se agolpaban á las puertas del palacio.

Aquellas aclamaciones se prolongaron por un gran rato, produciendo en el corazon de Luis una alegría que tal vez nunca habia esperimentado.

En cuanto á la reina, sentada en el mismo sillon en que habia pasado tan crueles momentos, así que oyó los gritos de entusiasmo y de cariño que acojian al rey por todas par-

tes, y que se perdian á lo lejos bajo los pórticos,

—Viva el rey! gritó tambien. Oh! sí, viva el rey, á pesar de ese infame París; cenagal inmundo, abismo sangriento, no conseguirás arrastrar en tus profundidades a esa desgraciada víctima. Yo la arrancaré de tus entrañas; yo misma, con este brazo; brazo débil que te amenaza en este momento y te entrega á la execracion del mundo y á la venganza de Dios!

Y diciendo estas palabras con una espresion de ódio que hubiera aterrado á los mas entusiasmados partidarios de la revolucion, si hubieran podido verla y oirla, la reina estendió hácia París su débil mano que resplandecia bajo los encages como una espada al salir de su vaina.

En seguida llamó á Mme. Campam, que era la muger de mas confianza de las de su servidumbre, y se encerró con ella en su gabinete, cuya entrada prohibió para todo el mundo.

V.

La cota de malla.

Al dia siguiente se alzó, brillante y puro como la víspera, un sol resplandeciente que doraba los mármoles y las arenas de Versalles.

Los pájaros agrupados, sobre los primeros árboles de los jardines, saludaban con sus trinos el nuevo dia de calor y alegría prometido á sus amores.

La reina se levantó á las cinco de la mañana y mandó rogar al rey que fuese á verle en cuanto se vistiese.

Luis XVI, algo fatigado por la recepcion

de una diputacion de la Asamblea, que habia llegado el dia anterior, y á la que se habia visto precisado á responder, durmió algo mas tiempo del que acostumbraba, para reparar aquella fatiga, y para que no pudiese decirse que perdia nada en él su naturaleza.

Apenas se vistió, le pasaron el recado de la reina al tiempo de ceñirse la espada, lo que le hizo arrugar ligeramente el entrecejo.

—Pues qué, dijo, se ha levantado ya la reina?

—Hace ya mucho tiempo, señor.

—Está mala?

—No, señor.

—Y qué es lo que quiere de mí la reina á estas horas?

—S. M. no ha dicho nada mas.

El rey tomó un ligero desayuno, compuesto de caldo con un poco de vino, y pasó al cuarto de María Antonieta.

Encontró á la reina ataviada completamente como en un dia de ceremonia, hermosa, pálida, de aspecto imponente. Acogió á su esposo con una débil sonrisa, que brillaba como un rayo de sol de invierno. En las recepciones solemnes de la córte, era preciso entonces enviar un rayo de sol á la mul-

titud.

El rey no comprendió toda la tristeza que encerraba aquella sonrisa y aquella mirada, y se ocupaba únicamente de una sola cosa; de la probable oposicion que iba á hacerle María Antonieta al proyecto convenido el dia antes.

—Algun nuevo capricho, dijo para sí.

Y ese fué el motivo que le hizo arrugar el entrecejo.

La reina, con sus primeas frases, le confirmó en su su opinion.

—Señor, le dijo, desde ayer he reflexionado mucho.

—Vamos, esto es, esclamó el rey.

—Despedid, os suplico, á todos los que no sean de vuestra confianza.

El rey, aunque con disgusto, dió órden á sus oficiales que se alejasen.

Una sola de las doncellas de la reina se quedó allí, que era Mme. de Campan.

Entonces la reina, apoyando sus dos lindas manos sobre el brazo del rey,

—Qué! estais ya enteramente vestido? mal hecho!

—Mal hecho? pues cómo?

—No os quise dar á entender eso, sino que viniéseis en bata, y os veo con casaca y espada.

El rey la miró sorprendido.

Aquel capricho de la reina despertaba en él una infinidad de ideas estrañas, cuya novedad hacia resaltar mas la inverosimilitud.

Así es, que su primer movimiento fué de desconfianza y de inquietud.

—Qué teneis? dijo la reina; pretendeis, por ventura, retrasar ó impedir lo que ayer hemos convenido?

—De ninguna manera, señor.

—Os lo ruego, señora; pues es un asunto demasiado sério. Debo y quiero ir á París, y no puedo menos de hacerlo. Ya está todo dispuesto y designadas desde ayer las personas que me han de acompañar.

—Señor, yo no me opongo; pero...

—Pensad, dijo el rey animándose por grados para infundirse valor, pensad en que la noticia de mi viaje ha debido llegar ya á oidos de los parisienses, que se hallan preparados y que esperan; pensad en que los sentimientos favorables que este viaje ha producido en todos los ánimos, pueden cambiarse en una hostilidad funesta. Pensad, en fin....

—Pero señor, si yo no hago la mas leve objecion á todo lo que me haceis el honor de decirme; me resigné á todo ayer, y hoy me hallo tambien resignada.

—Entonces, señora, á qué vienen esos

preámbulos?

—No los he usado.

—Bien, perdonad; pero qué significan esas preguntas respecto á mi trage y acerca de mis proyectos?

—Sobre el trage, en buen hora, repuso la reina procurando hacer renacer una sonrisa que á fuerza de desvanerse se iba haciendo fúnebre.

—Y qué es lo que quereis decirme sobre mi trage?

—Quisiera, señor, que os quitáseis la casaca.

—No os parece conveniente? Es una casaca de seda de color de violeta. Los parisienses están habituados á verme vestido de este modo, y les agrada ver en mí este color, sobre el cual, sienta además muy bien un cordon azul. Vos misma me lo habeis dicho muchas veces.

—No tengo, señor, ninguna objecion que hacer respecto al color.

—Entonces...

—Sino contra el forro,

—Verdaderamente que me volveis loco con esa sonrisa; el forro... os chanceais...

—Yo no me chanceo, señor.

—Bien; ahora examinais mi chupa; os disgusta tambien? Tafetan blanco y plata, con

una guarnicion que vos misma habeis bordado.

—Tampoco tengo nada que decir contra la chupa.

—Sois muy singular; es la chorrera, es la camisa bordada lo que os dá que hacer? y qué, no debo presentarme con el mejor trage a mi buena ciudad de París?

Una amarga sonrisa contrajo los lábios de la reina y el inferior sobre todo que tanto se le criticaba á la Austriaca se engrosó adelantándose como si se hallase impregnado de todos los venenos del ódio y de la cólera.

—No, dijo, no os echo en cara vuestro trage, sino el forro.

—El forro de mi camisa bordada! esplicaos por fin.

—Está bien; me esplicaré: el rey aborrecido, insoportable, que va arrojarse en medio de setecientos mil parisienses embriagados con sus triunfos y con sus ideas revolucionarias; el rey no es un principe de la edad media, y sin embargo, deberia hacer hoy su entrada en París, bajo una buena coraza de hierro; bajo un casco de buen acero de Milan; deberia tomar tales precauciones que ni una bala ni una flecha, ni una piedra, ni un puñal puedan hallar el camino de su pecho.

—Es cierto en el fondo, dijo Luis XVI pen-

sativo; pero, amiga mia, como no me llamo ni Cárlos VIII ni Francisco I ni Enrique IV; como la monarquía de hoy dia está desnuda bajo los terciopelos y la seda, iré desnudo bajo mi trage de seda, ó por mejor decir, iré con un blanco que podrá guiar á las balas; tengo la placa de las órdenes sobre el corazon.

La reina exhaló un ahogado gemido.

—Señor, dijo, empezamos á comprendernos, vais á ver como vuestra esposa no se chancea.

E hizo una señal á Mme. Campan que se hallaba en el fondo de la habitacion.

Sacó esta de un cajon de un guardaropa un objeto de forma ancha, aplanada y oblonga oculto bajo una cubierta de seda.

—Señor, dijo la reina, el corazon del rey pertenece, lo primero á la Francia, es cierto; pero tambien pertenece á su muger y á sus hijos. No quiero que su corazon se esponga á las balas enemigas, y he tomado mis precauciones para salvar de todo peligro á mi esposo, á mi rey, al padre de mis hijos.

Y mientras hablaba así sacó bajo la cubierta de seda que le envolvia un chaleco de finas mallas de acero, enlazadas con tal arte, que se hubiera creido un tegido árabe;

pues hasta ese punto la trama imitaba el moaré; teniendo toda la delicadeza y elasticidad de los tejidos.

—Y qué es eso? dijo el rey.

—Mirad, señor.

—Un chaleco á lo que parece.

—Justamente.

—Un chaleco cerrado hasta el cuello.

—Con un pequeño cuello destinado á servir de forro á la corbata.

El rey tomó en sus manos el chaleco y lo examinó con la mas escrupulosa atencion.

La reina se llenó de alegría al ver la complaciente curiosidad de Luis XVI.

Parecia que este se complacia en contar una á una las mallas de aquel maravilloso ensamble que ondulaba entre sus dedos con la maleabilidad de un tejido de lana.

—Es admirable.

—No es cierto, señor?

—Es un trabajo milagroso.

—No es verdad que sí?

—Y no puedo adivinar cómo os habeis podido procurar esta maravilla.

—La compré ayer á un hombre que me la habia ofrecido hace mucho tiempo para el caso en que saliéseis á campaña.

—Es admirable! prodigioso! esclamó el rey

examinándole nuevamente.

—Y os debe sentar como si os lo hubiera hecho vuestro sastre.

—Lo creeis así?

—Probáoslo.

El rey, sin decir una palabra, se quito su casaca.

La reina temblaba de alegría y ella misma ayudó á Luis XVI á quitarse las condecoraciones. Mme. Campan le acabó de desnudar.

Cualquiera que en aquel momento hubiese podido ver la fisonomía de la reina, la hubiera visto iluminada por uno de esos resplandores de triunfo que refleja la suprema felicidad.

El rey se dejó quitar la corbata, bajo la cual las manos delicadas de la reina introdujeron el cuello de la cota.

Despues la misma María Antonieta cerró los broches de aquella cota que ajustaba perfectamente al cuerpo y que estaba forrada de un fino almohadillado que servia para impedir la presion del acero sobre la carne.

Esta cota bajaba mas que una coraza y defendia todo el cuerpo.

Colocada sobre ella la camisa y la chupa la cubrian perfectamente sin aumentar en mas de una linea el espesor del cuerpo, per-

mitiendo además, ejecutar todos los movimientos sin ninguna incomodidad,

—Pesa mucho? dijo la reina.

—No.

—Veis, rey mio, qué cosa mas maravillosa? dijo la reina dando palmadas de júbilo, á Mme. Campan que acababa de abrochar los botones de las mangas del rey.

Mme. Campan manifestó su alegria poco mas ó menos lo mismo que la reina.

—He salvado á mi rey! continuó María Antonieta. Esta coraza invisible es una obra de genio: ensayadla,colocadla sobre una mesa y probad á pasarla con un puñal, con una bala, probadla!

—Oh! esclamó el rey con acento de duda.

—Sí, ensayadla, repitió la reina llena de entusiasmo.

—Lo haria de muy buena gana, aunque no fuese mas que por curiosidad.

—Pero no, no lo hagais, es inútil.

—Inútil que os pruebe la escelencia de vuestra maravilla!

—Ah! así son todos los hombres! creeis que hubiese yo confiado en la palabra de un indiferente, tal vez, cuando se trataba de la vida de mi esposo, de la salvacion de la Francia?

—Sin embargo, eso creo que es lo que po-

deis haber hecho, Antonieta.

La reina meneó la cabeza con una encantadora obstinacion.

—Preguntad, dijo señalando á Mme. Campan; preguntad á esta buena señora lo que hemos hecho esta mañana.

—El qué? Dios, mio, preguntó el rey lleno de una viva curiosidad.

—Esta mañana, ó por mejor decir, esta noche, hicimos retirar á toda la servidumbre y nos encerramos en la habitacion de Mme. Campan que está muy retirada. Nos aseguramos de que nadie podia sorprendernos antes de que hubiésemos llevado á cabo nuestro proyecto...

—Dios mio! verdaderamente me poneis en cuidado! qué designios podian tener esas dos nuevas Judith?

—Judith hizo menos que nosotras, dijo la reina; sobre todo, menos ruido, y sin esto, la comparacion no podia ser mas exacta. Campan llevaba el saco que encerraba la cota, yo llevaba un largo cuchillo de caza aleman, de mi padre, que tantos jabalíes ha muerto.

—Judith! esclamó el rey riendo.

—Oh! Judith no tenia esta pesada pistola que he cogido ya de entre vuestras armas, y que he mandado cargar á Weber.

—Una pistola!

—Sí, una pistola. Era cosa digna de verse la escena que presentábamos, de noche, llenas de miedo, temblando al menor ruido, huyendo el encontrarnos con las gentes del servicio y escurriéndonos como dos ratones por los desiertos corredores.

Campan cerró tres puertas y atrancó la última. Colocamos la cota sobre un maniquí que sirve para colgar mis vestidos, y con una mano firme, os lo aseguro, descargué una puñalada sobre las mallas de acero. La hoja del arma se encorvó, saltó de entre mis manos y fué á clavarse en el suelo con gran admiracion nuestra.

—Oh! esclamó el rey.

—Esperad un momento.

—Y no se agujereó? preguntó Luis XVI.

—Esperad, os lo suplico. Mme. Campan recogió el cuchillo y me dijo: «Vos sois muy débil, señora, y vuestra mano ha temblado tal vez; yo, que soy mas fuerte, voy á probar.» Y levantando el cuchillo, descargó tan violento golpe, que la pobre hoja se hizo pedazos sobre las mallas. Aquí teneis los pedazos, señor, quiero que os hagais un puñal con lo que ha quedado.

—Oh! pero eso es fabuloso! dijo el rey; y ni una rotura?

—Un ligero arañazo en la capa superior del tejido y tiene tres capas.

—Desearia verlo.

—Ahora mismo.

Y diciendo esto, la reina se puso á desnudarle con maravillosa ligereza, para que pudiese admirar su idea y sus altos hechos de armas.

—Aquí hay una pequeña depresion, se me figura.

—Esa fué la bala de pistola.

—Pues qué, habeis descargado la pistola?

—Y ved aquí la bala aplastada y negra aun. Creeis ahora que vuestra existencia está en seguridad?

—Sois un ángel tutelar; dijo el rey, que se puso á desabrochar lentamente la cota para ver mejor la huella de la puñalada y del balazo.

—Juzgad de mi susto, querido rey, cuando tuve que hacer fuego sobre la coraza. Y no era por ese espantoso ruido, que sin embargo me causa tanto miedo; si no que me parecia que haciendo fuego sobre la cota, haria fuego contra vos y temia heriros; temia ver un agujero en las mallas, y entonces, todo mi trabajo, toda miesperanza habia concluido.

—Querida esposa! dijo Luis XVI acabándose de desabrochar la cota y colocándola sobre una mesa.

—Pero que haceis? preguntó la reina.

Y cojió la cota presentándola segunda vez al rey.

Pero este, con una sonrisa llena de gracia y de nobleza,

—No, la dijo, gracias.

—Qué, no quereis ponérosla?

—No.

—Pero pensad, señor.

—Señor! esclamó Mme. Campan en tono suplicante.

—Pero advertid que esta es vuestra salvacion, vuestra vida.

—Tal vez sea así, dijo el rey.

—Pero os negais á ponérosla?

—Sí.

—Os matarán!...

—Querida mia, cuando los nobles salen á campaña, en el siglo XVII, se visten de paño con casaca y camisa, y este trage es el destinado á las balas: cuando van al campo del honor, cubren únicamente su pecho con la camisa, y este trage es el que usan para defenderse de la espada. Yo soy el primer noble de mi reino y no haré ni mas ni menos que mis compañeros, y aun hay mas, cuando

ellos llevan el peto de paño, yo no debo llevar mas que seda. Gracias, querida esposa, gracias, mi buena reina, gracias.

—Ah! esclamó la reina entusiasmada y desesperada á la vez: por qué no le oye ahora el ejército?

El rey acabó de vestirse tranquilamente sin parecer comprender él mismo el acto de heroismo que acababa de hacer.

—Oh! murmuró la reina, la monarquía que acude al orgullo en semejantes momentos, es una monarquía perdida!

VI.

La marcha.

En cuánto salió el rey de la habitacion de la reina, se halló rodeado de todos los oficiales y de todas las personas de su servidumbre, que habian sido designadas por él para acompañarle á París.

Eran estos Mr. de Beauvau, de Villeroy, de Nesle y de Estaing.

Gilberto esperó confundido entre la multitud á que Luis XVI le viese, aunque no fuese mas que para dirigirle una mirada al pasar.

Era visible que toda aquella gente estaba allí en duda, y que no podian creer en que el rey persistiese en su resolucion.

—Despues del desayuno, dijo Luis XIV, partiremos.

Y en seguida divisando á Gilberto,

—Aquí estais, doctor, continuó, perfectamente, ya sabreis que os llevo conmigo.

—Estoy á vuestras órdenes, señor.

El rey pasó á su despacho, donde trabajó dos horas.

En seguida oyó misa con toda su servidumbre, y á eso de las nueve se sentó en la mesa.

El almuerzo se hizo con el ceremonial de costumbre, y la reina, que se presentó despues de la misa con los ojos encendidos é hinchados, quiso, aunque sin tomar nada, asistir al almuerzo del rey, para estar á su lado el mas tiempo posible.

La reina llevó consigo á sus dos hijos, que conmovidos sin duda por los consejos maternales, dirigian sus inquietas miradas desde el rostro de su padre al de los oficiales y de los guardias,

De vez en cuando enjugaban una lágrima que se asomaba entre sus pestañas, y este espectáculo movia á compasion á unos, llenaba de cólera á otros y de dolor á todos.

El rey comió estóicamente, habló muchas veces á Gilberto sin mirarle, y casi constantemente con la reina, manifestando una gran emocion.

Por último, dió instrucciones á sus capitanes.

Acababa apenas de levantarse de la mesa, cuando vinieron á anunciarle, que una espesa columna de hombres que venian por el camino de Paris, se divisaba á la estremidad de la gran calle de árboles que conducia á la plaza de armas.

En el mismo momento, oficiales y guardias se lanzaron fuera de la habitacion.

El rey levantó la cabeza y miró á Gilberto; pero viendo que este se sonreia, se volvió a sentar tranquilamente.

La reina palideció y se inclinó hácia Mr. de Beauvau para suplicarle que fuese á tomar informes.

Mr. de Beauvau salió precipitadamente.

La reina se adelantó hácia la ventana.

Cinco minutos despues entró Mr. de Beauvau.

—Señor, dijo, son los guardias nacionales de París, que al haber sabido ayer el designio de V. M. de ir á ver á los parisienses, se han reunido en número de unos diez mil, para salir á recibiros; y viendo que tardábais

han llegado hasta Versalles.

—Y qué intenciones parece que tienen? preguntó el rey.

—Las mejores del mundo, contestó Mr de Beauvau.

—No importa, dijo la reina, cerrad las verjas.

—No hagais tal, dijo el rey, y basta con que las puertas de palacio queden cerradas.

La reina frunció las cejas y lanzó una mirada á Gilberto.

Este esperaba aquella mirada de la reina, pues la mitad de su prediccion se habia cumplido; habia prometido la llegada de veinte mil hombres, y ya se habian presentado diez mil.

El rey se volvió hácia Mr. de Beauvau.

—Cuidad, le dijo, de que se dé un buen refresco á esas gentes.

Mr. de Beauvau volvió á salir y trasmitió á los sumilleres las órdenes del rey.

Despues volvió á subir.

—Y bien, dijo el rey.

—Señor, vuestros parisienses están en una viva discusion con los guardias.

—Discusion! esclamó el rey.

—Oh! de pura cortesanía. Como han sabido que el rey debe salir dentro de dos ho-

ras, quieren esperarse y marchar detrás del carruage de V. M.

—Pero supongo, dijo la reina, que habrán venido á pie.

—Sí, señora.

—Es que el rey lleva caballos en su carruage y camina de prisa, muy de prisa.

Estas palabras, acentuadas por la reina, querian decir:

—Poned alas á los caballos de S. M.

El rey hizo con la mano señal para detener la conversacion,

—Iré al paso, dijo.

La reina dejó escapar un suspiro que se asemejaba mucho á un grito de cólera.

—No es justo, añadió tranquilamente Luis XVI, que haga correr á esas pobres gentes que se han tomado tanto trabajo para honrarme. Iré al paso para que todo el mundo pueda seguirme.

La reunion manifestó su admiracion por medio de un murmullo de complacencia; pero al mismo tiempo se pintó en algunas fisonomías el reflejo de la desaprobacion que se veia en el semblante de la reina, por una bondad de alma que ella caracterizaba de debilidad.

En aquel momento se abrió una ventana

La reina se volvió admirada y vió á Gil-

berto que en calidad de médico usaba de su derecho abriendo la ventana para renovar el aire del comedor, impregnado del olor de los manjares y condensado por la respiracion de mas de cien personas.

El doctor se colocó detrás de los cristales de aquella ventana, y por ella subieron las voces de la multitud que se hallaba reunida en el patio.

—Qué es eso? preguntó el rey.

—Señor, contestó Gilberto, son los guardias nacionales que están al sol y que deben tener mucho calor.

—Por qué no los invitarán á que vengan á almorzar con el rey? dijo en voz baja á la reina uno de sus oficiales favoritos.

—Preciso será llevarlos á donde haga sombra; colocarlos en el patio de mármol bajo las galerias, y donde quiera que no haga calor, dijo el rey.

—Diez mil nombres en una galeria! esclamó la reina.

—Bien repartidos, ellos se acomodarán, dijo el rey.

—Repartidos! pero, señor, vais á enseñarles, dijo María Antonieta, el camino de vuestra alcoba!

Profecia terrible que debia realizarse en Versalles antes de tres meses.

—Traen á sus hijos con ellos, señora, dijo Gilberto.

—Sus hijos! dijo la reina.

—Si, señora; muchos de ellos vienen con sus hijos pequeños como si saliesen de paseo. Los llevan vestidos de guardias nacionales, pues á tal punto llega el entusiasmo por la nueva institucion.

La reina abrió la boca para hablar, pero en el mismo momento bajó la cabeza.

Habia estado á punto de dejar ver un sentimiento de ternura; pero el orgullo y el ódio la detuvieron.

Gilberto la miró con mucha atencion.

—Ah! esclamó el rey, pobres niños! cuando traen consigo á sus hijos, no pueden tener intenciones de hacer daño á un padre de familia, y es una razon mas para tratarlos bien.

Gilberto, moviendo suavemente la cabeza, pareció decir á la reina que habia guardado silencio:

—Hé ahí lo que vos hubiérais debido decir; yo os he presentado la ocasion; vuestras palabras hubieran sido repetidas, y hubiérais ganado dos años de popularidad.

La reina comprendió este mudo lenguage de Gilberto, y un vivo carmin coloreó sus megillas. Conoció su falta, y se escusó con un

sentimiento de orgullo que devolvió á Gilberto como una respuesta.

Entretanto Mr. de Beauvau cumplió con las órdenes del rey respecto á los guardias nacionales.

Oyéronse gritos de alegría y las bendiciones de aquella armada multitud admitida por órden del rey en el interior del palacio.

Las aclamaciones, las voces y los vivas subieron como en espesos torbellinos hasta los oidos de los augustos esposos, tranquilizandolos sobre las disposiciones de aquel París tan temido.

—Señor, dijo Mr. de Beauvau; qué órden de marcha dispone V. M.

—Y la discusion de la guardia nacional con mis oficiales?

—Oh, señor, ya está acababa: esas buenas gentes se creen tan dichosas, que dicen: «iremos donde nos lleven; el rey es nuestro, lo mismo que de los demás.»

Luis XVI miró á María Antonieta.

La reina contrajo su labio inferior con una irónica sonrisa.

—Decid á los guardias nacionales, dijo el rey, que irán en el puesto que ellos mismos se designen.

—V. M., dijo la reina, no olvidará que los

guardias tienen el indisputable derecho de escoltar el carruage.

Los oficiales viendo al rey indeciso, se aproximaron para apoyar á la reina.

—Teneis razon, dijo el rey. Bien, ya veremos.

Mr. de Beauvau y de Villeroy salieron para ocupar sus puestos y dar órdenes.

Entretanto el reloj de Versallles dió las diez.

—Vamos, dijo el rey, mañana trabajaré: estas buenas gentes no deben esperarme.

Y dichas estas palabras, se levantó.

Maria Antonieta se acercó al rey con los brazos abiertos; los niños se arrojaron llorando al cuello de su padre.

Luis XVI, enternecido, se esforzó cuanto pudo en sustraerse á sus brazos; pues quiso ocultar una emocion que no habria tardado en estallar.

La reina detuvo á todos los oficiales, cogiendo á unos del brazo y á otros de la espada.

—Señores! señores! decia.

Y con esta elocuente esclamacion les recomendaba al rey que acababa de bajar.

Todos pusieron su mano sobre su corazon y sobre la espada; la reina les dió gracias con una sonrisa.

Gilberto se quedó de los últimos.

—Caballero, le dijo la reina, vos sois quien ha aconsejado al rey este viaje; vos quien le ha hecho decidirse á desatender mis ruegos. Pensad en la terrible responsabilidad que habeis contraido con la madre y con la esposa.

—Lo sé, señora, respondió tranquilamente Gilberto.

—Y me devolvereis al rey sano y salvo?

—Sí, señora.

—Pensad en que me respondeis de él con vuestra cabeza.

Gilberto se inclinó ante la reina.

—Lo oís? Con vuestra cabeza, repitió Maria Antonieta en tono de amenaza y con toda la autoridad de una reina absoluta.

—Con mi cabeza, dijo el doctor; sí, señora, y esta garantía la miraria como de poco valor si creyera al rey amenazado; pero ya lo he dicho, señora, S. M. vá á un triunfo.

—Quiero tener noticias suyas á todas horas, dijo la reina.

—Las tendreis, señora, os lo juro.

—Podeis marcharos, caballero; oigo ya los tambores, y el rey vá á ponerse en camino.

Gilberto se inclinó, y desapareciendo por la escalera principal se halló con un

ayudante de campo que le buscaba de parte de S. M.

Se le mandó subir en un carruage que pertenecia á Mr. de Beauvau, gran maestro de ceremonias, no habiendo querido que se colocase en los carruages del rey antes de haber hecho sus pruebas de nobleza.

Gilberto se sonrió viéndose solo en el carruage adornado con armas, mientras que Mr. de Beauvau hacia caracolear á su caballo junto al del rey.

Despues se le ocurrió que era ridículo que él ocupase un carruage con corona y blasones.

Durábale aun este escrúpulo, cuando de entre la multitud de guardias nacionales que se agolpaba á los carruages oyó estas palabras de dos personas que le miraban con curiosidad:

—Ese es el príncipe de Beauvau.

—No, dijo su compañero, no es él.

—Sí, porque el carruage tiene las armas del príncipe.

—No importa, eso no significa nada.

—Sí, esas son sus armas, él será quien va dentro.

—Mr. de Beavau es un patriota? preguntó una muger.

—Uf! esclamó el guardia nacional.

Gilberto se sonrió.

—Pero te repito, prosiguió el guardia, que ese no es el príncipe. El príncipe es grueso, y ese es delgado; el príncipe lleva un uniforme de comandante de los guardias, y ese lleva un trage negro. Sin duda es su mayordomo.

Un murmullo de desagrado acogió á la persona de Gilberto desfigurada con este título poco halagüeño.

—No, por todos los diablos, gritó una voz sonora que hizo estremecer á Gilberto.

Era esta la voz de un hombre que con sus codos y sus puños se abrió paso hasta el carruage.

—No, continuó, este no es ese Mr. de Beauvau ni su mayordomo, es un valiente y famoso patriota, el mas famoso de los patriotas. Eh! señor Gilberto, qué haceis ahí en el coche del príncipe?

—Sois vos Billot? esclamó el doctor.

—Pardiez! no he querido desperdiciar esta ocasion, respondió el arrendatario.

—¿Y Pitou? preguntó Gilberto.

—No anda lejos. Pitou, acércate, vamos.

Y Pitou, despues de esta instancia, se deslizó ayudado de sus codos hasta Billot, y saludó con admiracion á Gilberto.

—Buenos dias, señor Gilberto, dijo.

—Buenos dias, Pitou, buenos dias amigo mio.

—Gilberto! Gilberto! quién es ese Gilberto? preguntó la multitud.

Gilberto se apeó del carruage, y apoyándose sobre el brazo de Billot, continuó su camino á pie.

Entonces le contó en pocas palabras la visita á Versalles, las buenas disposiciones del rey y de la familia real, y en pocos momentos hizo en aquel grupo tal propaganda de realismo, que encantadas aquellas buenas gentes y dispuestas á los buenos sentimientos, arrojaron un grito de viva el rey, grito que fué estendiéndose mas adelante hasta ensordecer á Luis XVI.

—Quiero ver al rey, dijo Billot entusiasmado; quiero verle de cerca; para eso he hecho este viaje, y deseo juzgarle por su rostro. Acerquémonos, señor Gilberto, quereis?

—Esperad un momento, pues creo que nos será muy fácil. Veo á un ayudante de campo de Mr. de Beauvau que busca á alguien.

En efecto, un ginete que llevaba su caballo con las mayores precauciones entre los grupos fatigados pero alegres, procuraba llegar hasta el carruage que habia abandonado Gil-

berto. Este le llamó.

—Buscais al doctor Gilberto? le dijo.

—Sí, señor, respondió el ayudante de campo.

—Pues yo soy.

—Mr. de Beauvau me manda llamaros de parte del rey. Estas palabras hicieron abrir desmesuradamente los ojos á Billot, y que se echase á un lado la multitnd. Gilberto se adelantó seguido de Billot y de Pitou, tras del ginete, que repetia:

—Señores, paso! en nombre del rey.

Pronto llegó Gilberto hasta el carruage real, que marchaba al paso de los bueyes de los tiempos merovilianos.

Empujados de un lado y de otro y siguiendo siempre al ayudante de Mr. de Beauvau, Gilberto, Billot, y Pitou llegaron por fin al lado del carruage en que el Rey, acompañado de Mr. de Estaing y de Mr. de Villequier, se adelantaba lentamente por medio de una muchedumbre que iba siempre en aumento.

Espectáculo curioso, increible y que se veia por la vez primera. Todos los guardias nacionales del campo, soldados improvisados, acudian con gritos de alegria al camino por donde iba el Rey, saludándole con sus bendiciones, procurando hacerse notar, y en

vez de volver á su casa, tomando puesto entre la comitiva.

¿Y por qué? Nadie podria decirlo. ¿Obedecian al instinto? Habian ya visto y querian volver á ver á aquel Rey tan querido.

Porque es preciso confesarlo; en aquella época Luis XVI era un Rey adorado, á quien los franceses hubieran levantado altares si no hubiese sido por el profundo desprecio que Mr. de Voltaire habia inspirado á la Francia por los altares.

Luis XVI no los tuvo, pero fué únicamente porque los espíritus fuertes le querian demasiado en aquella época para hacerle sufrir semejante humillacion.

El Rey divisó á Gilberto apoyado en el brazo de Billot, detrás de los cuales iba Pitou arrastrando su enorme sable.

—Ola! doctor, qué buen tiempo y qué buen pueblo.

—Ya lo veis, señor, respondió Gilberto.

Y despues aproximándose al Rey,

—¿Qué es lo que os habia prometido? dijo.

—Sí caballero; y habeis cumplido dignamente vuestra palabra.

El Rey levantó la cabeza y con intencion de ser oido;

—Muy despacio caminamos, dijo, pero me parece que vamos aun demasiado de prisa para lo que hay que ver hoy.

—Señor, dijo Mr. de Beauvau, debeis advertir que al paso que vamos tardamos tres horas por legua y es dificil andar mas despacio.

En efecto, los caballos se detenian á cada momento para dar lugar á los discursos de los que iban llegando y á las respuestas que el Rey tenia que dar; los guardias nacionales *fraternizaban* con los guardias de Corps de S. M.

—Ah! decia Gilberto, que como filósofo contemplaba este curioso espectáculo; si fraternizan ahora con los guardias de Corps, es porque antes de ser amigos eran enemigos.

—Decid, señor Gilberto; esclamó Billot á media voz, he mirado y he escuchado con mucha atencion al Rey, y se me figura que es todo un hombre de bien.

Y el entusiasmo de Billot lo hizo acentuar estas palabras de tal manera que el Rey y todo el estado mayor pudieron oirlas.

Estos úitimos se echaron á reir.

El Rey se sonrió tambien y despues con un movimiento de cabeza:

—Ese es, dijo, un elogio de mi agrado.

Estas palabras fueron pronunciadas en tono bastante alto para que Billot las pudiese oir.

—Teneis razon, señor, pues no lo hago de todo el mundo, replicó Billot entrando directamente en conversacion con su Rey como Michaud con Enrique IV.

—Eso me halaga mucho, dijo el Rey muy apurado, no sabiendo cómo hacer para conservar la dignidad de Rey hablando como buen patriota.

Ay! el pobre principe no se hallaba aun acostumbrado á llamarse Rey de los franceses!

Creia llamarse todavía Rey de Francia.

Billot lleno de alegria no se tomó el trabajo de reflexionar si Luis XVI, bajo el punto de vista filosófico, acababa de abdicar su título de Rey para tomar el de hombre. Billot que comprendia cuánto se aproximaba aquel lenguaje á la rústica honradez, se daba el parabien de comprender á un Rey y de ser comprendido por él.

Asi es que desde aquel momento el entusiasmo de Billot fué siempre en aumento. Bebia en las facciones del Rey, segun la espresion de Virgilio, un intenso amor hácia la Monarquía contitucional, y se lo comunicaba á Pitou, que demasiado lleno con su propio

amor y con el sobrante del amor de Billot, lo esparcia á su alrededor, primero en sordas aclamaciones, y luego en gritos de:

—¡Viva el Rey! ¡viva el padre del pueblo!

Y de tal modo gritó, que cuando la comitiva llegó á Point-de-Jour estaba enteramente ronco; allí, Mr. de Lafayette, sobre el famoso caballo blanco, apenas podia contener á los escuadrones indisciplinados é inquietos de la guardia nacional, escalonados desde las cinco de la mañana sobre el terreno para formar la comitiva del Rey.

Eran cerca de las dos.

La entrevista del Rey y del nuevo gefe de la Francia armada, tuvo lugar de una manera satisfactoria para todos los que asistieron á ella; sin embargo, el Rey empezaba á fatigarse; ya no hablaba, y se contentaba con sonreir.

El general en gefe de la milicia de Paris por su parte, ya no daba voces de mando, sino que gesticulaba únicamente.

El Rey tuvo la satisfaccion de ver que gritaban casi tanto viva el Rey, como viva Lafayette. Desgraciadamente era esta la última vez que tendria aquella satisfacion.

Gilberto seguia siempre junto á la portezuela del carruaje del Rey. Billot al lado de Gilberto, y Pitou junto á Billot.

Gilberto, fiel á su promesa, habia hallado medio, desde que salió de Versalles, para enviar cuatro correos á la Reina.

Estos corrreos habian sido siempre portadores de buenas noticias, pues en todas partes el Rey veia tirar los sombreros al aire; solamente que en todos ellos se veia brillar una escarapela con los colores de la Nacion, especie de reconvencion dirigida á las escarapelas blancas que los guardias del Rey y el Rey mismo llevaban en sus sombreros.

En medio de su alegría y de su entusiasmo, esta divergencia de escarapelas era lo único que disgustaba á Billot.

Billot llevaba en su tricornio una enorme escarapela tricolor.

El rey lucia una escarapela blanca en su sombrero. El súbdito y el rey tenian por lo tanto gustos diferentes.

Esta idea le ocupaba de tal manera, que la comunicó á Gilberto en un momento en que este no hablaba con S. M.

—Señor Gilberto, ¿por qué el rey no ha adoptado la escarapela nacional? dijo.

—Por que el Rey, querido Billot, no sabe que hay esa nueva escarapela, ó bien porque el rey cree que la suya debe ser la escarapela de la nacion.

—No, no, puesto que su escarapela es

blanca y la nuestra tricolor.

—Un momento, dijo Gilberto deteniendo á Billot en el instante en que este iba á lanzarse abiertamente en la fraseologia de los periódicos. La escarapela del Rey es blanca lo mismo que la bandera de Francia, y esto no es culpa suya, pues tanto la una como la otra eran blancas antes que él viniese al mundo. Por lo demás, mi querido Billot, la bandera y la escarapela blanca han tenido dias de gloria. El bailio de Suffren llevaba una escarapela blanca en el sombrero, cuando restablecieron nuestro pabellon en la peninsula del Indo. Assas llevaba tambien una escarapela blanca, y por ella le reconocieron los alemanes, durante la noche, cuando consintió en dejarse matar antes que dejar sorprender á sus soldados. El mariscal de Sajonia llevaba una escarapela blanca cuando derrotó á los ingleses en Fontenoy. Por último, Mr. de Condé lucia una escarapela blanca cuando derrotó á los imperiales en Rocroi, Fribourg y Leon. Hé aquí lo que ha hecho la escarapela blanca, y mucho mas que no cuento, mi querido Billot, mientras que la escarapela nacional, que dará tal vez la vuelta al mundo, segun ha predicho Lafayette, no ha tenido tiempo aun de hacer nada pues no existe sino desde hace tres dias. No digo que

permanecerá ociosa; pero, en fin, no habiendo hecho nada aun, dá al Rey el derecho de esperar á que haga algo.

—¿Pues qué, la escarapela nacional no ha hecho nada? dijo Billot. ¿No es ella la que ha tomado la Bastilla?

—Si, dijo tristemente Gilberto, teneis razon, Billot.

—Por eso, dijo en tono de triunfo el arrendador, el rey deberia adoptarla.

Gilberto dió con el codo á Billot, pues habia notado que el rey escuchaba.

Despues en voz baja:

—Estais loco, Billot, le dijo. ¿Contra quién ha sido tomada la Bastilla? Contra la monarquía. ¿Y quereis que el Rey se adorne con los trofeos de vuestro triunfo y con las insignias de su derrota? ¡Insensato! el Rey está lleno de buenos sentimientos, de bondad, de franqueza, y quereis hacer de él un hipócrita.

—Pero con todo, dijo Billot en tono mas humilde, pero sin confesarse derrotado, no es precisamente contra el Rey como ha sido tomada la Bastilla, sino contra el despotismo.

Gilberto se encogió de hombros, pero con la delicadeza del hombre superior, que no quiere poner el pié sobre un inferior suyo,

temiendo aplastarlo.

—No, continuó Billot animándose, no ha sido contra nuestro buen Rey contra quien hemos combatido, sino contra sus satélites.

En aquella época se llamaban en política satélites á los soldados como en el teatro se dice corcel en vez de caballo.

—Por otra parte, prosiguió Billot, él los rechaza, puesto que viene entre nosotros, y si él desaprueba su conducta, claro es que aprueba la nuestra. En nombre de su gloria y de nuestra felicidad hemos obrado nosotros, los vencedores de la Bastilla.

—¡Ay, ay! murmuró Gilberto, que no sabia cómo conciliar lo que pasaba en el rostro del rey con lo que pasaba en su corazon.

En cuanto al Rey, en medio del ruido, empezaba á recoger algunas frases de la discusion empeñada á su lado.

Gilberto, que notaba la atencion que el Rey prestaba á su conversacion, hacia cuanto estaba de su parte por llevar á Billot á un terreno menos resbaladizo que aquel en que se habia colocado.

De repente se detuvo la comitiva, pues habian llegado al Cours-la-Reine, á la antigua puerta de la Conferencia en los Campos-Elí-

seos.

Allí se hallaba una diputacion de electores presidida por el nuevo corregidor Bailly y dispuesta en muy buen órden con una guardia de trescientos hombres mandada por un coronel, y ademas como hasta otros trescientos miembros de la Asamblea, del estado llano, como es de suponer.

Dos de los electores combinaban sus fuerzas y su destreza para sostener en equilibrio una bandeja en que descansaban dos enormes llaves de la ciudad de Paris, del tiempo de Enrique IV.

Este imponente espectáculo hizo cesar todas las conversaciones particulares, y todos se ocuparon de colocarse lo mejor posible, para oir los discursos que iban á tener lugar con este motivo.

Bailly, el sábio, el astrónomo, á quien habian hecho diputado á su pesar, corregidor á su pesar y orador á su pesar, tenia preparado un largo discurso. Este discurso tenia por exordio, con arreglo á las mas estrictas leyes de la retórica, un elogio del Rey, desde el advenimiento al poder de Mr. Turgot hasta la toma de la Bastilla. Y poco faltaba, pues á tanto llega el poder de la elocuencia, para que se atribuyese al Rey la iniciativa de los acontecimientos que el pue-

blo oprimido habia tenido que sufrir, y que habia sufrido tan á disgusto.

Bailly estaba muy satisfecho de su discurso cuando un incidente (el mismo Bailly es el que refiere este incidente en sus memorias) le suministro un nuevo exordio, mucho menos pintoresco que el que tenia preparado; el único que ha quedado impreso en la memoria del pueblo, siempre dispuesto á conservar las buenas y sobre todo las bellas frases basadas en un hecho material.

Caminando en compañia de los electores, Bailly se inquietaba por el enorme peso de las llaves que iban á presentar al Rey.

—¿Creeis, dijo riendo, que despues de haber presentado al Rey ese monumento me cansaré en llevarlas á Paris?

—¿Pues qué vais á hacer de ellas? preguntó un elector.

—¿Que haré? devolvéroslas ó arrojarlas en el primer barranco que encuentre.

—¡Guardáos de hacerlo! esclamó el elector escandalizado. ¿Ignorais que esas llaves son las mismas que la villa de Paris ofreció á Enrique IV despues del sitio? Son un monumento precioso y de una antigüedad venerable.

—Teneis razon, repuso Bailly; las llaves ofrecidas á Enrique IV conquistador de Pa-

ris, se ofrecen hoy á Luis XVI que... Pero en fin, continuó el digno corregidor, esta es una antítesis magnífica.

Y tomando un lapiz escribió á la cabeza de su discurso el siguiente exordio:

«Señor, presento á V. M. las llaves de la ciudad de Paris. Estas son las mismas llaves que se presentaron á Enrique IV. El habia reconquistado su pueblo, hoy el pueblo ha reconquistado á su Rey.»

La frase era magnífica, y se incrustó en la memoria de los parisienses. De todo el discurso, y aun de todas las obras de Bailly esto es lo único que le ha sobrevivido.

En cuanto á Luis XVI, hizo una señal de aprobacion con la cabeza, pero se puso encendido como la grana, pues comprendió la epigramática ironía que se ocultaba bajo los respetuosos tropos de la oratoria.

Despues dijo para sí:

—Maria Antonieta no se dejaria engañar por la falsa adhesion de Mr. de Bailly, y responderia de muy distinto modo que yo á ese tunante de astrónomo.

De aquí resultó que Luis XVI, por haber oido demasiado bien el principio del discurso de Mr. Bailly, no quiso escuchar el fin; sucediendo otro tanto con el de Mr. Delavigne, presidente de los electores, del que no

escuchó el principio ni el fin.

Con todo, despues de concluidos los discursos, el Rey, temiendo sin duda aparecer menos satisfecho de lo que era de esperar, contestó con mucho agrado y sin hacer ninguna alusion á cuanto se le habia dicho, que los *homenages* de la ciudad de Paris y de los electores eran muy de su agrado.

Despues de lo cual mandó el Rey seguir adelante.

Pero antes de ponerse en camino, despidió á sus guardias de corps, para corresponder con una noble confianza á los cumplidos que acababa de hacerle la municipalidad por medio de los electos y de monsieur Bailly.

Solo entonces, y en medio del inmenso grupo de guardias nacionales y de curiosos, el carruaje se adelantó con mas rapidez.

Gilberto y su compañero Billot, continuaban marchando junto á la portezuela del lado derecho.

En el momento en que el carruaje cruzaba la plaza de Luis XV, sonó un tiro al otro lado del Sena, y una blanca nube de humo subió como un velo de incienso hácia el azulado cielo, donde se desvaneció á los pocos momentos.

Como si el ruido de aquel tiro tuviese en

él un eco, Gilberto se sintió conmovido por una violenta sacudida. Por espacio de un segundo le faltó la respiracion, y llevó la mano á su pecho donde acababa de sentir un vivo dolor.

Al mismo tiempo se oyó un grito junto al carruaje real, y se vió á una muger caer en el suelo atravesado el pecho por una bala.

Uno de los botones de la casaca de Gilberto que eran de acero, habia rechazado la bala y de aqui provino el dolor y la sacudida esperimentada por el doctor.

Una parte de su chaleco negro y de su chorrera habian sido destrozadas.

Aquella bala desviada por el boton de Gilberto, acababa de causar la muerte á aquella desgraciada muger, que se apresuraron á separar de allí cubierta de sangre.

El Rey habia oido el tiro, pero nada habia visto. Se inclinó sonriéndose hácia donde estaba Gilberto,

—Sin duda, dijo, se entretienen en hacer salvas por mi llegada.

—Sí, señor, respondió Gilberto.

Unicamente que se guardó muy bien de decir á Luis XVI lo que pensaba respecto á la ovacion que le hacian.

Pero para sus adentros, no pudo menos de confesar que la Reina tenia alguna razon en

temer, puesto que sin él, que cubria herméticamente con su cuerpo la portezuela, aquella bala hubiera ido derecha al pecho del Rey.

Ahora bien ¿de qué mano pudo salir aquel golpe tan bien dirigido?

Por entonces no se quiso saber... de manera que no se sabrá nunca.

Billot, pálido y conmovido por lo que acababa de presenciar, y con los ojos fijos en el desgarron de la chorrera de Gilberto, animó á Pitou á que redoblase sus gritos de:

—¡Viva el *padre de los franceses*!

El acontecimiento era ademas de tal importancia, que aquel episodio fué olvidado muy pronto.

En fin, Luis XVI llegó delante del Hotel-de-Ville, despues de haber sido saludado en el Puente Nuevo por una salva de artilleria, cuyas piezas al menos no estaban cargadas con bala.

Sobre la fachada del Hotel-de-Ville se veia una inscripcion en grandes letras negras, que á la noche debian trasparentarse. Esta inscripcion era debida al ingenioso entusiasmo de la municipalidad.

Decia así:

«A Luis XVI, padre de los franceses y Rey de un pueblo libre.»

Segunda antítesis algo mas importante que la del discurso de Bailly, y que hacia prorrumpir en gritos de admiracion á todos los parisienses, reunidos en la plaza.

Esta inscripcion llamó la atencion de Billot.

Pero como Billot no sabia leer, le dijo á Pitou que se la leyera.

Despues hizo que se la volviese á leer segunda vez, como si no la hubiese entendido á la primera.

Y luego, asi que Pitou repitió toda la frase, sin cambiar una sola palabra:

—¿Y dice eso? preguntó.

—Ni mas, ni menos.

—¿La municipalidad ha mandado poner que el Rey era Rey de un pueblo libre?

—Sí, señor Billot.

—Entonces, puesto que la Nacion es libre, tiene el derecho de ofrecer al Rey su escarapela.

Y de un salto se colocó delante de Luis XVI, que se apeaba de su carruage en frente de la escalinata del Hotel de Ville.

—Señor, le dijo, ya habreis visto que en el Puente Nuevo el Enrique IV de bronce lleva la escarapela nacional.

—¿Y qué? dijo el rey.

—Ahora bien, señor, si Enrique IV lleva la escarapela de la Nacion, tambien vos podeis llevarla.

—Es verdad, dijo Luis XVI sorprendido, y si tuviese una...

—Perfectamente: ahora, señor, prosiguió Billot levantando la voz, en nombre del pueblo ofrezco esta para que la cambieis por la vuestra. Aceptadla.

Bailly llegó en aquel momento.

El Rey estaba demudado, pálido. pues empezaba á conocer la progresion. Miró á Bailly como para interrogarle.

—Señor, le dijo Bailly, esta es la señal distintiva de todos los franceses.

—En ese caso la acepto, dijo el Rey tomando la escarapela de manos de Billot.

Y quitándose la escarapela blanca colocó en su lugar la escarapela tricolor.

Un prolongado *hurra* de triunfo resonó en toda la plaza.

Gilberto se volvió profundamente conmovido.

Conocia que el pueblo iba demasiado aprisa y que el Rey oponia una resistencia demasiado débil.

—Viva el Rey! gritó Billot, que dió de este modo la señal de una segunda salva de

aplausos.

—El Rey ha muerto, murmuró Gilberto: ya no hay Rey en Francia.

Habian formado con multitud de espadas una bóveda de acero desde el punto en que Luis XVI bajó de su carruage hasta el salon donde le esperaban.

El Rey pasó por debajo de aquella bóveda y desapareció en lo interior del Hotel de Ville.

—Ese no es un arco de triunfo, dijo Gilberto; son las horcas Caudinas.

Despues, arrojando un suspiro, añadió:

—Ah! ¡Qué dirá la Reina!

VII.

Lo que pasaba en Versalles mientras que el rey oia los discursos de la municipalidad.

En el Hotel de Ville fué recibido el Rey con el mayor entusiasmo, llamándole el Restaurador de la libertad.

Invitado á hablar (pues la sed de discursos se hacia cada vez mas intensa, y el Rey deseaba conocer el modo de pensar de cada uno) Luis XVI puso su mano sobre el corazon y dijo únicamente:

—Señores, podeis contar siempre con mi amor.

En tanto que en el Hotel de Ville oia las comunicaciones del gobierno, pues desde aquel dia hubo un verdadero gobierno constituido en Francia al lado del trono y de la Asamblea nacional, el pueblo, en la parte de afuera, se familiarizaba con los hermosos caballos del Rey, con su dorado carruaje, con sus cocheros y con sus lacayos.

Pitou, desde que Luis XVI entró en el Hotel de Ville, se entretenia, gracias á un luis que le dió Billot, en hacer con cintas azules, blancas y encarnadas, una coleccion de escarapelas nacionales de todos tamaños con que adornaba las orejas de los caballos, los arneses y todo el carruage.

Visto lo cual por la multitud imitadora, transformó en un momento el carruage de S. M. en una tienda de escarapelas.

El cochero y el lacayo fueron tambien decorados con una infinidad.

Y además dentro del coche habian arrojado unas cuantas docenas de ellas.

Sin embargo, preciso es confesar que Mr. de Lafayette, que se habia quedado á caballo en medio de la plaza, habia procurado contener á aquellos celosos propagadores de los colores nacionales, pero no pudo conse-

guirlo.

Así es que cuando el rey salió del Hotel-de-Ville;

—Oh! esclamó al ver toda aquella profusion de adornos.

En seguida hizo señal con la mano á Mr. de Lafayette para que se acercase.

Mr. de Lafayette se acercó respetuosamente, bajando la punta de su espada.

—Mr. de Lafayette, le dijo el rey, os buscaba para deciros que ratifico vuestro nombramiento para el mando de los guardias nacionales.

Y volvió á subir al carruaje en medio de los aplausos de la multitud.

En cuanto á Gilberto, tranquilo ya, respecto al rey, se quedó en la sala de sesiones con los electores y con Bailly.

Las observaciones no habian terminado aun.

Sin embargo, al oir los gritos con que saludaban al rey en su despedida, se acercó á la ventana y dirigió una última mirada sobre la plaza, para vigilar la conducta de los dos campesinos.

Seguian siendo, ó al menos parecian ser, los mejores amigos del Rey.

De repente Gilberto vió llegar por el muelle Pelletier á un caballero cubierto de polvo,

que se abria paso por medio de la multitud aun respetuosa y dócil.

El pueblo bueno y complaciente aquel dia, sonreia diciendo:

—Un oficial del Rey! un oficial del Rey!

Y los gritos do viva el rey saludarou al oficial, y las mugeres acariciaban su caballo, cubierto de espuma.

El oficial llegó hasta el carruage del Rey en el momento en que el cazador acababa de cerrar la portezuela.

—¿Sois vos, Charny? dijo Luis XVI.

Y luego en voz mas baja:

—¿Qué hay de nuevo por allá? preguntó.

Y mas baja aun:

—¿Y la Reina?

—Inquieta, señor, respondió el oficial introduciendo su cabeza casi dentro del coche.

—¿Volveis á Versalles?

—Sí señor.

—Pues entonces tranquilizad á mis amigos; todo vá á las mil maravillas.

Charny saludó, levantó la cabeza y vió á Mr. de Lafayette, quien le hizo una seña amistosa.

Charny se dirigió hácia él, y Lafayette le alargó la mano.

Lo cual fué causa de que el oficial del Rey

y su caballo fuesen llevados por la multitud desde aquel punto hasta el muelle, donde, gracias a las previsoras consignas de la guardia nacional, se habia formado una muralla humana para cuando pasase S. M.

El Rey mandó que el carruage continuase al paso hasta la plaza de Luis XV: alli encontró á los guardias de corps que esperaban, no sin alguna inquietud, la vuelta de S. M.; de manera que desde aquel momento, cundiendo esta inquietud en todos los ánimos, los caballos tomaron un paso que fue acelerándose á medida que se adelantaban en el camino de Versalles.

Gilberto desde la ventana comprendió la causa de la llegada de aquel oficial, aunque no le conocia. Adivinaba las angustias de la Reina, tanto mas cuanto que hacia tres horas que no habia podido salir ningun correo en direccion á Versalles, por no escitar sospechas, ó por no dar á conocer un sentimiento de debilidad.

Sin embargo, Gilberto no suponia mas que una parte de lo que habia pasado en Versalles.

Nosotros llevaremos alli al lector, á quien no tratamos de hacer leer un curso de historia.

La Reina habia recibido el último correo á

las tres.

Gilberto habia hallado medio de enviarlo en el momento en que el Rey, pasando bajo la bóveda de acero, entró sano y salvo en el Hotel-de-Ville.

Al lado de la Reina se hallaba la condesa de Charny, que acababa de levantarse de la cama en que una grave indisposicion la habia retenido desde el dia anterior.

Estaba aun pálida, y apenas tenia fuerza para levantar sus ojos, cuyos pesados párpados caian como bajo el peso del dolor ó de la vergüenza.

La Reina, al verla se sonrió; pero con esa sonrisa de costumbre que parece estereotipada sobre los lábios de los príncipes y de los reyes.

Despues, como se hallaba aun exaltada por la alegria de ver á Luis XVI en seguridad:

—Otra buena noticia, dijo á los que le rodeaban: ojalá todo el dia se pase como hasta aquí!

—Oh! señora, dijo un cortesano; V. M. no tiene motivos de inquietud; los parisienses conocen demasiado bien la responsabilidad que pesa sobre ellos.

—Pero, señora, dijo otro cortesano menos confiado, ¿está bien segura V. M. de la auten-

ticidad de las noticias!

—Oh! sí, dijo la Reina; el que nos las envia me ha respondido del Rey con su cabeza: además le creo un amigo.

—Oh! si es un amigo, ya es otra cosa, dijo el cortesano inclinándose.

Mme. de Lamballe estaba á pocos pasos, y acercándose:

—¿Es, la dijo, el nuevo médico del Rey?

—Sí, Gilberto, respondió aturdidamente la Reina, y sin pensar que causaba á la que estaba á su lado una profunda herida.

—Gilberto! esclamó Andrea, estremeciéndose como si la hubiese mordido una víbora en el corazon; Gilberto, amigo de V. M.!

Andrea se volvió, y, con los ojos inflamados, con las manos crispadas por la cólera y la vergüenza, acusaba orgullosamente á la Reina en sus miradas y en sus ademanes.

—Pero... sin embargo... dijo la Reina vacilando.

—Oh, señora, señora! murmuró Andrea en el tono de la mas amarga reconvencion.

Un silencio profundo siguió á este misterioso incidente.

En medio de este silencio resonaron unos pasos mesurados en la próxima habitacion.

—Mr. de Charny, dijo á media voz la Rei-

na, como para advertir á Andrea de que se contuviera.

Charny habia oido y habia visto, pero Charny no comprendia.

Notó la palidez de Andrea y la inquietud de la Reina.

No le era permitido interrogar á la Reina, pero Andrea era su muger y tenia el derecho de preguntarla.

Se acercó á ella, y con el tono del mas amistoso interés:

—¿Qué teneis, señora? la preguntó.

Andrea hizo un esfuerzo sobre sí misma.

—Nada, señor conde, respondió.

Entonces, Charny se volvió hácia la Reina, que, á pesar de hallarse acostumbrada á las situaciones difíciles, habia por diez veces intentado una sonrisa, que no habia logrado hacer aparecer en sus labios.

—Parece que dudais de la adhesion de Mr. Gilberto, dijo á Andrea; ¿teneis algun motivo para sospechar de su fidelidad?

Andrea nada contestó.

—Hablad, señora; responded, insistió Charny.

Despues, como Andrea continuaba callada:

—¡Oh! no os calleis, prosiguió; esa delicadeza seria al presente imperdonable. Pensad que se trata de la salvacion de nuestro so-

berano.

—No sé, caballero, por qué me decís eso, respondió Andrea.

—Habeis dicho, yo mismo lo he oido, y apelo además á la princesa, dijo saludando á Mad. de Lamballe; habeis dicho: ¡oh, ese hombre amigo vuestro!

—Es verdad, eso habeis dicho, amiga mia, respondió la princesa con la mayor sencillez.

Y entonces, acercándose á su vez á Andrea:

—Si sabeis algo, Mr. de Charny tiene razon, debeis decirlo.

—Por piedad, señora, la dijo en voz bastante baja, para no ser oida mas qne de la princesa.

La princesa se alejó.

—¡Oh, Dios mio! no vale la pena todo ello, dijo la Reina, conociendo que hubiera sido ya una falta de lealtad el no intervenir en la conversacion. La señora condesa esperimentaba sin duda un vago temor; decia que era muy dificil que un revolucionario de América, que un amigo de Mr. de Lafayette, fuese mi amigo.

—Si, era un vago temor, muy vago, repitió maquinalmente Andrea.

—Un temor parecido al que estos señores

esperimentaban antes de que la condesa diese á conocer el suyo.

Y diciendo esto, señaló con sus miradas á los cortesanos, cuyas dudas habian promovido aquella conversacion.

Pero era preciso mas que esto para convencer á Charny.

El embarazo que habia producido su llegada, le hacia sospechar algun misterio.

Asi es que volvió de nuevo á la carga.

—No importa, señora, dijo; me parece que seria un deber vuestro el no espresar únicamente un vago temor, sino precisar los motivos de él.

—¡Pues qué! dijo la Reina con alguna aspereza; ¿volveis á insistir aun?

—¡Señora!

—Perdonad, pero veo que aun haceis preguntas á la señora condesa de Charny.

—Escusadme, señora, dijo Charny; es por interés, es por...

—Por vuestro amor propio, ¿no es verdad? ¡Ah, caballero Charny! añadió la Reina con una ironía que el conde no pudo menos de conocer.

—Decidlo francamente, estais celoso.

—¡Celoso! esclamó Charny ruborizándose, celoso, ¿y de quién?

—Sin duda de vuestra esposa, respondió

la Reina con acritud.

—Señora! murmuró Charny aturdido por aquella ruda provocacion.

—Es muy natural, prosiguió en el mismo tono Maria Antonieta; pues la condesa vale demasiado para que no inspire celos.

Charny lanzó á la Reina una mirada para advertirla de que iba demasiado lejos.

Pero era una mirada inútil, y una precaucion supérflua. Cuando aquella leona se hallaba herida, nada la podia contener.

—Sí, bien comprendo que esteis celoso, caballero Charny; celoso é inquieto. Este es el estado normal de toda alma que ama, y que por lo tanto teme.

—Señora! repitió Charny.

—Tambien yo, continuó la Reina, esperimento los mismos sentimientos que vos en estos momentos. Estoy á un mismo tiempo celosa é inquieta.

Y acentuó la palabra *celosa*.

—El Rey está en Paris y no puedo estar tranquila.

—Pero señora, dijo Charny que no comprendia nada de aquella tempestad que iba siempre en aumento; acabais de recibir noticias del Rey; estas noticias son buenas, y debian por lo tanto tranquilizaros.

—¿Os habeis vos quedado tranquilo, cuan-

do la condesa y yo os hemos dado esplicaciones hace un momento?

Charny se mordió los labios.

Andrea empezaba á alzar la cabeza sorprendida y asustada á un mismo tiempo; sorprendida y asustada de lo que creia comprender.

El silencio que produjo anteriormente la primera pregunta de Charny, lo guardaba en aquel momento la reunion por la Reina.

—En efecto, prosiguió la Reina con una especie de furor, hay en el destino de las personas que aman algo, que les hace no pensar mas que en el objeto de su amor. Seria una alegría para los pobres corazones el sacrificar crueimente todo sentimiento que los agita. Dios mio, qué inquieta me hallo por el Rey!

—Señora, se atrevió á decir uno de los asistentes, ya llegarán otros correos.

—Ah! que no pudiera estar ahora mismo en Paris! ¿Por qué no estaré al lado del Rey? dijo Maria Antonieta, que habia visto turbarse á Charny desde el momento en que trató de inspirarle unos celos que ella esperimentaba con tanta violencia.

Charny se inclinó ante la Reina.

—Si ese es vuestro deseo, dijo, yo voy

allá; y si como teme V. M. hay algun peligro para el Rey, si su preciosa cabeza está espuesta, creed, señora, que no será por falta de esponer la mia. Partiré ahora mismo.

Y con efecto, saludó dando un paso para salir.

—Caballero, caballero, esclamó Andrea colocándose delante de Charny; mirad por vos!

No faltaba á aquella escena mas que la esplosion de los temores de Andrea.

Asi es que apenas Andrea, sacada á su pesar de su estado habitual de frialdad, hubo pronunciado estas palabras imprudentes y manifestando esta inusitada solicitud, la Reina se puso espantosamente pálida.

—Señora, dijo á Andrea; estais usurpando el papel de Reina.

—Yo, señora! balbuceó Andrea, comprendiendo que acababa por la vez primera de hacer brotar fuera de sus lábios el fuego que abrasaba su alma tanto tiempo hacia.

—Vuestro esposo, continuó Maria Antonieta, está al servicio del Rey, vá á buscarlo, y si se espone es por su soberano. ¡Y cuando se trata del servicio del Rey encargais a Mr. de Charny que mire por sí! ..

A estas fulminantes palabras, Andrea perdió el conocimiento, y hubiera caido alsuelo,

si Charny, precipitándose hácia ella, no la hubiese sostenido en sus brazos.

Un movimiento de indignacion que Charny no pudo contener, acabó de desesperar á Maria Antonieta que creia ser únicamente una rival ofendida, y que habia sido una soberana injusta.

—La Reina tiene razon, dijo Charny haciendo un esfuerzo, y vuestras palabras han sido poco meditadas. Vos, señora, no teneis esposo cuando se trata de los intereses del Rey. Y á mí es á quien corresponde mandaros que contuviérais vuestra sensibilidad, si creyese que os dignábais esperimentar algun temor por mí.

Despues volviéndose á Maria Antonieta,

—Estoy á las órdenes de la Reina, dijo con frialdad, y marcho ahora mismo. Ostraeré noticias del Rey y noticias buenas ó no volvere.

Despues de dichas estas palabras, se inclinó profundamente y salió de la estancia sin que la Reina, herida á un mismo tiempo por el terror y por la cólera hubiese pensado en detenerle.

Un momento despues se oyeron en el patio las herraduras de un caballo que salia á todo galope.

La Reina permaneció inmóvil, aunque pre-

sa de una agitacion interior, tanto mas terrible, cuanto que hacia los mayores esfuerzos para ocultarla.

Cada cual comprendiendo ó no la causa de esta agitacion respetaba al menos, retirándose, el reposo de su soberana y la dejaron sola.

Andrea salió tambien de la habitacion, abandonando á Maria Antonieta á las caricias de sus dos hijas que habia enviado á buscar y que acababan de llegar en aquel momento.

VIII.

El regreso.

Llegada la noche, y con ella su fúnebre cortejo de sobresaltos y de siniestras visiones, se oyeron de repente gritos en la estremidad del palacio.

La Reina se estremeció, y levantándose corrió hácia la ventana mas próxima.

Casi en el mismo momento entraron en su habitacion algunas personas de su servidumbre, gritando llenas de júbilo:

—¡Un correo! señora, ¡un correo!

Tres minutos despues se precipitaba un húsar en la antecámara.

Era este un teniente enviado por Mr. de Charny que llegaba á todo correr de Sevres.

—¿Y el Rey? preguntó la Reina.

—S. M. estará aqui dentro de un cuarto de hora lo mas tarde, respondió el oficial que apenas podia hablar.

—¿Sano y salvo?

—Sano y salvo y muy contento.

—¿Le habeis visto?

—No, señora; pero Mr. de Charny me lo ha dicho al tiempo de enviarme aqui.

La Reina se estremeció de nuevo al oir aquel nombre que la casualidad colocaba al lado del nombre del Rey.

—Gracias, caballero; id á descansar, dijo al jóven.

El oficial hizo un saludo y se retiró.

La Reina, tomando de la mano á sus dos hijos, se dirigió hácia la puerta de entrada, en donde habian ya acudido la servidumbre y los cortesanos.

La vista perspicaz de la Reina advirtió desde el primer momento á una jóven vestida de blanco y apoyada de codos sobre la balaustrada de piedra, que dirigia sus ávidas miradas, procurando penetrar en las tinieblas de la noche.

Era esta Andrea, á quien la presencia de la Reina no logró sacar de su preocupacion.

Sin duda, Andrea, tan puntual en colocarse al lado de su Reina, ó no la habia visto ó aparentaba que no la veia.

Conservaba á no dudarlo algun rencor por las palabras de María Antonieta; palabras crueles que la habian hecho sufrir mucho durante todo el dia.

O bien, llevada de un sentimiento de poderoso interés, esperaba con ánsia la vuelta de Charny por quien habia demostrado tan tierna solicitud.

Doble herida que volvia á abrirse en el corazon de la Reina.

Esta prestó muy poca atencion á los cumplimientos y á la alegría que demostraban los cortesanos y los amigos del Rey.

Por un momento se sintió distraida del violento dolor que la habia abrumado durante la noche. Daba á su corazon una tregua por la inquietud que le causaba el viaje del Rey, amenazado por tantos enemigos.

Pero con un alma fuerte arrojó de él muy pronto todo sentimiento ilegítimo, puso á los pies de Dios sus celos, inmoló su cólera y sus alegrías secretas á la santidad del juramento conyugal.

Dios era sin duda quien le enviaba como un descanso y como un sosten esta consoladora facultad de amar á su esposo sobre todo

lo demas.

En este momento, al menos, lo sintió ó creyó sentirlo; el orgullo de la soberanía elevaba á la Reina por encima de las demás pasiones terrestres; el amor del Rey era su egoismo.

Habia enteramente rechazado de su alma las pequeñas venganzas de muger y las frívolas coqueterias, cuando las luces de la escolta aparecieron en el estremo de una calle de árboles. Estas luces fueron haciéndose mayores con la velocidad de la carrera.

Oíase ya el relincho y la respiracion de los caballos. El suelo retemblaba en medio del silencio de la noche, bajo el peso acompasado de los escuadrones que se acercaban á galope.

Las verjas se abrieron, y las gentes que se hallaban en los puestos acomodados se avanzaron al encuentro del Rey dando gritos de entusiasmo.

El coche resonó con estrépito sobre el embaldosado del patio principal.

Aturdida, entusiasmada, loca, con todas las diversas sensaciones que habia esperimentado y con la que sentia en aquel momento, la Reina se precipitó por la escalera para llegar hasta Luis XVI.

El rey bajó del carruage, subió precipita-

damente la escalera en medio de sus oficiales, conmovidos por los acontecimientos y por su llegada, mientras que abajo los guardias, unidos con los palafreneros y escuderos, arrancaban del carruage y de los arreos todas las escarapelas con que el entusiasmo de los parisienses los habia decorado.

El Rey y la Reina se encontraron en mitad del camino.

La Reina, exhalando un grito de alegría y de amor, abrazó una y mil veces á su esposo sollozando, como si al estrecharle en sus brazos hubiese creido no volverle á ver.

Enteramente entregada á aquella alegría, no vió el silencioso apreton de manos que Charny y Andrea acavaban de cambiar.

Aquella accion era bien poca cosa; pero Andrea era la primera que se hallaba al pie de la escalera y era la primera á quien Charny habia visto y saludado. La Reina, despues de haber presentado sus hijos al Rey, les hizo abrazarle, y entonces el delfin, viendo en el sombrero de su padre la nueva escarapela sobre la que los hachones proyectaban una sangrienta luz, esclamó con infantil admiracion:

—Papá, teneis sangre en vuestra escarapela.

Era el color encarnado nacional.

La Reina, dando nn grito, miró á su vez.

El Rey bajó la cabeza para abrazar á su hijo; pero en realidad para ocultar su vergüenza.

María Antonieta arrancó esta escarapela con un profundo digusto, sin ver aquella orgullosa Reina que heria en el corazon á una nacion que se vengaria un dia de este ultraje.

—Arrojad eso, señor! dijo.

Y tiró por la escalera aquella escarapela que fué pisoteada por toda la escolta que conducia al rey á sus habitaciones.

Esta rara transicion, estinguió en la Reina todo el entusiasmo conyugal; buscaba con la vista, pero sin parecer buscarle, á Mr. de Charny que se hallaba en sus filas como un soldado.

—Os doy mil gracias, caballero, le dijo así que se encontraron sus miradas. Habeis cumplido vuestra promesa.

—¿A quién hablais? preguntó el Rey.

—A Mr. de Charny, contestó resueltamente la Reina.

—Ah! pobre Charny! le ha costado sumo trabajo llegar hasta donde yo estaba. ¿Y Gilberto? añadió el Rey, no le veo.

La Reina advertida ya por lo que habia pasado antes:

—Venid á cenar, dijo mudando de conversacion.

—Señor de Charny, prosiguió, buscad á la señora condesa, y que venga con vos; cenaremos en familia.

En este momento fué Reina, pero suspiró al ver que Charny que estaba triste se puso contento.

IX.

Foulon.

Billot rebosaba de alegria.

Habia tomado la Bastilla, habia puesto en libertad á Gilberto, habia sido distinguido por Lafayette que le llamaba por su nombre, y por último, habia visto el entierro de Foulon.

Pocos hombres en aquella época eran tan aborrecidos como Foulon; uno tan solo hubiera podido rivalizar con él, y este era su yerno Mr. Berthier de Savigny.

Asi es que cada uno habia tomado su partido al dia siguiente de la toma de la

Bastilla.

Foulon habia muerto, y Berthier se habia escapado.

Lo que habia puesto el colmo á la impopularidad de Foulon, fué el aceptar á la retirada de Necker la plaza del *virtuoso genovés* como le llamaban entonces, y haber sido tres dias recaudador general.

Asi es que se habia cantado y bailado mucho en su entierro.

Por un momento habian tenido la idea de sacar el cadáver del ataud y ahorcarle; pero Billot, subiendo en un guardacanton, pronunció un discurso sobre el respeto que se debia á los muertos, y el carro fúnebre continuó su camino.

Pitou habia pasado al rango de héroe.

Pitou era el amigo de Mr. Elias y de Hullin, que se dignaban encargarle sus comisiones.

Era ademas el confidente de Billot, que habia sido, como hemos dicho, distinguido por Lafayette, quien le encargaba algunas veces que le abriese paso por entre la multitud con sus anchos hombros y sus hercúleos puños.

Desde el viage del Rey á Paris, Gilberto, puesto en comunicacion por Mr. de Necker con los principales de la Asamblea nacional y

de la municipalidad, trabajaba sin descanso en la educacion de esta revolucion naciente.

Asi es que descuidaba á Billot y á Pitou, que abandonados por él, se arrojaban ardientemente en las reuniones de los ciudadanos, en cuyo seno trataban cuestiones de la política mas trascendental.

En fin, un dia en que Billot habia pasado tres horas en dar su parecer sobre el abastecimiento de provisiones de Paris á los electores, y que fatigado de haber perorado, pero muy dichoso por haber perorado, descansaba con placer en el monótono ruido de los discursos de sus sucesores que se guardaba muy bien de escuchar, Pitou corrió sobresaltado y se deslizó como una anguila en la sala de las sesiones del Hotel-de-Ville, y con una voz conmovida que contrastaba con la habitual tranquilidad de su acento:

—Oh! señor Billot, dijo, querido señor Billot!

—Qué hay?

—Una gran noticia!

—Buena?

—Escelente noticia!

—Y cuál es?

—Ya sabeis que yo habia ido al club de las Virtudes.

—Sí.

—Pues bien; allí se decia una cosa muy estraordinaria.

—El qué?

—¿Sabeis que ese malvado de Foulon se ha hecho pasar por muerto y ha hecho como que se dejaba enterrar?

—¡Se ha hecho pasar por muerto! ya lo creo, y tan muerto, como que yo mismo he visto pasar su entierro.

—Pues bien, señor Billot, está vivo.

—Vivo!

—Lo mismo que vos y que yo.

—Tú estás loco!

—Señor Billot, no estoy loco; el traidor Foulon, el enemigo del pueblo, la sanguijuela de la Francia, el usurero, no ha muerto.

—Pero si te digo que le han enterrado á consecuencia de un ataque de apoplegía; te repito que yo mismo he visto pasar el entierro, y he impedido que le sacaran de su ataud para ahorcarle.

—Pues yo acabo de verle vivo.

—¿Tú?

—Como os estoy viendo á vos. Dicen que quien ha muerto ha sido uno de sus criados, y que el tunante le ha hecho un entierro de aristócrata. ¡Oh! todo ha sido descubierto! ha obrado así temiendo la venganza del pueblo.

—Dame pormenores, Pitou.

—Venid un momento ahí fuera conmigo; allí estaremos mas á nuestras anchas.

Y dicho esto salieron del salon.

—Primeramente, dijo Pitou, necesito saber si Mr. Bailly está aquí.

—Habla, aquí está.

—Bueno. Pues señor; me hallaba yo en el club de las Virtudes, donde escuchaba el discurso de un patriota. ¡Ese que cometia tantos barbarismos! Bien se conoce que no ha estudiado con el cura Fortier.

—¡Bah! bien sabes tú que se puede ser buen patriota sin saber leer ni escribir.

—Es verdad, dijo Pitou. De repente entró un hombre sofocado gritando; ¡Victoria, victoria! ¡Foulon no ha muerto; Foulon vive; le he encontrado, le he visto!

Lo mismo que vos, señor Billot, no querian creerlo. Unos decian ¿quién? Foulon. Otros: sí, sí, ya lo oimos. Otros esclamaban: ¡bien! pero mientras que estás aqui, podias haber descubierto á su yerno Berthier.

—Berthier! esclamó Billot.

—Sí, Berthier de Savigny, ya sabeis, nuestro intendente de Compiegne, el amigo de Mr. Isidoro de Charny.

—Oh! sí, aquel que era tan adusto con todos y tan cortés con Catalina!

—Justamente, dijo Pitou, un tunante de contratista, una segunda sanguijuela del pueblo francés, una execracion del género humano, la vergüenza del mundo civilizado, como decia el virtuoso Lustalot.

—Vamos, ¿y qué? preguntó Billot.

—Es verdad, dijo Pitou; *ad eventum festina*, lo cual quiere decir, querido señor Billot: vamos al desenlace. Continúo, pues. Aquel hombre llegó al club de las Virtudes sofocado y gritando: he hallado á Foulon; le he hallado!

—Se equivoca, dijo el testarudo Billot.

—No se equivoca, pues yo mismo le he visto.

—Tú le has visto, Pitou?

—Con mis propios ojos, escuchad.

—Ya escucho; pero me haces desesperar.

—Os decia, pues, que se habia hecho pasar por muerto, y que habia mandado enterrar en su lugar á uno de sus criados. Afortunadamente la Providencia velaba.

—Sí, sí, la Providencia! dijo desdeñosamente el volteriano Billot.

—Quiero decir la nacion, replicó humildemente Pitou. Este buen ciudadano, este patriota sofocado, que daba la noticia, le habia reconocido en Biry, donde se habia ocultado.

—¡Ah!

—Habiéndole reconocido, le denunció, y el síndico, que se llama Mr. Rappe, le mandó poner preso inmediatamente.

—¿Y qué nombre tiene ese patriota que ha tenido el valor de cometer semejante accion?

—¿De denunciar á Foulon?

—Sí.

—Se llama Mr. San Juan.

—¡San Juan! ese es nombre de lacayo.

—Como que es el lacayo del tunante de Foulon. ¡Aristócrata! bien hecho! ¿por qué tienes lacayo?

—Pitou, lo que me dices me interesa mucho, dijo Billot, aproximándose al narrador.

—Sois muy bueno, señor Billot. Foulon denunciado y preso es conducido á Paris; el delator iba delante para anunciar la noticia y recibir el premio de su denuncia, de modo que poco despues que él llegó Foulon á Paris.

—¿Y tú le has visto?

—Sí, tenia un aire de tuno, y le habian puesto un collar de ortigas en vez de corbata.

—¿De ortigas? ¿y cómo era eso?

—Porque el muy pícaro parece que ha dicho que el pan se hizo para los hombres, el

heno para los caballos, pero que las ortigas son buenas para el pueblo.

—¿Ha dicho eso el miserable?

—Sí señor, ¡voto á tal!

—Bien, ya juras...

—Bah, dijo Pitou con desenfado; entre militares! En fin, él iba á pie, y le iban dando de palos por todo el camino.

—¡Ah! dijo Billot con algo menos de entusiasmo.

—Esto era muy divertido, continuó Pitou; solamente que no todos podian darle, pues que eran mas de diez mil las personas que gritaban detrás de él.

—¿Y despues? dijo Billot que empezaba á reflexionar.

—Despues le llevaron á casa del presidente del distrito de San Marcelo, un buen hombre, como ya sabeis.

—Sí, Mr. Acloque.

—Sí, sí, precisamente. Este le mandó llevar al Hotel-de-Ville, pues no sabia qué hacer de él, de manera que vais á verle.

—¿Pero cómo es que eres tú el que viene á traer esta noticia, y no el famoso San Juan?

—Porque mis piernas son seis pulgadas mas largas que las suyas: él salió antes que yo, pero yo le alcancé y le dejé atrás;

deseaba advertiros para que se lo previniéseis á Mr. Bailly.

—Has hecho un servicio importante.

—Mañana habrá mas que hacer.

—Pues cómo?

—Porque el mismo San Juan, que ha denunciado á Mr. Foulon, ha propuesto hacer prender á Mr. Berthier que se ha escapado.

—¿Y se sabe dónde está?

—Sí; parece que el buen San Juan era su hombre de confianza, y que ha recibido mucho dinero del yerno y del suegro, que querian sobornarle.

—¿Y tomó el dinero?

—Sí señor; el dinero de un aristócrata siempre es bueno de tomar. Pero dijo: un buen patriota no hace traicion á la nacion por el dinero.

—Sí, murmuró Billot; hace traicion á sus amos, y nada mas. ¿Sabes, Pitou, que tu San Juan se me figura un solemne pícaro?

—Es muy posible, pero no importa. En prendiendo á M. Berthier, como han preso á Foulon, los ahorcarán á ambos, uno enfrente del otro. ¿Qué gestos se harán al verse, eh?

—¿Y por qué los han de ahorcar? preguntó Billot.

—Porque son unos malvados, y porque los

detesto.

—¡Mr. de Berthier, que ha ido á nuestra hacienda Mr. Berthier, que de vuelta de la isla de Francia ha bebido leche en nuestra casa, y que ha enviado á Catalina dos hebillas de oro de Paris! ¡Oh! no, no le ahorcarán!

—¡Bah! dijo Pitou con ferocidad; era un aristocráta, un mal hombre.

Billot miro á Pitou lleno de asombro. Ante aquella mirada, Pitou no pudo menos de ruborizarse hasta lo blanco de los ojos.

En aquel momento, el honrado Billot vió á monsieur Bailly que pasaba del salon á su despacho, despues de una deliberacion.

Lanzóse á su encuentro, y le dió la noticia; pero á su vez, Billot tropezó con un incrédulo.

—Foulon! Foulon! esclamo el corregidor, eso es una locura!

—Esperad un momento, Mr. Bailly, dijo Billot; aquí teneis á Pitou que lo ha visto

—Sí señor, lo he visto, dijo Pitou colocando la mano sobre su pecho y haciendo una reverencia.

Y en seguida contó á Bailly lo mismo que habia referido á Billot.

El pobre Bailly palideció, pues comprendia toda la estesion de aquella catástrofe.

—¿Y Mr. Acloque le envia aquí? preguntó.

—Sí, señor corregidor.

—Pero, ¿cómo le envian?

—Oh! no tengais cuidado! dijo Pitou que interpretaba mal la inquietud de Bailly. Lleva una buena escolta, y no será muy fácil que se escape en el camino.

—Ojalá se escapase! murmuró Bailly.

Despues volviéndose hácia Pitou:

—Una buena escolta! esclamó; ¿y qué entendeis por una buena escolta?

—El pueblo.

—¿El pueblo?

—Mas de veinte mil hombres, sin contar á las mugeres, dijo Pitou con un aire triunfante.

—Desgraciado! murmuró Bailly! Señores! señores!

Y con voz trémula convocó á todos los electores.

Durante la narracion que les hizo de aquel suceso no se oyeron mas que esclamaciones de asombro.

Despues hubo un momento espantoso de silencio, durante el cual se empezó á oir un ruido lejano, confuso, indefinible, semejante al zumbido que produce la sangre en las personas atacadas de una congestion ce-

rebral.

—¿Qué es eso? preguntó un elector.

—El ruido que produce el pueblo que escolta á Foulon sin duda, respondió otro.

De repente se detuvo un carruage en la plaza; este carruage encerraba á dos hombres armados que hicieron descender de el á un tercero pálido y desencajado.

Detrás del coche, y conducidos por San Juan, corrian como hasta un centenar de muchachos de doce á diez y ocho años gritando:

—¡Foulon, Foulon!

Con todo, los dos hombres armados les llevaban algunos pasos de delantera, lo cual les dió tiempo para empujar á Foulon dentro del Hotel-de-Ville, cuyas puertas se cerraron ante aquella manada de lobos aullladores.

—Aquí está ya, digeron los electores que esperaban en lo alto de la escalera.

—¡Señores, señores! esclamó Foulon, ¡salvadme!

—¡Ah! respondió Bailly exhalando un profundo suspiro; ¡sois un gran criminal, Mr. Foulon!

—Sin embargo, caballero, esclamó este cada vez mas consternado; espero que al menos habrá una justicia que me defienda.

En aquel momento redobló la gritería de los que se hallaban en la plaza.

—Ocultadle pronto, dijo Bailly á los que le rodeaban; ó si no...

Y se volvió hácia Foulon.

—Escuchad, le dijo; la situacion es demasiado grave. ¿Quereis escaparos por el otro lado de Hotel-de-Ville?

—¡Oh! no, esclamó Foulon; me conocerán y me asesinarán!

—¿Segun eso, preferís quedaros aquí? Pues bien, estad seguro de que tanto yo como todos estos señores haremos cuanto esté de nuestra parte para defenderos; ¿no es así, caballeros?

—Damos nuestra palabra de hacerlo así, contestaron los electores á una voz.

—¡Oh! sí; prefiero quedarme entre vosotros. Señores no me abandoneis!

—Ya os he dicho, dijo Bailly con dignidad, que haremos lo que sea humanamente posible por salvaros.

Los gritos se aumentaron en la parte de afuera.

—¿Oís, oís? esclamó Foulon palideciendo.

En efecto, la multitud desembocaba rugiendo por todas las calles que conducian al Hotel-de-Ville, y sobre todo por el muelle Lepelletier y por la calle de la Vannerie.

Bailly se acercó á una ventana.

Los puñales, las lanzas, las hoces y los mosquetes relucian al sol con un brillo amenazador. En menos de diez minutos la inmensa plaza se cubrió de gente; era toda la escolta de Foulon, de que habia hablado Pitou, y que se habia aumentado con los curiosos, que oyendo aquella gritería, acudian de todas partes.

Todas aquellas voces gritaban:

—Foulon! Foulon!

Entonces aquellos cien precursores de la furiosa multitud designaron la puerta por donde habia entrado Foulon é inmediatamente se pusieron á derribarla con cuantos instrumentos podian haber á las manos.

Pero la puerta se abrió de repente.

Los soldados del Hotel-de-Ville aparecieron en ella y se adelantaron sobre los sitiadores, que retrocedieron primero ante las bayonetas y dejaron despues un buen espacio vacio delante de la fachada.

Los oficiales, en vez de amenazar, arengaron amistosamente á la multitud, procurando calmarla.

Bailly estaba sin saber lo que le pasaba. Era la primera vez que el pobre astrónomo se hallaba frente á frente con la cólera del pueblo.

—¿Y qué haremos? preguntaba á los electores.

—Juzgarle, contestaron estos.

—No se puede juzgar hajo la infiuencia de ia intimidacion del puebio, dijo Bailly.

—¡Oh! esclamó Billot, ¿no hay tropa para defenderos?

—Solamente unos doscientos hombres.

—Seria preciso pedir un refuerzo.

—Oh! si Mr. de Lafayette estuviese avisado!

—Pues avisémosle.

—¿Y quién se encargará de ello? ¿Quién cruzará ese mar de gente?

—Yo, respondió Billot.

Y se preparó para salir.

Bailly le detuvo.

—Insensato, le dijo, mirad ese occeano, seriais sumergido bajo la menor de sus olas. Si quereis llegar hasta Mr. de Lafayette, y aun asi lo dudo mucho, salid por la parte de atrás del edificio.

—Está bien, respondió sencillamente Billot; y dichas estas palabras partió como un rayo.

Los ánimos se exasperaban entretanto segun podria juzgarse por la gritería que iba siempre en aumento. Ya no era odio sino horror, no eran amenazas sino imprecacio-

nes las que exhalaba aquella desenfrenada multitud.

Los gritos de abajo Foulon! muera Foulon! se cruzaban como los proyectiles en un bombardeo. La multitud siempre en aumento, ahogaba, por decirlo así, á los soldados.

Empezaban ya, en aquella multitud, á circular y á tomar incremento esos rumores que autorizan las violencias. Ya no se contentaban con amenazar á Foulon, sino tambien á los electores que le protegian.

—Han dejado escapar al preso, decian los unos; entremos, decian los otros, y prendamos fuego al Hotel-de-Ville.

Bailly conoció que no quedaba mas que un partido que tomar, supuesto que Mr. de Lafayette no llegaba.

Era este el que los mismos electores bajasen y se mezclaran con los grupos tratando de llevar á buen camino á los mas furiosos.

—Foulon! Foulon!

Tal era el grito incesante, el rugido sin tregua de aquella furiosa horda.

Preparaban ya un asalto general, y las murallas de Hotel-de-Ville no hubieran podido resistir mucho tiempo.

—Caballero, dijo Bailly á Foulon, si no os presentais al pueblo, esas gentes creerán que os hemos dejado escapar; forzarán las

puertas, entrarán aquí, y una vez dentro, si os encuentran no respondo nada.

—Oh! no me creia yo tan odiado! dijo Foulon dejando caer sus brazos inertes.

Y sostenido por Bailly se arrastró hasta la ventana.

A su vista, se oyó un grito terrible; forzaron la guardia, echaron abajo las puertas y el torrente desenfrenado se precipitó hácia las escaleras, por los corredores, las galerías, los salones: todo fué invadido en un momento.

Bailly colocó alrededor del preso todos los soldados de que pudo disponer, y en seguida empezó á arengar al pueblo.

Queria hacer comprender á aquellos hombres que el asesinato era algunas veces justo, pero no legal.

Volvió al lado de Foulon despues de haber arriesgado veinte veces su vida.

—Sí, sí, gritaban los amotinados, que le juzguen! que le juzguen! pero que le ahorquen!

A tal punto estaban de su lógica sangrienta, cuando llegó al Hotel-de-Ville Mr. de Lafayette conducido por Bi lot.

Al ver su penacho tricolor, pues era uno de los primeros que lo llevaron, cedió al momento el furor popular.

El comandante general de la guardia nacional se hizo abrir paso y repitió con mas energía aun que Bailly todo cuanto este habia ya dicho.

Su discurso convenció á todos los que pudieron oirle, y la causa de Foulon se ganó en el salon de los electores.

Pero en la parte de afuera habia 20,000 hombres furiosos que no habian oido á Mr. de Lafayette y que insistian en su venganza.

—Ea, pues! dijo Lafayette que creia naturalmente que el efecto producido sobre los que le rodeaban se estenderia á la parte de afuera; ea, pues, á este hombre se le debe juzgar.

—Sí, sí, gritó la turba.

—Por lo tanto, ordeno que se le lleve á la cárcel, dijo Lafayette.

—Sí, á la cárcel, á la cárcel! gritó la multitud.

Al mismo tiempo, el general hizo seña á los guardias del Hotel-de-Ville que hicieran que avanzase el preso.

El pueblo no comprendió nada sino que se les aprocsimaba su presa. No habia pensado siquiera que tuvieran esperanza de disputársela.

Olfateaba, por decirlo así, la carne fresca que le presentaban.

Billot se habia asomado á la ventana con algunos electores y con el mismo Bailly, para no perder de vista al preso, mientras que cruzaba la plaza bajo la salvaguardia de la escolta.

Por el camino, Foulon dirigia á uno y otro lado palabras sueltas, que dejaban entrever su profundo terror, mal disfrazado bajo las mayores protestas de confianza.

—Noble pueblo, esclamaba al bajar la escalera; yo nada temo; estoy en medio de mis conciudadanos.

Y las risas y los insultos se cruzaban á su alrededor, cuando de repente se halló frente del edificio y en lo alto de las escaleras que daban sobre la plaza.

El aire y el sol bañaron su rostro.

Entonces un solo grito, grito de rabia, ahullido de amenaza, rugido de ódio, salió de veinte mil bocas.

A esta esplosion, los guardias se dispersaron; mil brazos se apoderaron de Foulon, lo arrebataron y lo llevaron al ángulo fatal de la plaza bajo el farol, inmundo y fatal patíbulo de la cólera que el pueblo llamaba su justicia.

Billot desde su ventana veia y gritaba; los electores arengaban á la guardia, que nada podia hacer.

Lafayette, desesperado, se lanzó fuera del Hotel-de-Ville, pero ni aun pudo romper las primeras filas de aquella masa de gente que inundaba á modo de un lago inmenso la distancia que le separaba del farol.

Subíanse sobre ventanas, á las cornisas de los edificios; en todos los puntos abordables que ofrecian alguna elevacion, los meros espectadores alentaban con sus furiosos gritos la espantosa efervescencia de los actores.

Estos se regocijaban con su victoria á la manera que podria hacerlo una manada de tigres con una presa inofensiva.

Todos se disputaban á Foulon.

Por fin comprendieron que era preciso distribuirse los papeles si se habia de gozar debidamente de su agonía, sin lo cual le iban á hacer pedazos.

Unos cogieron á Foulon, que ya no tenia fuerzas para gritar; los otros, que le habian quitado su corbata y desgarrado los vestidos, le pasaron un cordel al cuello: otros, por último, subidos sobre el farol, pasaron sobre él el cordel que sus compañeros colocaron en el cuello del ex-ministro.

Por un momento elevaron á Foulon en brazos y lo enseñaron de aquel modo al pueblo, con la cuerda al cuello y las manos atadas á la espalda.

Despues, cuando la multitud hubo contemplado á su sabor al paciente, y aplaudido estrepitosamente, se dió la señal, y Foulon, pálido, sangriento, fué levantado á la altura del travesaño del farol, en medio de un ahullido mas espantoso que la misma muerte.

Todos los que hasta entonces no habian podido ver nada, divisaron en aquel momento al enemigo público meciéndose sobre el pueblo.

Nuevos gritos se elevaron entonces.

Eran estos contra los verdugos que ellos mismos habian alentado hacia un momento. Iba Foulon á morir tan pronto!

Los verdugos se encogieron de hombros y se contentaron con enseñar la cuerda.

La cuerda era vieja y se podian ver sus hilos romperse uno tras otro.

Los movimientos desesperados que hacia Foulon en su agonía acabaron de romperla, y por últimó cayó al suelo el ex-ministro medio estrangulado.

Habia llegado únicamente al prólogo del suplicio, y solo habia penetrado en la antesala de la muerte.

El pueblo se precipitó sobre el paciente. Ya estaban tranquilos; no podia huir, pues al caer se habia roto un muslo.

No obstante se alzaron algunos gritos de desaprobacion, imprecaciones calumniosas y mal dirigidas.

Acusaban á los ejecutores; se les llamaba torpes, cuando por el contrario eran tan ingeniosos, cuando habian elegido una cuerda vieja y en tan mal estado, con la esperanza de que se rompiera! Esperanza que, como se habia visto, justificaban los resultados.

Echaron un nudo á la cuerda, pasándola de nuevo al cuello del desgraciado que medio muerto, con los ojos estraviados y voz ahogada, buscaba á su alrededor en aquella ciudad, que se llamaba el centro del universo civilizado, una de las 100,000 bayonetas de aquel rey, cuyo ministro habia sido, que pudiese abrirse paso por entre aquella horda de Caníbales.

Pero nada vió á su alrededor; nada mas que el ódio, el insulto y la muerte.

—Al menos, matadme sin hacerme padecer tan horrible martirio! gritó Foulon desesperado.

—Por qué han de abreviar tu suplicio? gritó una voz; él ha hecho que el nuestro dure mucho tiempo.

—Y además, dijo otro, no has tenido aun tiempo de digerir las ortigas.

—Esperad, esperad, gritó un tercero; van á traer á su yerno Berthier, lo colocaremos en el farol que está en frente.

—Veremos los gestos que se hacen el suegro y el yerno, añadió otro.

—Acabadme de matar! gritaba el desgraciado Foulon.

Entretanto Bailly y Lafayette rogaban y gritaban, tratando de penetrar por medio de la turba. En aquel momento elevaron á Foulon de nuevo, pendiente de la cuerda que se rompió por segunda vez, y sus súplicas, sus lamentos, sus agonías, no menos dolorosas que las del paciente, se pierden, se embotan, se confunden, con la risa universal con que acogen aquella segunda caida.

Bailly y Lafayette, aquellos soberanos árbitros tres dias antes, de la voluntad de seiscientos mil parisienses, hoy son desatendidos hasta de los muchachos.

Murmúrase entre ellos por qué estorban, por qué interrumpen el espectáculo. Billot les presta aunque inútilmente el apoyo de sus fuerzas.

El robusto atleta ha derribado á veinte hombres. Para llegar hasta Foulon seria preciso derribar á cincuenta, á ciento, á mil, y hallábase ya rendido de fatiga cuando se paró para enjugar el sudor y la sangre que

corria por su frente.

Foulon se eleva por tercera vez hasta el hierro del farol.

Por aquella vez al menos han tenido compasion de él habiendo buscado una cuerda nueva.

En fin, el mártir muere; la víctima ha cesado de sufrir.

Medio minuto le bastó á la multitud para conocer que el último rayo de vida se habia estinguido.

Cuando el tigre ha muerto á su presa la puede ya devorar tranquilamente.

Precipitado el cadáver desde lo alto del farol no llegó al suelo, y fué destrozado.

La cabeza fué separada en un segundo y puesta en otro segundo en la punta de una pica, lo cual era muy de moda en aquella época.

A este espectáculo Bailly retrocedió aterrorizado; aquella cabeza era para él la antigua Medusa....

Lafayette, pálido, con la espada en la mano, apartaba de su lado con disgusto á los guardias que trataban de escusarse por haberse dejado robar á Foulon.

Billot, rugiendo de cólera y agitándose á derecha é izquierda, volvió á entrar en el Hotel-de-Ville para no ver lo que pasaba en aquel sangriento teatro.

En cuanto á Pitou, su entusiasmo de venganza popular se habia cambiado en un movimiento convulsivo, y habia llegado á la orilla del rio, donde cerraba los ojos y se tapaba los oidos para no ver ni oir nada de cuanto pasaba.

Reinaba la mayor consternacion dentro del Hotel-de-Ville.

Empezaban á comprender los electores, que nunca lograrian dirigir los movimientos del pueblo, sino en el sentido que á él le acomodara.

En aquel momento, y mientras que aquella turba de furiosos arrastraban el cuerpo mutilado de Foulon, un nuevo grito, una nueva tempestad rugia del otro lado del puente.

Un correo llega á todo escape. El pueblo sabe ya la noticia que trae. La ha adivinado por el instinto de sus gefes, como la tropa de cazadores que sigue una huella indicada por el instinto de sus mas hábiles sabuesos.

Las turbas rodean al correo; adivinan que les llega una nueva presa; comprenden que se trata de Mr. Berthier.

Y era verdad.

Interrogado por diez mil bocas á un tiempo, el correo se vió precisado á con-

testar:

—Mr. Berthier de Savigny ha sido preso en Compiegne.

Y en seguida entró en el Hotel-de-Ville, donde dió la misma noticia á Lafayette y Bailly.

—Bien, bien, ya lo sabia, dijo Lafayette.

—Lo sabíamos, repitió Bailly, y se han dado las órdenes convenientes para que lo detengan allí preso.

—Preso! dijo el correo.

—Sí, preso: he enviado dos comisarios con una escolta.

—Una escolta de doscientos cincuenta hombres, no es cierto? dijo un elector; y creo que son mas que suficientes.

—Señores, dijo el correo; de eso precisamente vengo á hablaros. El pueblo ha dispersado la escolta y se ha apoderado del preso.

—Apoderado! gritó Lafayette. La escolta se ha dejado robar su prisionero!

—No la acuseis, general; la escolta ha hecho cuanto ha podido.

—Pero y Mr. Berthier? preguntó Bailly lleno de ansiedad.

—Lo traen á Paris, dijo el correo, y se halla en Burget en este momento.

—Pero si llega aquí, dijo Billot, es hombre

perdido.

—Pronto, pronto, gritó Lafayette; quinientos hombres á Burget. Que los comisarios de Mr. Berthier se detengan y duerman en aquel punto! Durante la noche avisaremos de lo que hemos de hacer.

—Pero quién se atreverá á encargarse de esta comision? dijo el correo que miraba horrorizado por la ventana aquel océano, en que cada ola arrojaba un grito de muerte.

—Yo! gritó Billot; á ese yo le salvaré.

—Pero perecereis, dijo el correo; el camino está cubierto de gente.

—Allá voy, dijo el arrendatario.

—Es inútil, murmuró Bailly que habia estado prestando atencion á un ruido lejano. Escuchad!

Entonces se oyó hácia la puerta de San Martin un ruido parecido al rugido de las olas del mar.

Este ruido horrible se elevaba por encima de las casas, como el vapor hirviendo se escapa por los bordes de una vasija.

—Ya es tarde! dijo Lafayette.

—Ya llegan, murmuró el correo; los oís?

—Un regimiento, gritó Lafayette con aquel generoso entusiasmo por la humanidad que era el lado hermoso de su carácter.

—Voto vá... esclamó Bailly que juraba por

primera vez en su vida. Olvidais que nuestro ejército es precisamente ese pueblo que tratais de combatir? Y diciendo esto escondia su rostro entre sus dos manos.

Los gritos que se habian oido á lo lejos, se habian comunicado desde las hordas que recorrian las calles á las que ocupaban la plaza, con la rapidez del rayo.

Entonces los que insultaban los deformes restos de Foulon abandonaron su sangrienta diversion para lanzarse á una nueva venganza.

Las calles que abocaban á la plaza se llenaron inmediatamente con una gran parte de esta desenfrenada multitud, que se lanzó con los puñales en alto y ademanes amenazadores hácia la calle de San Martin para salir á recibir á su nueva presa.

X.

El yerno.

Bien pronto se reunieron los del uno y otro lado, pues habia demasiada prisa por ambas partes,

Y hé aquí lo que sucedió entonces:

Algunos de los de la plaza que llevaban el sibaritismo de la venganza hasta el mas alto grado, presentaron al yerno la cabeza de su suegro al estremo de una pica.

Mr. Berthier llegaba por la calle de San Martin con el comisario, y se hallaba junto á la calle de Saint Merry.

Iba en su cabriolé, carruege eminente-

mente aristocrático en aquella época, y privilegiado por el ódio popular, que tantas veces habia tenido motivos de queja por la rapidez con que eran conducidos por sus amos aquellos carruages, rapidez que habia ocasionado muchas desgracias.

Berthier, en medio de los gritos, de los ahullidos y de las amenazas, se adelantaba hablando con la mayor tranquilidad con el elector Riviere, el comisario enviado á Compiegne para salvarle, y que abandonado por su compañero, habia tenido mucho trabajo en salvarse á sí mismo.

El pueblo habia empezado por el cabriolé, habiéndole arrancado la capota, de manera que Berthier y su compañero se hallaban al descubierto. espuestos á las miradas y á los golpes.

Durante el camino, oyó recordar sus crímenes, comentados y abultados por el furor popular.

—Habia en primer lugar intentado hacer morir de hambre á París.

—Habia mandado que se cortasen los centenos y los trigos verdes, y habiendo hecho subir los granos, habia ganado enormes sumas.

—Y no solo habia hecho esto, sino que lo que es mas aun, se ocupaba en conspirar.

—Le habian cojido una cartera en la que se encontraron escritos incendiarios, y la prueba de ello era que habian sido distribuidos diez mil cartuchos entre sus gentes.

Todas estas eran monstruosas suposiciones; pero las turbas, cuando llegan al paraxismo de su cólera, admiten como hechos indispensables las mas insensatas calumnias.

El acusado de todos estos crímenes era un hombre de unos treinta á treinta y dos años, elegantemente vestido, y que presentaba un rostro risueño á los denuestos y á las amenazas.

Miraba en derredor suyo con la mas completa tranquilidad los carteles injuriosos que le presentaban, y hablaba con Riviere sin aparentar fanfarronería.

Dos de los circunstantes, irritados por su sangre fria, habian tratado de atemorizarle. Habianse subido al estribo del cabriolé, apoyando sobre el pecho de Berthier las bayonetas de sus fusiles.

Pero Berthier, valiente hasta la temeridad, ni aun siquiera se habia dignado mirar, y continuó hablando con el elector como si aquellas dos bayonetas fueran un inofensivo accesorio del cabriolé.

La multitud, profundamente irritada por aquel desprecio, que contrastaba de una manera tan opuesta con el profundo terror de Foulon, rugia alrededor del carruage, y esperaba con impaciencia el momento en que le seria lícito acudir al dolor en lugar de la amenaza.

Entonces fué cuando Berthier fijó su vista en un objeto informe y sangriento que se agitaba delante de él, y reconoció la cabeza de su suegro que se inclinaba á la altura de sus lábios.

Pretendian hacérsela besar.

Mr. Riviere, indignado, separó con su mano la pica.

Berthier le dió gracias con un gesto y siguió hablando.

Llegaron de este modo hasta la plaza de Greve, y el preso, despues de increibles esfuerzos por parte de los guardias que se habian logrado reunir apresuradamente, fué entregado á los electores en el Hotel-de-Ville.

Dificultosa mision, terrible responsabilidad que hizo palidecer de nuevo á Lafayette y estremecer el corazon del corregidor de Paris.

La multitud, despues de haber destruido el cabriolé que abandonára al pié de las gradas del Hotel-de-Ville, se colocó como mejor

pudo, guardando todas las avenidas de las calles, y colocando nuevas cuerdas en los faroles.

Billot, á la vista de Berthier que subia con la mayor tranquilidad las escaleras, no pudo menos de llorar amargamente arrancándose los cabellos de desesperacion.

Pitou, que habia vuelto al muelle asi que creyó que habria terminado el suplicio de Foulon, Pitou, aterrorizado á pesar del ódio que profesaba á Berthier, culpable á sus ojos no solamente de todo lo que le acriminaban, sino mas aun por haber regalado las hebillas de oro á Catalina, se acurrucó sollozando detrás de una banqueta.

Entretanto Berthier, como si no se tratase de él, entró en el salon del consejo y hablaba con los electores.

Conocia á la mayor parte de ellos, y trataba á muchos con intimidad.

Estos se alejaban de él con el terror que inspira á las almas tímidas el contacto de un hombre impopular.

Asi es que Berthier se vió muy pronto solo con Bailly y con Lafayette.

Se hizo referir todos los detalles del suplicio de Foulon, y despues, encogiéndose de hombros,

—Sí, dijo, comprendo muy bien todo eso,

nos aborrecen porque hemos sido los instrumentos con que la monarquía ha atormentado al pueblo.

—Se os imputan grandes crímenes, caballero, dijo severamente Bailly.

—Mr. Bailly, contestó Berthier, si hubiese yo cometido los crímenes que me suponen, no seria un hombre, sino un tigre, un demonio; pero creo que me juzgarán, y entonces se aclararán los misterios.

—Sí, se os juzgará, dijo Bailly.

—Pues bien, continuó Berthier, eso es lo que yo deseo. Tienen mi correspondencia, y verán á qué órdenes me he visto precisado á obedecer.

Los electores dirigieron su vista á la plaza, de la que salian gritos espantosos.

Berthier comprendió aquella respuesta.

Entonces Billot, abriéndose paso por entre la multitud que rodeaba á Bailly, se acercó al intendente, y presentándole su callosa mano,

—Buenos dias, le dijo, Mr. de Sauvigny.

—Calla! eres tú, Billot? esclamó Berthier sonriendo y apretando con una mano firme la que le presentaba el arrendatario.

—Tú, tambien, continuó, vienes á París á promover motines? tú que vendias tan bien tu grano en los mercados de Villers-Cotte-

rets, de Crepy y de Soissons?

Billot, á pesar de sus tendencias democráticas, no pudo menos de admirar la tranquilidad de aquel hombre que se chanceaba de aquella manera en un momento en que su vida pendia de un hilo.

—Instaláos en vuestros puestos, señores; dijo Bailly a los electores; vamos á instruir la sumaria contra el acusado.

—Muy bien, dijo Berthier; pero os advierto una cosa, caballero; y es que me hallo rendido de fatiga, pues hace dos dias que no he dormido; hoy en el camino de París me he visto atropellado; arrollado; cuando he pedido de comer me han presentado heno, lo cual es una galantería de no muy buen género: hacedme el favor de designarme un sitio en que pueda dormir, aunque no sea mas que una hora.

En aquel momento Lafayette salió á informarse de lo que pasaba en la parte de afuera, y volvió á entrar en el salon mas abatido que antes.

—Mi querido Bailly, dijo al corregidor; la exasperacion del pueblo llega á un estremo espantoso; si teneis aqui mas tiempo á Mr. Berthier, seria esponeros á que nos sitiasen: defender el Hotel-de-Ville es dar á esos furiosos el pretesto que buscan, y no de-

fenderlo es tomar la costumbre de ceder siempre.

Entre tanto, Berthier se sentó, y despues se recostó sobre una banqueta preparándose para dormir un poco.

Llegaban hasta sus oidos los desaforados gritos dol pueblo; pero aquellos gritos no le conmovian: su semblante conservaba la serenidad del hombre que lo olvida todo por reconciliar el sueño.

Bailly deliberaba con los electores y con Lafayette.

Billot contemplaba á Berthier lleno de admiracion.

Lafayette recogió apresuradamente los votos, y dirigiéndose al preso que empezaba ya á dormirse,

—Caballero, le dijo: estais ya dispuesto?

Berthier exhaló un suspiro, y despues apoyándose sobre un codo,

—Dispuesto, y á qué? preguntó.

—Estos señores han decidido que se os traslade á la Abadía.

—A la Abadía! está bien, dijo el intendente. Pero, añadió mirando á los electores consternados, de *un modo ó de otro*, concluyamos de una vez.

Una espantosa esplosion de cólera y de impaciencia contenida por algun tiempo, es-

talló en la plaza.

—No, señores, esclamó la Fayette, en este momento no se puede salir de aquí.

Bailly tomó una resolucion dictada por su corazon y por su valor; bajó con dos electores á la plaza y mandó guardar silencio.

El pueblo sabia tambien como él lo que iba á decir, y como tenia intencion de ne ceder en sus vengans, ni aun quiso prestarle oidos, y en cuanto Bailly abrió la boca para hablar, una inmensa gritería se alzó en la plaza cubriendo su voz, que nadie pudo oir.

Bailly, viendo que le era imposible el hacerse entender, volvió á tomar el camino del Hotel-de-Ville perseguido por los gritos de:

—Berthier! Berthier!

Despues otros gritos se mezclaron á estos como las notas agudas que se perciben de repente en esos coros de diablos de Weber ó de Mayerbeer gritando:

—A la horca! al farol!

Al ver entrar á Bailly Lafayette se lanza á su vez á la plaza. Lafayette es jóven, osado, y es querido del pueblo. Lo que no habia podido conseguir el anciano con su popularidad de ayer, el amigo de Washington y de Necker lo obtendria indudablemente en cuanto se presentara.

Pero inútilmente penetró el general del pueblo por entre los apiñados grupos; en vano habló en nombre de la justicia y de la humanidad. En vano, reconociendo ó fingiendo reconocer á algunos de los que capitaneaban las furiosas turbas, suplicó, estrechándoles la mano y deteniéndolos en su camino.

Ni una sola de sus palabras fué escuchada, ni uno de sus ademanes fué comprendido, ni fué vista ninguna de sus lágrimas.

Rechazado de escalon en escalon, se arrodilló sobre el pórtico del Hotel-de-Ville, apelando en vano á los sentimientos de humanidad de aquellos tigres, a quienes llamaba conciudadanos, rogándoles que no deshonrasen á su nacion, y que no se deshonrasen ellos mismos, erigiendo en mártires á criminales que debian su espiacion á la ley.

Lafayette insistió de tal manera, que las amenazas llegaron hasta él, pero luchó tambien contra las amenazas.

Algunos de los mas osados llegaron hasta levantar sus armas.

Pero él se adelantó hácia ellos, y las armas volvieron á bajarse.

Conoció que si le amenazaban á él amenazaban mucho mas á Berthier, y Lafayette vencido volvió á entrar en el Hotel-de-Ville.

Los electores habian sido testigos de la

impotencia de Lafayette contra la tempestad popular, y aquella era su postrer esperanza perdida.

Asi es que decidieron que la guardia del Hotel-de-Ville condujese á Berthier á la Abadia.

Esto era enviar á Berthier á una muerte segura.

—Está bien! dijo Berthier despues de que se hubo tomado aquella resolucion.

Y mirando á todos aquellos hombres con el mas profundo desprecio, se lanzó en medio de su escolta, despues de haber dado las gracias con un movimiento de cabeza á Bailly y Lafayette, y de haber á su vez presentado la mano á Billot.

Bailly volvió la vista á otro lado para ocultar sus lágrimas, y Lafayette hizo lo mismo para ocultar su indignacion.

Berthier bajó los escalones del Hotel-de-Ville con el mismo tranquilo continente con que los habia subido.

En el momento en que se presentó, un espantoso alarido, que salió de la plaza, hizo temblar hasta los mismos escalones de piedra, sobre los que apoyaba sus pies.

Pero él, siempre orgulloso é impasible, miraba á aquella multitud con la mayor serenidad, y pronunció estas palabras, encogién-

dose de hombros:

—Qué cosa mas singular es ese pueblo! Qué es lo que tiene para chillar de ese modo?

Apenas habia acabado de pronunciar estas palabras, cuando fué presa de aquel pueblo. Sobre las mismas escaleras, le arrancaron de entre los guardias que le escoltaban; le faltaron los pies y rodó en brazos de sus enemigos, que en un segundo dispersaron la escolta.

En seguida, una oleada irresistible arrastró al preso por el surco de sangre que Foulon habia dejado en su camino dos horas antes.

Un hombre hallábase ya colocado en el fatal farol y tenia una cuerda en la mano.

Pero habiase asido á Berthier otro hombre, y este hombre distribuia puñetazos á derecha é izquierda con furor desesperado, llenando de imprecaciones á los verdugos.

—No le llevareis! No le asesinareis! esclamaba.

Aquel hombre era Billot, á quien la desesperacion volvia furioso.

A unos gritaba:

—Yo soy uno de los vencedores de la Bastilla.

Y algunos, reconociéndole, suspendian sus

ataques.

A los otros decia:

—Dejad que le juzguen! yo me entrego á vosotros en rehenes; si le dejasen escapar, me ahorcareis en su lugar.

Pobre Billot! corazon honrado y generoso!

El torbellino popular le arrastraba á él y á Berthier como una tromba arrastra á la vez una pluma y una paja en sus inmensas espirales.

Y caminaban sin advertirlo, sin ver por donde iban.

El rayo hubiera sido menos rápido en su curso.

Por fin llegaron al sitio fatal.

Berthier, que habia sido arrastrado á empellones y hacia atrás, viendo que se detenian, se volvió, levantó los ojos y vió la cuerda infame que se balanceaba sobre su cabeza.

Por un esfuerzo tan violento como inesperado, logró desprenderse de las manos que le sujetaban, se apoderó del fusil de un guardia nacional y acometió á sus verdugos á bayonetazos.

Pero en un segundo, otras mil bayonetas le acometieron por detrás, y cayó cubierto de heridas.

Billot habia desaparecido bajo los pies de los asesinos.

Berthier ni aun tuvo tiempo para sufrir. Su sangre y su alma se escaparon á un tiempo de su cuerpo por mil heridas.

Entonces Billot pudo presenciar un espectáculo mas repugnante aun que todo cuanto habia visto hasta entonces. Vió á un hombre sumergir su mano en el pecho abierto del cadáver, y sacar de él el corazon humeante aun.

Despues colocando aquel corazon en la punta de su sable y cruzando por medio de la multitud que le abria paso, fué á colocarle sobre la mesa del gran Consejo en que los electores celebraban sus sesiones.

Billot, aquel hombre de hierro, no pudo resistir la vista de este espectáculo, y cayó á diez pasos del fatal farol.

Lafayette, viendo aquel sangriento insulto hecho á su autoridad y á la revolucion que dirigia, ó mas bien, que habia creido dirigir, Lafayette, decimos, rompió su espada, y arrojó los pedazos á los asesinos.

Pitou fué á socorrer al arrendatario; le cogió en sus brazos, y aproximando su boca al oido del pobre hombre,

—Billot! le dijo; señor Billot! tened cuidado; si ven que os afectais, os tomarán por su cómplice, y os asesinarán tambien. Y

seria una lástima la pérdida de un patriota como vos.

En seguida le condujo hácia la parte del rio ocultándole como mejor pudo á las miradas de algunos que empezaban ya á murmurar.

XI.

Billot empieza á reconocer que en las revoluciones hay mas espinas que rosas.

Billot, que habia tomado parte juntamente con Pitou en todas las ocasiones gloriosas, empezó á notar que no todo era tan bueno como se habia figurado en un principio.

Asi que hubo recobrado sus sentidos con la frescura del rio,

—Señor Billot, dijo Pitou, os aseguro que echo mucho de menos á Villers-Cotterets; ¿y vos?

Estas palabras, como un fresco y tranqui-

lo rocío dispertaron la energía del arrendatario, que recobró sus fuerzas y cruzó por medio de la multitud para alejarse de aquella carnicería.

—Ven, dijo á Pitou; tienes razon.

Y volvió á buscar á Gilberto que vivia en Versalles y que sin haber vuelto á ver la reina desde el viaje del rey á París habia llegado á ser el brazo derecho de Necker, que habia vuelto al ministerio, abandonando la novela de su vida por la historia de todos, y procurando organizar la prosperidad, generalizando la miseria.

Pitou le siguió como hacia siempre.

Ambos fueron introducidos en el despacho en que trabajaba el doctor.

—Doctor, dijo Billot, me vuelvo á la hacienda.

—Y por qué? preguntó Gilberto.

—Porque detesto á París.

—Ah! ya comprendo, dijo Gilberto con frialdad; estais ya cansado.

—Aburrido.

—No os gusta la revolucion?

—Quisiera verla concluida.

Gilberto se sonrió tristemente.

—Ahora es cuando empieza, dijo.

—Oh! esclamó Billot.

—Eso os admira, Billot? preguntó Gil-

berto.

—Lo que me admira es vuestra sangre fria.

—Amigo mio, preguntó Gilberto á Billot: ¿sabeis de qué proviene esta sangre fria?

—Solo puede provenir de una conviccion.

—Justamente.

—Y qué conviccion es esa?

—Adivinadla.

—Que todo concluirá bien?

Gilberto se sonrió mas tristemente aun que la vez primera.

—Tengo, por el contrario, la conviccion de que todo concluirá mal.

Billot se admiró de nuevo.

En cuanto á Pitou, abrió desmesuradamente los ojos, pues hallaba poco lógico el argumento.

—Veamos, dijo Billot rascándose la oreja; veamos, porque no comprendo bien á lo que creo.

—Sentaos, Billot, dijo Gilberto, y colocaos á mi lado.

Billot obedeció.

—Mas cerca aun, mas cerca: de manera que vos solo me oigais.

—Y yo, señor Gilberto? preguntó tímidamente Pitou, como diciendo que estaba pronto á retirarse, si así lo deseaba Gilberto.

—Oh, no! quédate tambien. Tú eres jóven; escucha.

Pitou se sentó en el suelo cerca de Billot.

Era un singular espectáculo el que ofrecia aquel grupo y aquel conciliábulo de estos tres hombres en el despacho de Gilberto, al lado de una mesa cargada de papeles impresos y de periódicos, á cuatro pasos de una puerta que asediaban, sin poderla forzar, los pretendientes, contenidos por un escribiente viejo, casi ciego y manco.

—Ya escucho, dijo Billot; esplicaos señor. Cómo es que todo concluirá mal?

—Os lo diré, Billot; ¿sabeis lo que hacia en este momento?

—Estábais escribiendo.

—Pero no sabeis de qué me ocupaba?

—Pues qué, quereis que lo adivine yo que no sé leer?

Pitou levantó tímidamente la cabeza, y dirigió su vista al papel que el doctor indicaba á Billot.

—Esos son números, dijo.

—Es cierto, son números, pero estos números son á un mismo tiempo la salvacion y la ruina de la Francia.

—Oh! esclamó Billot.

—Oh! oh! repitió Pitou.

—Estos números, impresos mañana, continuó el doctor, irán á pedir al palacio del rey, al palacio de los nobles, y á la cabaña del pobre, la cuarta parte de sus productos.

—Heim! esclamó Billot.

—Pobre tia Angélica! murmuró Pitou; qué mala cara va á poner!

—Qué decís de esto? continuó Gilberto. Se hacen revoluciones, es cierto; pero tambien es preciso pagarlas.

—Es muy justo, respondió heróicamente Billot. Sea asi, se pagará.

—Pardiez, dijo Gilberto, vos sois un creyente y vuestra respuesta nada tiene por qué admirarme, pero los que no lo son....

—Los que no lo son?...

—Sí, qué harán? ..

—Se resistirán, dijo Billot en un tono que queria decir que él se opondria con todas sus fuerzas si le pidiesen la cuarta parte de su renta, para llevar á cabo una obra contraria á sus convicciones.

—Entonces habrá lucha, dijo Gilberto.

—Pero la mayoría..... dijo Billot.....

—Acabad, amigo mio.

—La mayoría está allí para imponer su voluntad.

—Entonces habrá necesariamente opresion.

FIN DEL TOMO CUARTO.

ANGEL PITOU.

ANGEL PITOU.

ANGEL PITOU.

POR

ALEJANDRO DUMAS.

TOMO V.

SEVILLA: 1851.
Imprenta de Gomez Oro, editor, calle de la Muela núm. 7.

I.

Billot empieza á reconocer que en las revoluciones hay mas espinas que rosas.

Billot miraba á Gilberto con aire de duda en un principio; pero en seguida un rayo de inteligencia brilló en sus ojos.

—Esperad, Billot, dijo el doctor; sé lo que vais á decirme; los nobles y el clero lo tienen todo, ¿no es verdad?

—Es cierto, dijo Billot, los conventos....

—Los conventos?

—Los conventos son ricos.

—*Notum cer tumque*, murmuró Pitou.

—Los nobles no pagan un impuesto proporcionado. De manera que, yo arrendatario,

pago mas del doble de impuestos de los que pagan los tres hermanos de Charny, mis vecinos, que tienen cada uno mas de doscientas mil libras de renta.

—Pero, vamos, ¿creeis que los nobles y el clero sean menos franceses que vos?

Pitou puso toda su atencion á aquellas palabras, que podian dar lugar á la heregía, en un tiempo en que el patriotismo se media por la fuerza de los puños en la plaza de Greve.

—Vos no creeis nada de eso, ¿no es verdad, amigo mio? no podeis reconocer que esos nobles y esos sacerdotes que todo lo absorven y que nada devuelven sean tan patriotas como vos.

—Es cierto.

—Pues ese es un error muy grande, Billot; un error, y voy á probároslo.

—Muy bien, vamos á ver.

—Escuchad.

—Ya escucho.

—Pues bien, yo os aseguro, Billot, que de aquí á tres dias, el hombre que goza de mas privilegio en Francia será el que menos posea.

—Entonces, ese seré yo, dijo gravemente Pitou.

—Sí, tú, por ejemplo.

—Y cómo es eso? preguntó Billot.

—Escuchad. Esos nobles y esos eclesiásticos á quienes acusais de egoismo, empiezan ya á ser acometidos de esa fiebre de patriotismo que vá á apoderarse de toda la Francia. En estos momentos se están reuniendo y deliberan; el mas osado vá á dar el ejemplo pasado mañana, mañana tal vez, hoy mismo, y detrás de él irán todos los demás.

—Y cómo será eso, señor Gilberto?

—Abandonando sus prerogativas, los señores feudales levantarán el yugo con que oprimian á sus vasallos; los propietarios de tierras abandonarán sus arrendamientos y sus rentas.

—Oh! oh! esclamó Pitou; creeis que harán todo eso?

—Oh! repitió Billot, esa es la libertad en todo su esplendor.

—Ahora bien, cuando todos seamos libres, qué haremos?

—Ah! cuando seamos libres, dijo Billot algo cortado, entonces... ya veremos.

—Esa es la palabra sacramental, esclamó Gilberto; ya veremos.

Y se levantó con aire sombrio paseándose silenciosamente por algunos momentos. En seguida volviéndose á dirigir á Billot, cuya mano callosa cogió entre las suyas, dijo

con una severidad que se asemejaba mucho á la amenaza.

—Sí, ya veremos! Lo veremos todo, tú lo mismo que yo, los demás lo mismo que tú, y hé aquí precisamente en lo que pensaba yo hace un momento cuando has hallado en mí esa sangre fria que tanto te ha sorprendido.

—Me asustais! el pueblo unido, abrazándose y reuniéndose para concurrir á la prosperidad general, es por ventura una cosa que os haga poner tan sombrío?

Gilberto se encogió de hombros.

—Entonces, continuó Billot, interrogandoá su vez, qué diríais de vos mismo, si hoy dudais, despues de haberlo preparado todo en el antiguo mundo dando libertad al nuevo?

—Billot, repuso Gilberto; acabais de pronunciar una palabra que es la solucion del enigma; esa palabra que pronuncia Lafayette y que nadie tal vez, incluso él, comprende; sí, hemos dado la libertad al Nuevo-Mundo.

—Vos que sois francés! oh, eso es muy hermoso!

—Sí, es muy hermoso; pero eso costará muy caro, dijo tristemente Gilberto.

—Bah! un poco de oro, mucha san-

gre, y todo queda pagado, dijo Billot sencillamente.

—Ciego! dijo Gilberto; ciego! que no vé en esa aurora de Occidente el gérmen de nuestrra ruina! Ay! pero con qué justicia podré yo acusar, yo que no he visto mas que los otros! Oh! quiera Dios que el haber dado la libertad al Nuevo-Mundo no sea haber perdido al antiguo!

—*Rerum novus nascitur ordo*, esclamó Pitou con todo el aplomo revolucionario.

—Silencio, niño, dijo Gilberto, y continuó; sí, un Nuevo-Mundo; este es un sitio nuevo, una nueva forma, sin leyes, pero sin abusos; sin ideas, pero sin preocupaciones. En Francia, 30,000 leguas cuadradas para 30 millones de hombres, esto es; en caso de un repartimiento territorial apenas una cuna y una tumba para cada uno. Allá en América 200,000 leguas cuadradas para tres millones de habitantes, fronteras que lindan con el desierto, es decir, el espacio y el mar; la inmensidad; en estas 200.000 leguas, rios navegables, selvas vírgenes cuya profundidad es solo conocida de Dios, es decir, todos los elementos de la vida, de la civilizacion y del porvenir. Oh! qué fácil es, Billot, cuando se tiene un nombre como el de Lafayette y la costumbre de las armas, cuando uno se lla-

ma Washigton, y se posee el hábito del pensamiento; cuán fácil es derribar murallas de madera, de tierra, de piedra, y de carne! Pero cuando en vez de fundar se destruye; cuando se vé en el antiguo órden de cosas que atacan murallas de ideas ruinosas, y que detrás de estas ruinas se refugian tantos hombres y tantos intereses; cuando despues de haber hallado la idea se vé que para hacerla adoptar á un pueblo es preciso diezmarlo desde el anciano que se acuerda, hasta el niño que aspira; desde el monumento que es la memoria, hasta el gérmen que es el instinto; entonces,oh! entonces, Billot, es una empresa que debe estremecer á los que vean al otro lado del horizonte. Yo tengo una mirada que distingue desde muy lejos, y me estremezco.

—Perdonad, caballero, dijo Billot guiado siempre por su buen sentido; me acusábais ahora mismo de aborrecer la revolucion, y vos mismo me la estais haciendo execrar.

—Pero ya te he dicho que yo renunciaba...

—*Errare humanum est*, murmuró Pitou; *sed perseverare diabólicum*.

Y diciendo esto, recogió y reunió sus pies y sus manos.

—Sin embargo, continuó Gilberto, perse-

veraré, porque aunque entrevea todos los obstáculos, veo tambien el fin, y el objeto es santo, Billot. No es únicamente la libertad de la Francia en lo que yo pienso, sino en la libertad del mundo; no es la igualdad física, sino la igualdad ante la ley; no es la fraternidad entre los ciudadanos, sino la de los pueblos. En ello perderé tal vez mi alma y perecerá mi cuerpo, continuó melancólicamente Gilberto; pero no importa, el soldado á quien envian al asalto de una fortaleza, vé los cañones, vé las balas con que los cargan, vé la mecha que le aproximan y vé mas aun; vé la direccion en que los colocan; comprende que aquella masa de hierro le irá tal vez á atravesar el pecho; pero sigue adelante; es preciso apoderarse del fuerte. Pues bien, Billot; todos somos soldados. Adelante! Y que sobre los montones de nuestros cadáveres marchen un dia las generaciones cuya vanguardia es ese niño que está ahí sentado en el suelo.

—Verdaderamente, no sé por qué desesperais, señor Gilberto; es, por ventura, por haber asesinado un pobre diablo en la plaza de Greve?

—Y tú, por qué te horrorizas? Anda, Billot; ahorca tú tambien.

—¡Oh, qué decis, señor Gilberto!

—Es preciso ser consecuente. Tú has venido pálido, temblando; tú, tan fuerte y tan valiente, y me has dicho: «Estoy cansado;» yo me he reido, y hé aquí que cuando te esplico por qué estaba pálido, por qué estaba cansado, tú eres quien te ries á tu vez de mí.

—Hablad, señor, hablad; pero primero dejadme la esperanza de que volveré consolado á mis tierras.

—Las tierras! escucha, Billot, todas nuestras esperanzas se fundan en ellas; en el campo, revolucion pacífica que duerme y que se despierta cada mil años, causando un horrible estremecimiento á la monarquía en cada una de sus sacudidas. El campo se revolucionará á su vez, cuando llegue la ocasion de comprar ó de conquistar esos bienes mal adquiridos de que hablabas hace poco y que son el patrimonio de la nobleza y del clero. Pero para dirigir á los campos en la recoleccion de las ideas, es preciso impulsar al aldeano á la conquista de la tierra. El hombre, en llegando á ser propietario, se hace libre, y una vez libre mejora en su parte moral. A nosotros, pues, obreros privilegiados, á quien Dios permite descorrer el velo del porvenir, nos toca una mision terrible, el trabajo es árduo; pero este traba-

jo despues de haber dado la libertad al pueblo le dará la propiedad. Tendremos, Billot, muchas fatigas y tal vez una triste recompensa, pero nuestra obra poderosa estará sembrada de alegrias, de dolores, de glorias y de calumnias; en los campos reina un sueño profundo é impotente, hasta que nuestra voz dé la señal, y una nueva aurora se levantará para ellos.

Despierto una vez el campo, nuestra obra sangrienta concluye y su obra tranquila comienza.

—Y qué debemos hacer ahora nosotros?

—Quieres ser útil á tu pais, á la nacion, á tus hermanos, al mundo? pues quédate aqui, Billot, toma un martillo y trabaja en ese taller de Vulcano, que forja los rayos que han de aterrar al mundo.

—Quedarme aquí para ver ahorcar, degollar, para ser yo mismo verdugo tal vez!

—Qué dices? Billot, esclamó Gilberto con una helada sonrisa; ¿tú degollar?

—Digo que si permanezco aquí, como vos quereis, esclamó Billot temblando, al primero que vea colgar una cuerda de un farol, le ahorcaré con mis propias manos.

Gilberto volvió á sonreir.

—Vamos, veo que me comprendes, y hé aquí que tú mismo te conviertes en verdugo.

—Sí, en verdugo de malhechores.

—Dime, Billot, has visto tú asesinar á Delosne, Delaunay, Fresseiles, Foulon y Berthier?

—Sí.

—Y cómo les llamaban sus ejecutores?

—Malhechores.

—Sí, sí, es verdad, dijo Pitou, los llamaban malhechores y bandidos.

—Sí, pero yo soy quien tengo razon, dijo Billot.

—Tendrás razon si ahorcas; pero no si eres ahorcado.

Billot bajó la cabeza bajo aquel pesado raciocinio levantándola en seguida con nobleza.

—Sostendreis por ventura, dijo, que los que asesinan á hombres indefensos, y que se hallan bajo la salvaguardia del honor público, son tan buenos franceses como yo?

—Ah! dijo Gilberto, eso es muy distinto. En Francia hay muchas clases de franceses. Primeramente hay un pueblo francés al cual pertenece Pitou, del que tú eres y yo tambien; despues hay el clero francés; luego la nobleza francesa; de manera, que son tres especies de franceses. Cada uno es francés segun el punto de vista de sus intereses, y esto sin contar al rey de Francia, que es fran-

cés á su manera. Ah, Billot! tú serás francés de un modo, el abate Maury de otro distinto que tú, Mirabeau lo será de una manera muy diferente que Maury, y el rey, en fin, bajo otro concepto que Mirabeau. Pues bien, Billot, mi buen amigo, tú, hombre de recto corazon y sana inteligencia, acabas de entrar en la segunda parte de la cuestion de que yo me ocupo Hazme el favor, Billot, de dirijir tus ojos á esto.

Y Gilberto presentó al arrendatario un papel impreso.

—Y qué es esto? dijo Billot tomando el papel.

—Lee.

—Ya sabeis que no sé.

—Dádselo á Pitou.

Pitou se levantó, y alzándose sobre la punta de sus pies, miró por encima de los hombros de Billot.

—Esto no es francés, dijo, ni latin, ni griego.

—Es inglés, repuso Gilberto.

—Yo no sé inglés, dijo orgullosamente Pitou.

—Yo sí lo sé, dijo Gilberto, y voy á traducir este escrito; pero antes mirad la firma.

—Pitt, dijo Pitou; y quién es ese Pitt?

—Voy á esplicároslo, dijo Gilberto.

II.

Los Pitt.

Pitt, prosiguió Gilberto es el hijo de Pitt.

—Calla, esclamó Pitou; eso es lo mismo que la Escritura. Segun eso hay Pitt primero y Pitt segundo.

—Sí, el primer Pitt... Escuchad, amigos mios, lo que os voy á decir.

—Ya escuchamos, respondieron Billot y Pitou á duo.

—El Pitt primero fué por espacio de treinta años el enemigo declarado de la Francia: hacia la guerra desde su despacho, donde le tenia sujeto la gota; Montealne y Vandreuill en América; el bailio de Suffren y Mr. Estaing

en el mar; Noailles y Broglie sobre el Continente. Este Pitt primero habia tenido por principio, que era preciso destronar á la Francia, y por espacio de treinta años nos fué ocupando una á una todas nuestras colonias, todo el litoral de la India y quinientas leguas en el Canadá; despues cuando vió que la Francia se hallaba arruinada en sus tres cuartas partes, presentó á su hijo para acabarla de destrozar.

—Ah! esclamó Billot visiblemente interesado; de modo que nuestro Pitt...

—Justamente, ese es el Pitt hijo á quien ya conoceis, Billot, á quien Pitou conoce, á quien conoce el universo entero y que ha cumplido treinta años en el mes de mayo pasado.

—Treinta años?

—Ya ves que ha empleado bien su tiempo. Pues bien; hace siete años que gobierna la Inglaterra; siete años que pone en práctica las teorías de su padre.

—Pues creo que ya tenemos Pitt para algun tiempo, dijo Billot.

—Sí, mientras dure el soplo vital en los Pitt. Pero dejadme probaros lo que son con un hecho.

Pitou y Billot indicaron con un gesto que prestaban la mayor atencion.

Gilberto continuó:

—En 1778, el padre de nuestro enemigo se hallaba á las puertas de la muerte. Los médicos le habian confesado que su vida estaba pendiente de un hilo, y que el mas ligero esfuerzo bastaria para romper este hilo.

Tratábase entonces en pleno parlamento de la cuestion de abandonar las colonias americanas á sus deseos de independencia, para detener la guerra fomentada por los franceses, que amenazaba absorver toda la riqueza y todos los soldados de la Gran Bretaña.

Esto pasaba en los momentos en que Luis XVI, nuestro buen rey, ese mismo á quien la nacion acababa de dar el título de padre de la libertad francesa, habia reconocido solemnemente la independencia de la América; sobre el campo de batalla y en el consejo, habian prevalecido las armas y el genio de los franceses; la Inglaterra ofreció á Washington, es decir, al gefe de los insurgentes, el reconocimiento de la nacionalidad americana, si volviéndose contra la Francia, queria aliarse á la Inglaterra.

—Pero se me figura, dijo Billot, que esa es una proposicion indigna de hacerse y de aceptarse.

—Mi querido Billot, esto se llama diplomácia, y en el mundo político se santifica toda clase de ideas. Pues bien, Billot, por inmoral que juzgueis la cuestion, tal vez, á pesar de Washington, que es el mas leal de los hombres, se hubieran hallado americanos dispuesto á comprar la paz al precio de esa vergonzosa concesion hecha á la Inglaterra.

Pero lord Chatam, el padre de Pitt, ese enfermo sentenciado, ese moribundo, ese fantasma que habia ya entrado hasta las rodillas en la tumba; Chatam, que parecia no deber ansiar mas que un poco de tranquilidad sobre la tierra para prepararse al sueño del sepulcro, aquel anciano se hizo trasportar al Parlamento.

Dábanle el brazo Williams Pitt su hijo, y su yerno. Iba vestido con un magnífico trage, ridículo atavío de un esqueleto. Pálido como un espectro, con los ojos vidriosos bajo sus lánguidos párpados, hízose llevar hasta su banco, mientras que todos los lores, asombrados de aquella aparicion inesperada, se inclinaban y admiraban como hubiera podido hacerlo el Senado romano á la vuelta de Tiburcio, muerto ya y olvidado.

Pitt escuchó en silencio y con un profundo recogimiento el discurso de lord Richmond, autor de la proposicion; y así que hubo

concluido, Chatam se levantó para contestar.

Entonces aquel hombre cadáver halló fuerzas para pronunciar un discurso de tres horas; halló energía en su pecho para hacer brillar el fuego en sus miradas; halló en su alma acentos que conmovieron todos los corazones.

Verdad es que hablaba contra los franceses; verdad es que trataba de atizar el odio de sus compatriotas y que habia evocado todas sus fuerzas y toda su energía para arruinar al pais que le era odioso por su rivalidad. Rechazó la independencia de la América, desechó toda transaccion y pidió la guerra. Habló como Annibal contra Roma, como Caton contra Cartago; declaró que el deber de todo inglés leal era el de perecer antes que permitir que una colonia la mas insignificante de todas, se separase de la madre pátria.

Y acabando su peroracion, lanzó su postrer amenaza y cayó como herido de un rayo.

Ya nada le quedaba que hacer en el mundo, y le sacaron de allí espirante.

A los pocos dias murió.

—Oh! oh! esclamaron á la vez Billot y Pitou; qué hombre!

—Este era el padre del joven de treinta

años que nos ocupa, prosiguió Gilberto. Chatam murió á los setenta años. Si el hijo llega á la edad del padre, tenemos aun cuarenta años. Si el hijo llega á la edad del padre, tenemos aun cuarenta años de Pitt. Hé aquí, Billot, el hombre en cuestion; hé aquí el hombre que gobierna la Gran Bretaña, el que se acuerda de los nombres de Lameth, de Rochambeau, de Lafayette, que sabe ahora mismo todos los nombres de los miembros de la Asamblea nacional; el que ha jurado un odio mortal á Luis XVI, el autor del tratado de 1778; el hombre, en fin, que no respirará con libertad, en tanto que haya en Francia un fusil cargado y un bolsillo lleno. Empezais á comprender?

—Comprendo que odia á la Francia, eso sí; pero aun no veo claro en todo eso.

—Ni yo, dijo Pitou.

—Pues bien, leed estas cuatro palabras.

Y presentó el papel á Pitou.

—Es inglés, dijo Pitou.

—*Dont mind the money*, prosiguió Gilberto.

«*No hagais caso ninguno del dinero.*» Y mas adelante volviendo á lo mismo:

«Decidles que no escaseen el dinero y que no me den cuentas de él.»

—Segun eso están haciendo algun arma-

mento de tropas.

—No arman, sino sobornan.

—Pero á quién se dirige esa carta?

—A todo el mundo y á nadie. Ese dinero que se dá, que se esparce, que se prodiga, se entrega á los paisanos, á los obreros, á los perdidos, á gentes en fin que envilecerán nuestra revolucion.

Billot bajó la cabeza. Las palabras del doctor le esplicaban muchas cosas.

—Habríais vos muerto á de Launay de un culatazo, Billot?

—No.

—Y habríais muerto á Fresselles de un pistoletazo?

—No.

—Y habríais ahorcado á Foulon?

—No.

—Y habríais dado de puñaladas á Berthier?

—No.

—Y habríais trasportado el corazon sangriento á la mesa de los electores?

—Eso es infame! esclamó Billot. Por malvado que fuese ese hombre yo me hubiera dejado hacer pedazos por salvarle, y la prueba es que fuí herido, y que á no ser por Pitou que me ha conducido hasta el rio...

—Es muy cierto, dijo Pitou; si no hubiera sido por mí lo hubiera pasado muy mal el

señor Billot.

—Pues bien, ya veis, Billot, que existen muchas personas que obrarian como vos si se viesen apoyadas, y que por el contrario, abandonadas á los malos ejemplos, se hacen malas, luego feroces, despues frenéticas; y luego cuando el mal está hecho hecho se está.

—Pero, en fin, objetó Billot; yo admito que Mr. Pitt ó mas bien su dinero entre por mucho en la muerte de Fresselles, de Foulon y de Berthier; y qué es lo que adelantará con eso?

—Me preguntais qué adelantará?

—Sí.

—Pues voy á decíroslo: vos amais la revolucion, vos que habeis marchado por medio de la sangre á la toma de la Bastilla?

—Sí, me gustaba.

—Bien. Ahora os agrada menos, ahora echais de menos á Villers-Cotterets, á Pisseleux, la paz de los campos y la sombra de vuestros bosques.

—*Frígida tempe*, murmuró Pitou.

—Sí, sí, teneis razon, dijo Billot.

—Pues bien, vos Billot, vos arrendatario, vos propietario, hijo de la isla de Francia, y por lo tanto antiguo francés, vos representais el estado llano y sois lo que se llama la mayoría; y vos estais cansado de la revolucion

—Lo confieso.

—De lo cual se deduce que la mayoría se cansará de la revolucion lo mismo que vos.

—Tal vez.

—Y llegará un dia en que tendereis los brazos á los soldados de Mr. de Brunswich ó de Mr. Pitt, los que vendrán en nombre de esos dos libertadores de la Francia á enseñaros sus sanas doctrinas.

—Nunca!

—Oh! Esperad!

—Fresselles, Berthier y Foulon eran malvados en el fondo, dijo Pitou.

—Pardiez! lo mismo que Mr. de Sartines y Mr. de Maurepas, como Mr. d'Arguison y Mr. Fhilippeaux que lo fueron antes, como Mr. Law, como los Duverney, los Leblanc; lo mismo que lo fué Fouquet, Mazarino, Samblaucey, Enguerrando de Marigny; lo mismo que Mr. de Brienne es un malvado para Mr. de Calonne, y Mr. de Calonne para Mr. Necker, y como lo será Necker para el ministerio que venga de aqui á dos años.

—Oh! señor Gilberto, Mr. Necker no puede ser un malvado!

—Lo mismo, continuó el doctor, que vos sereis un malvado á los ojos del muchacho Pitou que está ahí, si un agente de Mr. Pitt le inicia en ciertas teorías bajo la influencia de

un cuartillo de aguardiente y de diez francos por cada dia de motin. La palabra *malvado* es la palabra con que se designa en las revoluciones al que piensa de una manera distinta de uno: todos nosotros estamos destinados á llevar ese epíteto poco ó mucho; algunos lo llevarán de tal modo, que sus compatriotas inscribirán esa palabra sobre sus tumbas, y otros le adquirirán de manera que la posteridad ratificará el epíteto. Esto es lo que yo veo y lo que vos no veis. Billot, Billot, es preciso que las gentes honradas no se retiren.

—Bah! esclamó Billot, aunque las personas honradas se retiren, no por eso se detendrá la revolucion.

Una sonrisa se presentó en los lábios de Gilberto.

—Loco, loco el que separa su brazo del arado y que dice «el arado no necesita de mí: el surco se hará él solo.» Pero amigo mio, esa revolucion, ¿quién la ha hecho? Las personas honradas, ¿no es cierto?

—La Francia tiene mucho orgullo en que haya sido asi; me parece que Lafayette es un hombre honrado; Mr. Necker un hombre honrado; me se figura, en fin, que Mr. Elias, Mr. Hullin y Mr. Maillard, que combatian á mi lado, son personas honradas. Por último, creo que vos...

—Pues bien, Billot, si las personas honradas, si vos, si yo, si Hullin, si Elías, si Necker, si Bailly, si Lafayette se retiran, ¿quién trabajará? Esos miserables, esos asesinos, esos malvados que os he denunciado ya, los agentes de Pitt.

—Vamos, señor Billot, responded algo, dijo Pitou convencido.

—Entonces todos se armarán y harán fuego sobre ellos como si fuesen perros.

—Y quién se ha de armar?

—Todo el mundo.

—Billot, Billot, tened entendida una cosa; y es que lo que hacemos aquí es tratar de... cómo se llama de lo que aquí tratamos?

—Se llama política, señor Gilberto.

—Pues bien, en política, no hay crímenes, absolutamente hablando; todos son malvados ú hombres, segun atacan ó defienden los intereses del que los juzga.

Los que vos llamais malvados darán una razon para sus crímenes, mas ó menos fundada, y para muchas personas que tienen en ellos un interés directo ó indirecto, esos hombres no serán malvados.

—Todo eso es espantoso; pero si la revolucion camina sin nosotros, ¿á dónde irá?

—Dios sabe á dónde! En cuanto á mí sé decir que lo ignoro.

—Pues si vos lo ignorais, vos que sois un sábio, yo que nada sé preveo....

—Qué preveeis, Billot? decid.

—Preveo que lo mejor que podemos hacer Pitou y yo es volver á Pisseleux. Volveremos á tomar el arado, el verdadero arado, el de madera y de hierro, y no impulsaremos ese carro de huesos que se llama pueblo francés y que tiene las malas mañas de un caballo vicioso. Haremos crecer nuestros trigos en lugar de verter sangre, y viviremos libres y contentos en nuestras tierras. Venid con nosotros, señor Gilberto. Oh! diantre! á mí me gusta saber á dónde voy.

—Una palabra, querido Billot. Os he dicho que no sé dónde voy, es cierto; pero, sin embargo, quiero seguir adelante. Mi deber está trazado, mi vida pertenece á Dios, pero mis acciones son una deuda que debo pagar á mi patria. Mientras mi conciencia me diga «sigue,» seguiré. Si me equivoco, los hombres me castigarán; pero Dios me absolverá.

—Es que á veces los hombres castigan al que no se equivoca, y vos mismo lo decíais hace un momento.

—Y lo repito, pero no importa, yo persisto en mi obra. Equivocado ó no, sigo mi camino. Decir que el resultado no probará mi impotencia, seria una locura; pero antes que

todo, Billot, el Señor ha dicho: «Paz á los hombres de buena voluntad.» Seamos esos hombres á quienes Dios ha prometido la paz. Ahí está monsieur Lafayette, que lleva ya muerto su tercer caballo blanco en América y en Francia; Mr. Bailly gasta sus pulmones; el rey gasta su popularidad. Billot, no seamos egoistas, gastémonos tambien un poco. No os marcheis, Billot.

—Pero para qué, si no podemos impedir el mal?

—Billot, no vuelvas á decir eso nunca, porque perderias en mi aprecio. Tú te has visto insultado, maltratado, herido cuando has tratado de defender á Foulon y á Berthier.

—Oh, sí! esclamó Billot llevando una mano á sus doloridos miembros.

—Y yo tambien, dijo Pitou.

—Y todo ello para no conseguir nada.

—Pues bien, si en vez de haber diez, quince y veinte de vuestro valor, hubiérais sido doscientos, trescientos, hubiérais arrebatado á ese infeliz de las manos de sus verdugos, y ahorrado ese borron á la Francia. Esa es la razon por lo cual en vez de marchar á los campos que están en paz, exijo de vos, amigo mio, que os quedeis en Paris para poder disponer de un brazo fuerte y de un corazon recto, para que esparciendo no el oro,

sino el amor á la patria, seais mi agente; para que seais el baston en que me apoye cuando me vaya á escurrir y el arma con que pueda castigar.

—El perro de un ciego! dijo Billot con la mas sublime abnegacion.

—Justamente, dijo Gilberto.

—Está bien.

—Ya sé que todo lo abandonais; muger, fortuna, hijos, felicidad, todo, Billot; pero no será por mucho tiempo.

—Y yo qué he de hacer? dijo Pitou.

—Volver á Pisseleux á consolar á la familia de Billot y esplicarle la santa causa que ha abrazado.

—Ahora mismo; dijo Pitou estremeciéndose de alegria á la idea de volver al lado de Catalina.

—Billot, dijo Gilberto, dadle vuestras instrucciones.

—Bien, Catalina queda nombrada por mi dueña de la casa,

—Y Mme. Billot? preguntó Pitou un poco sorprendido de aquella sustitucion de derechos en favor de la hija.

Pitou, dijo Gilberto, que habia sorprendido la idea de Billot al ver el ligero carmin que se habia esparcido por el rostro del padre de familia; acuérdate del proverbio árabe

que dice: «Oir es obedecer.»

—Pitou se avergonzó á su vez, pues conoció su indiscrecion.

—Catalina es el alma de la familia, dijo Billot.

Gilberto se inclinó en señal de asentimiento.

—Y nada mas? preguntó Pitou.

—Yo nada mas tengo que decir.

—Pues yo sí, dijo Gilberto. Irás con una carta mia al colegio de Luis el Grande; el cura Berardier te entregará á mi hijo; le traerás aquí, le abrazaré y le llevarás á Villers Cotterets, donde le entregarás al cura Fortier para que no pierda el tiempo. Los jueves y domingos saldrá. contigo Para mi tranquilidad y la suya vale mas que salga de París.

—Muy bien, dijo Pitou lleno de gozo con la idea de recobrar á un mismo tiempo sus amistades de niño, y sus vagas aspiraciones de un sentimiento de adulto que despertaba en él Catalina.

Y levantándose en seguida, se despidió de Gilberto, que se sonreia, y de Billot que meditaba.

Despues de lo cual partió á toda carrera á buscar á Sebastian, su hermano de leche.

—Y ahora, dijo Gilberto á Billot, trabajemos.

III.

Medea.

Habia sucedido la calma en Versalles á las terribles agitaciones morales y políticas que hemos referido á nuestros lectores.

El Rey respiraba, y pensando algunas veces en lo que habia sufrido su orgullo de Borbon en su viage á Paris, se consolaba con la idea de la popularidad que habia reconquistado.

Durante este tiempo Mr. de Necker perdia poco á poco la suya.

En cuanto á la nobleza, comenzaba á pre-

parar su defeccion ó su resistencia.

El pueblo velaba y esperaba.

La Reina, ensimismada y convencida de que era el blanco de todos los odios, esperaba tambien, porque sabia asimismo que siendo el blanco de tantos odios lo era tambien de grandes esperanzas.

Desde el viage del rey á Paris apenas habia vuelto á ver á Gilberto: pero un dia que le encontró en la antecámara que conducia al departamento del Rey, despues de recibir su profundo saludo, fué la primera que le dirigió la palabra.

—Buenos dias, doctor, le dijo, ¿vais á ver al Rey?

Despues añadió sonriendo y con acento algo irónico:

—¿Vais á verle como consejero ó como médico?

—Como médico, señora, respondió Gilberto; hoy estoy de servicio.

La Reina indicó á Gilberto que le siguiese. Este obedeció, y entraron en un pequeño salon que precedia á la cámara del Rey.

—Caballero, dijo la reina, ya habeis visto que me engañásteis el otro dia cuando á propósito del viaje á Paris me asegurásteis que el rey no corria ningun peligro.

—¿Yo, señora? repuso Gilberto admirado.

—Sin duda, ¿no han hecho fuego al rey?

—¿Quién dice eso, señora?

—Todo el mundo, caballero; y sobre todo los que han visto caer una pobre muger casi debajo de las ruedas del coche de S. M. ¿Quién lo dice? Mr. de Beauvau y Mr. de Estaing que vieron vuestro vestido desgarrado y vuestra pechera agujereada.

—¡Señora!

—La bala que os ha rozado, caballero, podia muy bien haber muerto al Rey como mató á aquella pobre muger, porque al fin, los asesinos no querian matar ni á vos ni á aquella pobre muger.

—No creo que haya sido un crimen, señora, dijo Gilberto medio cortado.

—Pues yo sí lo creo, caballero, dijo la reina mirando fijamente á Gilberto.

—En todo caso, si existe un crímen no debe imputársele al pueblo.

La reina fijó mas profundamente su mirada sobre Gilberto.

—¡Ah! dijo ella, ¿á quién se ha de atribuir? decid.

—Señora, continuó Gilberto sacudiendo la cabeza, hace algun tiempo que estudio al pueblo. Pues bien, ese pueblo cuando asesina en tiempos de revolucion lo hace con sus manos; se asemeja entonces á un tigre furioso,

á un leon irritado. El tigre y el leon no buscan jamás un intermediario, un agente entre su fuerza y la víctima; mata por matar, derrama la sangre por derramarla; desea teñir en ella sus dientes y embotar en su víctima las garras.

—Testigo Foulon y Berthier,¿ no es verdad? ¿Mas Fresselles no ha sido muerto de un pistoletazo? Yo al menos asi lo he oido decir. Pero sobre todo, continuó la reina con ironía, quizá no sea verdad; como nosotros las testas coronadas estamos rodeados de tantos aduladores!

Gilberto miró á su vez fijamente á la Reina.

—¡Oh! lo que es eso, dijo, no creeis, señora, lo mismo que yo, que sea el pueblo quien le haya muerto. Habia personas interesadas en que muriese.

La reina, despues de reflexionar algunos momentos, le contestó:

—Es muy posible.

—Entonces, repuso Gilberto inclinándose como para preguntar á la reina si tenia aun que decirle alguna otra cosa.

—Os comprendo, caballero, dijo la reina deteniendo al doctor con un gesto casi amigable. Sea lo que quiera, permitidme que os diga que jamás salvareis al rey con vues-

tra ciencia tan positivamente como le salvásteis hace tres dias con vuestro pecho.

Gilberto se inclinó segunda vez; mas como vió que la reina permanecia quieta se quedó él tambien.

—He debido volver á veros, caballero, dijo la reina despues de un momento de reflexion.

—V. M. no tenia necesidad de mí, dijo Gilberto.

—Sois modesto.

—Quisiera no serlo, señora.

—¿Por qué?

—Porque siendo menos modesto, seria menos tímido y por consecuencia mas propio para servir á mis amigos.

—¿Por qué decís mis amigos y no decís mis enemigos?

—Porque no los tengo, ó mas bien porque no puedo reconocer que los tenga.

La reina le miró sorprendida.

—Quiero decir, continuó Gilberto, que solo son mis enemigos los que me odian; pero que yo no odio á nadie.

—¿Y por qué?

—Porque tampoco odio á nadie, señora.

—¿Sois ambicioso, doctor Gilberto?

—Hubo un tiempo, aunque corto, en que pensé en el porvenir, señora.

—¿Y?...

—Y esa pasion abortó en mi corazon como todas las demás.

—Sin embargo os queda una, dijo la reina con cierta finura irónica.

—¿A mí, señora? y cuál es, Dios mio?

—El... patriotismo.

Gilberto se inclinó.

—Oh! eso es verdad, dijo, adoro á mi patria y haria por ella todo género de sacrificios.

—Ay! dijo la Reina con un acento de melancolía indefinible, hubo un tiempo en el que nunca un buen francés hubiera espresado ese pensamiento en los términos que vos acabais de emplear.

—¿Qué quereis decir, señora? preguntó respetuosamente Gilberto.

—Quiero decir, caballero, que en el tiempo de que yo hablo era imposible amar su patria sin amar al mismo tiempo á su Reina y á su rey.

Gilberto se sonrojó y sintió sobre su corazon como un choque de la electricidad que obligaba en favor de la Reina cuando esta empleaba sus seductoras intimidades.

—¿No respondeis, caballero?

—Señora, contestó Gilberto, me atrevo á vanagloriarme de amar la monarquía mas que

nadie.

—¿Estamos acaso en un tiempo, caballero, en que basta decir las cosas sin ponerlas por obra?

—Señora, dijo Gilberto sorprendido, puede creer V. M. que todo cuanto el rey y la reina me manden...

—Lo hareis, ¿no es así?

—Seguramente, señora.

—Al obrar así, caballero, dijo la reina, tomando á su pesar algo de su altanería ordinaria, no haríais mas que cumplir con un deber.

—¡Ay! ¡Ay! señora, replicó á su vez Gilberto, se acerca el tiempo en que vuestros servidores merezcan mas que vuestro reconocimiento con solo que cumplan con su deber.

—¿Qué quereis decir, caballero?

—Quiero decir, señora, que en esos dias de desórden y de devastacion buscareis en vano amigos alli donde estais acostumbrada á encontrar servidores. Rogad á Dios, señora, que os envie otros servidores, otros amigos, otros apoyos distintos de los que teneis.

—¿Los conoceis vos?

—Sí, señora.

—Entonces, indicádmelos.

—Tened en cuenta, señora, que el que hoy os habia era ayer vuestro enemigo.

—Mi enemigo, ¿por qué?

—Porque me teníais preso.

—¿Y hoy?

—Hoy, señora, dijo Gilberto inclinándose, soy vuestro servidor.

—¿Y con qué objeto?

—Señora...

—Sí, ¿con qué objeto os habeis convertido en servidor mio? No es propio de vuestra naturaleza, caballero, el cambiar tan pronto de opinion, de creencias ó de afectos: sois un hombre profundo en recuerdos, doctor Gilberto; sabeis hacer durar vuestras venganzas. Veamos, decidme el objeto de vuestro cambio.

—Señora, hace un momento que me habeis echado en cara mi ardiente amor por la patria.

—Nunca se la ama demasiado, caballero, pero se trata solamente de saber cómo se la ama. Yo amo á mi patria (Gilberto se sonrió). ¡Oh! No hay que interpretar malamente mis palabras, caballero; mi patria es la Francia, la he adoptado. Soy alemana por la sangre, pero soy francesa de corazon. Amo la Francia, la amo por el Rey, por el respeto debido á Dios que nos ha unido; pero vos es

otra cosa.

—¿Yo señora?

—Sí, vos: vuestro amor es cosa distinta; vos amais la Francia puramente por la Francia.

—Señora, respondió Gilberto inclinándose, faltaria al respeto debido á V. M. si no fuera franco.

—¡Oh! esclamó la reina, terrible época en que todas las gentes que se dicen honradas aislan dos cosas que jamás se han separado, dos principios que siempre han marchado juntos: la Francia y su rey. Pero, ¿no habeis visto una tragedia de uno de vuestros poetas en que se pregunta á una reina abandonada de todos; «¿qué os queda?» y en que ella responde: «mi persona.» Pues bien, yo soy como Medea: solo me queda mi persona. Nos veremos.

Y salió precipitadamente y llena de cólera, dejando á Gilberto estupefacto.

Acababa de levantar ante él con un soplo de su cólera una punta del velo, tras el cual se elaboraba la obra de la contrarevolucion.

—Vamos, se dijo Gilberto entrando en la habitacion del rey, la reina medita un plan.

—Vamos, se dijo la reina entrando en su

habitacion, decididamente nada se consigue de este hombre. Tiene la fuerza, pero carece de adhesion.

¡Pobres reyes! ¡para ellos la palabra adhesion es sinónima de la de servilismo!

IV.

Lo que queria la reina.

Gilberto volvió á casa de Necker despues de haber visto al rey tan tranquilo como agitada habia dejado á la reina.

El rey escribia, revisaba cuentas y meditaba reformas legislativas.

Aquel hombre de buena voluntad, de dulce mirada y de recto corazon, corazon que únicamente fué falseado por las preocupaciones inherentes á su condicion real, aquel hombre se obstinaba en reconquistar las cosas mas fútiles en cambio de las cosas importantes de que le desposeian. Se obstinaba en penetrar

el horizonte con su miope mirada, cuando el abismo se hallaba á sus pies.

Aquel hombre inspiraba una compasion profunda á Gilberto.

No le sucedia lo mismo respecto á la reina, y á pesar de su impasibilidad, Gilberto conocia que la reina era una de esas personas á quienes es preciso amar con pasion ú odiar mortalmente.

Vuelta á su habitacion, María Antonieta sintió un enorme peso que gravitaba sobre su corazon.

Y efectivamente, ni como muger ni como reina hallaba a su alrededor nada que la ayudase á soportar una parte del enorme peso que la agobiaba.

A cualquier parte que dirigiese sus miradas pareciala ver la vacilacion y la duda.

Veia á los cortesanos, inquietos por sus fortunas, realizarlas á toda prisa.

A los amigos y parientes pensando en el destierro.

A la mujer mas arrojada alejándose poco á poco moral y materialmente.

Al hombre mas noble y mas querido de todos, á Charny, vacilante tambien.

Esta situacion la agitaba.

¿Cómo este hombre puro, cómo ese cora-

zon sin mancilla podia variar de repente?

—No, no ha variado, decia la reina para sí; pero está próximo.

Sí, va á cambiar! conviccion cruel para la muger que ama con pasion, insoportable para la que ama con orgullo.

Ahora bien, la reina amaba á Charny con pasion y con orgullo.

De manera que sufria por ambos lados.

Y sin embargo, en la situacion á que habia llegado, en el momento en que acababa de conocer lo mal que habia hecho, lo injusta que habia sido, aun era tiempo de repararlo.

Pero el talento de una muger encolerizada se embota, y la reina no podia ceder, aun conociendo su injusticia. Tal vez en presencia de un indiferente hubiera mostrado ó querido mostrar grandeza de alma, y tal vez entonces hubiera pedido perdon.

Pero la reina no creia deber hacer la menor concesion á aquel á quien habia honrado con un afecto tan puro y tan tierno á un mismo tiempo, á aquel á quien se habia dignado hacer partícipe de sus mas secretos pensamientos.

La desgracia de las reinas que descienden á amar á un súbdito, es la de amar siempre como reinas y nunca como mugeres.

Y María Antonieta se estimaba en tan alto precio, que creia que nada en el mundo podia pagar su amor, ni aun la sangre, ni las lágrimas.

Desde el momento en que conoció que estaba celosa de Andrea, habia empezado á disminuir moralmente.

Y de esta inferioridad provenian sus caprichos.

Y de sus caprichos la cólera.

Y de la cólera las malas ideas que llevan tras sí las malas acciones.

Charny no se daba cuenta á sí mismo de todo lo que acabamos de decir; pero era hombre y habia comprendido que María Antonieta estaba celosa, y celosa injustamente de su muger.

De su muger, á quien él nunca habia mirado siquiera.

Nada exaspera tanto un corazon recto é incapaz de una traicion, como el conocer que le crean capaz de ella.

Nada hay mas propio para llamar la atencion sobre alguna persona que los celos que se le tributan.

Sobre todo cuanto estos celos son injustos.

Entonces la persona inculpada reflexiona.

Mira alternativamente al corazon celoso y

á la persona celosa.

Cuanto mas grande es el alma del celoso, mas grande el peligro en que se arroja.

En efecto ¿cómo suponemos que un corazon grande, una elevada inteligencia, un orgullo legítimo se inquietaria sin un motivo fundado?

¿Por qué habia de ser la muger hermosa?

¿Por qué la muger poderosa habia de tener celos? ¿por qué habia de tenerlos la muger de talento? ¿Cómo suponen que esta muger se inquietaria sin fundamento?

Charny sabia que Andrea era antigua amiga de la Reina. ¿Y por qué ahora no la queria? ¿por qué tiene celos de ella María Antonieta?

La reina habia sin duda descubierto algun misterioso secreto de belleza que él no habia penetrado, sin duda por no haberlo buscado?

¿Habia tal vez conocido que Charny podia mirar á aquella muger y que ella perderia en la comparacion?

¿O bien habia creido notar que Charny la amaba menos?

Nada hay mas fatal para los celosos que ese conocimiento que dan á otro del estado de su corazon.

¡Cuántas veces sucede que la persona

amada se vé instruida por medio de las recriminaciones de una frialdad que aun no conocia!

Oh impericia de los amantes! Verdad es que donde se halla demasiada astucia no suele haber mucho amor.

Maria Antonieta habia, pues, descubierto con su cólera á Charny que le amaba menos.

Y en cuanto este lo notó, buscó la causa, causa que le hizo dirigir naturalmente sus miradas á Andrea.

Andrea! la pobre muger abandonada antes de llegar á ser esposa.

Y Charny se compadeció de Andrea.

La escena de su vuelta de Paris le habia revelado el profundo secreto de los celos.

La reina tambien vió que todo estaba descubierto, y como no queria ceder ante Charny, empleó otro medio, que segun ella, debia conducirle á su objeto.

La reina se decidió á tener mil atenciones con Andrea.

La invitó á todos sus paseos, la colmó de caricias y la hizo envidiar de toda la servidumbre.

Y Andrea se dejó llevar con asombro, pero sin reconocimiento.

En cambio, como era preciso que la cólc-

ra de la muger recayese sobre alguien, la reina empezó por tratar ásperamente á Charny, y pasaban semanas sin dar á entender que notaba su presencia en palacio.

Unicamente, cuando no estaba delante, el corazon de la pobre muger se desbordaba, y sus vagas miradas buscaban á aquel de quien se volvian sus ojos cuando estaba delante de ella.

Si tenia necesidad de apoyarse en el brazo de alguien, alguna órden que dar, alguna sonrisa que conceder, este honor era para el primero que se le presentaba.

Nunca faltaba alguno, que solia á veces ser una persona de mérito.

La reina creia curarse de su herida hiriendo á Charny.

Este sufria y callaba. Tenia mucho poder sobre sí mismo, y ni el mas ligero movimiento de cólera dejó escapar durante estas crueles venganzas.

Entonces se vió un curioso espectáculo; un espectáculo que solo á las mugeres les es dado presenciar y comprender.

Andrea comprendió todo lo que sufria su marido, y como le amaba con ese cariño angelical que nunca habia concebido una esperanza, le compadeció y le demostró su compasion.

De esta compasion resultó una dulce y misteriosa armonía. Procuró consolar á Charny sin dejarle entrever que ella comprendiese que tenia necesidad de consuelo.

Y todo esto se hacia con esa delicadeza que debiera llamarse femenil, pues solo las mugeres son capaces de ella.

Maria Antonieta, que procuraba dividir para reinar, conoció que habia tomado un camino equivocado y que unia dos almas que trataba de separar.

Y entonces tuvo en el silencio de las noches esos dolores espantosos que deben dar á Dios una idea bien alta de su poder por haber creado séres bastante fuertes para soportar semejantes pruebas.

Así es, que la reina hubiera seguramente sucumbido á tantos dolores sin la agitacion en que la tenian los asuntos políticos. Quien tiene los miembros agobiados por la fatiga no se queja de la dureza de su lecho.

Tales eran las circunstancias en que vivió la reina desde la vuelta del rey á Versalles, hasta el dia en que pensó sériamente en volver á usar del ejercicio absoluto de su poder.

Y es que en su orgullo, Maria Antonieta atribuia á su decadencia de reina aquella especie de menosprecio que parecia sufrir la

muger.

Para aquel talento activo, pensar era obrar.

¡Ay! la obra que consumaba era la obra de su perdicion.

V.

El regimiento de Flandes.

Desgraciadamente para la reina, todos estos hechos que hemos reproducido eran accidentes en los que una mano firme é industriosa podia poner remedio. Se necesitaba únicamente concentrar las fuerzas.

La reina, viendo que los franceses se habian hecho militares y parecian querer hacer la guerra, se decidió á demostrarles lo que era una guerra verdaderamente.

—«Hasta ahora no han tenido que habérselas mas que con los inválidos de la Bastilla y con los suizos mal dirigidos y vacilan-

tes; ahora se les hará ver lo que son dos buenos regimientos realistas, bien disciplinados.

»Tal vez no está muy lejos uno de esos regimientos que han disuelto las asonadas y han vertido su sangre en medio de las convulsiones de la guerra civil.

»Se mandara venir á uno de estos regimientos, el mas bien reputado, y los parisienses comprenderán entonces que no tienen otro remedio que la sumision.»

Esto era despues de todas las discusiones de la Asamblea y del rey por el *veto*. El rey habia luchado por espacio de dos meses por volver á recuperar un resto de su soberanía. Habia, en union con el ministerio y Mirabeau, intentado neutralizar el impulso republicano que queria borrar de Francia la monarquía.

La reina se habia gastado en esta lucha; gastado sobre todo, porque habia visto al rey sucumbir.

El rey habia perdido en este combate todo su poder y el resto de su popularidad.

La reina habia ganado un sobrenombre.

Una de esas palabras, estraña á los oidos del pueblo, y que acaricia sus oidos por serle estraña; un nombre que aun no era una injuria, pero que debia llegar á ser la mas

sangrienta de todas. Una palabra burlona que se cambió despues en una palabra sangrienta.

La llamaban *Madame Veto*.

Este nombre debia ir en alas de las canciones revolucionarias, á espantar en Alemania á los súbditos y los amigos de los que al enviar á Francia una reina alemana, tenian razon para admirarse de que se la injuriase con el nombre de la *Austriaca*.

Este nombre debia acompañar en París en las asonadas, en los dias de sangre los últimos gritos, la agonía espantosa de las víctimas.

María Antonieta desde entonces se llamó *Madame Veto* hasta el dia en que la llamaron la viuda Capeto.

Esta era ya la tercera vez que cambiaba de nombre. Despues de haberla llamado la Austriaca, la habian apellidado Mme. *Déficit*.

Despues de las luchas en que la reina habia probado á interesar á sus amigos con la inminencia de su propio peligro, habia advertido únicamente que habian sido pedidos en el Hotel-de-Ville 60,000 pasaportes.

Sesenta mil personas influyentes de París y de toda la Francia habian ido á reunirse en el estrangero con los amigos y los parientes de la reina.

Desengaño cruel que habia herido vivamente á la reina.

Asi es que ya no pensaba en otra cosa sino en una fuga diestramente concertada, una fuga tras de la cual veia la salvacion, despues de la cual las personas fieles que quedasen en Francia podian sostener la guerra civil, es decir; castigar á los revolucionarios.

El proyecto no era malo, y hubiera sido coronado de buen exito seguramente. Pero detrás de la reina estaba el genio del mal.

Destino singular!

Esta muger que inspiraba tan profundas afecciones, no halló en parte ninguna la discrecion.

Se llegó á saber en París que trataba de huir antes de que ella misma estuviera bien decidida.

Desde el momento en que se supo, María Antonieta debió comprender que su plan era ya impracticable.

Entretanto un regimiento famoso por sus simpatías, el regimiento de Flandes, caminaba sobre Paris á marchas forzadas.

Este regimiento era pedido por la municipalidad de Versalles, que cansada de las guardias estraordinarias por la continua vigilancia que habia que observar alrededor

del palacio, amenazado continuamente por las distribuciones de víveres y las asonadas repetidas, tenia necesidad de mas fuerzas que la guardia nacional y las milicias.

El palacio tenia bastante que hacer con defenderse á si mismo.

Este regimiento de Flandes llegaba, y para que tomara al momento la autoridad de que querian revestirle, era preciso que una acogida particular le atrajese la atencion del pueblo.

El almirante d' Estaing reunió á los oficiales de la guardia nacional, á todos los de los cuerpos que se hallaban en Versalles, y se colocó al frente de él.

El regimiento hizo una entrada solemne en Versalles con su artillería y sus convoyes.

Al rededor de este punto céntrico se agruparon una infinidad de nobles que pertenecian á algunas de las armas especiales.

Eligeron un uniforme para reconocerse, y se reunian á los demás oficiales fuera de la cuadra, y á todos los caballeros de san Luis, á quienes el peligro ó la prevision conducian á Versalles. Desde allí se repartieron por Paris, que veia entonces con profundo terror á aquellos enemigos, insolentes y orgullosos.

Desde entonces el rey podia ya marchar,

pues podia ser sostenido y protegido en su viaje, y tal vez Paris, ignorante y mal preparado, le hubiera dejado partir.

Pero el genio del mal de la Austriaca, velaba continuamente.

Lieja se insurreccionaba contra el emperador; y la inquietud que produjo esta insurreccion en el Austria impidio que se pensara en la reina de Francia.

Esta, además, creyó deber detenerse por delicadeza en semejantes momentos.

La revolucion empero continuaba con una espantosa rapidéz.

Despues de la ovacion hecha al regimiento de Flandes, los guardias de corps decidieron dar una comida á los oficiales.

Esta fiesta se fijó para el primero de octubre.

Todas las personas influyentes de la ciudad fueron invitadas.

De qué se trataba?

De fraternizar con los soldados de Flandes? por qué razon los soldados no habian de fraternizar entre sí, cuando los distritos y las provincias fraternizaban?

Estaba prohibido por la Constitucion que los nobles fraternizasen?

El rey era aun el dueño de sus regimientos y los mandaba en gefe. Tenia la propie-

dad del palacio de Versalles y él solo tenia derecho para admitir en él á quien quisiese.

Por qué no habia de recibir en él á aquellos valientes soldados y dignos nobles que llegaban de Douai, donde tan bien se habian portado?

Nada mas natural, y nadie pensó en admirarse ni menos en alarmarse por esto.

Esta comida iba á fomentar la fraternidad que debian tener entre sí todos los cuerpos de un ejército franco destinado á defender á la vez la libertad y la monarquía.

Por otra parte, sabia el rey en lo que se habia convenido?

Desde los acontecimientos, el rey, libre, gracias á sus concesiones, no se ocupaba de nada; le habian quitado el peso de los negocios; ya no pretendia reinar, pues reinaban en su nombre; pero tampoco creia deber fastidiarse todo el dia.

El rey, mientras que los de la Asamblea hacian y deshacian, se ocupaba en cazar.

El rey, en tanto que los nobles y los obispos abandonaban sus tierras y sus derechos feudales; el rey, que queria, como todo el mundo, hacer sacrificios, abolía sus monteros; pero no por eso dejaba de cazar.

El rey, mientras que los individuos del regimiento de Flandes comian con los guardias de corps, el rey se iba á caza como todos los dias y la mesa se habia de servir á su vuelta.

Esto le inquietaba tan poco, y él mismo daba tan poco que hacer, que se resolvió pedir á la reina el palacio para celebrar el convite. La reina no hallaba razon para negar la hospitalidad á los soldados de Flandes.

Concedió el salon del teatro para aquel dia, y consintió en que se construyese un tablado para que hubiera sitio bastante para sus soldados y para sus huéspedes.

Una reina, cuando da hospitalidad á los nobles franceses, la dá como reina.

Ya tenian comedor; pero necesitaban un salon, y la reina les concedió el de Hércules.

El dia 1.° de octubre se dió este convite que señalará tan cruelmente en la historia la imprevision y la ceguedad de la monarquía.

El rey estaba de caza.

La reina, encerrada en su habitacion, triste y pensativa, se hallaba decidida á no oir el choque de los vasos ni el eco del festin.

Tenia en brazos á su hijo y Andrea se ha-

llaba á su lado. Dos doncellas trabajaban en un ángulo de la habitacion.

Iban entrando poco á poco en el palacio los oficiales con sus ricos uniformes y sus brillantes armas. Los caballos relichaban, sonaban las cornetas, y las dos músicas del regimiento de Flandes y de los guardias llenaban los aires de armonías.

En las verjas de Versalles una multitud inquieta, curiosa, escuchaba, analizaba, comentaba la alegría y la música.

Lo mismo que las rafagas de una tempestad, se exalaban por bocanadas, á través de las puertas abiertas, con los murmullos de la alegría los vapores de una suculenta comida.

Era muy poco prudente el hacer aspirar á aquel pueblo hambriento el olor de las carnes y del vino, á aquel pueblo furioso la alegría y la esperanza.

El festin continuaba, sin embargo, sin que nada viniese á estorbarlo. Sóbrios y llenos de respeto á su uniforme, los oficiales hablaron en voz baja y bebieron moderadamente. Durante el primer cuarto de hora el programa se cumplió al pié de la letra.

Llegó el segundo plato.

Mr. de Lusignan, coronel del regimiento de Flandes, se levantó y propuso cuatro brindis;

uno al rey, otro á la reina, otro al delfin y uno á la familia real.

Cuatro esclamaciones, que hicieron retumbar las bóvedas del salon, fueron á herir los oidos de los tristes espectadores de la parte de afuera.

Levantóse un oficial. Sin duda era un hombre de talento y de valor; un hombre de sano criterio que preveia el resultado de todo esto; un hombre sinceramente afecto á aquella familia real á quien se festejaba tan estemporáneamente.

Comprendia aquel hombre que entre aquellos brindis se olvidaba uno que se presentaria por sí mismo si ellos no lo presentaban.

Y propuso un brindis á la nacion.

Un prolongado murmullo resonó por todas partes.

—No! no! esclamaron en coro los asistentes.

Y el brindis á la nacion fué rechazado.

El festin se caracterizó en aquel momento y el torrente tomó su verdadero camino.

Se ha dicho, y se dice aun, que el que acababa de proponer el brindis era el agente que provocó la manifestacion contraria.

Pero sea de esto lo que quiera, sus palabras produjeron un efecto terrible. Olvidar

la nacion, pase; pero insultarla era ya demasiado, y la nacion se vengó.

Como desde aquel momento se rompieron los diques, como al prudente silencio habian sucedido los gritos y las conversaciones exaltadas, la disciplina llegó á ser una vana quimera, y se mandó entrar á los dragones, á los granaderos y á los cien suizos; en fin, á cuantos soldados habia en el palacio.

El vino circuló por todas partes, llenó repetidas veces los vasos, aparecieron los postres y fueron entrados á saco. Los soldados olvidaban que alternaban con sus oficiales. Aquella era una fiesta verdaderamente fraternal.

Por todas partes gritaban: Viva el rey! viva la reina! y aquella alegria, aquella lealtad, aquel entusiasmo hubiera sido un espectáculo muy grato para la reina y hubiera tranquilizado al rey.

Por qué aquel rey tan desgraciado y aquella dolorida reina no asistian á semejante festin?

Algunos oficiales corren entusiasmados al cuarto de Maria Antonieta y la refieren y exageran lo que han visto.

Entonces las miradas lánguidas de la muger se reanimaŋ; levàntase la reina, gozosa de ver aun lealtad y adhesion en los pechos

BIBLIOTECA · Granada · ANDALUCIA

franceses.

Aun habia esperanza.

Pero la reina arrojó en su alrededor una mirada triste y desolada.

A sus puertas empezaba á circular una multitud de servidores. Suplican, conjuran á la reina que haga una visita, nada mas que asome la cabeza á aquel festin en que dos mil entusiastas consagraban por sus vivas el culto de la monarquía.

—El rey está ausente, dijo ella tristemente, y yo no puedo ir sola.

—Con monseñor el delfin, prorumpieron algunas voces imprudentes.

—Señora, señora, dijo una voz á su oido; quedáos aquí, yo os lo suplico.

Volvióse la reina y vió á Mr. de Charny.

—Pues qué, dijo María Antonieta, no estais vos con esos caballeros?

—He salido de allí; reina allá abajo una exaltacion cuyas consecuencias pueden hacer mas daño de lo que se figura V. M.

Maria Antonieta estaba en uno de esos dias de mal humor, de caprichos, y quiso hacer precisamente lo contrario de lo que deseaba Charny.

Lanzó al conde una mirada de desprecio y se disponia á responder con algunas duras palabras, cuando deteniéndola con un gesto

respetuoso,

—Por piedad! señora, dijo Charny; esperad al menos el parecer del rey.

Charny creia ganar tiempo.

—El rey! el rey! esclamaron muchas voces á un tiempo. S. M. vuelve de caza.

Y asi era.

Maria Antonieta se levanta y corre á recibir al rey que llega cubierto de polvo y lodo.

—Señor, dijo la reina, allá abajo hay un espectáculo digno del rey de Francia; venid, venid.

Y tomándole de la mano le lleva sin mirar á Charny que hunde las uñas de su mano en su pecho.

Llevando á su hijo de la mano izquierda baja las escaleras; una oleada de cortesanos la precede y la arrastra; y llega á las puertas del salon de la Opera en el momento en que por la vigésima vez los vasos se vaciaban á los gritos de Viva el rey! viva la reina!

VI.

El banquete de los guardias.

En el momento en que apareció la reina con el rey y su hijo en el salon del teatro de la ópera, una inmensa aclamacion se oyó por todas partes semejante á la esplosion de una mina.

Los soldados entusiasmados, los oficiales locos de alegria, levantaban en alto sus sombreros y sus espadas, gritando:

—Viva el rey! viva la reina! viva el delfin!

Las músicas se pusieron á tocar la cancion de *O Richard O mon roi*!

La alusion que encerraba esta música era

tan trasparente, estaba en tal consonancia con el pensamiento de todos, representaba tan exactamente el espíritu del banquete, que un acompañamiento general de voces entonó sus palabras.

La reina entusiasmada olvidó que se hallaba rodeada de hombres acalorados por los licores; el rey, sorprendido, conocia muy bien, ayudado de su buen sentido, que aquel no era su sitio, y que caminaba por una senda que rechazaba su conciencia; pero débil y halagado por una popularidad y ardor que se hallaba poco acostumbrado á encontrar en su pueblo, se dejaba llevar poco á poco del entusiasmo general.

Charny, que durante toda la comida no habia bebido mas que agua, se levantó y palideció al ver á la reina y al rey en aquel sitio, pues habia llegado á tener esperanzas de que todo pasaria lejos de su presencia, y entonces le importaba poco lo que pudiera suceder.

Lejos de ellos, todo podria desmentirse, retractarse; pero la presencia del rey y de la reina era la historia.

Su terror se aumentó aun mas asi que vió á su hermano Jorge acercarse á la reina, y animado por una sonrisa, dirigirla la palabra.

Hallábase demasiado lejos para poder oir lo que decia; pero al ver sus ademanes comprendió que se trataba de una súplica.

A esta súplica contestó la reina con una señal de asentimiento; y de repente, arrancando la escarapela que llevaba en su cofia, la entregó al joven.

Charny se estremeció, estendió los brazos y estuvo á punto de arrojar un grito.

No era ni aun la escarapela blanca, escarapela de la Francia la que presentaba la reina á su imprudente peticionario, sino la escarapela negra, la escarapela del Austria; la escarapela enemiga.

Por esta vez la reina habia cometido mas que una imprudencia; lo que habia hecho era una traicion.

Y sin embargo estaban tan fuera de sí aquellos pobres fanáticos cuya pérdida habia Dios decretado de antemano, que cuando Jorge de Charny les presentó aquella escarapela negra, los que llevaban la blanca la arrancaron de sus sombreros, y los que aun tenian la tricolor la pisotearon.

Y entonces la locura llegó á tal punto, que á pique de ser sofocados por los besos y de hollar bajo sus pies á los que se arrodillaban ante ellos, los augustos convidados tuvieron que tomar el camino de sus habitaciones.

Todo aquello no era sin duda otra cosa que uu desbordamiento del carácter francés, que la nacion hubiera perdonado fácilmente si la orgía se hubiera contenido en los límites del entusiasmo; pero no fué así.

Aquellos buenos realistas debian, acariciando á su rey, ajar algun tanto la nacion.

A aquella nacion en cuyo nombre se habia hecho tanto daño al rey, que la música se creia con el derecho suficiente para entonar:

«Peut-on affliger ce qu' on aime!»
Es lícito afligir á quien se ama!

Y con esta música fué acompañada la marcha del rey, de la reina y del delfin.

Apenas estuvieron fuera del salon, cuando los convidados, animándose mútuamente, trasformaron aquel recinto en una ciudad tomada por asalto.

Y á una señal dada por Mr. de Perceval, ayudante de campo de Mr. de Estaing, las cornetas resonaron al toque de carga.

Pero contra quién? contra un enemigo ausente.

Contra el pueblo.

El toque de carga, esa armonia tan dulce

para los oidos franceses que produjo la ilusion de hacer tomar el salon del teatro de Versalles por un campo de batalla y las hermosas damas que miraban desde los palcos por enemigos.

El grito de al asalto! resonó en cien bocas á un mismo tiempo y empezáronse á escalar los palcos.

Verdad es que los sitiadores se hallaban en un estado tan poco temible que los sitiados les daban la mano para ayudarlos á subir.

El primero que llegó al balcon fué un granadero del regimiento de Flandes.

M. de Perceval arrancó una condecoracion de su pecho y le decoró con ella.

Verdad es que esta cruz era una cruz de Limburgo, una de esas cruces que no merecen el nombre de tales.

Y todo esto se hacia en nombre de la escarapela negra y en mengua de la escarapela nacional.

Pero de vez en cuando se oian surgir de un lado y de otro sordos y siniestros clamores.

Estos clamores quedaban, es cierto, ahogados por los gritos de los cantantes, por los vivas de los sitiadores y por el ruido de las cornetas, pero hallaban un eco amenazador entre el pueblo que seguia escuchando á

las puertas y que empezando por admirarse concluia por llenarse de indignacion.

Entonces se llegó á saber, primero en la plaza y luego en las calles, que la escarapela negra habia sustituido á la blanca y que la escarapela tricolor habia sido hollada bajo los pies.

Se supo que un valiente oficial de la guardia nacional que á pesar de las amenazas habia conservado la escarapela del pueblo, habia sido espantosamente mutilado en la habitacion misma del rey.

Despues circuló vagamente la noticia de que un solo oficial inmóvil, triste y de pie á la puerta del salon convertido en circo, habia mirado, escuchado, y presentándose luego trató de hacer recaer sobre sí la falta de otro, aceptando con un leal corazon y con la intrepidéz de un mártir la responsabilidad de los escesos cometidos por los furiosos que representaban en aquel funesto dia á todo el ejército; pero el nombre de aquel hombre, el único prudente que habia en la reunion, no fué ni aun pronunciado; y aun cuando lo hubiera sido, jamás se hubiese creido que el conde de Charny, el favorito de la reina, fuese precisamente quién, hallándose dispuesto á morir por ella, hubiese sufrido mas por lo que habia hecho Maria Antonieta.

En cuanto á la reina, volvió á su habitacion aturdida por el vértigo que la causó aquella mágica escena.

Y bien pronto fué asediada por una turba de cortesanos y de aduladores.

—Veis, la decian, veis ahora el verdadero espíritu en que se halla el ejército?Decid á los que os hablan de esa furia del populacho que proclama las ideas de la anarquía, si esa furia podrá luchar con el entusiasta ardor del ejército que ama á sus monarcas.

Y como todas estas palabras estaban en consonancia con los deseos de la reina, esta se dejaba mecer en el blando lecho de las ilusiones, sin notar siquiera que Charny no se hallaba á su lado.

Sin embargo, poco á poco fué cesando el ruido, el sueño del espíritu estinguió todas las locas alegrías, todos los fuegos fatuos, toda la fantasmagoría del ciego entusiasmo.

El rey pasó al cuarto de la reina en el momento en que esta iba á acostarse y la dirigió estas prudentes palabras:

—Veremos lo que resulta mañana de todo esto.

Aquel pobre rey con esta frase que para cualquiera hubiera sido un prudente aviso, escepto para la reina, volvió á atizar en el corazon de aquella muger todos los odios y

todos los deseos de venganza.

—Sí, dijo para sí María Antonieta luego que hubo salido el rey de su estancia; esta llama encerrada hoy dentro de este palacio, será mañana un incendio que ocupará toda la Francia. Todos estos soldados, todos esos oficiales que me han dado esta noche tan relevantes muestras de adhesion, van á ser apellidados rebeldes, traidores á la nacion, asesinos de la patria; á los gefes de esos aristócratas se les llamará agentes de Pitt, satélites de un poder bárbaro, salvages del Norte.

Esas cabezas que han lucido hoy la escarapela negra van á ser escarnecidas una despues de otra sobre las horcas de la plaza de Greve.

Cada uno de esos pechos de que tan lealmente se escapaba el grito de ¡viva la reina! será atravesado en el primer motin por los innobles puñales y por las infames picas del populacho.

Y seré yo y siempre yo quien habrá sido la causa de todo esto! Yo quien condenaré á muerte á tantos valientes servidores, yo la inviolable soberana á quien halagarán por hipocresía y ultrajarán despues por ódio lejos de su presencia.

Oh! no, antes que llevar hasta ese punto la

ingratitud para con mis únicos, mis últimos amigos, antes que ser tan bajamente cobarde y desnaturalizada, haré que toda la culpa recaiga sobre mí sola.

En mi nombre se ha hecho todo, yo he sido quien ha escitado los odios.

Veremos hasta qué altura llega ese ódio y y hasta qué escalon de mi trono se atreve á álzarse esa oleada impura del pueblo.

Y la reina, escitada por aquel insomnio poblado de sombrios consejos, veia con claridad el resultado del dia siguiente.

Este dia llegó envuelto en remordimientos y en siniestros clamores.

Aquel dia, la guardia nacional, á quien la reina acababa de distribuir sus banderas, aquel dia, la guardia nacional, con la cabeza inclinada, las miradas estraviadas, se acercó á la reina para darla las gracias.

Era fácil de adivinar en la actitud de aquellos hombres que no aprobaban nada de lo hecho y que hubiesen mostrado una abierta resistencia si se hubiesen atrevido á hacerlo.

Habian formado parte del acompañamiento, habian salido al encuentro del regimiento de Flandes, habian recibido invitaciones para el banquete, y estas invitaciones habian sido aceptadas.

Solamente que siendo mas bien ciudadanos que soldados, ellos fueron los que durante la orgía habian suscitado esos sordos rumores y aventurado algunas observaciones que fueron desoidas.

Estas observaciones eran al dia siguiente una acusacion.

Cuando se dirigieron al palacio para dar las gracias á la reina iban escoltados por un inmenso gentío.

Lo que atendida la gravedad de las circunstancias, hacia de aquella ceremonia un acto imponente.

Iba por fin á saberse por una y otra parte con quien habia que habérselas.

Por su parte, todos aquellos soldados y todos aquellos oficiales comprometidos por sus palabras del dia anterior, querian saber hasta qué punto serian sostenido por la reina en su imprudente demostracion, habian tomado puesto frente á frente de aquel pueblo escandalizado, escarnecido el dia antes, para oir las primeras palabras oficiales que saldrian del palacio.

El peso de toda la contrarevolucion se hallaba, pues, suspendido sobre la sola cabeza de la reina.

Sin embargo, aun estaba en sus manos el desviar semejante responsabilidad y cónjurar

las desgracias.

Pero la reina, orgullosa como las mas orgullosas de su raza, paseando sus fijas miradas sobre todos cuantos la rodeaban, amigos y enemigos, y dirigiéndose con una voz firme y sonora á los oficiales de la guardia nacional:

—Señores, dijo, me hallo sumamente contenta por haberos dado las banderas. La nacion y el ejército deben amar al rey, como nosotros amamos á la nacion y al ejército.

Me ha complacido mucho el dia de ayer.

A estas palabras, que la reina acentuó con el tono de voz mas firme, un sordo murmullo surgió de entre la multitud.

Un estrepitoso aplauso contestó á él de entre las filas militares.

—Nos han sostenido, esclamaron estos.

—Nos han vendido, murmuró aquella

Pobre reina! aquella fatal tarde del 1.° de octubre no era una sorpresa.

Pobre reina! Conque no te arrepientes del dia de ayer?

Y lejos de arrepentirte, le prestas tu apoyo?

Charny, que se hallaba en uno de los grupos, oyó exhalando un profundo suspiro de dolor aquella justificacion, ó mejor dicho, aquella glorificacion de la orgía de los guar-

dios.

La reina, apartando sus miradas de la multitud, se encontró con las del jóven y se detuvo sobre la fisonomía de su amante, para poder leer en ella la impresion que habia producido.

—No es verdad que he tenido valor? queria decir esta mirada.

—Ay señora! sois mas loca que valiente! respondió el semblante dolorosamente contraido del conde.

En Versalles la córte era un héroe contra el pueblo.

En París eran solamente caballeros contra la córte; pero esta caballeria corria por las calles de la ciudad.

Estos caballeros del pueblo andaban errantes y cubiertos de andrajos con la mano en la empuñadura de un viejo sable ó en la culata de una pistola, interrogando sus bolsillos vacíos y sus estómagos hambrientos.

Mientras que en Versalles se bebia con esceso, en París no se podia apagar el hambre.

Habia demasiado vino sobre los manteles de Versalles.

Pero faltaban harinas en las tahonas de París.

Cosa singular! Ceguedad inaudita que hoy que estamos habituados á la caida de los tronos arrancará una sonrisa de lástima á los hombres políticos!

Intentar la contrarevolucion y presentar la batalla á hombres hambrientos!

Ay! esclamará la historia obligada á ser filósofo materialista, nunca se bate el pueblo con mas encarnizamiento que cuando no ha comido.

Y sin embargo, era cosa muy fácil el dar paz al pueblo, y entonces el pan de Versalles le hubiera parecido menos amargo.

Pero las harinas de Corbeil no llegaban. Está Corbeil tan lejos de Versalles!

Quién al lado del rey y de la reina hubiera pensado en Corbeil?

Desgraciadamente al ver este olvido de la corte, el hambre que se duerme con tanta dificultad y que se despierta tan facilmente, el hambre, decimos, descendió pálida é inquieta á las calles de Paris...

Escuchó atentamente en todas las esquinas, reclutó su cortejo de vagabundos y de malhechores y fué á asomar su rostro amenazador á las ventanas de los ricos y de los funcionarios públicos.

Los hombres que se acuerdan de que los motines cuestan tanta sangre, que no han

olvidado la Bastilla, y que recuerdan aun á Foulon, Berthier y Fresselles, temen ser llamados asesinos nuevamente, y esperan.

Pero las mugeres no han hecho aun otra cosa que sufrir, y las mugeres sufren tres veces.

Por el hijo que llora y que no tiene la conciencia de la causa que produce su sufrimiento.

Por el hijo que dice á su madre: «Por qué no me dás pan?»

Por el marido que sombrío y taciturno sale de su casa por la mañana para volver á la noche mas sombrío y mas taciturno aun.

En fin, por ellas mismas, doloroso eco de los sufrimientos conyugales y maternos, las mugeres arden en deseos de tomar revancha y quieren servir á la patria á su manera.

VII.

Las mugeres.

Las mugeres habian llevado á cabo la obra de 1.° de octubre en Versalles.

Y ahora les llegaba tambien su vez y debian llevar á cabo la jornada del 5 de octubre en Paris.

Gilberto y Billot se hallaban en el Palais Royal, en el café de Foy, punto en que se dirigia la opinion.

De pronto se abrió la puerta del café y entró en él una muger en el mayor estado de desórden.

Esta muger denunció allí las escarapelas

blancas y negras que desde Versalles se habian estendido por Paris, y proclamó el peligro en que se hallaba el pueblo.

Debemos recordar lo que Charny habia dicho á la reina.

—Señora! lo mas terrible será que las mugeres tomen parte.

Esta era tambien la opinion de Gilberto.

Asi es, que viendo que llegaba este caso, se volvió hácia Billot y pronunció únicamente estas dos palabras:

—Al Hotel de Ville!

Desde la conversacion que habia tenido lugar entre Billot, Gilberto y Pitou, y á consecuencia de la cual Pitou habia vuelto á Villers-Cotterets con Sebastian, Billot obedecia á Gilberto á la menor insinuacion, pues habia comprendido, que si él representaba la fuerza, Gilberto era la inteligencia.

Ambos se lanzaron fuera del café, cruzaron diagonalmente el jardin del Palais Royal, y llegaron á la calle de Saint-Honoré.

En su camino encontraron á una jóven que salia de la calle de Bourdonais tocando el tambor.

Gilberto se detuvo admirado.

—Qué significa eso? preguntó.

—Oh! bien lo estais viendo, señor doctor; una encantadora muchacha que toca el

tambor, y no mal á fé mia.

—Habrá perdido algo, dijo un transeunte.

—Está muy pálida, repuso Billot.

—Preguntadle qué quiere, dijo Gilberto.

—He! muchacha! gritó Billot; por qué estais tocando el tambor de esa manera?

—Tengo hambre, contestó la muchacha con una voz débil y entrecortada.

Y despues continuó su camino.

Gilberto habia oido la contestacion de la muchacha.

—Oh! Oh! mal se vá poniendo esto! esclamó.

Y en seguida se puso á contemplar á las mugeres que iban reuniéndose á la jóven.

Aquellas mugeres estaban pálidas, desencajadas. Algunas de ellas no habian comido hacia mas de treinta horas.

De vez en cuando un grito amenazador se elevaba de aquel grupo; grito amenazador por su debilidad, pero se conocia que era emitido por bocas hambrientas.

—A Versalles! gritaban; á Versalles!

Y por el camino hacian señas á todas las mugeres que veian en los balcones y en las ventanas de las casas y las llamaban para que se reunieran á ellas.

Pasó un carruage dentro del cual iban *dos señoras*; estas asomaron la cabaza á las ven-

tanillas, y se echaron á reir.

La escolta de la tamborilera se detuvo. Una veintena de mugeres se precipitaron á las portezuelas, obligaron á apearse á las dos señoras, y las hicieron que fuesen con ellas á pesar de sus recriminaciones.

Detrás de estas mugeres que se adelantaban lentamente, iba un hombre con las manos en los bolsillos.

Este hombre de rostro pálido y de elevada estatura iba vestido con una casaca gris y chupa y calzones negros; llevaba un pequeño tricornio colocado oblicuamente sobre su cabeza.

Una larga espada azotaba sus delgadas y nerviosas pantorrillas.

Aquel hombre seguia detrás, mirando, escuchando, y devorando aquella escena con su mirada penetrante que se escapaba bajo sus negras y pobladas cejas.

—Yo conozco esa fisonomía, la he visto en todos los motines, dijo Billot.

—Es el ugier Maillard, dijo Gilberto.

—Ah! sí, ya sé quien es; el que pasó despues que yo sobre la tabla de la Bastilla; y sin duda es mas diestro que yo, pues no cayó al agua.

Maillard desapareció con las mugeres en el esquinazo de la calle.

Billot hubiera deseado imitar á Maillard, pero Gilberto le llevó consigo al Hotel-de-Ville.

Estaba seguro de que el motin refluiria siempre á aquel punto, bien fuese de hombres ó de mugeres, y en lugar de seguir el curso del rio iba derecho á la embocadura.

Sabian ya en el Hotel-de-Ville lo que pasaba en París, pero casi no se ocupaban de ello.

Qué le importaba, en efecto, al flemático Bailly y al aristócrata Lafayette que se le hubiese ocurrido á una muger el tocar el tambor?

Esto no era mas que una anticipacion del Carnaval.

Pero cuando detrás de estas mugeres se vieron llegar dos ó tres mil mas, cuando sobre los flancos de esta tropa, que se aumentaba de minuto en minuto, se vió avanzar otra tropa no menos considerable de hombres que sonreian de un modo siniestro descansando sobre sus miserables armas; cuando se llegó á comprender que aquellos hombres se sonreian anticipadamente del daño que las mugeres iban á hacer, mal tanto mas irremediable cuanto que se sabia que la fuerza pública no llegaria á tiempo para remediarlo, y que la fuerza legal no habia de cas-

tigar, entonces se empezó á conocer la gravedad de la situacion.

Aquellos hombres sonreian porque el daño que ellos no se habian atrevido á hacer iban á verlo llevar á cabo á la mas inofensiva mitad del género humano.

Al cabo de una media hora se hallaban mas de diez mil mugeres sobre la plaza de Greve.

Estas, creyéndose ya en número suficiente, empezaron á deliberar con las manos apoyadas en las caderas.

La deliberacion no fué tranquila, las que emitian su opinion eran en su mayor parte porteras, vendedoras, prostitutas.

Muchas de aquellas mugeres eran realistas, y en vez de haber hecho daño al rey ó á la reina, se hubieran dejado matar por ellos.

El resultado de esta deliberacion fué el siguiente:

Pongamos fuego al Hotel-de-Ville donde se fabrican tantos documentos que nos quitan el pan.

Precisamente en aquellos momentos se ocupaban en el Hotel-de-Ville de la causa de un panadero que habia vendido pan falto de peso.

Sabido es que cuanto mas caro está el pan

tanto mas lucrativa es una operacion de este género; solamente que si es muy lucrativa es tambien sumamente peligrosa.

Por lo cual los que se hallaban acostumbrados al suplicio del farol, esperaban al panadero con una cuerda nueva.

La guardia del Hotel-de-Ville queria salvar al desgraciado y se ocupaba de ello por cuantos medios estaban á su alcance. Pero como hemos visto hacia ya tiempo las circunstancias secundaban muy poco sus filantrópicas disposiciones.

Las mugeres se arrojaron sobre esta guardia, la desbicieron y penetraron en el Hotel-de-Ville.

Entonces comenzó el saqueo.

Ellas querian arrojar al Sena todo cuanto hallaban á las manos y quemar todo lo que no pudiesen precipitar.

Así, pues, los hombres se dedicaron al agua y las mugeres al fuego.

Esto era un ímprobo trabajo.

En el Hotel-de-Ville habia un poco de todo.

Primeramente habia 300 electores.

Además habia los tenientes alcaldes.

Luego los corregidores.

—Será muy pesado el ir arrojando al agua á toda esa gente, dijo una muger que

se hallaba en todo; una muger que tenia prisa.

—Y no es que no lo merezcan, dijo otra.

—Sí, pero falta tiempo para ello.

—Pues bien, ¡quémémoslo todo! dijo una voz, eso es lo mas sencillo.

Buscáronse hachones y se pidió lumbre.

Provisionalmente y por no perder tiempo, se ocuparon en ahorcar á un cura, á Mr. Lefevre d'Ormesson.

Afortunadamente se hallaba alli el hombre de la casaca gris. Este corta la cuerda y el cura cae de diez y siete pies de altura, se rompe una pierna y se aleja cojeando en medio de las risas de la multitud de mugeres.

Lo que favoreció la retirada del cura fué que los hachones se hallaban ya encendidos, y que los incendiarios los tenian ya en sus manos aproximándolos á los estantes de los archivos.

De repente el hombre de la casaca gris se precipita y arranca estos hachones de manos de las mugeres; estas se resisten, y él las azota con ellos.

En tanto que arden los vestidos de las mugeres, él se ocupa en apagar el fuego que empezaba ya á consumir los papeles.

Quién es, pues, ese hombre que se opone de esa manera á la voluntad terrible de diez mil criaturas furiosas?

Por qué habian de dejarse gobernar por aquel hombre?

Apenas han ahorcado á medias al cura Lefevre.

Y era por lo tanto preciso ahorcar bien á este hombre para que en adelante no se opusiese á su voluntad.

Despues de esta decision, se alzó un grito de muerte y á la amenaza se unian los hechos.

Las mugeres rodean al de la casaca gris y le echan una cuerda al cuello.

Pero Billot se precipita por entre aquella turba. Billot hace á Maillard el mismo servicio que Maillard habia hecho al cura.

Se apodera de la cuerda y la corta por dos ó tres puntos con un cuchillo muy afilado y muy reluciente, que en aquel momento sirve á su propietario para cortar una cuerda, pero que podria en caso necesario y manejado por un brazo rigoroso como el suyo, servirle para algo mas.

Y en tanto que cortaba aquella cuerda, Billot esclamaba:

—Pero desdichadas! no reconoceis en este

hombre á uno de los vencedores de la Bastilla? el que pasó por encima de la tabla para ir á buscar la capitulacion mientras que yo pataleaba dentro del foso? No reconoceis á Maillard?

Al oir aquel nombre tan conocido y tan temido, todas aquellas mugeres se detuvieron. Míranse asustadas y se enjugan el sudor de su frente.

El trabajo habia sido fatigoso; y aunque era ya el mes de octubre bien se podia sudar.

—Un vencedor de la Bastilla, Mr. Maillard el ugier de Chatelet; viva Mr. Maillard!

Las amenazas se convirtieron entonces en caricias; todos desean abrazar á Maillard, todos gritan; viva Maillard!

Maillard cambia un apreton de mano y una amistosa mirada con Billot.

El apreton de mano quiere decir:

—Somos amigos.

La mirada significativa: Si alguna vez teneis necesidad de mi, contad con mi vida.

Maillard volvió á recobrar sobre todas aquellas mugeres una influencia tanto mas grande cuanto que ellas comprendieron que tenia que perdonarlas algunas ligeras ofensas.

Pero Maillard es un antiguo marinero muy popular y conoce ese mar de los arra-

bales que se embravece con un soplo y que se calma con una sola palabra.

Maillard sabe cómo se debe hablar ante aquellas oleadas humanas cuando dan tiempo para hablar.

Además la ocasion era oportuna para hacerse escuchar, pues todas callaban en derredor suyo.

Maillard no quiere que los parisienses destruyan el Hotel-de-Ville, es decir, el ayuntamiento, el único poder que los protegia; no quiere que anulen el estado civil, que prueba que no todos sus hijos son bastardos.

Las palabras de Maillard producen su efecto.

Nadie será quemado ni ahogado.

Pero en segunda quieren ir a Versalles.

Allí es donde está el mal: allí es donde se pasan las noches en medio de orgías mientras que Paris muere de hambre.

En Versalles es donde se consume de todo.

Paris se halla exhausto de trigo y de harinas, porque estas harinas, en lugar de detenerse en París, van directamente de Corbeil á Versalles.

No sucederia esto si *el panadero*, *la panadera* y *el pequeño mozo de pala* se hallasen en Paris.

Con estos apodos se designaba al rey, á la reina y al delfin, repartidores naturales del pan del pueblo.

Por fin, queda resuelto que irán á Versalles.

Puesto que las mugeres se hallan organizadas como tropas, puesto que tienen fusiles, cañones, pólvora, y que las que no tienen fusiles ni pólvora tienen picas y hoces, es preciso que elijan un general.

—Y por qué no? la guardia nacional lo tiene.

—Lafayette es general de los hombres.

—Maillard será el general de las mugeres.

—Mr. de Lafayette capitanea á esos holgazanes granaderos que parecen un ejército de reserva, puesto que hacen tan poco cuando tanto hay que hacer.

Maillard será el gefe de un ejército activo.

Sin sonreir y sin pestañear siquiera, Maillard acepta el mando que le ofrecen.

Maillard esgeneral en gefe de las mugeres de París.

La campaña no será larga, pero sí decisiva.

VIII.

El general Maillard.

El ejército que se hallaba á las órdenes de Maillard era un gran ejército.

Tenia cañones; verdad es que estos cañones se hallaban sin cureñas; pero á falta de cureñas, los habian colocado sobre carretas.

Contaba con fusiles, muchos de ellos sin llaves, pero todos con bayonetas.

Tenia una infinidad de armas: incómodas muchas de ellas, es cierto, pero que al fin eran armas.

Llevaba pólvora en los pañuelos, en las

cofias, en los bolsillos, y en medio de este ejército se paseaban algunos de sus individuos con mechas encendidas.

Si todo aquel ejército no voló á consecuencia de alguna esplosion, fué por milagro.

Maillard, de una sola ojeada calculó las disposiciones en que se hallaba su ejército. Comprendió todo el partido que podia sacar de él y lo que habia que temer; y vió que no pudiendo contenerle dentro de París era preciso llevarlo á Versalles é impedir allí el daño que podia causar.

Deber penoso, difícil, heróico; pero que Maillard cumplirá debidamente.

Asi es que Maillard bajó á la plaza y tomó el tambor de manos de la muchacha.

La jóven agoviada por el hambre no tenia ya fuerza para sostenerlo, y asi que lo dejó, cayó al suelo sobre el escalon de un portal.

Lúgubre almohada... pues era la almohada del hambre.

Maillard la pregunta su nombre, y la muchacha dice llamarse Magdalena Chambry. Ocupábase en labrar tallados en madera para las iglesias. Pero, ¿quién se habia de ocupar entonces de dotar á las iglesias de esos hermosos tallados y bajos relieves, obras maestras del siglo XV?

Hallándose exhausta de recursos, la mucha-

cha se habia visto obligada á ser ramilletera del Palais-Royal.

Pero quién piensa en comprar flores cuando falta dinero para comprar pan?

Las flores, esas estrellas que brillan en el cielo de la paz y de la abundancia; las flores se ajan al soplo de las tempestades y de las revoluciones.

No pudiendo esculpir sus frutos de madera ni vender sus rosas, sus jazmines y sus azucenas, Magdalena Chambry cogió un tambor é hizo sesonar aquella terrible llamada del hambre.

Magdalena tiene que ir a Versalles, pero como se halla muy débil para ir á pie, la llevarán en una carreta.

Asi que llegue á Versalles, se pedirá que la permitan entrar en el palacio con otras doce mugeres, y será el orador hambriento que deberá defender en presencia del rey la causa del hambre.

Todas estas disposiciones de Maillard son recibidas con entusiasmo.

Y de esta manera Maillard con unas pocas palabras cambió las hostiles disposiciones de aquella multitud.

Nadie sabia el objeto que les conducia á Versalles ni lo que debian hacer allí.

Ahora ya es otra cosa, se sabe que van á

Versalles para que una diputacion compuesta de doce mugeres á cuya cabeza está Magdalena, se presente á suplicar al rey, *en nombre del hambre*, que tenga compasion de su pueblo.

Pónense en camino unas siete mil mugeres; pero al llegar á las Tullerías se oyen gritos espantosos.

Maillard se subió sobre un guardacanton para dominar su ejército.

—Qué quereis? preguntó.

—Queremos cruzar por medio de las Tullerías.

—No es posible.

—Y por qué no? preguntan siete mil bocas.

—Porque las Tullerías es un edificio del rey y es el jardin del rey; porque entrar por medio de ellas sin su permiso es ultrajarle y aun mas que insultarle; es atentar contra la libertad individual.

—Pues bien, pediremos permiso al conserge.

Maillard se acercó al portero y con el sombrero en la mano,

—Amigo mio, le dijo, quereis dar vuestro permiso para que estas señoras pasen por las Tullerías? Pasarán por las galerías y no se hará ningun daño á las plantas.

Por única respuesta, el portero sacó su espada y se arrojó sobre Maillard.

Maillard sacó la suya, que era un pie mas corta, y la cruzó con el portero.

Entretanto una muger se acercó á este último y dándole un fuerte golpe en la cabeza con el mango de una escoba, le tendió á los pies de Maillard.

Al mismo tiempo otra muger se prepara á atravesarle el pecho con una bayoneta.

Maillard envaina su espada, toma la del conserge debajo de un brazo, el fusil de la muger bajo el otro, recoge su sombrero que se le habia caido durante la lucha, le vuelve á colocar sobre su cabeza y continúa su camino á través de las Tullerías, donde en cumplimiento de su promesa, no hizo daño ninguno su ejército.

Dejémosle continuar su camino y dirigirse á Sevres en donde se dividen en dos cuerpos, y veamos lo que pasa en París.

Aquellas siete mil mugeres no habian entrado en el Hotel-de-Ville, amenazado la vida de los electores y ahorcado á medias al cura de Lefevre, sin producir cierta conmocion.

Al ruido que hicieron, ruido que habia encontrado eco en los barrios mas lejanos, Lafayette acudió al punto de donde partia.

Hallábase pasando una especie de revista en el campo de Marte y á caballo desde las ocho de la mañana.

Cuando llegó á la plaza del Hotel-de-Ville, eran las doce.

Las caricaturas de aquella época representaban á Lafayette bajo la forma de un centauro. El cuerpo de este centauro era el del famoso caballo blanco que se habia hecho proverbial.

La cabeza era la del comandante de la guardia nacional.

Desde el principio de la revolucion, Lafayette hablaba á caballo, comia á caballo.

Y muchas veces le sucedia que dormia á caballo.

Así es que cuando por casualidad podia dormir en su cama lo hacia á las mil maravillas.

Cuando Lafayette llegó al muelle Pelletier, fué detenido por un hombre que caminaba á todo galope sobre un magnífico caballo.

Este hombre era Gilberto, que se dirigia á Versalles. Iba á prevenir al rey de lo que debia suceder.

Y en dos palabras, refirió el suceso á Lafayette.

Despues cada uno continnó su camino.

Lafayette hácia el Hotel-de Ville.

Gilberto hácia Versalles. Solamente que como el ejército femenino seguia la orilla derecha del Sena, él tomó la izquierda.

La plaza del Hotel-de-Ville, desocupada por las mugeres, se habia llenado de hombres.

Estos hombres eran los guardias nacionales, antiguos guardias franceses que habiendo pasado á las filas de pueblo, habian perdido sus privilegios de guardias del rey, privilegios que habian pasado en herencia á los guardias de corps y los suizos.

Al ruido producido por las mugeres habia sucedido el clamor de los clarines y de la generala.

Lafayette cruzó por medio de aquella multitud, se apeó al pié de las gradas, y sin inquietarse por los aplausos mezclados de amenazas que escitaba su presencia, se puso á dictar una carta para el rey sobre la insurreccion que habia tenido lugar en aquella mañana.

Hallábase ya en el sesto renglon de la carta, cuando se abrió la puerta del despacho con estrépito.

Lafayette levantó los ojos.

Una diputacion de granaderos podia ser admitida á presencia del general.

Lafayette hizo una señal de asentimiento, y

entró la diputacion.

El granadero encargado de hablar en nombre de los demás, se adelantó hasta la mesa.

—Mi general, dijo con una voz firme; nosotros venimos diputados por diez compañías de granaderos; no os tenemos por un traidor; pero sí creemos que el gobierno nos hace traicion.

Ya es hora de que todo esto concluya; nosotros no podemos dirigir nuestras bayonetas contra las mugeres que nos piden pan. El comité de provisiones malversa sus fondos ó no los sabe manejar, y en uno y otro caso se hace indispensable el que se cambie.

El pueblo es desgraciado y el origen del mal está en Versalles. Es preciso ir á buscar al rey y traerle á París. Es preciso esterminar el regimiento de Flandes y de los guardias de corps que se han atrevido á hollar bajo sus pies la escarapela nacional.

Si el rey es demasiado débil para llevar en su frente la corona, que la deje. Nosotros coronaremos á su hijo. Se nombrará á un consejo de regencia y todo marchará bien.

Lafayette contempló largo rato al orador lleno de asombro. Hallábase acostumbrado á ver motines, habia deplorado los asesina-

tos; pero aquella vez era realmente la primera en que el hálito revolucionario llegaba hasta su rostro.

La posibilidad que veia el pueblo de pasarse sin rey, le admira, y mas que le admira le confunde.

—Pues qué! esclamó, ¿teneis por ventura el proyecto de hacer la guerra al rey, obligándole á que nos abandone?

—Mi general, contestó el orador, nosotros amamos y respetamos al rey; sentiríamos en el alma que nos abandonase; pero en último resultado, si él nos falta nos queda el delfin.

—Señores, señores, dijo Lafayette, cuidado con lo que haceis! atentais á la corona y mi deber es defenderla.

—Mi general, repuso el guardia nacional inclinándose; nosotros verteríamos por vos hasta la última gota de sangre. Pero el pueblo es desgraciado, el orígen de su desgracia está en Versalles, y es preciso ir á buscar allí al rey y traerle á Paris; el pueblo lo quiere.

Lafayette comprendió que llegaba la ocasion de ofrecerse en holocausto. Esta era una necesidad ante la cual nunca pensó en retroceder.

Baja á la plaza y quiere arengar al pueblo; pero los gritos de ¡á Versalles! ¡á Versalles!

cubren su voz.

En aquel momento se oye un espantoso rumor hácia la calle de la Vannerie.

Este rumor era producido por la presencia de Bailly que se dirige al Hotel-de-Ville.

—Pan! pan! á Versalles! gritaban por todas partes.

Lafayette á pie, perdido entre aquella multitud, conoce que aquel mar alborotado crece de momento en momento y que concluirá por ahogarle.

Cruza por medio del gentío para llegar hasta su caballo, con un ardor semejante al de un náufrago que corta las olas para llegar á una roca.

Por fin consigue montar á caballo y se dirije al Hotel-de-Ville otra vez; pero el camino está completamente obstruido por una muralla humana.

—Mi general, gritan por todas partes, no os separeis de nosotros.

Y al mismo tiempo se redoblan los gritos de ¡á Versalles!

Lafayette vacila sobre lo que debe hacer. Tal vez yendo á Versalles pódrá ser útil al rey; pero podrá contener á aquella multitud que le arrastra á la régia morada?

Podrá dominar aquel encrespado Occéano

contra el cual él mismo se verá tal vez obligado á luchar para salvar su vida?

De repente un hombre baja las gradas del Hotel-de-Ville, cruza por medio de la multitud, con una carta en la mano, y trabaja con tan buen éxito que llega por fin hasta Lafayette.

Este hombre no es otro que el infatigable Billot.

—Tomad, mi general, dice Billot; tomad esta carta de parte de los Tres Cientos.

Asi es como llamaban á los electores.

Lafayette rompió el sello, y procuró leer la carta para sí, pero mas de cien mil voces gritaron á un mismo tiempo:

—La carta! la carta!

Preciso le fué á Lafayette leer la carta en alta voz.

Hizo una señal para que guardasen silencio, y en el mismo instante y como por encanto, el mas profundo silencio sucedió al mas estrepitoso tumulto, y sin que se dejase de percibir una sola palabra, Lafayette leyó la carta siguiente:

«Atendidas las circunstancias y los deseos del pueblo, y con arreglo á la *representacion* del comandante general de que es imposible negarse á ellos, se autoriza al comandante general y aun se le manda que marche á

Versalles.

«Le acompañarán cuatro comisarios del ayuntamiento.»

El pobre Lafayette no habia *representado nada* á los electores, á quienes no desagradaba el dejarle una parte de la responsabilidad de los sucesos que debieran pasar.

Pero el pueblo creyó que efectivamente habia Lafayette hecho una *representacion*; y el pueblo, á quien halagaba esta representacion de su comandante general, gritó tumultuosamente:

—Viva Lafayette!

Entonces Lafayette, palideciendo, repitió á su vez:

—A Versalles!

Quince mil hombres se colocaron tras él con un entusiasmo mas silencioso, pero mas terrible que el de las mugeres que habian salido de vanguardia.

Toda aquella gente debia reunirse en Versalles para pedir al rey las migajas de pan caidas de la mesa de los guardias de corps durante la orgía del 1.° al 2 de octubre.

En Versalles, como sucedia siempre, se ignoraba completamente lo que pasaba en París.

Despues de las escenas que hemos referido y de que la reina se habia dado el pa-

rabien públicamente, esta se hallaba mas tranquila.

Contaba con un ejército; habia pasado revista á sus enemigos y deseaba la lucha.

Tenia que vengar la derrota del 14 de julio. Tenia que hacer olvidar y olvidar á ella misma el viaje del rey á Paris.

Pobre muger! no esperaba seguramente el viaje que iba ella misma á verse obligada á hacer!

Desde su incomodidad con Charny no le habia vuelto á hablar y afectaba tratar á Andrea con la antigua intimidad rota por un momento.

En cuanto á Charny, ni aun se dignaba mirarlo las veces que se veia obligada á dirigirle la palabra para los actos del servicio.

Y sin embargo no dependia esto de que la familia hubiese caido en desgracia para con la reina, pues la misma mañana del dia en que los parisienses debian llegar á Versalles, se vió á la reina hablar afectuosamente con Jorge de Charny, el segundo de los tres hermos, y el mismo que en contra de la voluntad de Oliverio habia dado á la reina tan belicosos consejos cuando llegó la noticia de la toma de la Bastilla.

En efecto, á eso de las nueve de la maña-

na el jóven oficial cruzaba la galería para anunciar al montero que el rey iba á salir de caza, cuando María Antonieta, que salia de oir misa de la capilla, le llamó.

—A dónde vais tan de prisa? le dijo: por qué correis de ese modo?

—No he corrido, señora, desde el momento que divisé á V. M.; y al contrario, me habia detenido y esperaba humildemente el honor que me dispensa dirigiéndome la palabra.

—Eso no obsta para que me digais á donde ibais.

—Señora, estoy de escolta; S. M. sale de caza y voy á tomar órdenes del montero para el sitio.

—Ah! el rey caza hoy tambien! dijo la reina mirando al cielo cargado de negras y espesas nubes, que venian por el lado de París; hace mal. Se me figura que el tiempo amenaza una tempestad; ¿no es cierto, Andrea?

—Sí, señora, respondió distraidamente la jóven.

—No sois vos de mi opinion, caballero oficial?

—Enteramente, señora; pero el rey lo manda.

—Cúmplase, pues, la voluntad del rey en los bosques y en los caminos, repuso la rei-

na con esa alegria qne le era natural, y que ni los dolores del corazon, ni los sucesos políticos habian logrado hacerle perder.

En seguida, volviéndose hácia Andrea:

—Me alegro al menos que se entretenga; le dijo en voz baja.

Y despues dirigiéndose á Jorge:

—Y podreis decirme, pregunto, de qué lado cazará el rey?

—En los bosques de Meudon, señora.

—Vaya, pues acompañadle, y velad porél.

En aquel momento entró el conde de Charny. Dirijió una afable sonrisa á Andrea, y meneando la cabeza se atrevió á decir á la reina:

—Esa esuna recomendacion de que mi hermano se acordará, señora, no en medio de los placeres del rey, sino en medio de sus peligros.

Al sonido de aquella voz que acababa de herir sus oidos sin que su vista divisará al que le producia, Maria Antonieta se estremeció, y volviéndose,

—Cosa es esa que me hubiera admirado mucho, dijo con despego y con un áspero desden, si no viniera de parte del conde Oliverio de Charny.

—Y por qué, señora? preguntó respetuosamente el conde.

—Porque eso es una profecía de desgracia.

Andrea palideció viendo palidecer al conde.

Este se inclinó sin contestar.

Andrea dirigió una mirada á Charny en que se pintaba la admiracion de verle tan paciente.

—Es realmente una verdadera desgracia, repuso este, no saber *ya* como se debe hablar á la reina sin ofenderla.

Este *ya* se hallaba acentuado como acentúa un hábil actor en escena las palabras á que quiere dar un importante significado.

La reina tenia un oido demasiado ejercitado para no cojer al vuelo la intencion de Charny.

—*Ya*, dijo; y qué significa ese *ya*?

—Segun veo he hablado tambien indiscretamente, contestó Charny.

Y diciendo esto cambió con Andrea una mirada que sorprendió tambien la reina.

Esta palideció á su vez y contrajo las mandíbulas llena de rabia.

—La palabra es mala, esclamó, cuando la intencion es mala.

—Y el oido es hostil cuando es hostil el pensamiento.

Despues de esta respuesta que tenia mas

de justa que de respetuosa, el conde se calló.

—Esperaré para contestar, dijo la reina, á que Mr. de Charny sea mas feliz en sus ataques.

—Y yo, repuso Charny, esperaré para atacar á que la reina sea mas dichosa en la eleccion de sus servidores que lo es hoy dia.

Andrea cogió de la mano á su esposo y se dispuso á salir con él.

Pero una mirada de la reina la contuvo: la reina habia visto aquel movimiento.

—Pero, en fin, qué es lo que tenia que decirme *vuestro marido*? preguntó la reina.

—Queria decir á V. M., que enviado ayer á Paris por el rey, he encontrado al pueblo en una estraña fermentacion.

—Todavia? Y con qué motivo? Los parisienses han tomado la Bastilla, y parece que están ocupándose en demolerla. Qué mas quieren? responded, caballero Charny.

—Es cierto, contestó el conde; pero como los parisienses no pueden comer piedras, dicen que tienen hambre.

—Que tienen hambre! esclamó la reina. Y qué quieren que hagamos para evitarlo?

—Hubo un tiempo, señora, dijo Charny, en que la reina era la primera en com-

partir los dolores públicos y en aliviarlos. Hubo un tiempo en que subia hasta las buhardillas de los pobres y en que las oraciones de los pobres subian desde las buhardillas al cielo.

—Sí, respondió amargamente la reina; y he sido bien recompensada por esa piedad; no es cierto? Una de mis mayores desgracias la debo á haber subido á una buhardilla.

—Porque V. M. se equivocó entonces; porque derramó sus beneficios sobre una criatura miserable, se cree autorizada á colocar á toda la humanidad al nivel de una infame. Ah, señora! cuán querida érais en aquella época!

—Pero, en fin, dijo; qué es lo que pasaba ayer en París? No me digais mas de lo que hayais visto, pues quiero estar segura de la verdad de vuestras palabras.

—Lo que yo he visto, señora! He visto á una gran parte de la poblacion amontonada en los muelles, esperando inútilmente la llegada de las harinas. He visto á otra parte agrupada á las puertas de los panaderos esperando inútilmente el pan. Lo que he visto! Lo que he visto es un pueblo hambriento; maridos que miraban tristemente á sus mugeres; madres que contemplaban tristemente á sus hijos. Lo que he visto! Puños crispados

y amenazadores en direccion á Versalles. Ah! Señora, señora, esos peligros de que os he hablado, esa ocasion de morir por V. M., felicidad que mi hermano y yo deseamos los primeros, no tardará mucho en ofrecérsenos.

La reina volvió las espaldas á Charny con un ademan de impaciencia, y fué á apoyar su abrasada frente contra los cristales de una ventana que daba al patio de mármol.

Apenas hizo este movimiento se la vió estremecerse.

—Andrea, dijo, venid á ver un correo que llega; parece debe traer noticias muy urgentes.

Andrea se acercó á la ventana; pero en el mismo momento retrocedió palideciendo.

—Ah! señora! esclamó en tono de amarga reconvencion.

Charny se aproximó á su vez, no habiendo perdido ningun detalle de aquella escena.

—Ese caballero que llega, dijo mirando alternativamente á la reina y á Andrea, es el doctor Gilberto.

—Ah! es cierto, esclamó la reina en un tono en que le fué imposible á Andrea conocer si aquello habia sido una venganza femenil ó una equivocacion.

Un silencio glacial reinó entre los tres in-

terlocutores, durante cuyo tiempo siguió una conversacion de miradas.

El que acababa de llegar era efectivamente Gilberto, que traia funestas noticias.

Con todo, aunque se apeó precipitadamente del caballo, aunque subió rápidamente la escalera, aunque las tres cabezas inquietas de la reina, de Andrea y de Charny se volvieron hácia la puerta que daba á la escalera y por la que el doctor parecia que iba á penetrar, esta puerta permaneció cerrada.

Entonces reinó en aquellas tres personas una cruel ansiedad.

De repente y por la parte opuesta se abrió la puerta y adelantándose un oficial,

—Señora, dijo; el doctor Gilberto, que venia á hablar al rey de asuntos de la mayor importancia, pide el honor de ser recibido por V. M.; pero hace ya una hora que el rey ha salido para Meudon.

—Que entre! esclamó la reina fijando en la puerta una mirada firme, mientras que Andrea como si debiese naturalmente hallar un apoyo en su marido, retrocedió apoyándose en el brazo del conde.

Gilberto apareció en el dintel de la puerta.

IX.

La tarde del 5 de octubre.

Gilberto dirigió una mirada sobre los personages que acabamos de presentar en escena, y adelantándose respetuosamente hácia Maria Antonieta,

—Me permitirá la reina, dijo, en ausencia de su augusto esposo que la refiera las noticias de que soy portador?

—Hablad, caballero, dijo la reina. Al veros venir con tal precipitacion, he llamado en mi auxilio toda mi energía, pues no dudo que me traeis malas noticias.

—Hubiera preferido la reina que la hubie-

se dejado sorprender, por ventura? Con ese claro talento, con esa fuerza de raciocinio que la caracterizan, la reina podrá hacer frente y adelantarse al peligro, y tal vez el peligro retrocederá ante la reina.

—Veamos ese peiigro, caballero.

—Señora, siete ú ocho mil mugeres han salido de Paris y se acercan armadas á Versalles.

—Siete ú ocho mil mugeres! esclamó la reina con desprecio.

—Sí; pero se detendrán en el camino, y cuando lleguen aquí serán quince ó veinte mil.

—Y qué vienen á hacer?

—Tienen hambre, señora, y vienen á pedir pan al rey.

La reina se volvió hácia Charny.

—Ah, señora! ha sucedido lo que yo habia previsto, dijo el conde.

—Y qué debemos hacer? preguntó Maria Antonieta.

—En primer lugar, avisar al rey.

—Al rey! eso no; para qué esponerle á una desgracia?

Este grito qne se escapó del corazon de María Antonieta ponia de manifiesto el valor de la reina y la confianza que en sí misma tenia, al mismo tiempo que revelaba la convic-

cion de la debilidad de su marido, debilidad que queria ocultar á los estraños.

Pero Charny era por ventura un estraño? Gilberto lo era?

No, estos dos hombres parecian elegidos por la Providencia, el uno para defensa de la reina y el otro para salvaguardia del rey.

Charny contestó á un mismo tiempo á la reina y á Gilberto; recobraba todo su imperio, pues habia hecho el sacrificio de su orgullo.

—Señora, dijo, Mr. Gilberto tiene razon; es preciso prevenir al rey... El rey tiene aun el amor de su pueblo; el rey se presentará á las mugeres, las arengará y las desarmará.

—Pero quién se encarga de avisar al rey? el camino está ya cortado y seguramente será una empresa peligrosa.

—El rey está en los bosques de Meudon?

—Si, y si como es probable los caminos....

—Dígnese V. M. ver únicamente en mí un soldado. Un soldado está destinado á sacrificarse.

Y pronunciadas estas palabras, salió sin esperar la respuesta, sin oir un suspiro; bajó precipitadamente la escalera, saltó sobre un caballo y corrió hácia Meudon acompañado de dos guardias.

Apenas hubo desaparecido, respondiendo

con un ademan al adios que Andrea le enviaba por la ventana, cuando un ruido lejano que se asemejaba al rugido de las olas en un dia de tempestad, hirió los oidos de la reina.

Este ruido parecia alzarse de entre los árboles mas lejanos del camino de París.

Bien pronto el horizonte se puso amenazador á la vista como lo era á los oidos; una lluvia blanca y menuda empezó á hendir el nebuloso espacio.

Y sin embargo, á pesar de las amenazas del cielo, Versalles se iba llenando de gente.

Sucedíanse unos á otros los emisarios en el palacio, y cada emisario daba cuenta de una columna que se dirigía desde París á Versalles.

Los soldados inquietos y mirándose unos á otros tomaban tristemente sus armas. Semejantes á las personas embriagadas que procuran despojar su cerebro de los vapores del vino, los oficiales, desmoralizados por la visible turbacion de sus soldados y los murmullos de la multitud, respiraban fatigosamente aquella atmósfera sobrecargada con las desgracias que iban naturalmente á imputárseles.

Por su parte los guardias de corps, que eran en número de unos trescientos hombres,

montaban silenciosamente á caballo y con ese aspecto de indecision que se pinta en el militar cuando tiene que habérselas con enemigos á quienes no sabe como atacar.

Qué hacer contra aquellas mugeres que habian salido armadas y amenazadoras, pero que llegan sin armas y pudiendo apenas levantar los brazos de cansancio y de hambre?

Con todo, los guardias se colocan en sus filas, desenvainan los sables, y esperan.

Por fin aparecen las mugeres por dos diferentes puntos. En la mitad del camino se habian separado, tomando unas por el camino de Saint-Cloud y otras por el de Sevres.

Antes de separarse se repartieron entre ellas ocho panes, que era todo lo que pudieron hallar en Sevres.

Treinta y dos libras de pan para siete mil personas!

Al llegar á Versalles apenas podian tenerse en pie; casi todas ellas habian arrojado sus armas en el camino; y de las pocas que quedaron con ellas, Maillard pudo conseguir que las dejaran en las primeras casas de la ciudad.

Al entrar en ella les dijo Maillard:

—Ahora, para que no se pueda poner en duda que somos amigos de la monaquía, cantemos: Viva Enrique IV.

Y con una voz desfallecida que apenas tenia las fuerzas suficientes dara pedir pan, entonaron el cántico real.

Asi es que fué grande el asombro de los habitantes de Versalles al escuchar cánticos en vez de amenazas, y sobre todo cuando vieron á las moribundas cantantes asomar sus rostros desencajados y lívidos cubiertos de polvo y de sudor, que se triplicaban confundiéndose con las crispadas manos que se apoyaban convulsas contra las doradas cancelas.

Despues, de vez en cuando, del centro de aquellos grupos fantásticos, se escapaban lúgubres ahullidos; de entre aquellas agonizantes figuras salian relámpagos.

Además, de tiempo en tiempo aquellas manos se separaban de las barras que les servian de apoyo y pasaban por entre ellas dirigiéndose al palacio.

Unas abiertas y tremulas, pedian.

Otras crispadas y contraidas, amenazaban.

El cuadro no podia ser mas sombrío.

La lluvia y el lodo ocupaban el cielo y la tierra.

El hambre y la amenaza reinaban en los sitiadores.

La compasion y la duda ocupaban á los sitiados.

Mientras que llegaba Luis XVI, la reina, con su febril energia, dispuso la defensa, y poco á poco, los cortesanos, los oficiales y los altos funcionarios se agrupaban á su alrededor.

En medio de ellos veiase á M. de Saint-Priest, ministro de París.

—Id á ver lo que quiere esa gente, caballero, le dijo la reina.

Mr. de Saint-Priest baja, atraviesa el patio y se dirige á la verja.

—Qué quereis? preguntó á las mugeres.

—Pan! pan! pan! contestaron mil voces á un mismo tiempo.

—Pan! repitió el ministro con impaciencia; cuando solo teniais un amo no careciais de pan; ahora que teneis doscientos ya veis á qué estremo os han reducido.

Y Mr. de Saint-Priest se retiró en medio de los gritos de aquellas bocas hambrientas mandando que no abriesen la verja.

Pero entonces se adelanta una diputacion y se hace preciso abrirla.

Maillard se habia presentado á la Asamblea en nombre de las mugeres y obtuvo permiso para que una diputacion de doce mugeres hicieran una representacion al rey.

En el mismo momento en que la diputacion salia de la Asamblea con Mounier á su

cabeza, el rey entraba á todo galope en Versalles por una puerta escusada.

Charny se le habia reunido en los bosques de Meudon.

—Ah! Vos aquí, caballero Charny? le preguntó el rey, me buscais por ventura?

—Sí, señor.

—Pues qué sucede? Parece que habeis venido muy de prisa.

—Señor, diez mil mugeres están á estas horas en Versalles pidiendo pan.

El rey se encogió de hombros mas bien por un sentimiento de compasion que de desprecio.

—Ay! esclamó, si yo tuviera pan, no esperaria á que viniesen á pedirmelo á Versalles.

Y sin hacer ninguna otra observacion, y dirigiendo una dolorosa mirada hácia el sitio por donde se alejaba la caza, que se veia precisado á interrumpir,

—Vamos á Versalles, dijo.

Y se dirigió á Versalles.

Acababa de llegar, como hemos dicho, cuando resonaron grandes gritos en la plaza de Armas.

—Qué es eso? preguntó el rey.

—Señor! esclamó Gilberto entrando, pálido como la muerte; son vuestros guardias

que conducidos por Mr. Jorge de Charny acometen al presidente de la Asamblea nacional y á la diputacion, que vienen hácia nosotros.

—Eso no puede ser! esclamó el rey.

—Escuchad los gritos de las víctimas. Mirad á todo el mundo huir despavorido.

—Que se abran las puertas y que entre la diputacion.

—Pero señor! esclamó la reina.

—Que abran las puertas, dijo Luis XVI. Los palacios de los reyes son un lugar de asilo.

—Ay! murmuró la reina; escepto para los reyes!

X.

La noche del 5 al 6 de octubre.

Charny y Gilberto se precipitaron hácia las puertas.

—En nombre del rey! gritó el uno.

—En nombre de la reina! esclamó el otro.

Y uno y otro:

—Abrid las puertas!

Pero esta órden no fué ejecutada con tanta precipitacion que pudiese impedir que el presidente de la Asamblea nacional fuese derribado en tierra y pisoteado.

A su lado dos de las mugeres de la dipu-

tacion fueron heridas.

Gilberto y Charny se precipitan hácia aquel punto.

Aquellos dos hombres, llegado el uno desde la mas elevada categoría social, y el otro salido de la mas ínfima, se hallan en un mismo medio.

El uno quiere salvar á la reina por amor á la reina; el otro quiere salvar al rey por amor á la monarquía.

Abierta la verja, las mugeres se precipitan en el patio, arrójanse en medio de las filas de los guardias y de los soldados de Flandes, y amenazan, ruegan y acarician.

Qué medios hay para resistir á mugeres que piden á los hombres en nombre de sus madres y de sus hermanas?

—Paso, señores, dejad paso á la diputacion, gritó Gilberto.

Y las filas se abren para dejar pasar á Mounier y á las desgraciadas mugeres que este va á llevar á presencia del rey.

El rey, avisado por Charny, espera á la diputacion en una habitacion próxima á la capilla del palacio.

Mounier es el encargado de hablar en nombre de la Asamblea.

Luisa Chambry, la ramilletera, que tocaba el tambor, es la que deberá hablar en nom-

bre de las mugeres.

Mounier dirige algunas palabras al rey y le presenta la ramillietera.

Esta se adelantó, quiso hablar y solo pudo pronunciar estas palabras:

—Pan, señor!

Y cayó desmayada.

—Socorro! gritó el rey.

Andrea se adelantó y presentó un frasquito al rey.

—Ah, señora! esclamó Charny dirigiéndose á la reina y en tono de reconvencion.

La reina palideció y se retiró á su cuarto.

—Preparad todo lo necesario, dijo; el rey y yo marchamos á Rambouillet.

Entretanto la pobre muchacha desmayada volvió en sí, y viéndose en brazos del rey que la hacia respirar algunas esencias, exhaló un grito de vergüenza y quiso besarle la mano.

Pero el rey la detuvo.

—Hermosa niña, la dijo; dejadme que os dé un abrazo, pues bien merece la pena de que se os dé.

—Oh, señor, señor, puesto que sois tan bueno, dijo la jóven, dad la órden.

—Qué órden? preguntó el rey.

—La de que vengan los trigos para que cese el hambre.

—Hija mia, dijo el rey; yo firmaré la órden que me pedís; pero me temo que os sirva de bien poca cosa.

El rey se sentó delante de una mesa y se puso á escribir, cuando de repente se oyó á lo lejos un tiro, seguido de un nutrido fuego.

—Ah! Dios mio! esclamó el rey, qué sucede? Id á ver, señor Gilberto.

Era que habia tenido lugar una seguuda carga contra otro grupo de mugeres.

El tiro aislado venia de un hombre del pueblo, y habia roto un brazo á Mr. de Savonnieres, teniente de los guardias, en el momento en que este brazo se hallaba levantado para castigar á un jóven soldado que con los suyos y sin armas protegia á una pobre muger que se hallaba de rodillas detrás de él.

A este tiro contestaron los guardias con cinco ó seis, y una muger cayó en tierra muerta levántándose á otra gravemente herida.

El pueblo contestó y dos guardias caen de sus caballos.

En aquel momento los gritos de *paso*, *paso*! se oyen por el lado del arrabal de San Antonio y llegan una porcion de hombres arrastrando tres piezas de artilleria que colocan

frente á la verja.

Afortunadamente la lluvia caia á torrentes y en vano aproximan la mecha, pues la pólvora, empapada de agua, no puede arder.

Entonces una voz desliza por lo bajo estas palabras en los oidos de Gilberto:

—Mr. de Lafayette llega y está á una media legua de aquí.

Gilberto procura en vano conocer al que le dá este aviso; pero venga de quien venga, ello es que el aviso es bueno.

Mira á su alrededor y ve un caballo sin ginete. Era el de uno de los guardias que habia sido muerto.

Gilberto salta sobre él y marcha á todo escape en direccion á París.

El segundo caballo sin ginete quiso seguirle; pero apenas hubo andado veinte pasos por la plaza, cuando fué detenido por la brida. Gilberto cree que le han adivinado la intencion y que tratan de perseguirle. Entonces dirije una mirada atrás sin dejar de alejarse.

Pero nadie piensa en semejante cosa; piensan en comer y se ocupan únicamente en degollar al caballo.

El animal cae al suelo y en un momento fué hecho pedazos.

Entretanto, como á Gilberto, habian tambien ido á decir al rey:

—Mr. de Lafayette llega.

Acababa el rey de firmar á Mounier la aceptacion de los derechos del Hombre.

Habia tambien firmado á Luisa Chambry la órden de que viniesen los granos.

Provistos de este decreto y de esta órden que se creia debian calmar los animos, Maillard, Luisa y un millar de mugeres volvian á tomar el camino de París.

Llegados que fueron á las primeras casas de la ciudad encontraron á Lafayette, que escitado por Gilberto llegaba á pasos de carga conduciendo á la guardia nacional.

—Viva el rey! gritaron Maillard y las mugeres, levantando en alto los decretos.

—Por qué me deciais que S. M. corria peligro? dijo Lafayette admirado.

—Venid, general, venid: respondió Gilberto, escitándole de nuevo á que se apresurase. Juzgareis por vuestros mismos ojos si tengo razon.

Y Lafayette siguió adelante.

La guardia nacional entra en Versalles á tambor batiente.

En aquel momento el rey siente que le tocan suavemente en el brazo.

Se vuelve y se encuentra con Andrea.

—Ah! sois vos, Mme. de Charny? preguntó el rey: Qué hace la reina?

—Señor, la reina os suplica que partais sin esperar á los parisienses. A la cabeza de vuestros guardias y de los soldados del regimiento de Flandes podreis pasar por todas partes.

—Es esa vuestra opinion, Mr. de Charny?

—Sí, señor, si podeis salvar la frontera muy pronto, sino...

—Sino?

—Sino vale mas que os quedeis.

El rey meneó la cabeza.

Luis XVI se quedó, no porque tuviese el valor suficiente para quedarse, sino porque le faltaba para partir.

—Un rey fugitivo! Un rey fugitivo!

En seguida, volviéndose hácia Andrea, continuó:

—Id y decid á la reina que parta sola.

Andrea salió para cumplir la órden.

Cinco minutos despues entró la reina y fué á colocarse al lado de su esposo.

—Qué venis á hacer aquí, señora? preguntó Luis XVI.

—Morir con vos, señor, contestó la reina.

—Ah! murmuró Charny, ahora sí que está encantadora.

La reina se estremeció, pues habia oido estas palabras.

—Yo creo efectivamente que mejor haria en

morir, dijo mirándole.

En aquel momento los tambores de la guardia nacional sonaban bajo las ventanas del palacio.

Gilberto entró apresuradamente.

—Señor, dijo dirigiéndose al rey, V. M. no tiene ya nada que temer, Mr. de Lafayette está ahí.

El rey no era muy afecto á Mr. de Lafayette; pero se contentaba con serle poco afecto.

En cuanto á la reina, la cosa variaba de aspecto; esta le aborrecia lo mas cordialmente posible y no trataba de ocultar su ódio.

De aquí resultó que aquella noticia, que él creia la mejor que pudiera traer, Gilberto no recibió contestacion de ninguna especie.

Pero Gilberto no era hombre capáz de dejarse intimidar por el silencio real.

—Ha oido V. M.? dijo al rey con acento firme. Monsieur de Lafayette está ahí y se pone á las órdenes de V. M.

La reina continuó muda.

El rey hizo un esfuerzo sobre sí mismo.

—Que vayan á decirle que le doy gracias y que le invito á que suba.

Un oficial salió entonces á cumplir la ór-

den del rey.

La reina retrocedió tres pasos.

Pero con un ademan casi imperativo Luis XVI la detuvo.

Los cortesanos se formaron en dos grupos.

Charny y Gilberto permanecieron al lado del rey.

Los demás retrocedieron á imitacion de la reina, y fueron á colocarse detrás de ella.

Oyéronse los pasos de un hombre, y Lafayette se presentó en el umbral de la puerta.

En medio del silencio que produjo su vista, una voz que salió del grupo que rodeaba á la reina, pronunció estas tres palabras:

—Ahí está Cromwell.

Lafayette se sonrió.

—Cromwell, dijo, no se hubiera presentado solo ante Cárlos I.

Luis XVI se volvió hácia aquellos terribles amigos que convertian en enemigo suyo al hombre que habia acudido en su auxilio.

Despues, dirigiéndose á Mr. Charny,

—Conde, le dijo, me quedo. Desde el momento en que ha llegado Mr. de Lafayette, no tengo nada que temer. Decid á las tropas que se retiren á Rambouillet. La guardia nacional ocupará los puntos esteriores y los guardias de corps los de palacio.

En seguida dirigiéndose á Mr. de Lafayette,

—Venid, general, le dijo; tengo que hablar con vos.

Y como Gilberto dió un paso atrás para retirarse,

—No estais de mas aquí, continuó; venid, doctor.

E indicando el camino á Lafayette, y á Gilberto, entró en un cuarto seguido de ambos.

La reina les sigió tambien, y asi que hubo cerrado la puerta,

—Ah! esclamó; hoy era el dia en que debiamos huir. Hoy aun era tiempo, mañana será tal vez demasiado tarde!

Y dichas estas palabras volvió á salir para dirigirse sus habitaciones

Entre tanto una claridad inmensa, parecida á la de un incendio, penetraba por los cristales del palacio.

Era esta producida por una gran hoguera en que se asaban los cuartos del caballo muerto.

La noche fué bastante tranquila. La Asamblea se mantuvo en sesion permanente hasta las tres de la madrugada.

A esta hora y antes que los miembros de ella se separasen envió dos de sus ugieres

que recorrieron todo Versalles, visitaron las cercanías del palacio y dieron vuelta á los jardines.

Todo estaba, ó parecia al menos estar tranquilo.

La reina habia salido á las doce de la noche por la verja de Trianon; pero la guardia nacional la habia impedido el paso.

Esta habia alegado temores diciéndola que estaba mas segura en Versalles que en cualquiera otra parte.

Por lo tanto la reina se retiró á su cuarto, y con efecto, habia logrado tranquilizarse viéndose protegida por sus mas fieles guardias.

A su puerta encontró á Jorge de Charny. Estaba armado y apoyado en la carabina que llevaban los guardias lo mismo que los dragones. Esto era contra el uso ordinario, pues los guardias en el interior de palacio no hacian centinela mas que con sus sables.

La reina se acercó á Charny.

—Ah! aqui estais, baron? le dijo.

—Sí, señora.

—Siempre fiel?

—Pues no estoy en mi puesto?

—Y quién os ha colocado aquí?

—Mi hermano, señora.

—Y dónde está vuestro hermano?

—Al lado del rey.

—Y por qué al lado del rey?

—Porque él es el gefe de la familia, y en calidad de tal, tiene el derecho de morir por el rey que es el gefe del Estado.

—Sí, dijo Maria Antonieta con una especie de amargura; en tanto que vos solo teneis derecho para morir por la reina!

—Será un señalado honor para mí, señora, contestó el jóven inclinándose, si Dios permite que alguna vez cumpla yo con ese deber.

La reina avanzó un paso para retirarse, pero una sospecha se internó en su corazon.

Se detuvo, y volviendo la cabeza,

—Y... la condesa, dijo, dónde está?

—La condesa, señora, entró hace unos diez minutos, y se ha mandado disponer una cama en la antecámara de V. M.

La reina se mordió los lábios.

Bastaba que se tratase de la familia de los Charny, para que no pudiesen nunca caer en falta.

—Gracias, caballero, dijo la reina con un gracioso ademan. Dareis tambien de mi parte las gracias á vuestro hermano.

Y dichas estas palabras entró en su habitacion.

En la antecámara halló á Andrea, no acostada, sino de pie y esperándola respetuosamente.

La reina no pudo menos de tenderla la mano.

—Acabo de dar las gracias á vuestro cuñado Jorge, la dijo, encargándole que las dé tambien en mi nombre á vuestro esposo, y ahora á mi vez os las doy á vos.

Andrea hizo un profundo saludo y se retiró para dejar á la reina que entró en su habitacion.

La reina no la dijo que la siguiera; aquella adhesion en que ella conocia la falta de cariño y que sin embargo se ofrecia siempre respepetuosa á sus ojos, la desagradaba.

Asi, pues, á las tres, como hemos dicho, todo estaba tranquilo.

Gilberto habia salido del palacio con Mr. de Lafayette, que permaneció doce horas á caballo y que empezaba á fatigarse. A la puerta encontró á Billot que habia llegado con la guardia nacional; habia visto marchar á Gilberto y pensó que podria este necesitarle.

La Asamblea, tranquilizada tambien por los ugieres, se habia retirado.

Y se esperaba que esta tranquilidad no se turbaria.

Pero se esperaba mal.

En casi todos los movimientos populares que preparan las grandes revoluciones, hay un tiempo de tregua durante el cual se cree que todo ha concluido y que se puede dormir tranquilo.

Pero es un error.

Detrás de los hombres que imprimen el primer movimiento, hay otros que esperan á que este primer movimiento se haya verificado, ya que fatigados ó satisfechos en uno ó en otro caso, no queriendo ir mas lejos, descansen los que lo han hecho.

Entonces es cuando á su vez, estos hombres desconocidos, misteriosos agentes de las pasiones fatales, se deslizan en las tinieblas, toman el impulso donde le han abandonado sus predecesores y le llevan hasta los estremos límites; dejan aterrados á los mismos que les han abierto el camino y que se han quedado en la mitad de él, creyendo que estaba ya andado y alcanzado el objeto.

Allí hubo una impulsion bien distinta durante aquella noche, dada por dos diferentes cuerpos de tropa que habian llegado á Versalles, uno por la tarde y otro durante la noche.

El primero iba porque tenia hambre y para pedir pan.

El segundo acudia impulsado por el odio y pedir venganza.

Ya sabemos quién conducia el primero; Maillard y Lafayette.

Ahora bien; quién mandaba el segundo? La historia no fija persona ninguna; pero á falta de la historia la tradicion señala á Marat.

Ya le conocemos; le hemos visto durante la fiesta del matrimonio de María Antonieta cortando piernas sobre la plaza de Luis XV. Le hemos visto en la plaza del Hotel-de-Ville impulsando á los ciudadanos hácia la Bastilla.

Por fin, le hemos visto deslizándose durante la noche como uno de esos lobos que rondan al rededor de los rebaños esperando á que el pastor se duerma para empezar su obra sangrienta.

Verriere!

A este le nombraremos por la vez primera. Era un deforme enano, un repugnante jorobado que se movia sobre unas desmesuradas piernas.

A cada tempestad que conmovia el océano de la sociedad, veíase al sangriento gnomo subir con la espuma y agitarse en la superficie: dos ó tres veces en las épocas terribles, se le vió pasar por París sobre un ca-

ballo negro, semejante á una figura del Apocalipsis ó á uno de esos diablos nacidos bajo el lápiz de Callot para tentar á San Antonio.

Cierto dia, en un club y subido sobre una mesa atacó, amenazó y acusó á Danton. Era esto en la época en que empezaba á vacilar la popularidad del hombre del 2 de setiembre. Ante aquel emponzoñado ataque. Danton conoció que estaba perdido, perdido como el leon que ve á dos dedos de su rostro la horrible cabeza de la serpiente.

Miró á su alrededor para buscar un arma ó un apoyo, y vió casualmente á otro jorobado. Entonces le cogió en brazos y le subió en otra mesa frente á su contrario.

—Amigo mio, le dijo; responded á ese caballero; os cedo la palabra.

Todo el mundo se echó á reir y Danton se salvó.

Por esta vez al menos.

Eran, pues, los gefes, como la tradicion ha dicho, Marat, Verriere y además el duque de Aiguillon.

El duque de Aiguillon; es decir, uno de los enemigos natos de la reina.

El duque de Aiguillon disfrazado de muger.

Y quién ha dicho esto? Todo el mundo.

El abate Delille y el abate Maury, esos dos

curas que se asemejan tan poco.

Al primero de ellos se atribuye este famoso verso:

En homme, c 'est un lache, en femme un assassin.

«Siendo hombre es un cobarde; muger, un asesino.»

Respecto á Maury, este pensaba de distinto modo.

Quince dias despues de los acontecimientos que vamos refiriendo, el duque de Aiguillon le encontró y quiso reunirse á él.

—Sigue tu camino, puerco, dijo el abate Maury.

Y se alejó magestuosamente del duque.

Ahora bien, se dice que estos tres hombres llegaron á Versalles á eso de las cuatro de la madrugada.

Y que conducian este segundo cuerpo de que hemos hablado.

Este cuerpo se componia de los que se presentan detrás de aquellos que combaten para vencer.

Llegaba para entregarse al saqueo y al asesinato.

En la Bastilla habian tenido lugar de asesinar algo, pero no habian saqueado nada.

Y Versalles ofrecia un magnífico desquite.

A eso de las cinco y media de la maña-

na el palacio se estremeció en medio de su sueño.

Habia sonado un tiro en el patio de mármol.

Quinientos ó seiscientos hombres se agolparon á la verja y la habian escalado y forzado.

Entonces fué cuando el tiro del centinela dió la señal de alarma.

Uno de los sitiadores cayó muerto. Su sangriento cadáver quedó tendido sobre el suelo.

Esta bala cruzó el grupo de asesinos que divisaban ya unos las alhajas del palacio, otros tal vez la corona del rey.

Separado como bajo el golpe de un hacha, el grupo se divide en dos.

Una parte de él se dirige á la habitacion de la reina, el otro sube á la capilla, es decir, á los cuartos del rey.

Sigamos al peloton que se dirige á la habitacion del rey.

La guardia de este se componia únicamente en aquel momento del centinela que se hallaba á la puerta y de un oficial que salió precipitadamente de la antecámara armado con una alabarda que pudo arrebatar al portero.

—Quién vive? gritó el centinela: quién

vive?

Y como no le dieran contestacion,

—Quién vive? gritó por tercera vez.

Y al mismo tiempo se echó el fusil á la cara.

El oficial conoce lo que va á resultar de un tiro en las habitaciones, levanta el fusil del centinela, se precipita delante de los sitiadores y cierra el paso de la escalera con la alabarda.

—Señores! señores, dice, qué buscais aquí?

—Nada, nada, contestaron muchas voces con acento burlon. Dejadnos pasar, somos amigos de S. M.

—Amigos de S. M.! y vais de ese modo?

Esta vez la única respuesta fué una risa siniestra y nada mas.

Un hombre se agarra á la alabarda, el oficial se resiste y el hombre le muerde la mano.

El oficial arranca el arma de las manos de su adversario y con ella le parte el cráneo.

Pero á la violencia del golpe el arma se rompe en dos pedazos.

El oficial tiene entonces dos armas, un puñal y un palo. Hace el molinete con este y en tanto hiere con el otro.

Entretanto el centinela, pide auxilio y

acuden cinco ó seis guardias.

—Señores, gritó el centinela, acudid en auxilio de Mr. de Charny!

Salen los sables de sus vainas, brota la sangre por todas partes y la turba retrocede.

Vuelve á abrirse la puerta de la antecámara y el centinela grita:

—Entrad, señores, el rey lo manda.

Los guardias se aprovechan del momento de confusion que reina en aquella turba, y entran seguidos de Charny, cerrándose tras él la puerta con los cerrojos.

Entonces resonaron furibundos golpes sobre aquella puerta: tras de ella colocan las mesas, las banquetas, los taburetes, y así podrá sostener diez minutos.

Diez minutos! durante este tiempo puede llegar un refuerzo.

Veamos ahora lo que sucede en las habitaciones de la reina.

El segundo grupo se dirige allí; pero la escalera es estrecha y apenas pueden pasar dos personas de frente por el corredor.

Allí está Jorge de Charny.

Al tercer quien vive, hace fuego.

Al oir esta detonacion ábrese la puerta de las habitaciones.

Andrea asoma á ella su rostro pálido pero tranquilo.

—Qué sucede? pregunta.

—Señora! esclama Jorge, salvad á S. M., pues atentan contra su vida. Estoy solo contra mas de mil; pero no importa, me sostendré todo el tiempo posible. Dáos prisa!

En seguida, y viendo que los sitiadores se precipitan sobre él, cierra la puerta gritando:

—Echad el cerrojo! yo viviré aun bastante tiempo para que la reina pueda levantarse y huir.

Y volviéndose en el mismo instante hácia los que le atacaban, atraviesa con la bayoneta el pecho de dos de sus adversarios.

La reina, que todo lo habia oido, se hallaba ya de pie; dos de sus doncellas, Mme. Hogué y Mme. Thibault la visten apresuradamente.

Y á medio vestir, las doncellas la conducen á la habitacion del rey por un corredor, mientras que, siempre tranquila y como indiferente á su propio peligro, Andrea cierra uno despues de otro todos los cerrojos de las puertas que deja detrás, siguiendo á Maria Antonieta.

XI.

La mañana.

Un hombre esperaba á la reina en el espacio que mediaba entre las dos régias habitaciones.

Este hombre era Charny que estaba cubierto de sangre.

—¿Y el rey? esclamó Maria Antonieta al divisarle. El rey! caballero; me habeis prometido salvar al rey!

—El rey se ha salvado, señora, contestó Charny.

Y dirigiendo sus miradas á través de las puertas que la reina habia dejado abiertas

para llegar al cuarto en que se hallaban reunidos en aquel momento, la reina, Mme. Royale, el delfin y algunos guardias, se disponia á preguntar por Andrea cuando se encontró con las miradas de la reina.

La vista de la reina penetraba profundamente en el corazon de Charny.

Y el conde no tuvo necesidad de hablar, pues Maria Antonieta adivinó su pensamiento.

—Ya viene, dijo, no os alarmeis.

Y en seguida corrió hácia donde se hallaba el delfin á quien tomó en sus brazos.

Con efecto, Andrea cerraba la última puerta, y entraba á su vez en la sala del ojo de Buey.

Andrea y Charny no cambiaron ni una sola palabra.

La sonrisa del uno respondió á la del otro y nada mas.

¡Cosa singular! aquellos dos corazones, separados por tanto tiempo, empezaban á sentir palpitaciones que se hallaban en consonancia.

Entretanto la reina dirigió una mirada á su alrededor, y como se alegrase de haber cogido en falta á Charny,

—¿Y el rey? preguntó, ¿y el rey?

—Os está buscando, señora, y se ha dirijido hácia vuestra habitacion por un corredor, mientras que os veníais por el otro.

En el mismo momento se oyeron grandes gritos en la próxima habitacion.

Este ruido provenia de los asesinos que gritaban:

—Muera la Austriaca! ¡Muera la Mesalina! ¡muera la Veto! ¡ahorquémosla!

Y dos balas atravesaron la puerta á diferente altura.

Una de estas balas pasó á pocas líneas de la cabeza del delfin y fué á hundirse en el friso de la habitacion.

—¡Oh Dios mio! esclamó la reina cayendo de rodillas, todos vamos á perecer.

Los cinco ó seis guardias, á una señal de Charny, formaron una muralla con sus cuerpos á la reina y á sus hijos.

En aquel momento apareció el rey con los ojos inundados de lágrimas y el rostro pálido, preguntando á su vez por la reina.

En cuanto la vió se arrojó á sus brazos.

—¡Vive! ¡vive! esclamó Maria Antonieta.

—Gracias á él, señora, respondió el rey señalando á Charny; y vos, señora, tambien os habeis salvado!

—Gracias á su hermano, respondió la reina.

—Caballero, dijo Luis XVI al conde, debemos mucho á vuestra familia; demasiado para que podamos pagároslo debidamente.

La reina se encontró con la mirada de Andrea y volvió á su habitacion ruborizándose.

Pero los golpes de los sitiadores volvian á resonar en la puerta.

—Vamos, señores, dijo Charny; es preciso sostenerse al menos una hora; siempre pasará una hora antes de que nos maten, si nos defendemos bien. De aqui á una hora no puede menos de venir algun socorro.

Y diciendo estas palabras, Charny se apoderó de un gran escudo de armas que estaba en un ángulo de la régia habitacion.

Todos siguieron su ejemplo, y en un momento amontonaron contra la puerta cuantos muebles habia en la sala.

La reina tomó en sus brazos á sus dos hijos y se puso en oracion.

Los niños ahogaron en su pecho sus suspiros y sus lágrimas.

El rey volvió á entrar en el gabinete lindante con la sala del ojo de Buey, con el objeto de quemar algunos papeles que queria salvar de las manos de los sitiadores.

Estos seguian atacando las puertas con el mayor encarnizamiento. Veíanse saltar una

tras otra las astillas, ya bajo el golpe de una hacha, ya al impulso de una barra.

Por las hendiduras practicadas, las asquerosas picas y las ensangrentadas bayonetas procuraban introducir la muerte en aquella estancia.

Al mismo tiempo las balas se introducian en la dorada techumbre.

Por fin, cayó una banqueta de lo alto del escudo de armas, desapareció un cuarteron de la puerta, y en vez de las picas y las bayonetas vieron pasar por aquella abertura brazos ensangrentados y amenazadores.

Los guardias habian ya quemado hasta el último cartucho y no inútilmente, pues á través de aquella abertura que iba ensanchándose espantosamente, se podia ver el pavimento de la galería sembrado de heridos y de cadáveres.

A los gritos de las mugeres que creian ya ver entrar la muerte por aquella abertura, el rey volvió.

—Señor, dijo Charny, encerráos con la reina en el cuarto mas retirado; cerrad todas las puertas, colocad dos de nosotros detrás de ellas y yo pido ser el que guarde la última. Yo respondo de que aun podremos ganar dos horas; han tardado mas de cuarenta minutos en forzar esta.

El rey vacilaba; pareciale humillante el huir de aquella manera de habitacion en habitacion, y murallarse de este modo detrás de aquel tabique.

Sino hubiera estado con él la reina, no hubiera retrocedido un solo paso.

Si la reina no hubiera tenido á sus hijos se hubiera quedado allí con el rey.

Pero ay! pobres criaturas humanas! Reyes y súbditos tenemos todos en el corazon un camino secreto por el que se escapa el atrevimiento y penetra el terror.

El rey iba por lo tanto á dar órden para retirarse á la mas lejana habitacion, cuando de repente los brazos se retiraron, las picas y las bayonetas desaparecieron, y dejaron de oirse los gritos y las amenazas.

Hubo un momento de silencio, durante el cual todos permanecieron inmóviles, con el oido atento y conteniendo la respiracion.

Despues se oyó el acompasado paso de una tropa regularizada.

—Es la guardia nacional! gritó Charny.

—Mr. de Charny! Mr. de Charny! gritó una voz en la parte de afuera.

Y al mismo tiempo el conocido rostro de Billot se presentó en la abertura de la puerta.

—Billot, esclamó Charny; sois vos, amigo mio?

—Sí, yo soy; y el rey y la reina, dónde están?

—Están aquí.

—Sanos y salvos?

—Sanos y salvos.

—Alabado sea Dios! señor Gilberto! señor Gilberto, por aquí!

Al oir el nombre de Gilberto, el corazon de dos mugeres se estremeció de muy diferente modo.

El de la reina y el de Andrea.

Charny se volvió instintivamente y vió á la reina y á Andrea palidecer al escuchar aquel nombre.

Movió tristemente la cabeza y exhaló un suspiro.

—Abrid las puertas, señores, dijo el rey.

Los guardias de corps se precipitaron separando los restos de la barricada.

Durante este tiempo se oyó la voz de Lafayette que gritaba:

—Señores de la guardia nacional de París, yo he dado ayer mi palabra de honor de que no se haria daño ninguno á nada de cuanto pertenece al rey. Si dejais que asesinen á sus guardias, me hareis faltar á mi palabra y dejaré de ser digno de llamarme vuestro gefe.

Cuando se abrió la puerta, las dos personas que aparecieron en ella fueron el general

Lafayette y Gilberto; á su izquierda y en segundo término, veíase á Billot muy contento por la parte que habia tomado en la salvacion del rey.

Billot era quien habia ido á despertar á Lafayette.

Detrás de Lafayette, de Gilberto y de Billot, veíase al capitan Gondrau mandando la compañía del centro de Saint-Philipe-du-Roule.

Mme. Adelaida fué la primera que se lanzó al encuentro de Lafayette arrojándole los brazos al cuello llena de reconocimiento y de terror.

—Ah! caballero! vos sois nuestro salvador!

Lafayette se adelantó respetuosamente para entrar en la habitacion; pero un oficial le detuvo.

—Perdonad, caballero; pero decidme antes si teneis derecho para entrar.

—Si no le tiene, dijo el rey tendiendo su mano al general, yo se lo doy.

—¡Viva el rey! ¡Viva la reina! esclamó Billot.

El rey se volvió.

—Yo conozco esa voz, dijo el rey sonriendo.

—Sois muy bueno, señor, respondió el honrado arrendatario. Sí, es la misma voz

que oísteis en el viaje de Paris. ¡Ah! si os hubiéseis quedado allí en vez de venir á Versalles!

La reina frunció la cejas.

—Sí, dijo, los parisienses son muy buena gente.

—Y bien, caballero, preguntó el rey á Mr. de Lafayette en un tono que queria decir: ¿Qué creeis que debemos hacer?

—Señor, contestó respetuosamente Lafayette, creo que seria muy conveniente que V. M. se asomara al balcon.

El rey interrogó á Gilberto con una mirada.

En seguida se dirigió al balcon sin vacilar, abrió las vidrieras y se presentó en él.

Un grito inmenso, un grito universal resonó en la parte de afuera.

—¡Viva el rey!

Despues se oyó otro grito:

—¡Que vaya el rey á Paris!

Luego, entre estos gritos y cubriéndolos muchas veces, varias voces terribles gritaban:

—¡La reina, la reina!

Todo el mundo se estremeció, palideció el rey, palidecio Charny, el mismo Gilberto se inmutó.

La reina levantó la cabeza.

Ella, tambien pálida, con los lábios contraidos, y fruncidas las cejas, se habia colocado junto al balcon al lado de Mme. Royale. delante de la reina estaba el delfin, y sobre la blonda cabellera del niño, su crispada mano parecia una mano de mármol.

—¡La reina! continuaron gritando aquellas voces formidables.

—El pueblo desea veros, señora, dijo Lafayette.

—Oh! ¡no salgais, madre mia! dijo Mad. Royale arrojándose al cuello de Maria Antonieta.

La reina dirijió una mirada á Lafayette.

—No temais, señora, dijo este.

—¿Yo sola? preguntó la reina.

Lafayette dejó escapar una sonrisa, y con el mayor respeto, con esas distinguidas y galantes maneras que no le abandonaron ni aun en su vejez, separó á los dos niños del lado de su madre y los llevó al balcon.

En seguida ofreciendo su mano á la reina.

—Dígnese S. M. fiarse en mí, dijo: yo respondo de todo.

Y condujo la reina al balcon.

Al ver á María Antonieta, un grito indefinible se elevó de entre aquella multitud, no pudiendo adivinarse si era de amenaza ó de

alegría.

Lafayette besó la mano de la reina y entonces resonaron estrepitosos aplausos por todas partes.

La noble y galante nacion fracesa en ningun caso deja de rendir homenaje á la galantería.

La reina respiró mas libremente.

—¡Pueblo singular! murmuró.

En seguida, y sin poder contener un estremecimiento,

—¿Y mis guardias? preguntó: ¿y mis guardias, que me han salvado la vida? ¿nada podeis hacer en su favor?

Dejadme uno de vuestros guardias, señora, dijo Lafayette.

—¡Mr. de Charny! ¡Mr. de Charny! gritó la reina.

Pero Charny dió un paso atrás; habia comprendido lo que iba á hacer.

No creyéndose culpable, creia que no necesitaba de amnistía.

Andrea por su parte, participaba de su opinion y habia alargado su mano hácia Charny para detenerle.

Su mano se encontró con la del conde, y aquellas dos manos se estrecharon mútuamente.

La reina lo vió: la reina, que en aquel

momento tenia tantas otras cosas que ver!

Sus ojos despidieron llamas; y con la voz alterada por la cólera,

—Caballero, dijo dirijiéndose á otro guardia; venid, yo os lo mando.

El guardia obedeció.

Este no tenia los mismos antecedentes que Charny.

Mr. de Lafayette conduce al guardia al balcon, coloca en el sombrero de este su misma escarapela tricolor, y le dá un abrazo.

—¡Viva Lafayettel ¡vivan los guardias! gritaron cincuenta mil locos á un mismo tiempo.

Algunas voces intentaron hacer oir ese ruido sordo, última amenaza de la tempestad que se aleja.

Pero estas voces quedaron oscurecidas por las universales aclamaciones.

—Vamos, dijo Lafayette; todo está ya concluido, y hé aquí que vuelve á buen tiempo.

Despues, al entrar prosiguió:

—Pero para que no se vuelva á encapotar, es preciso hacer un último sacrificio!

—Sí, dijo el rey pensativo, abandonar á Versalles.

—Venir á Paris, sí, señor.

—Podeis anunciar al pueblo que á la una

marcharé á Paris con la reina y con mis hijos.

Y en seguida, dirijiéndose á la reina,

—Señora, dijo, tened á bien pasar á vuestras habitaciones para prepararos á marchar.

Esta órden del rey pareció recordar á Charny algun importante acontecimiento que él habia olvidado.

Y se lanzó precipitadamente antes que la reina.

—¿Qué vais á hacer en mis habitaciones? caballero, dijo la reina con aspereza; no creo tengais necesidad de ir á ellas.

—Os ruego me concedais permiso para ello, señora, dijo Charny, y estad segura de que si realmente no hace falta allí mi presencia, no puede incomodar á V. M.

La reina le siguió. Manchas de sangre cubrian el pavimento por todas partes, y Maria Antonieta cerró los ojos para no contemplar este espectáculo. Pero como tenia los ojos cerrados, tuvo que buscar un brazo que le sirviese de guia, y este brazo fué el de Charny.

Asi caminaron hasta que la reina sintió un estremecimiento en aquel brazo.

—¿Qué hay, caballero? preguntó la reina abriendo los ojos.

En seguida prosiguió horrorizada:

—¡Un cadáver! ¡un cadáver!

—V. M. perdonará que la deje; pues he encontrado ya lo que venia á buscar aquí; el cadáver de mi hermano Jorge.

Era en efecto el del desventurado jóven á quien su hermano habia mandado dejarse matar por la reina.

Jorge habia cumplido fielmente la órden.

XII.

Jorge de Charny.

La narracion de los sucesos que acabamos de enumerar ha sido ya hecha de cien maneras distintas, pues es seguramente una de las mas interesantes de ese gran periodo que ocupó desde el año 1789 al 1795 y que han llamado revolucion francesa.

Aun se volverá á contar de otras cien maneras; pero aseguramos de nuevo que nadie lo podrá hacer con mas imparcialidad que nosotros.

Pero despues de tantas narraciones, inclusa la nuestra, quedará aun mucho que ha-

cer, pues la historia nunca puede completarse enteramente. Cien mil testigos oculares presentan las cosas de una manera diferente cada uno; cien mil detalles diferentes presentan cada uno de por sí segun su interés y su poesía peculiar, por lo mismo que son diferentes.

¿Pero de qué servirán todas esas descripciones históricas, por verídicas que sean? ¿Ha habido nunca por ventura una leccion política que aproveche á los hombres políticos?

Jamás las lágrimas y las sangrientas tradicciones han tenido el poder de la gota de agua que socava las piedras.

No, las reinas han llorado, los reyes han sido degollados, y esto sin que sus sucesores hayan nunca sacado provecho de las lecciones dadas por la fortuna.

Los hombres fieles y adictos han prodigado sus sacrificios sin que hayan aprovechado á las personas á quienes la fatalidad habia destinado á la desgracia.

Ay! nosotros hemos visto á la reina tropezar casi con el cadáver de uno de esos hombres que los reyes que desaparecen dejan en el sangriento camino que se han visto precisados á seguir en su caida.

Algunas horas despues del grito de horror que la reina no pudo contener, y en el mo-

mento en que con el rey y con sus hijos salia de Versalles donde no debia volver á penetrar, pasaban en un pequeño patio interior, humedecido por las lluvias que el aire caliente del otoño empezaba á secar, los sucesos que vamos á repetir.

Un hombre vestido de negro se hallaba inclinado ante un cadáver.

Otro hombre que llevaba el uniforme de los guardias, se hallaba arrodillado al lado opuesto.

A tres pasos de ellos se mantenia de pie con las manos crispadas y los ojos fijos, otro ercer personage.

El muerto era un jóven de unos veinte y tres años, cuya sangre parecia haberse escapado completamente por anchas y profundas heridas en el pecho y en la cabeza.

Su pecho, surcado de rastros sangrientos, presentaba un color blanco lívido y parecia aun levantarse bajo la respiracion convulsiva y desdeñosa de una defensa sin esperanza.

Su boca entreabierta, su cabeza echada hácia atrás con una indefinible espresion de dolor y de cólera, traia á la imaginacion la bella imágen del pueblo romano.

«Y la vida se escapó en un prolongado

gemido á la mansion de las sombras.»

El hombre vestido de negro era Gilberto.

El oficial que se hallaba de rodillas era el conde.

El que se hallaba de pie era Billot.

El cadáver era el del baron Jorge de Charny.

Gilberto, inclinado ante el cadáver, le miraba con esa sublime tenacidad que detiene en el moribundo el alma próxima á escaparse y que en el muerto evoca aun una última despedida del alma que acaba de huir.

—Frio, rígido; está muerto; completamente muerto, dijo al cabo de un rato.

El conde de Charny exhaló un ronco gemido y estrechando en sus brazos aquel cuerpo insensible, prorrumpió en sollozos tan dolorosos, que el médico se estremeció y Billot ocultó su rostro cubierto de lágrimas.

Despues el conde levantó el cádaver del suelo, le apoyó contra la pared y se retiró lentamente, volviendo á cada momento la cabeza para ver si su hermano le seguia.

Gilberto permaneció con una rodilla en tierra, con la cabeza apoyada en una de sus manos, pensativo, horrorizado, inmóvil.

Billot se acercó á Gilberto; ya no oia los sollozos del conde que le habian destrozado el alma.

—Ay, señor Gilberto; hé aqui á lo que se reduce la guerra civil, y esto es lo que me habiais predicho de antemano: solamente que los hechos se suceden con mas rapidéz de lo que yo creia y de lo que vos mismo creíais. Yo he visto á estos malvados asesinar á gentes que lo merecian. Ahora los malvados asesinan á personas honradas y buenas. He visto el asesinato de Fresselles, el de Mr. de Launay, el de Foulon, el de Berthier, y me he horrorizado.

Y sin embargo, todos esos hombres eran unos miserables.

Entonces me pronosticásteis que mas adelante veria asesinar á los hombres honrados.

Han muerto al baron de Charny; ya no me horrorizo, sino que lloro; no me horrorizo por los demás, sino que me horrorizo de mí mismo.

—¡Billot! esclamó Gilberto.

Pero sin escucharle, Billot coutinuó:

—Ahí teneis un noble y valiente jóven que han asesinado, señor Gilberto; era un soldado y ha combatido; él no asesinaba.

Billot ecshaló un suspiro que parecia salir de lo mas íntimo de su corazon.

—¡Ah! á ese desgraciado, continuó, le conocí siendo él muy niño; le veia pasar mu-

chas veces por el camino de Boursonne á Villers-Cotterets sobre una jaquita torda y llevando pan á los pobres de parte de su madre.

Era un bello niño, de blancas y sonrosadas mejillas; con hermosos y rasgados ojos azules y con la sonrisa en los lábios.

Pues bien, es cosa muy singular: aunque le he visto ahí sangriento, desfigurado, no es un cadáver lo que veo, sino al niño siempre risueño que lleva una cesta en su brazo izquierdo y un bolsillo en su mano derecha.

¡Ah, señor Gilberto! creo que ya basta con esto y no tengo deseos de ver mas, pues me lo habeis predicho; llegará un momento en que tendré que veros morir tambien, y entonces...

Gilberto movió tristemente la cabeza.

—Billot, dijo: tranquilizate, mi hora no ha llegado aun.

—Sea en buen hora; pero la mia si ha llegado, doctor; yo tengo mieses que se habrán perdido, tierras que están pidiendo cultivo, una familia á quien amo y que amo mucho mas desde que he visto ese cadáver que tanto dolor causa á su familia.

—¿Qué quereis decir, mi querido Billot? ¿Suponeis acaso que voy yo á haceros recla-

maciones sobre mis tierras?

—¡Oh! no, repuso sencillamente Billot; pero como sufro, me quejo, y como las quejas de nada sirven, trato de consolarme á mi modo.

—Es decir que...

—Que deseo ardientemente volver á mis tierras, señor Gilberto.

—¿Todavia piensas en eso?

—Ah, señor Gilberto! oigo una voz interior que me llama alli.

—Tened cuidado, Billot, no sea que esa voz os llame á la desercion.

—Yo no soy un soldado para desertar, señor Gilberto.

—Lo que intentais hacer es una desercion mas culpable que la del soldado.

—Esplicadme eso, señor doctor.

—Pues qué ¿habeis venido á demoler á Paris, y os marchareis á la caida del edificio?

—Para no envolver en sus ruinas á mis amigos.

—O tal vez para no ser aplastado vos mismo bajo los escombros.

—Oh! oh! A nadie le está prohibido pensar algun tanto en su conservacion.

—Ah! magnífico cálculo! como si las piedras no rodasen; como si en su impulso no

alcanzasen al cobarde que huye.

—Bien sabeis que yo no soy un cobarde, señor Gilberto.

—Pues si no lo sois, os quedareis; pues tengo aun necesidad de vuestra ayuda.

—Tambien mi familia necesita de mí.

—Billot, Billot, yo tenia entendido que habiais convenido conmigo en que el hombre que ama á su patria no tiene familia.

—Desearia saber si diríais esas palabras si vuestro hijo ocupase el puesto de ese pobre jóven.

Y diciendo esto señalaba con su mano el cadáver del baron.

—Billot, respondió estóicamente Gilberto; llegará un dia en que mi hijo Sebastian me verá lo mismo que miro yo ese cadáver.

—Tanto peor para él si en ese dia tiene el corazon tan helado como el vuestro.

—Espero que valdrá mas que yo, Billot, y que será mas firme aun, precisamente porque yo le he dado el ejemplo de la firmeza.

—Segun eso, vos quereis que el niño se acostumbre á ver correr la sangre; que desde su tierna edad se familiarice con los incendios y las horcas, con los motines y los ataques nocturnos; que vea insultar á las reinas, amenazar á los reyes, y que cuando sea duro como la hoja de una espada, y frio como ella,

os ame y os respete.

—No, yo no deseo que vea nada de eso, Billot; y esa es precisamente la razon que me ha impulsado a enviarle á Villers-Cotterets, de lo que casi me arrepiento ahora.

—¿Os arrepentis ahora de ello?

—Sí.

—¿Y por qué?

—Porque hoy hubiera visto poner en práctica el acsioma del leon y el raton, que para él es solamente una fábula.

—¿Qué quereis decir, señor Gilberto?

—Digo que hubiera visto un pobre arrendatario á quien la casualidad habia conducido á París, á un valiente y honrado campesino que no sabe leer ni escribir, que jamás hubiese creido que su vida pudiese tener una influencia buena ó mala en los altos destinos que apenas se atrevia á medir con su vista, digo que hubiera visto á ese hombre que antes quiso abandonar á Paris como lo quiere en este momento; digo que hubiera visto á este hombre contribuir de una manera increible á la salvacion de un rey, de una reina y de sus hijos.

Billot contemplaba á Gilberto lleno de asombro.

—¿Y cómo ha sido eso? dijo.

—¿Cómo, sublime ignorante? voy á decirte-

lo: dispertándote al primer ruido, adivinando que ese ruido era una tempestad inminente que iba á estallar sobre Versalles, y corriendo á dispertar á Mr. de Lafayette, pues Mr. de Lafayette dormia.

—Oh! eso es muy natural! hacia doce horas que no se habia apeado del caballo, y veinte y cuatro que no habia dormido.

—Conduciéndole al palacio, continuó Gilberto, y arrojándose en medio de los asesinos gritando: ¡Atrás miserables! aqui llega el vengador.

—Oh! pues es cierto! dijo Billot; seguramente yo he sido quien ha hecho todo eso!

—Pues bien, Billot: ya ves que en ello hay una gran compensacion, amigo mio; si no has podido impedir que ese pobre jóven haya muerto asesinado, tal vez has evitado que asesinen al rey, á la reina y á sus dos hijos. Ingrato! pedir una licencia para abandonar el servicio de la patria, en el momento en que la patria te dá una recompensa.

—¿Pero quién puede llegar á saber todo eso que he hecho cuando yo mismo no lo sabia?

—¿Quién? Tú y yo, Billot, ¿y no es bastante?

Billot reflecsionó un momento; despues alargando al doctor su áspera y callosa

mano,

—Es verdad, dijo, teneis razon; pero ya conoceis que el hombre es una debil criatura, egoista, inconstante; solo vos, señor Gilberto, sois fuerte, incansable y generoso. ¿Quien os ha hecho así?

—¡La desgracia! dijo Gilberto con una sonrisa en la que habia mas tristeza y amargura que en el mas sentido sollozo.

—¡Es cosa singular! esclamó Billot; yo creia qus la desgracia volvia malos á los hombres.

—A los débiles, sí.

—Y si yo fuera desgraciado, ¿seria malo?

—Tal vez llegues á ser desgraciado; pero nunca perverso.

—¿Estais seguro de ello?

—Respondo de tí.

—Entonces... dijo Billot suspirando.

—Entonces... repitió Gilberto.

—Entonces... me quedo; aunque conozco que mas de una vez volveré á ser débil.

—Pero siempre estaré yo á tu lado para alentarte en semejantes circunstancias.

—¡Amen! esclamó Billot suspirando.

En seguida dirigiendo una postrer mirada al cadáver del baron de Charny á quien los criados se disponian á conducir,

—Es el mismo, dijo; el hermoso niño, el

pobre Jorge de Charny sobre su jaquilla torda con una cesta en el brazo izquierdo y un bolsillo en su mano derecha.

XIII.

Viage y llegada de Pitou y de Sebastian Gilberto.

Ya hemos visto en qué circunstancias habia sido resuelta la marcha de Pitou y de Sebastian Gilberto.

Siendo nuestra intencion abandonar momentáneamente á los principales personages de nuestra historia para seguir á los dos jóvenes viajeros, esperamos que nuestros lectores nos permitirán entrar en algunos detalles relativos á su marcha; al camino que deben seguir y á su llegada á Villers-Cotterets, en

donde Pitou no dudaba que su salida habia dejado un gran vacio.

Gilberto encargó á Pitou que fuese á buscar á Sebastian y que lo condujese á su presencia.

Para esto le hizo subir en un carruage de alquiler, y del mismo modo que habian confiado á Sebastian á Pitou, recomendaron este al cochero.

Al cabo de una hora el carruage volvió conduciendo á ambos amigos de la infancia. Gilberto y Billot los esperaban en una habitacion que habian alquilado en la calle de Saint-Honoré, un poco mas arriba de la Asuncion.

Gilberto enteró á su hijo de que debia partir aquella misma tarde con Pitou, y le preguntó si se alegraba de volver á ver aquellos hermosos bosques que tanto le habian agradado.

—Sí, padre mio, contestó el niño; con tal de que vos vayais á verme á Villers-Cotterets, ó de que venga yo á veros á París.

—No tengas cuidado, hijo mio, dijo Gilberto besando la frente de su hijo. Ya sabes que no podria pasarme sin verte.

En cuanto á Pitou, se estremecia de gozo pensando en que iba á marchar aquella misma tarde.

Palideció de alegria cuando Gilberto le puso en una mano las dos de Sebastian, y en la otra una docena de luises de cuarenta y ocho libras cada uno.

Una interminable série de recomendaciones higiénicas en su mayor parte y hechas por el doctor, fue escuchada religiosa y atentamente por los dos jóvenes.

Sebastian bajaba sus hermosos ojos llenos de lágrimas.

Pitou tomaba á peso y hacia resonar en su bolsillo los luises.

Gilberto entregó una carta á Pitou, á quien invistió de las funciones de ayo.

Esta carta iba dirigida al cura Fortier.

Terminado el discurso de Gilberto, Billot tomó á su vez la palabra.

—Mr. Gilberto, dijo, te ha confiado la parte moral de Sebastian, yo te confio la parte fisica. Tú tienes escelentes puños, y en caso preciso es menester que te sirvas de ellos.

—Si, dijo Pitou, y tengo tambien un sable.

—No abuses de tu fuerza ni de tus armas, dijo Billot.

—Seré Clemente, *clemens ero*.

—*Héroe* si quieres, repuso Billot, que no entendia latin.

—Ahora, dijo Gilberto, me direis cómo pensais viajar Sebastian y tú.

—Oh! esclamó Pitou; desde Paris á Villers-Cotterets no hay mas que diez y ocho leguas. Sebastian y yo haremos el camino hablando.

Sebastian miró un momento á Gilberto como para preguntarle si Pitou seria persona con quien se podria hablar durante diez y ocho leguas.

Pitou sorprendió esta mirada.

—Hablaremos, dijo, en latin, y nos tendrán por unos sábios.

Este era su sueño: pobre criatura!

Cuántos otros con aquellos doce luises hubieran dicho:

—Nos regalaremos bien!

Gilberto vaciló un momento.

Miró á Pitou y despues á Billot.

—Ya comprendo, dijo este último. Dudais de que Pitou sea un guia seguro y vacilais en confiarle vuestro hijo.

—Oh! esclamó Gilberto; no es á él á quien le confio.

—Pues á quién?

Gilberto levantó la vista; era aun demasiado volteriano para atreverse á responder:

—A Dios!

Y todo quedó dispuesto. Resolvióse por lo

tanto no cambiar en nada el plan de Pitou que prometia sin demasiada fatiga, un viaje lleno de distracciones para el jóven Sebastian, y quedó definitivamente arreglado que se pondrian en camino á la mañana siguiente.

Gilberto hubiera podido enviar á su hijo á Villers-Cotterets en uno de los carruages públicos que desde aquella época hacian el servicio desde Paris á la frontera ó en su propio carruage; pero sabido es cuánto temia el aislamiento del espíritu para el jóven Sebastian, y nada aisla tanto el pensamiento como el ruido de un carruage.

Asi es que se contentó con llevar á ambos jóvenes hasta Bourget y allí indicándoles el camino bañado por un hermoso sol, y bordeado de una doble fila de árboles, los estrechó en sus brazos diciéndoles:

—Marchad!

Pitou marchó, pues, acompañado de Sebastian, que volvió repetidas veces la cabeza para enviar sus últimos besos á Gilberto que permanecia inmóvil y con los brazos cruzados en el sitio en que se habia separado de su hijo, siguiéndole con la vista.

Pitou se erguia todo lo que le permitia su elevada estatura; Pitou se llenaba de orgullo al pensar en la confianza que habia deposi-

tado en él un personage de la importancia de Mr. Gilberto, médico de cámara.

Pitou se disponia á cumplir escrupulosamente con la obligacion que se habia impuesto y que participaba algo de las funciones de un ayo y de una aya.

Pero Pitou tenia una gran confianza en sí mismo, y viajaba con la mayor tranquilidad, cruzando por medio de las poblaciones agitadas aterradas por los últimos acontecimientos de París.

Ademas Pitou habia conservado por gorra su casco y por arma su gran sable. Esto era lo único que habia ganado en las jornadas del 13 y 14 de julio; pero este doble trofeo satisfacia su ambicion, dándole un aspecto formidable que al mismo tiempo contribuia á su seguridad.

Por otra parte, este aspecto al que contribuia indudablemente aquel casco y aquel sable de dragon, era por sí una conquista que Pitou habia hecho independientemente de ellos. No en valde habia asistido á la toma de la Bastilla.

Ademas, Pitou habia tomado ínfulas de abogado.

No en valde habia escuchado las mociones del Hotel-de-Ville, los discursos de Mr. Bailly, y las arengas de Mr. de Lafayette.

Provisto de estos dos poderosos auxiliares que sabia unir á unos puños vigorosos, á una fisonomía risueña y á un apetito de los mas felices, Pitou viajaba con la mayor confianza y alegria por el camino de Villers-Cotterets.

Para los curiosos en política era portador de noticias, y en caso necesario las inventaba, pues habia aprendido en Paris, donde en aquella época la fabricacion de noticias era un ramo muy esplotado.

Contaba que Mr. Berthier habia dejado inmensos tesoros escondidos que se iban descubriendo poco á poco; decia que Mr. de Lafayette, parangon de toda la gloria y el orgullo de toda la Francia provincial, no era ya en Paris mas que un maniquí gastado, cuyo caballo blanco daba estenso campo á los escritores satíricos. Aseguraba que Mr. Bailly, á quien Lafayette honraba con la mas sincera amistad asi como á las demas personas de su familia, era un aristócrata, y que las malas lenguas iban aun mas lejos.

Cuando referia todas estas cosas, Pitou promovia tempestades en los ánimos; pero él poseia el *quos ego* de todas aquellas tempestades y contaba anécdotas inéditas de la Austriaca.

Esta facundia inagotable le proporcionó

una série no interrumpida de magníficos convites hasta llegar á Vanciennes, último pueblo que tenian que atravesar para llegar al término de su viaje.

Como Sebastian por el contrario, comia poco ó nada, como no desplegaba sus lábios y como era un niño pálido y débil, todos se interesaban por él admirando la paternal vigilancia de Pitou que le acariciaba, le cuidaba, le mimaba y además de eso le comia la racion sin otro motivo aparente que el de complacerle.

Asi que llegó á Vanciennes Pitou pareció dudar; miró á Sebastian y Sebastian miró á Pitou.

Pitou se rascó la cabeza; esto era señal inequívoca de que se hallaba en algun apuro.

Sebastian conocia demasiado á Pitou para ignorar el significado de aquel movimiento.

—Y bien, qué hay? preguntó el primero.

—Hay, dijo Pitou, que si te fuese igual y no estuvieses muy cansado, en vez de continuar nuestro camino todo derecho, podiamos pasar antes por Haramont.

Y el pobre Pitou se ruborizó al espresar este deseo, como se hubiera ruborizado Catalina al espresar otro deseo menos inocente.

Gilberto comprendió á Pitou.

—Ah! sí, dijo, allí es donde murió nuestra

pobre mamá, Pitou. Vamos, hermano, vamos.

Pitou estrechó en sus brazos á Sebastian con tal violencia que parecia quererle ahogar, y cogiéndole de la mano se dió á correr por un camino de travesía que seguia á lo largo del valle de Wuala, con tal ímpetu, que á los cien pasos Sebastian, sin poder respirar apenas, se vió precisado á decirle:

—Vamos demasiado de prisa, Pitou.

Pitou se detuvo; no habia notado nada, pues no habia hecho mas que caminar á su paso ordinario.

Entonces vió á Sebastian pálido y desfallecido.

Y le cogió en sus brazos como San Cristóbal cogió á Cristo.

De este modo Pitou podia caminar tan aprisa como quisiera.

Como no era esta la vez primera que Pitou llevaba en brazos á Sebastian, Sebastian se dejó llevar.

Asi llegaron á Largny. En Largny sintiendo Sebastian que el pecho de Pitou se agitaba de un modo violento, dijo que ya no estaba cansado y que podia seguirle á pie.

Pitou, lleno de magnanimidad, acortó el paso.

Media hora despues los dos viajeros llegaron al pueblo de Haramont, el pintoresco si-

tio de su nacimiento, como dice la romanza de un gran poeta cuya música vale seguramente mucho mas que las palabras.

Asi que llegaron ambos jóvenes dirigieron una mirada á su alrededor.

La primer cosa que vieron fue el Crucifijo que la piedad de los fieles coloca generalmente á la entrada de los pueblos.

Ay! el mismo Haramont se resentia de la fatal influencia del ateismo. Los clavos que sujetaban á la cruz el brazo derecho y los pies de Cristo, se habian roto desgastados por la humedad. La Imágen del Señor pendia de un solo brazo, y nadie habia tenido la idea de reponer el símbolo de la libertad, de la igualdad y de la fraternidad, tan preconizadas por todas partes en el sitio donde le habian colocados los judíos.

Pitou no era devoto, pero tenia sus tradiciones de la infancia. Aquel abandonado Cristo le oprimió el corazon. Buscó uno de esos mimbres delgados y fuertes como un alambre; dejó en el suelo su casco y su sable, subió por el sagrado árbol, y ató el brazo derecho de Jesucristo al brazo de la cruz, besándole los pies al bajar.

Entretanto, Sebastian oraba de rodillas al pie de la imágen. Por quién oraba? No lo sabemos.

Tal vez por esa vision de su infancia que creia volver á encontrar bajo los seculares árboles de la selva, por esa madre desconocida que no es desconocida nunca, pues si no nos ha alimentado nueve meses con la leche de sus pechos, siempre nos ha alimentado nueve meses con su sangre.

Terminada esta oracion y aquella piadosa ceremonia, Pitou volvió á colocar el casco sobre su cabeza y su sable en la cintura.

Sebastian hizo la señal de la cruz y volvió á cogerse de la mano de Pitou.

Ambos se dirigieron así á la casa en que habia nacido Pitou y donde Sebastian habia pasado sus primeros años.

Pitou conocia perfectamente el pueblo, y sin embargo no pudo encontrar la cabaña que le habia servido de cuna.

Tuvo que preguntar, y le indicaron una casita de piedra y con un tejado de pizarra.

El jardin de aquella casita estaba cercado por un tapia.

La tia Angélica habia vendido la casa de su hermana, y el nuevo propietario, en uso de su derecho, lo habia destruido todo; los tapiales de tierra, la antigua puerta con su agujero para que pasasen los gatos, las antiguas ventanas con sus vidrieras, que tenian

tantos vidrios como pliegos de papel, en los cuales Pitou habia hecho sus primeros ensayos de palotes.

Todo habia sido destrozado!

La puerta estaba cerrada y en la parte de afuera de ella habia un enorme perro negro que le enseñó los dientes á Pitou en cuanto trató de aproximarse.

—Ven, dijo Pitou á Sebastian con las lágrimas en los ojos; ven á un sitio donde estoy seguro de que nada habrá cambiado.

Y Pitou condujo á Sebastian hácia el cementerio donde estaba enterrada su madre.

El pobre niño tenia razon; nada habia cambiado allí; la yerba únicamente habia crecido y la yerba crece tanto en los cementerios, que podia suceder muy bien que Pitou no llegase á reconocer la tumba de su madre.

Afortunadamente, al mismo tiempo que la yerba, habia crecido una rama de sauce, la cual en tres ó cuatro años se habia hecho un árbol. Pitou se dirigió sin vacilar hácia aquel árbol y besó la tierra cubierta por su sombra con la misma piedad instintiva con que habia besado los pies del Salvador del mundo.

Al levantarse sintió las ramas del sauce, que agitadas por el viento se movian sobre su

cabeza.

Entonces alargó los brazos, las reunió y las estrechó contra su corazon.

Era esto como un último abrazo dado á la cabellera de su madre que flotaba á merced del viento.

Detuviéronse allí mucho tiempo los dos niños; pero el dia empezaba á desaparecer.

Era preciso, por lo tanto, abandonar aquella tumba, la única cosa que parecia recordar al pobre Pitou.

Al separarse de ella Pitou tuvo por un momento la idea de arrancar una de las ramas de aquel sauce y de meterla en su casco; pero se detuvo.

Se le figuró que seria causar un dolor á su pobre madre el arrancar la rama de un árbol cuyas raices envolvian tal vez el ataud deshecho en que reposaba su cadáver.

Besó por última vez la tierra, volvió á tomar de la mano á Sebastian, y se alejó.

Todos los habitantes se hallaban en el campo, y así es que muy pocas personas habian visto á Pitou, que disfrazado además con su casco y sus armas, no fué reconocido por nadie.

En seguida tomó el camino de Villers-Cotterets, camino delicioso que cruza la selva en la longitud de tres cuartos de legua, sin

que ningun objeto animado le distrajese de su dolor.

Sebastian le seguia silencioso y pensativo.

A eso de las cinco de la tarde llegaron los viajeros á Villers-Cotterets.

XIV.

De como habiendo sido Pitou maldecido y arrojado de casa de su tia por un barbarismo y tres solecismos, fué vuelto á maldecir y vuelto á echar de ella, por causa de un ave compuesta con arroz.

Pitou llegó á Villers-Cotterets por la parte que se llama la Faisanderie; cruzó por medio del salon de baile, desierto durante la semana, y á donde no hacia un mes aun habia llevado él mismo á Catalina.

¡Qué de cosas habian pasado á Pitou y á la Francia durante aquellas tres semanas!

Despues, habiendo seguido la larga calle de castaños, se dirigió á llamar á la puerta del cura Fortier.

Tres años hacia que Pitou habia salido de Haramont, y solo hacia tres semanas que faltaba de Villers-Cotterets; asi es que nada tiene de estraño que no le reconociesen en el primer punto y que le conocieran en el segundo.

En un momento se estendió por todas partes la noticia de que Pitou acababa de llegar con el jóven Sebastian Gilberto, y que ambos habian entrado por la puerta falsa de la casa del cura Fortier; que Sebastian estaba poco mas ó menos lo mismo que cuando se marchó, pero que Pitou llevaba un gran casco y un enorme sable.

De aqui resultó que se agolpó mucha gente ante la casa del cura, y delante de la puerta principal; porque se supuso que si Pitou se habia introducido en ella por la puerta falsa, saldria por la que daba á la calle de Soissons.

Este era el camino que debia tomar para dirigirse á Pleux.

Con efecto, Pitou no se detuvo en casa del cura Fortier mas que el tiempo preciso pa-

ra entregar en manos de su hermana, la carta del doctor, á Sebastian Gilberto y cinco luises destinados á pagar su pension en el colegio.

La hermana del cura tuvo al principio mucho miedo cuando vió introducirse por la puerta del jardin al formidable soldado; pero bien pronto bajo el casco del dragon, reconoció el semblante risueño y cándido de Pitou, lo que la tranquilizó un poco.

Por último, la vista de los cinco luises acabó de tranquilizarla enteramente.

Este temor era tanto mas fácil de esplicar en aquella pobre muger, cuanto que el cura Fortier habia salido para llevar á paseo á sus discípulos y se hallaba enteramente sola en la casa.

Pitou, despues de haber entregado la carta y los cinco luises, abrazó á Sebastian y salió poniéndose su casco en la cabeza con una envidiable marcialidad.

Sebastian derramó algunas lágrimas al separarse de Pitou, aunque aquella separacion no debia ser larga y su compañía no fuera de lo mas entretenida; pero la constante alegría, la complacencia y la completa abnegacion del jóven Pitou habian conmovido á Sebastian. Pitou se asemejaba á uno de esos nobles perros de Terranova que cansan muchas ve-

ces, pero que concluyen por desarmar la cólera lamiendo las manos.

Una cosa endulzaba el dolor de Sebastian, y fué que Pitou habia prometido ir á verle á menudo.

Una cosa templaba el dolor de Pitou, y era que Sebastian le habia dado las gracias por su ofrecimiento.

Ahora sigamos por un momento á nuestro héroe, que se dirigia desde la casa del cura Fortier á la de su tia Angélica, situada, como ya sabemos, á la estremidad de Pleux.

Al salir de la casa del cura, Pitou se encontró con una veintena de personas que le esperaban. Su estraño equipo, cuya descripcion habia corrido de boca en boca por toda la ciudad, era conocido ya de muchas de las personas que le esperaban. Al verle volver de Paris en aquel trage, de Paris donde se batian, se presumia con mucho fundamento que Pitou se habia batido, y todos deseaban oir noticias de su boca.

Pitou dió las noticias que le pedian con su acostumbrada gravedad; refirió la toma de la Bastilla, las hazañas de Billot y de Mr. Maillard, de Mr. Elías y de Mr. Hullin; cómo Billot habia caido en el foso de la fortaleza y cómo él le habia sacado de allí; en fin, contó la manera con que habia sido puesto en liber-

tad Gilberto, que hacia ocho dias se hallaba encerrado en la Bastilla.

Los oyentes sabian ya sobre poco mas ó menos lo que les referia Pitou; pero habian leido estas noticias en las gacetas de aquella época, y siempre es mas interesante oirlas referir por un testigo ocular á quien se pueden hacer preguntas y de quien se pueden escuchar detalles curiosos.

Ahora bien, Pitou hablaba, contestaba, daba todos los delalles que le pedian, no incomodándose por las interrupciones y estendiéndose mucho en sus relatos.

De aquí resultó que pasó una hora delante de la casa del cura Fortier rodeado de un numeroso auditorio, y que hubiera pasado mas, si á uno de sus oyentes se le hubiera ocurrido decir:

—Pitou estará cansado y le tenemos aquí de pie en vez de dejarle ir á casa de su tia Angélica! ¡Pobre muger! ¡cómo se alegrará de verle!

—Lo que es cansado no lo estoy; pero sí tengo hambre. Yo no me canso nunca, ni dejo nunca de tener apetito.

Con arreglo á esta declaracion de Pitou, el auditorio, que respetaba las exigencias del estómago del viajero, le abrió paso respetuosamente, y Pitou, seguido de algunos curiosos

mas tenaces que los demas, pudo llegar por fin á casa de su tia.

La tia Angélica estaba ausente y la puerta se hallaba cerrada.

Muchas personas invitaron á Pitou á que entrase en su casa á tomar lo que necesitara; pero Pitou se negó abiertamente á admitir estas ofertas.

—Pero ya ves, Pitou, que está cerrada la puerta de la casa de tu tia.

—La puerta de la casa de una tia no puede permanecer mucho tiempo cerrada ante un sobrino sumiso y hambriento, dijo sentenciosamente Pitou.

Y sacando su enorme sable cuya hoja hizo retroceder á las mugeres y á los niños, introdujo su punta entre el pestillo y la armella de la cerradura, dió un violento empuje y la puerta se abrió con grande admiracion de los circunstantes, que ya no pusieron en duda las hazañas de Pitou desde que le vieron tan temerariamente arrostrar la cólera de su tia.

El interior de la casa era siempre el mismo que en los tiempos de Pitou. El famoso rsillon de cuero ocupaba orgullosamente el centro de la habitacion. Otras dos sillas ó estropeados taburetes servian de cortejo cojo al macizo sillon: en el fondo se hallaba la al-

hacena y á la derecha la chimenea.

Pitou entró en su casa pintándose en su semblante una placentera sonrisa. Nada tenia que agüir contra aquel miserable moviliario que habia sido su compañero de infancia.

Eran, es cierto, aquellos muebles tan duros como la tia Angélica; pero al menos cuando se los abria se hallaba en ellos algo de bueno, en tanto que si se hubiera abierto á la tia Angélica, se la hubiera encontrado mas seca y mas dura aun por dentro que por fuera.

Pitou dió en el mismo momento una prueba de lo que vamos diciendo á las personas que le habian seguido y que viendo lo que pasaba, miraban por la parte de afuera, deseosos de saber lo que sucederia á la vuelta de la tia Angélica.

Era fácil de observar ademas que aquellas personas tenian las mayores simpatías hácia Pitou.

Ya hemos dicho que Pitou tenia hambre, hasta tal punto, que era fácil conocerlo en la alteracion de sus facciones.

Asi es que no perdió el tiempo y se fué derecho á la alhacena.

En otro tiempo, y decimos en otro tiempo, aunque nos referimos á tres semanas atrás,

pues nosotros estamos persuadidos de que el tiempo no se mide por la duracion, sino por los sucesos; en otro tiempo Pitou á menos de ser impulsado por el ángel malo ó por un hambre irresistible, poderes infernales que se asemejan mucho, se hubiera sentado sobre el umbral de la puerta cerrada, hubiese esperado humildemente la vuelta de la tia Angélica, y asi que hubiese vuelto la hubiera saludado con una dulce sonrisa; despues apartándose á un lado la hubiera dejado libre el paso para dejarla entrar. Hubiera entrado tras ella presentándola en seguida el pan y el cuchillo para que le diese su racion, y despues hubiera dirigido una mirada de codicia, una triste mirada humilde y magnética, magnética hasta el punto de atraer el queso ó la carne colocada sobre la tabla de la alhacena.

No obstante, portándose Pitou como un hombre en esta ocasion, se fué directamente al cajon del pan, y sin encomendarse á Dios ni á los santos partió un pedazo que ya pesaria un buen kilogramo, como se dice ahora desde que se ha introducido el nuevo sistema de pesos y medidas.

Dejó en el cajon lo restante, lo cubrió en seguida con un paño, y sin perder tiempo se dirigió hácia el armario. Parecióle por un

instante oir el ruido sordo de la tia Angélica; pero como rechinasen las puertas del armario sobre sus goznes, resultó que semejante ruido, que tenia todos los visos de la realidad, ahogó por completo el otro que solo era efecto de su imaginacion.

Cuando Pitou formaba parte de la casa, su tia guardaba siempre ciertas cositas que podian conservarse, como el queso de Maroles ó alguna que otra lonja de jamon coronada de verdes hojas de lechuga, lo cual satisfacia ciertas necesidades que se habia formado, efecto sin duda de su avaricia. Sin embargo, desde que Pitou habia salido de casa de la tia, componia esta ciertos platos que, á pesar de su avaricia, le duraban una semana sin dejar por eso de tener su valor como el primer dia, y de hallarse cada vez mas gustosos.

De esta clase eran por ejemplo ya un estofado de vaca con sus correspondientes zanahorias y cebollas: ya un guisado de carnero con sus patatas gordas como melones y largas como las calabazas; ya un pie de ternera compuesto con cebolletas y su picadillo de ajo, ó ya por último una gran tortilla condimentada con su peregil y demas especias, y rellena de tales lonjas de tocino que nada una de ellas era suficiente para satisfacer el apetito de la vieja, aun en los dias en que este

fuera mas vivo.

Cada dia hacia una visita la tia Angélica á estas viandas, y solamente desmembraba de ellas aquella parte que las exigencias del momento le pedian.

Regocijábase á todas horas de hallarse sola para consumir tan buenos manjares; pero tambien se acordaba de su sobrino Angel Pitou, cuando metia la mano en el plato y se llevaba el bocado á sus labios.

Pitou tuvo suerte. Llegó en un dia, lunes por cierto, en que la tia Angélica habia guisado un gallo con arroz que á pesar de ser viejo coció tanto, que la carne toda se separó de los huesos.

Habia una cantidad inmensa, y aunque estaba en una gran cazuela, negra por la parte esterior, ofrecia á la vista sus atractivos. Los trozos del gallo ostentaban su faz oscura por encima del arroz á la manera de islotes en un lago inmenso, y la cresta entre los demas picos se asemejaba á la de Ceuta en el estrecho de Gibraltar.

¿Cómo podria contener Pitou un ¡ay! de admiracion al observar aquella maravilla? ¿Olvidaba ya el ingrato que no se hallaba acostumbrada á semejante magnificencia la casa de su tia Angélica?

Con un buen pedazo de pan en la mano de-

recha disponiéndose Pitou á entrar en lucha abierta con la gran cazuela de arroz, le pareció presentarse una sombra ante sus ojos.

Volvióse sonriendo, porque Pitou era de tal naturaleza franco é ingénuo que la satisfaccion de su corazon se pintaba al instante en el rostro.

Aquella sombra era producida por la tia Angélica, que se presentaba con mas avaricia y mas displicente que nunca.

Al ver Pitou á su tia dejó caer la cazuela que tenia en la mano y mientras ella se inclinaba en el colmo de la desesperacion á recoger los restos de su gallo y del arroz, es bien seguro que él hubiera podido saltar por encima de su cabeza, huyendo con su pan debajo del brazo. Pero Pitou no era ya el mismo. Habia cambiado no solo en la parte fisica por el casco y el sable, sino en la moral por su contacto con los grandes filósofos de la época.

En vez de huir aterrado ante la presencia de su tia, se aproximó á ella con graciosa sonrisa, le tendió sus brazos, y aunque quiso huir, la estrechó contra su pecho, cruzándose sus manos por detrás de la espalda, ocupadas por el pan y el cuchillo.

Despues de un acto semejante, respiró Pitou con toda libertad, y dijo á su tia An-

gélica:

—Sí, es el pobre Pitou.

La vieja, poco acostumbrada á tales abrazos, creyó que habiendo cogido infraganti á Pitou, la habia querido ahogar, como Hércules en otro tiempo habia ahogado á Anteo.

Respiró á su vez con mas desembarazo y observó que su sobrino no manifestaba admiracion ni sorpresa por el gallo. Pitou era un ingrato y un grosero á la vez. Pero lo que sorprendió á su tia fue que, despues de haber recibido aquel abrazo, se sentó Pitou en su sillon, y muy sosegado con la cazuela entre las piernas empezó á comer el arroz, armada su mano derecha de un cuchillo enorme que le servia para tomar las tajadas de gallo, y la izquierda de una rebanada de pan que parecia una escoba con la que barria el arroz á las mil maravillas. Esto contrastaba con su anterior costumbre, pues no se atrevia Pitou á sentarse en la silla mas vieja de la casa, cuando la tia Angélica estaba en su silla echándola de señora.

Sin embargo, conociendo la vieja que semejante maniobra daria por resultado infalible la desaparicion instantánea de lo que la cazuela contenia, trató de dominar su desesperacion y quiso gritar, pero no pudo.

Pitou se sonreia con tal gana que obligó á hacer lo mismo á su tia, que esperaba por este medio conjurar á un animal feroz que se llama hambre y que por entonces devoraba las entrañas de su sobrino.

Despues de reir la tia acabó por llorar. Eso molestó algun tanto á Pitou, pero no le impidio el seguir comiendo.

—¡Oh! ¡oh! dijo en seguida, tia mia, ¿llora Vd. de alegria por mi venida? Gracias, querida tia, gracias.

No hay duda que la revolucion francesa habia desnaturalizado á aquel hombre.

Habiase comido los tres cuartos del gallo, y dejando un poco de arroz en el fondo de la cazuela, dijo á su tia:

—V. no quiere mas que el arroz, ¿no es eso? Es mas blando para su dentadura y por eso se lo dejo, querida tia.

Al oir la tia Angélica semejante sentencia, que mejor parecia un sarcasmo, le faltó poco para desmayarse. Adelantóse resueltamente hácia Pitou y le arrancó la cazuela de entre sus manos, profiriendo una blasfemia que veinte años despues hubiera completado admirablemente un granadero de la guardia.

FIN DEL TOMO QUINTO.

ANGEL PITOU.

ANGEL PITOU.

ANGEL PITOU.

POR

ALEJANDRO DUMAS.

TOMO VI.

SEVILLA: 1851.
Imprenta de Gomez Oro, editor, calle de la Muela núm. 7.

AMOR PATRIO

I.

Pitou, arrojado de casa de su tia, se hace revolucionario.

Pitou, luego que su tia le quitó la cazuela, dió un gran suspiro y dijo:

—¡Oh! tia, ¿siente V. su gallo?

—¡Bribon! dijo la tia Angélica, has estado burlándote!

Al oir esta espresion, se levantó Pitou y dijo con respeto y gravedad:

—Tia mia, no es mi intencion marcharme sin pagar, tengo dinero. Me quedaré en rehenes en su casa si V. gusta; solo que me reservo el derecho de poner la cuenta.

—¡Pícaro! esclamó la tia Angélica.

—Vamos, echemos un cálculo: le debo á V. una comida. Cuatro cuartos de arroz y dos cuartos de pan son seis cuartos.

—¡Seis cuartos! repitió la tia ¡Seis cuartos! Y solo hay de arroz ocho cuartos y seis de pan!

—Tampoco he contado el gallo, porque es del corral de mi querida tia. Ya le he conocido yo en la cresta.

—Sin embargo, vale el dinero.

—Tiene nueve años. Le robé para V. sacándole de debajo del vientre de su madre. Me acuerdo que era como un puño y que habiéndome V. pegado porque al mismo tiempo no trage grano para echarle, me le dió la señora Catalina. A la verdad que estaba muy bueno; he comido bien, aunque bien lo merecia.

La tia, ébria de cólera, echó una mirada sangrienta al revolucionario, y murmurando dijo:

—Sal de aquí!

—Qué es eso? Despues de haber comido sin darme tiempo para digerirlo... Vaya, es

una falta de política.

—Sal!

Pitou la miró sorprendido, dió algunos pasos y con gran satisfacion observó que no cabia un grano mas de arroz en su estómago.

—Tia mia, dijo con gravedad, no es V. buena parienta y recuerdo á V. la dureza con que siempre me ha tratado. Ahora sucede lo mismo; pues bien, yo impediré que vaya V. diciendo por todas partes que no sirvo mas que para comer.

Y desde el dintel de la puerta dijo con una voz de estentor que pudo llegar á oidos, no solo de los curiosos que habian acompañado a Pitou y presenciado aquella escena, sino de los indiferentes que se hallaban a quinientos pasos de distancia:

—Pongo por testigos á cuantos se hallan presentes de que he venido á pie desde Paris despues de haber tomado la Bastilla; de que estaba cansado y muerto de hambre, y habiendo comido en casa de una parienta se me ha echado en cara el alimento, y con la mayor crueldad se me obliga á salir.

Y Pitou trató de acentuar como mejor pudo estas palabras para conmover á los oyentes, lo cual consiguió muy pronto, pues empezaron á echar venablos contra la vieja.

—Un pobre viajero, continuó Pitou, que ha andado á pie nueve leguas, un jóven decente, honrado con la confianza de Mr. Billot y de Mr. Gilberto, que ha llevado á Sebastian Gilberto á casa del cura Fortier, un vencedor de la Bastilla, un amigo de Monsieur Bailly y del general Lafayette es echado á la calle. Pongo á Vds. por testigos.

Los murmullos se aumentaron y él continuó:

—Mas como no soy un pordiosero, sino que pago lo que gasto y como, ahí vá un escudo que dejo para pagar lo que he comido en casa de mi tia.

Y al decir esto Pitou sacó un escudo de su faltriquera y lo tiró á la mesa desde donde fué rodando á mezclarse con el arroz en la cazuela.

La vieja entonces bajó la cabeza ante los murmullos de los concurrentes y Pitou salió de la choza escoltado por aquella gente que se disputaba á porfia el honor de ofrecer gratis mesa y cama á un vencedor de la Bastilla y amigo de Mr. Bailly y del general Lafayette.

Recogió la tia el escudo, lo limpió y lo guardó con otros muchos hasta que se trasformasen en viejos luises.

Al tomar aquel escudo que habia adquiri-

do de un modo tan singular, dio un suspiro acordándose que Pitou debia haber dado fin con el arroz segun lo bien que habia pagado.

Pitou despues de haber dado cumplimiento á los primeros deberes de la obediencia, quiso satisfacer las primeras necesidades de su corazon.

Esto es una cosa bien dulce de obedecer cuando la órden del que manda realiza todas las simpatías del que obedece.

Asi es que se puso en marcha y siguiendo la callejuela que va desde Pleux á la calle de Lounet, rodeando como con un cinturon verde aquella parte de la ciudad, se dió á correr por el campo para llegar cuanto antes á la hacienda de Pisseleux.

Pero bien pronto detuvo el ímpetu de su carrera, pues cada paso le traia un recuerdo á su memoria.

Cuando entra uno en la ciudad ó en el pueblo donde ha nacido, se camina sobre la juventud; sobre los pasados dias, que se estienden, como dice el poeta inglés, como una alfombra bajo los pies, para festejar al viajero que llega.

A cada paso se halla un recuerdo en un latido del corazon.

En una parte se ha sentido un dolor, en

otra una alegria, esta tierra fué regada con lágrimas de desesperacion, aquella otra con lágrimas de felicidad.

Pitou, que no era muy analizador, se vió obligado á ser hombre; reunió todo su pasado durante el camino y llegó con el alma preñada de sensaciones á la hacienda de Billot.

Cuando divisó á cien pasos de él aquellos queridos techos, cuando midió con su vista los olmos seculares que se elevan retorciéndose para ver desde lo alto humear las ennegrecidas chimeneas; así que oyó el ruido lejano que producen los animales domésticos, de los perros, de las carretas, colocó bien el casco en su cabeza, afirmó en su costado el sable de dragon y procuró dar á su continente el mas digno aspecto, el que convenia á un amante y á un militar.

Nadie le reconoció en un principio, lo cual probaba que habia conseguido su intento.

Un criado estaba dando de beber á las caballerias, oyó ruido, se volvió y á través del espeso ramage de un sauce divisó á Pitou; ó mejor dicho, un casco y un sable.

El criado se quedó mudo de asombro y de estupor, Pitou al pasar junto á él, le llamó.

—Eh! Barnaut! buenos dias, Barnaut!

El criado sobrecogido, al ver que aquel casco y aquel sable sabian su nombre, se quitó el sombrero con el mayor respeto.

Pitou pasó junto á él sonriendo.

Pero no por eso se tranquilizó el criado; pues la benévola sonrisa de Pitou quedó encubierta bajo su casco.

Al mismo tiempo la señora Billot divisó al militar á traves de los cristales del comedor, y se levantó.

En aquella época estaban siempre en continua alarma los habitantes de los campos; corrian rumores terribles, hablábase de bandidos y malhechores que prendian fuego á los bosques y que segaban los trigos fuera aun de sazon.

Qué significaba la llegada de aquel soldado? Era un enemigo ó un defensor?

La señora Billot habia recorrido con una mirada todo el conjunto que presentaba Pitou y no podia compaginar aquel calzado de aldeano con aquel brillante casco; esta observacion no la dejaba muy satisfecha.

El militar entró resueltamente en la cocina.

La señora Billot se adelantó hácia el recien llegado. Pitou para no quedarse atrás en punto á cortesanía se quitó el casco.

—Angel Pitou! esclamó la señora Billot.

—Buenos dias, señora Billot, respondió Pitou.

—Angel! Oh, Dios mio! quién lo habia de haber adivinado? pero has sentado plaza?

—Sentar plaza!

Y Pitou se sonrió con cierto aire de superioridad.

En seguida miró en torno suyo y no vió lo que buscaba.

La señora Billot se sonrió tambien adivinando el pensamiento de Pitou.

En seguida dijo con la mayor sencillez:

—Buscas á Catalina?

—Para saludarla, señora Billot.

—Está secando la ropa. Vamos, siéntate, mírame, háblame.

—Está bien, señora Billot, buenos dias, buenos dias, buenos dias, señora Billot.

Y diciendo esto Pitou tomó asiento.

A su alrededor se agruparon todos los criados de la hacienda atraidos por la curiosidad.

Y á cada uno que iba llegando se oia repetir:

—Es Pitou.

Pitou paseó sus benévolas miradas sobre todos sus antiguos compañeros. Su sonrisa fue una caricia para la mayor parte de ellos.

—Y tú vienes de París, Angel? continuó el ama de la casa.

—Derechito, señora Billot!

—Y como está vuestro amo?

—Perfectamente, señora Billot.

—Y París, cómo sigue?

—Muy mal, señora Billot.

—Ah!

Y el círculo de oyentes se estrechó.

—Y el rey? preguntó la arrendataria.

Pitou meneó la cabeza y con la lengua produjo un chasquido muy humillante para la monarquía.

—Y la reina?

A esta pregunta, Pitou no dió contestacion de ninguna especie.

—Oh! esclamó Mme. Billot.

—Oh! repitió en coro el agrupado auditorio.

—Vamos, continúa, Pitou, dijo la arrendataria.

—Oh! preguntadme, señora, dijo Pitou, que procuraba hablar lo menos posible y dejar lo interesante de su narracion para cuando estuviese presente Catalina.

—Cómo es que llevas ese casco? preguntó Mme. Billot.

—Es un trofeo, contestó Pitou.

—Y qué es un trofeo?

—Ah! es cierto, dijo Pitou asomando á sus labios una protectora sonrisa; no os hallais en el caso de saber lo que es un trofeo. Un trofeo significa haber vencido á un enemigo, señora Billot.

—Y qué, has vencido tú á algun enemigo?

—Uno! dijo desdeñosamente Pitou: ah! mi querida señora Billot; pues no sabeis que Billot y yo nos hemos apoderado de la Bastilla?

Aquella palabra mágica electrizó al auditorio. Pitou sintió rozar sus cabellos el aliento de los circunstantes y apoyarse sus manos en el respaldo de la silla.

—Cuenta, cuenta algo de lo que ha hecho mi marido, dijo la buena muger llena de orgullo y de temor al mismo tiempo.

Pitou dirigió aun una mirada para ver si llegaba Catalina; pero Catalina no parecia.

Figurábasele que era una cosa ofensiva para su amor propio que Madlle. Billot no abandonase sus quehaceres para escuchar noticias tan interesantes, y traidas por semejante correo.

Pitou movió tristemente la cabeza; empezaba á encontrarse mal.

—Eso es muy largo de referir, dijo.

—Y traes gana de comer?

—Así, así.

—Y sed?

—No digo que no.

En el mismo momento criados y criadas corrieron presurosos por todas partes, de manera que Pitou se encontró en un instante rodeado de pan, de pedazos de carne y de frutas de todas especies.

Pitou tenia buen diente y digeria como un avestruz; pero por pronto que hiciese la digestion no podia aun haber concluido con el gallo de la tia Angélica, cuyo último bocado haria apenas una media hora que habia atravesado su garganta.

Aquella estratégia no le hizo ganar el tiempo que él se habia figurado, pues sus deseos fueron cumplidos con mas precipitacion de lo que él hubiera deseado.

Así es que se vió precisado á hacer un esfuerzo y se puso á comer.

Pero por muy buenos ánimos que tuviese, al cabo de pocos instantes se vió precisado á suspender su comida.

—Qué tienes? preguntó Mme. Billot.

—Oh! tengo...

—Que le traigan algo que beber.

—Aquí tengo cidra, señora Billot.

—Tal vez prefieras un vaso de aguardiente.

—Aguardiente?

—Sí, no te has acostumbrado en París á beber aguardiente?

La buena muger suponiá que durante aquellos doce dias de ausencia Pitou habia tenido sobrado tiempo para relajar sus buenas costumbres.

Pero Pitou rechazó orgullosamente esta suposicion.

—Aguardiente! esclamó, yo no bebo aguardiente.

—Pues entonces habla.

—Si he de hablar, será preciso que despues vuelva á empezar mi narracion cuando venga la señorita Catalína, y mi narracion es muy larga.

Dos ó tres personas se adelantaron para ir á buscar á Catalina.

Pero mientras que se disponian á buscarla, Pitou volvió maquinalmente la vista hácia la escalera que conducia al piso principal y vió por una puerta entreabierta á Catalina asomada á una ventana.

Catalina dirigia sus miradas hácia el lado de la selva; esto es, hácia Boursonne.

Hallábase de tal modo embebida en su contemplacion que no habia oido nada de cuanto habia pasado en la casa, ni habia visto el movimiento que reinaba en la parte de

afuera.

—Ah! murmuró Pitou exhalando un triste suspiro; mira hácia Boursonne, hácia el sitio de Mr. Isidoro de Charny: sí, sí, eso es lo que le llama tanto la atencion!

Y dejó escapar otro suspiro mas triste aun que el primero.

En aquel momento volvian los que habian ido á buscar á Catalina.

—Y bien, viene ya? preguntó Mme. Billot.

—No, no hemos visto á la señorita.

—Catalina! Catalina! gritó Mme. Billot.

Pero la jóven no la oyó.

Pitou entonces se aventuró á hablar.

—Señora Billot, dijo, yo sé bien por qué motivo no han encontrado á Catalina en la habitacion de la ropa blanca.

—Por qué.

—Porque no está alli.

—Segun eso tú sabes dónde está?

—Sí.

—Y dónde está?

—Allá arriba.

Y cogiendo á la arrendataria de la mano la hizo subir los tres ó cuatro primeros escalones, y la enseñó á Catalina, que se hallaba sentada en el borde de la ventana.

—Se está peinando, dijo la buena muger.

—Ah! no se peina, dijo melancolicamente Pitou.

Pero Mme. Billot no hizo alto en la melancolía del héroe de París y la llamó segunda vez.

—Qué quereis? dijo Catalina.

—Ven, dijo la arrendataria, no dudando del efecto que iban á producir sus palabras. Ha llegado Angel de París.

—Ah! esclamó Catalina con frialdad.

Pero con tanta frialdad que heló el corazon del pobre Pitou.

Y despues Catalina bajó la escalera con la tranquila fisonomía de las alemanas de los cuadros de Van Estade ó de Brauwer.

—Es verdad, dijo Catalina, poniendo el pie en la habitacion del piso bajo, es él!

Pitou se inclinó ante Catalina con el rostro encendido y trémulo de indignacion.

—Trae un casco, dijo una criada al oido de Catalina.

Pitou oyó esta palabra, y estudió el efecto que producia sobre el semblante de Catalina.

Pero Catalina no espresó en su fisonomia la menor admiracion por el casco de Pitou.

– Un casco, preguntó; y por qué motivo lleva un casco?

Por aquella vez la indignacion pudo mas que todo en el corazon del jóven.

—Tengo un casco y un sable, dijo levantando orgullosamente la cabeza, por que me he batido y he muerto muchos dragones y suizos; y si lo poneis en duda, señorita Catalina, preguntadselo á vuestro padre.

Catalina estaba tan preocupada, que no pareció oir la respuesta de Pitou.

—Y cómo está mi padre? preguntó; y por qué no viene con vos? Hay malas noticias en París?

—Muy malas, dijo Pitou.

—Yo creia que todo se habia arreglado ya.

—Asi era en efecto; pero todo se ha vuelto á desarreglar despues.

—Pues qué, no han acordado unánimemente el pueblo y el rey la vuelta de Mr. Necker?

—Sí, se trata de la vuelta de Mr. Necker, dijo Pitou con cierto aire de importancia.

—Y esto ha cumplido todos los deseos del pueblo, no es cierto?

—Sí; los ha satisfecho hasta tal punto, de queel pueblo se halla dispuesto á hacerse justicia por sí mismo matando á todos sus enemigos.

—A todos sus enemigos! esclamó Catalina

llena de asombro. Y quiénes son los enemigos del pueblo?

—Los aristócratas.

Catalina palideció.

—Pero á quienes llaman aristócratas?

—A quién? á los que poseen muchas tierras; los que tienen palacios, á los que matan de hambre al pueblo, á los que lo tienen todo, cuando nosotros no tenemos nada.

—Y á quiénes mas? preguntó la impaciente Catalina.

—A los que tienen hermosos caballos y magníficos carruages en tanto que nosotros vamos á pie.

—Oh! Dios mio! esclamó la jóven pasando del color pálido al lívido.

Pitou notó esta alteracion del semblante de Catalina.

—Llamo aristócratas á vuestros amigos.

—A nuestros amigos? preguntó Mme. Bilot.

-Por quién lo decís? dijo Catalina.

—Por Mr. Berthier de Savigny, por ejemplo.

—Por Mr. Berthier de Savigny?

—Que os dió las hebillas de oro que llevábais el dia que bailásteis con Mr. Isidoro.

—Y qué?

—Pues bien, yo que os estoy hablando he visto á personas que se han comido su corazon.

Un grito de horror se escapó á un tiempo de todas las bocas.

Catalina se dejó caer sobre una silla que se hallaba á su lado.

—Y tú has visto eso? preguntó la señora Billot trémula de horror.

—Y Mr. Billot tambien.

—Oh Dios mio!

—Sí, y á estas horas habrán degollado ó quemado vivos á todos los aristócratas de Paris y de Versalles.

—Eso es horrible! esclamó Catalina.

—Horrible? y por qué? Vos no sois aristócrata, dijo Pitou.

—Pitou, dijo Catalina con una energía llena de tristeza; se me figura que no érais tan feroz antes de vuestro viaje á Paris.

—Ni lo soy ahora, dijo Pitoy; pero...

—Pues entonces no os vanagloriariais de los crímenes que cometen los parisienses, puesto que vos no sois parisiense y que no habeis cometido esos crímenes.

—Tan lejos he estado de cometerlos, que ha faltado muy poco para que Mr. Billot y yo hayamos sido víctimas de nuestro buen

corazon por defender á Mr. Berthier.

—Oh! mi buen padre! mi noble padre! no puedo menos de reconocerle en esa noble accion! esclamó Catalina llena de exaltacion.

Pitou refirió entonces la escena terrible de la plaza de Greve, la desesperacion de Billot y su deseo de volver á Villers-Cotterets.

—Y por qué no ha venido? preguntó Catalina con un acento que conmovió profundamente el corazon de Pitou, como uno de esos presagios funestos que los adivinos sabian hacer penetrar tan profundamente en los corazones.

—Mr. Gilberto no ha querido que venga, dijo Pitou.

—Pues qué, preguntó Mme. Billot, quiere por ventura Mr. Gilberto, que maten á mi marido?

—Quiere que se pierda la casa de mi padre? añadió Catalina.

—Oh! nada de eso, contestó Pitou; Mr. Billot y Mr. Gilberto se han comprendido perfectamente, y Mr. Billot se quedará aun por algunos dias en París para terminar la revolucion.

—Y ellos solos van á terminarla? preguntó la arrendataria.

—No, con ayuda de Mr. de Lafayette y Mr.

de Bailly.

—Y cuándo piensa volver? preguntó Catalina.

—Respecto al tiempo nada puedo deciros de fijo, señorita.

—Y tú cómo es que has venido, Pitou?

—Yo he sido comisionado para traer á casa del cura Fortier á Sebastian Gilberto y vengo aquí á traer las instrucciones de Mr. Billot.

Y Pitou, dichas estas palabras, se levantó, no sin cierta dignidad diplomática, que fué comprendida de los amos de la casa, si bien pasó desapercibida para los criados.

La señora Billot se levantó tambien y despidió á todos ellos.

Catalina permaneció sentada y estudió hasta en el fondo de su alma los pensamientos de Pitou antes de que estos saliesen de sus lábios.

—Qué irá ahora á decirme? dijo la jóven para sus adentros.

II.

Abdicacion de Mme. Billot.

Las dos mugeres reunieron toda su atencion para escuchar las voluntades de aquel honrado padre de familia.

Pitou no desconocia las grandes dificultades de su mision, pues habia visto demasiado tiempo á aquellas dos mugeres, para conocer en la una la costumbre del mando y la inmutable independencia de la otra.

Catalina, muchacha tan amable, tan laboriosa, tan buena, habia llegado á adquirir por medio de las buenas cualidades un gran ascendiente sobre todas las personas que la

rodeaban.

Pitou, al esponer su mision, comprendia todo el placer que iba á causar á la una y el dolor que iba á hacer sentir á la otra.

La señora Billot, reducida á un papel secundario, le parecia una cosa anormal, absurda. Esto engrandecia á Catalina respecto á Pitou y Catalina no tenia necesidad de ello en las presentes circunstancias.

Pero él representaba en la hacienda á uno de los heraldos de Homero, una boca, una memoria, no una inteligencia, y Pitou se espresó en estos términos:

—Señora Billot, el deseo de vuestro marido es que os fatigueis lo menos posible.

—Qué quereis decir? dijo la buena muger con alguna sorpresa.

—Qué significa la palabra fatiga? preguntó Catalina.

—Significa, respondió Pitou, que la administracion de una hacienda como la vuestra es una obligacion que lleva consigo demasiado trabajo y demasiado cuidado. Que es preciso hacer compras, convenios..

—Y bien, dijo la buena muger.

—Hacer pagos...

—Y qué?

—Vigilar las labores...

—Ya lo sé.

—Cuidar de la recoleccion.

—Y quién dice lo contrario?

—Nadie, señora Billot, nadie; pero para hacer las compras es preciso viajar.

—Para eso tengo mi caballo.

—Para verificar los pagos es preciso regatear, disputar.

—No tengo huesos en la lengua.

—Para las labores...

—Y qué, no estoy acostumbrada á una continua vigilancia?

—Y para la recoleccion? eso ya es otra cosa; es preciso ocuparse de hacer la comida á los trabajadores, ayudar á los carreteros...

—Todo eso no me asusta y nada me da que temer respecto al bienestar de mi casa.

—Pero señora Billot...

—En fin, qué hay?

—Tanto trabajo y luego la edad...

—Ah! esclamó la señora Billot, dirigiendo á Pitou una mirada de disgusto.

—Venid en mi ayuda, señorita Catalina, dijo el pobre muchacho, viendo que sus fuerzas se disminuian á medida que la situacion se hacia mas difícil.

—No sé qué puedo hacer para auxiliaros, dijo Catalina.

—Pues bien, ello es preciso concluir de una vez, repuso Pitou; Mr. Billot no tiene

una esposa para abrumarla con tantas fatigas, y ha elegido otra persona para que la releve de ellas.

—Y á quién ha elegido para eso? preguntó Mme. Billot, trémula de admiracion y de respeto.

—Ha escogido á una persona que es mas fuerte y mas jóven que vos. Ha escogido para esa mision á la señorita Catalina.

—Mi hija Catalina para gobernar la casa! esclamó la anciana con un acento indefinible de desconfianza y de celos.

—Bajo vuestras órdenes, madre mia; se apresuró á decir la jóven ruborizándose.

—No, no, prosiguió Pitou, que desde el punto que habia conseguido lanzarse, no conocia ya freno. Yo tengo que cumplir mi comision enteramente. Mr. Billot delega y autoriza á la señorita Catalina para que le represente en su ausencia y para que corra con todos los asuntos de la casa.

Cada una de estas palabras autorizadas por la verdad penetraba en el corazon de la dueña de la casa; pero era tal la bondad de aquella naturaleza, que en lugar de dejar desbordar la indignacion y los celos por aquel ataque contra su autoridad, la disminucion de su categoría, la halló mas resignada, mas obediente, mas firme en la creencia de la in-

falibilidad de su marido.

Billot podia por ventura equivocarse? Se podia desobedecer á Billot?

Estos fueron los dos únicos argumentos que se hizo á sí misma Mme. Billot.

Y desde aquel momento cesó toda idea de resistencia.

Miró á su hija, en cuyos ojos solo vió pintada la modestia, la confianza, los buenos deseos de cumplir su mision, la ternura y el respeto inalterables.

Esto acabó de rendirla enteramente.

—Mr. Billot, dijo, tiene razon; Catalina es jóven, tiene talento y no deja de ser testaruda.

—Oh! sí, dijo Pitou, seguro de que halagaba el amor propio de Catalina al mismo tiempo que la lanzaba un epígrama.

—Catalina, prosiguió la señora Billot, soportará las fatigas de los viajes mas fácilmente que yo y podrá mejor que yo vigilar á los trabajadores. Hará mejor las ventas y comprará con mas acierto. Sabrá hacerse obedecer.

Catalina dejó escapar una sonrisa.

—Ay! continuó la buena muger exhalando un suspiro. Hé ahí á mi hija que va á tener que recorrer dia y noche el campo! que va á ser la depositaria del dinero, que va á

andar de viaje á cada momento, y que va á transformarse en un hombre...

Pitou interrumpió á Mme. Billot.

—Nada temais, dijo, por la señorita Catalina; aquí estoy yo que la acompañaré á todas partes.

Esta generosa oferta que Pitou creyó deberia producir un favorable efecto, le valió una mirada tan estraña por parte de Catalina que le dejó desconcertado.

Las mejillas de la jóven se cubrieron de un vivo carmin no como el que se presenta en las mugeres cuando tienen alegría, sino como el encendido y desigual colorido que se estiende por un semblante que revelando por un doble síntoma la doble operacion del alma, su causa primera denuncia á un mismo tiempo la cólera y la paciencia, el deseo de hablar, y la necesidad de tener que guardar silencio.

Pitou no era hombre de mundo y estaba poco versado en coloridos.

Pero habiendo conocido sin embargo por el semblante de Catalina que no estaba muy satisfecha,

—Qué! dijo con una dulce sonrisa que puso al descubierto sus poderosos dientes bajo sus gruesos labios; qué! os callais, señorita Catalina?

—Ignorais, señor Pitou, que habeis dicho una solemne necedad?

—Una necedad! esclamó el pobre amante.

—Pardiez! dijo la señora Billot: estará de ver mi hija acompañada de un guardia de corps.

—Pero en el campo, en los bosques!... dijo Pitou con un acento tal de noble sencillez que hubiera sido un crímen reirse de él.

—Ha entrado eso tambien en las instrucciones de mi marido? continuó la buena muger que mostraba cierta disposicion para los epígramas.

—Oh! ese seria un oficio de vago que mi padre no puede haber aconsejado á Mr. Pitou, y que Mr. Pitou no habria seguramente aceptado de mi padre.

Pitou dirigia alternativamente sus grandes ojos desde Catalina á la señora Billot; todo el edificio que habia levantado en su imaginacion se venia abajo.

Catalina, como verdadera muger, comprendió la dolorosa decepcion de Pitou.

—Señor Pitou, dijo, habeis visto en Paris por ventura á las muchachas comprometerse de ese modo, y llevando á su lado á los jóvenes?

—Pero vos no sois una muchacha cualquie-

ra, sino la dueña de la casa.

—Vamos, basta de hablar, dijo ásperamente la señora Billot; pues hay demasiadas cosas que hacer. Ven, Catalina, te pondré en posesion de la casa en cumplimiento de la voluntad de tu padre.

Entonces dió principio ante los ojos del consternado Pitou una ceremonia que no dejó de tener cierta grandeza y cierta poesía en medio de su sencillez.

La señora Pitou sacó todas las llaves y las fué entregando una tras otra á Catalina, dándole la cuenta de la ropa blanca, de los vinos y de las provisiones. Pasó revista á los armarios de ropas marcadas con el año 1738 ó 1740, en uno de los cuales, y en un cajon secreto, guardaba Billot sus papeles, sus luises de oro y todo el tesoro y los archivos de la familia.

Catalina se dejó investir con la mayor gravedad de todo el poder y de toda la responsabilidad doméstica: hizo muchas preguntas á su madre, meditó profundamente sobre cada una de las palabras de las respuestas, y una vez recibidos los datos y los detalles, pareció encerrarlos en lo mas profundo de su memoria y de su razon, como un arma reservada á las exigencias de la lucha que iba á comenzar.

Despues del exámen de los objetos, la señora Billot pasó al de los animales domésticos, cuyo examen fué hecho con la mas escrupulosa minuciosidad.

Carneros buenos y enfermos, corderos, cabras, gallinas, pichones, caballos, bueyes y vacas.

Pero todo esto no pasaba de ser una operacion de nueva fórmula.

Nadie mejor que Catalina conocia todas aquellas aves y aquellos corderos que eran de su intimidad en los pocos dias; nadie mejor que ella sabia el número de palomas que muchas veces la rodeaban en las espirales de su vuelo, subiéndose en sus hombros, despues de haberla saludado con el movimiento de vaiven que caracteriza á la raza de los osos.

Los caballos relinchaban al acercarse Catalina y solo ella sabia hacerse obedecer de los mas fogosos de estos animales. Uno de ellos, potro criado en la casa habia llegado á ser un caballo padre, y rompia en la caballeriza trabas y ronzales por ir á buscar en las manos y en los bolsillos de Catalina las cortezas de pan duro.

Algunos séres humanos tienen en su mirada una fascinacion que seduce ó una fascinacion que causa terror; sensaciones ambas

tan poderosas para con los animales que estos jamás pueden sacudir su influencia.

Quién no ha visto á los feroces toros mirar melancólicamente por espacio de algunos minutos al niño que les sonrie sin conocer el peligro?

¿Y quién no ha visto á ese mismo toro fijar su mirada inquieto y asustado sobre el robusto vaquero que lo contiene con su vista como con una amenaza? el animal baja la cabeza, parece prepararse para luchar pero sus pies han echado raices en el suelo y se estremece sojuzgado por un vértigo irresistible; el toro tiene miedo.

Catalina ejercia una de estas dos influencias sobre todo lo que la rodeaba; era á la vez tan apacible y tan firme, tenia tanta dulzura y tal fuerza de voluntad, tan poca desconfianza y tan poco temor, que el animal delante de ella contenia todos sus belicosos y dañinos instintos.

Y esta influencia era aun mayor respecto á las personas. El encanto de aquella vírgen era irresistible; ningun hombre en toda la vecindad habia dejado escapar una sonrisa al hablar de Catalina; los que la amaban la codiciaban para esposa; los que no la amaban, la hubieran querido para hermana.

Pitou, con la cabeza inclinada, con los bra-

zos caídos y sin poder pensar en nada, seguia maquinalmente á la jóven y á su madre en aquella ceremonia.

Ninguna de las mugeres le habia dirigido la palabra. Pitou estaba allí como una guardia de honor, y su casco y su equipo no dejaba de hallarse en armonia con el papel que representaba.

Despues de terminada la inspeccion de los animales se procedió á la revista de los criados de la casa.

La señora Billot los hizo formar en semicírculo, y se colocó en el centro de él.

—Hijos mios, les dijo, vuestro amo se detiene algun tiempo en París y ha elegido una persona para que le represente en su ausencia y á quien debemos obedecer.

La persona elegida es mi hija Catalina que veis aquí; ved que jóven y fuerte. El amo ha obrado con mucho acierto. Asi es que desde este momento la dueña de todo es Catalina. Ella paga y cobra. Yo seré la primera en el cumplimiento de sus órdenes; los que la falten á la obediencia serán castigados por ella.

Catalina no añadió una sola palabra al discurso de su madre y la dió un cariñoso abrazo acompañado de un beso.

El efecto de este abrazo y de este beso fué mas poderoso que todas las palabras. La se-

ñora Billot derramó abundantes lágrimas; Piton no pudo menos de enternecerse.

Todos los criados aclamaron á su nueva soberana.

Desde el mismo momento entró Catalina en el ejercicio de sus funciones. Cada criado recibió su órden y salió á cumplirla animado de la mejor voluntad.

Pitou, que se quedó solo, concluyó por acercarse á Catalina y la dijo:

—Y yo?

—Vos...? Pues es verdad; pero nada tengo que mandaros.

—Y qué, he de estar sin hacer nada?

—Qué es lo que quereis hacer?

—Lo que hacia antes de mi viaje.

—Antes estábais al cuidado de mi madre.

—Pero ahora vos sois el ama y os pido trabajo.

—No lo tengo para vos.

—Por qué?

—Porque vos sois un sábio, un señorito de Paris á quien no convienen los rudos trabajos del campo.

—Es posible! esclamó Pitou.

Catalina hizo una señal afirmativa de cabeza.

—Yo un sábio! repitió Pitou.

—Sin duda.

—Pero mirad mis brazos, señorita Catalina.

—No importa.

—En fin, señorita Catalina, dijo el pobre muchacho lleno de desesperacion; por qué razon bajo pretesto de que soy un sábio, me quereis dejar morir de hambre? Ignorais que el filósofo Epitecto trabajaba para comer? Que el fabulista Esopo ganaba el pan con el sudor de su frente? Y sin embargo eran personas que sabian mas que yo.

—Y qué quereis hacerle?

—Pero Mr. Billot me habia recibido en su casa como criado y seguramente me envia aqui para que me quede en ella.

—Sea en buen hora, pues mi padre podia emplearos en trabajos que yo, hija suya, no podria imponeros.

—No me los impongais, señorita Catalina.

—Sí; pero entonces estaríais ocioso y eso es lo que yo no puedo permitir. Mi padre tenia derecho de hacer como amo lo que yo no puedo hacer como delegada suya. Yo administro sus bienes y es preciso que sus bienes produzcan.

—Pero yo trabajaré y daré ganancias; estais, señorita Catalina, dando vuelta en un círculo vicioso.

—De veras? esclamó Catalina que no comprendia las frases de Pitou. Y qué es un circula vicioso?

—Se llama círculo vicioso á un razonamiento erróneo, Dejadme en la hacienda al cuidado de las aves si lo teneis á bien. Entonces conocereis si soy un sabio ó un holgazan. Además teneis que llevar los libros de las cuentas: hay que ordenar y clasificar los papeles, y ya sabeis que mi especialidad era la aritmética.

—Esa no es bastante ocupacion para un hombre, dijo Cataline.

—Pero entonces yo no sirvo para nada?

—Seguid en la hacienda, dijo Calina enduldando el tono de su voz: yo reflexionaré, y ya veremos qué podeis hacer.

—Pedís tiemdo para reflexionar si debo ó no quedarme en la hacienda. ¿Pero qué os he hecho yo, señorita Catalina? Ah! no erais asi en otro tiempo!

Catalina se encogió imperceptiblemente de hombros.

No tenia buenas razones con que contestar á Pitou, y sin embargo era evidente que su insistencia la cansaba.

Asi es que cortando la conversacion,

—Basta de palabras, señor Pitou, dijo; voy ahora á Laferté-Milon.

—Pues voy á ensillar vuestro caballo, señorita Catalina.

—Nada de eso, quedaos aqui.

—Y os negais á que os acompañe?

—Quedaos, dijo imperiosamente Catalina,

Pitou permaneció como clavado en el suelo, bajando la cabeza y procurando ocultar una lágrima que abrasaba su párpado como si hubiera sido de aceite hirviendo.

Catalina salió dejando á Pitou en aquel estado y dió á un criado órden de que ensillase su caballo.

—¡Ah! esclamó Pitou, me hallais cambiado, señorita Catalina; pero realmente no soy yo, sino vos la que ha variado enteramente.

III.

Lo que decide á Piton á abandonar la hacienda y á volver á Haramotn, su única y verdadera patria.

Entretanto la señora Billot, resignada á las funciones de súbdita, habia vuelto á sus ocupaciones, sin afecctacion, sin resintimiento y con la mejor voluntad del mundo.

El movimiento interrumpido por un momento en toda aquella gararquía agrícola, volvio á imitar el interior de la colmena por su agitacion y su ruido.

En tanto que preparaban el caballo de Ca-

talina, entró esta, dirigió una mirada á Pitou, cuyo cuerpo permaneció inmóvil pero cuya cabeza giró como una veleta siguiendo los movimientos de la jóven hasta que hubo desaparecido por la puerta.

Qué es lo que buscaba allí Catalina? se preguntó á sí mismo Pitou.

Pobre Pitou! Catalina iba á peinarse á ponerse una gorrita blanca y unas medias finas.

Luego así que hubo concluido de arreglarse y oyendo á su caballo que piafaba á la puerta, dió un abrazo á su madre y partió.

Pitou sin tener en que ocuparse, pero satisfecho con la mirada medio indiferente, medio misericordiosa que Catalina le habia dirigido al parir, no pudo resolverse á permanecer en aquella perplegidad.

Desde que Pitou habia vuelto á ver á Catalina parecíale que la vida de esta le era absolutamente necesaria.

Además, en el fondo de aquel espíritu pesado y soporoso se agitaba pausadamente una sospecha á la manera de una péndola.

Es una cosa inherente á las almas resueltas el percibirlo todo á una igual distancia. Estas naturalezas perezosas no son menos sensibles que las demás, pero ellas sienten sin analizar.

El análisis es la costumbre de gozar y de sufrir, es preciso haber contraido cierto hábito de sensaciones para contemplar su tristeza en el fondo del abismo que se llama corazon humano.

Asi es que no hay ancianos sencillos.

Luego que Pitou oyó las herraduras del caballo que se alejaba, corrió hácia la puerta. Entonces vió á Catalina que seguia una estrecha senda de travesía que conducia desde la hacienda al camino real de Laferté Milon y que terminaba al pie de una pequeña montaña cuya cima se perdió en medio de la selva.

Desde el humbral de aquella puerta, Pitou envió á la jóven su adios lleno de dolores y de humildad.

Y asi que envió este adios se puso á reflexionar.

Catalina podia prohibirle que la acompañara; pero no impedirle que la siguiera.

Catalina podia decir á Pitou: yo no quiero veros. Pero no podia decirle. Yo os prohibo que me mireis.

Pitou reflexionó que puesto que no tenia otra cosa que hacer, nada podia impedirle seguir de lejos á Catalina. De este modo podria verla á lo lejos y á través de los árboles sin ser visto por ella.

Desde la hacienda á Laferté Milon habia solo legua y media.

Legua y media de ida y legua y media de vuelta eran muy poca cosa para Pitou.

Además Catalina se dirigia al camino por una senda que formaba ángulo con la selva; de modo que siguiendo la perpendicular, Pitou economizaba un cuarto de legua. Así es que la jornada quedaba reducida á dos leguas y media solamente.

Dos leguas y media no eran nada para las descomunales zancas de Pitou.

Apenas Pitou concibió este proyecto cuando lo puso en ejecucion.

En tanto que Catalina se dirigia al camino real, Pitou agazapándose para no ser visto detrás de los árboles, se adelantaba hácia la selva.

En un momento llegó á la entrada de ella y se lanzó bajo los árboles con menos gracia pero con mas rapidez que un corzo espantado.

De esta manera corrió un cuarto de hora, al cabo del cual pudo distinguir el camino real.

Entonces se detuvo y se apoyó contra nna enorme encina que le ocultaba enteramente tras de su rugoso tronco, seguro de que se habia adelantado á Catalina.

Y sin embargo, esperó diez minutos, un cuarto de hora, y no divisó á nadie.

Se habria olvidado de alguna cosa y habria tenido tal vez que volver á la hacienda?

Esto nada tenia de estraño.

Pitou se acercó al camino con las mayores precauciones, adelantó su cabeza por entre dos hayas que lindaban con él y dirigió su vista hácia la llanura; pero sin divisar nada.

Catalina habia sin duda olvidado alguna cosa y vuelto á la hacienda.

Pitou volvió á ponerse en marcha. O Catalina no habia llegado aun, y entonces la veria entrar, ó bien habiendo ya entrado la veria salir.

Pitou abrió el compás de sus largas piernas y se puso á medir con él el espacio que le separaba de la llanura.

Pero en la mitad de su carrera se detuvo; Catalina habia seguido una estrecha senda á cuya entrada se leia sobre una piedra:

Senda que conduce desde el camino de Laferté Milon á Boursonne.

Pitou levantó la vista, y á la estremidad opuesta de la senda divisó, confundido á una gran distancia en el azulado horizonte de la selva, el caballo blanco y el corpiño encarna-

do de Catalina.

Estaba, como decimos, á gran distancia; pero ya sabemos que no habia distancias para Pitou.

—Ah! esclamó este lanzándose de nuevo á través de la selva; segun eso no va á Laferté Milon, sino á Boursonne.

Y sin embargo yo no me he equivocado; ha repetido Laferté Milon lo menos diez veces.

La han dado encargos para Laferté Milon y la misma señora Billot ha hablado de Laferté Milon.

Y diciendo esto, Pitou seguia siempre corriendo, y corriendo cada vez con mas ímpetu.

Esto provenia de que impulsado por la duda, por esta primera mitad de los celos, Pitou habia dejado de ser un bípedo y parecia una de esas máquinas aladas, que los grandes mecánicos de la antigüedad soñaron con tal esactitud y que ejecutaron tan mal.

Las descomunales piernas de Pitou señalaban ángulos de cinco pies de abertura, y sus brazos, semejantes á dos péndolas en movimiento, se agitaban como dos remos.

Jamás caballo alguno se vió animado por aquel ardiente deseo de correr.

Ningun leon sintió jamás un ansia tan voraz de alcanzar su presa.

Tenia Pitou que correr mas de media legua para llegar al sitio en que habia visto á Catalina, y antes que esta hubiese avanzado un cuarto de legua se halló en él.

De manera que habia corrido con doble velocidad que la que lleva un caballo al trote.

Por último, consiguió colocarse en una línea paralela á la de aquella.

Hallábase á unos quinientos pasos de los límites de la selva en el lado opuesto á aquel por donde habia entrado en ella.

En este punto se hallaba Boursonne.

Catalina se detuvo y Pitou hizo otro tanto.

Ya era tiempo, pues el pobre amante se hallaba tan fatigado que apenas podia respirar.

No era únicamente por ver á Catalina por lo que la seguia Pitou, sino para velar por ella, y para ver lo que iba á hacer allí.

Catalina habia mentido: y con qué objeto?

Para conquistar sobre ella cierta superioridad, era preciso cogerla en flagrante delito de mentira.

Pitou destruia cuantos obstáculos se oponian á su paso, bien penetrando y abriéndose camino con su casco ó cortando las malezas con su sable.

Pero como Catalina seguia el camino al

paso de su caballo, de vez en cuando el ruido de las ramas rotas llegaba hasta ella.

Entonces Pitou se detenia un instante para tomar aliento, hasta que Catalina seguia su camino.

Esto no podia durar asi mucho tiempo.

Pitou oyó relinchar el caballo de Catalina y otro relincho contestó á este.

Pero no se podia divisar aun al caballo que contestaba.

Catalina entonces sacudió los lomos de Cadet con una varita que llevaba en la mano y Cadet volvió á tomar el trote.

Al cabo de unos cinco minutos y gracias á este aumento de velocidad, Catalina llegó á reunirse con un ginete que por su parte salia á su encuentro con no menos ardor al parecer.

El movimiento de Catalina habia sido tan rápido y tan inesperado, que el pobre Pitou se habia quedado inmóvil y de pie en el mismo sitio, levantándose sobre la punta de los pies para poder ver á mayor distancia.

Y verdaderamente mediaba demasiada distancia para poder ver. Pero si Pitou no pudo ver, pudo sentir una especie de conmocion eléctrica, producida por la alegría y por el carmin que coloreó las mejillas de la jó-

ven, por el ardor febril que se pintó en sus ojos siempre tan tranquilos y serenos.

No pudo distinguir quién fuese el ginete, porque la distancia le impedia reconocer las facciones; pero reconociendo en su porte, en su levita de caza de terciopelo verde y en su sombrero, que debia pertenecer á la clase elevada de la sociedad, su imaginacion le representó al momento al agraciado bailarin de Villers-Cotterets.

Su corazon, su boca, todas las fibras de sus entrañas se estremecieron á un mismo tiempo produciendo un sonido, un nombre: el de Isidoro de Charny.

Y él era en efecto.

Pitou exhaló un suspiro que se asemejaba á un rugido mas que á otra cosa, y adelantándose á todo correr por la selva, llegó á distancia de veinte pasos de los dos jóvenes demasiado ocupados entonces para poder distinguir si el ruido que oian era causado por algun cuadrúpedo ó por algun bípedo.

Con todo, el ginete se volvió hácia el lado donde estaba Pitou, se levantó sobre los estribos y dirigió una mirada.

Pero al mismo tiempo Pitou se tendió en el suelo boca abajo.

En seguida se deslizó como una serpiente,

y llegando á diez pasos de los interlocutores pudo escuchar su conversacion.

—Buenos dias, Mr. Isidoro, decia Catalina.

—Mr. Isidoro! esclamó Pitou. Bien me habia yo figurado.

Y entonces sintió sobre su pobre corazon un peso como el de un caballo y un ginete.

Y entonces fue cuando esperimentó toda la fatiga, resultado de aquel trabajo que la duda, la desconfianza y los celos le habian hecho llevar á cabo por espacio de una hora.

Los dos jóvenes uno frente al otro, habian soltado á un mismo tiempo las bridas de los caballos para cogerse de las manos, en tanto que estos se acariciaban mútuamente como antiguos amigos.

—Os habeis retrasado hoy, Mr. Isidoro, dijo Catalina rompiendo el silencio.

—Hoy! repitió Pitou; segun eso parece que los demas dias no se retrasa.

—No ha consistido en mí, querida Catalina, respondió el jóven: me ha detenido una carta de mi hermano que he recibido esta mañana y á la cual he tenido que contestar sin pérdida de correo. Pero nada temais, y mañana seré mas puntual.

Catalina se sonrió y Charny apretó aun

mas la mano que aquella le abandonaba.

—Segun eso teneis noticias recientes de París? preguntó aquella.

—Sí.

—Pues yo tambien, dijo Catalina sonriendo. No me digísteis dias pasados que cuando sucedia una cosa parecida á dos personas que se aman, era porque habia simpatías entre ellas?

—Es cierto; pero decidme; cómo es que vos habeis recibido tambien noticias, hermosa Catalina?

—Por Pitou.

—Y quién es ese Pitou? preguntó el jóven noble con un acento burlon que hizo cambiar en carmesí el encarnado color de las mejillas de Pitou.

—Ya sabeis quién es; Pitou es aquel pobre muchacho que mi padre recogió en la hacienda y que me daba el brazo el domingo pasado.

—Ah! ya me acuerdo, dijo Charny; es uno que tiene unas rodillas muy gordas?

Catalina se echó á reir. Pitou se sintió humillado, rabioso, dirigió una mirada á sus rodillas que le parecieron deformes realmente y se volvió á dejar caer en el suelo.

—Vamos, dijo Catalina, no trateis tan cruelmente al buen Pitou. Sabeis lo que me pro-

ponia hace un momento?

—No, pero contádmelo; eso me divertirá, encantadora Catalina.

—Pues queria nada menos que acompañarme á Laferté Milon.

—Adonde no ireis, eh?

—No, pues ya sabia que me debíais esperar aquí.

—Y por qué no habeis aceptado la oferta de ese noble jóven? nos hubiera entretenido.

—No siempre, repuso riendo Catalina.

—Teneis razon, Catalina, dijo Isidoro fijando en la hermosa arrendataria sus ojos brillantes de amor.

Y al mismo tiempo estrechó en sus brazos el rostro encendido de la jóven.

Pitou cerró los ojos para no ver, pero no se acordó de cerrarse los oidos para no oir y el ruido de un beso llegó hasta ellos.

Pitou entonces se arrancó un puñado de cabellos.

Cuando volvió en si, ambos jóvenes habian puesto sus caballos al paso y se alejaban poco á poco.

Las últimas palabras que Pitou pudo percibir fueron las siguientes:

—Si, teneis razon, M. Isidoro, paseemos un poco; aun puedo permanecer aquí una ho-

ra, y luego me la harán ganar las piernas de mi caballo; es un buen animal y no dirá nada.

Y aquí cesó de oir, pues la vision desapareció. Una profunda oscuridad se esparció por el alma de Pitou lo mismo que se iba esparciendo por la naturaleza, y el pobre muchacho se quedó entregado á su dolor.

La frescura de la noche le volvió en su acuerdo.

—No volveré á la hacienda, dijo; allí no haria otra cosa que sufrir humillaciones: allí comeria el pan de una muger que ama á otro hombre; á un hombre, lo confieso, que es mas buen mozo, mas rico, mas elegante que yo. No, mi puesto no está en Pisseleux, sino en Haramont; Haramont es mi pais, y alli encontraré tal vez personas que no echarán de ver que mis rodillas sean gordas ó delgadas.

Y dicho esto, Pitou sacudió sus piernas y se encaminó á Haramont, donde sin que él pudiera presumirlo, su reputacion y la de su casco y su sable le habian precedido, y donde le esperaba, ya que no la felicidad, al menos un destino glorioso.

Ya se sabe que es propio de la pobre humanidad el no hallar nunca una felicidad completa.

IV.

Pitou Orador.

Pitou, al llegar á Villers-Cotterets, á eso de las diez de la noche, despues de haber salido de aquel punto seis horas antes y de haber hecho aquel precipitado viaje, Pitou, decimos, conoció que por desesperado que estuviese, valia mas detenerse en la posada del Delfin y acostarse en una buena cama, que no dormir á campo raso bajo alguna haya ó alguna encina de la selva.

Porque llegando á Haramont á las diez y media de la noche, no habia que pensar que le abriesen la puerta de ninguna casa, ha-

ciendo ya hora y media que sus habitantes estaban entregados al sueño.

Pitou se detuvo pues, en la fonda del Delfin, donde mediante una moneda de treinta sueldos, tuvo una escelente cama, un pan de cuatro libras, un pedazo de queso y un pedazo de cuartillo de cidra.

Pitou se hallaba á la vez molido y enamorado, engañado y aburrido; de aquí resultó entre lo físico y lo moral una lucha en que lo moral victorioso en un principio, sucumbió al cabo.

Es decir, que desde las once á las dos de la madrugada, Pitou lloró, suspiró y dió vueltas en la cama sin poder conciliar el sueño; pero á las dos, vencido por el cansancio, cerró los ojos para no voverlos á abrir hasta las siete.

Si bien es cierto que á las diez y media de la noche todo el mundo está durmiendo en Haramont, no lo es menos,que á las siete todos están de pies en Villers-Cotterets.

Pitou al salir de la posada del Delfin, pudo por lo tanto contemplar el efecto que producia de nuevo su casco y su sable.

Habia andado apenas unos cinco pasos, cuando se halló rodeado de una multitud de personas.

Indublamente Pitou habia adquirido una

gran popularidad en el pais.

Pocos viageros llegan á obtener un éxito tan brillante. El sol que dicen ace lo mismo para todo el mundo, no siempre brilla con el resplandor favorable para las personas que vuelven á su pais con el designio de ser profetas.

Verdad es que no sucede á todos el tener una tia gruñona y avara hasta rayar en ferocidad, como lo era la tia Angélica, y no todos los que pueden despachar un gallo con arroz de una manera tan digna, suelen tener escudos de oro que ofrecer en cambio de él.

Y lo que es aun menos frecuente, aquello cuyo origen se remonta á la Odisea, es el volver con un casco en la cabeza y un sable en la cintura, sin mas equipo militar.

Porque preciso es confesarlo; lo que mas llamaba la atencion en Pitou, era su sable y su casco.

Ya hemos visto que á no ser por los crueles dolores de su enamorado corazon, todos hubieran sido triunfos y satisfacciones para Pitou.

Asi es que algunos vecinos de Villers-Cotterets, que habian acompañado el dia anterior á Pitou desde la puerta de la casa del cura Fortier, calle de Soissons a la de la ca-

sa de la tia Angélica, resolvieron para continuar la ovacion, llevar á Pitou desde Villers-Cotterets á Haramont.

Y lo hicieron efectivamente como lo habian pensado; lo cual visto por los vecinos de Haramont, empezaron á apreciar á su compatriota en su justo valor.

Verdad es que ya la tierra se hallaba preparada para recibir la semilla.

El primer pasage de Pitou, por rápido que hubiera sido, habia ya operado una profunda impresion en los ánimos; su casco y su sable habian quedado imdelebles en la memoria de los que le habian visto como una aparicion luminosa.

Por lo tanto los habitantes de Haramont, aprovechando la vuelta de Pitou, que no esperaban seguramente, le colmaron de las mas relevantes muestras de consideracion, rogándole que se despojase de su marcial atavio y que sentase sus reales bajo los cuatro tilos que sombreaban la plaza del pueblo, no de otro modo que suplicaban á Marte en Tesalia, en los aniversarios de sus triunfos.

Pitou, se dignó acceder á aquellos deseos, con tanta mas razon, cuanto que su proyecto era el de permanecer en Haramont, aceptando el ausilio de una habitacion que uno de sus belicosos compatriotas, le alquiló con todo

el mueblage necesario.

Esto es, un tablado con un gergon y un colchon, dos sillas, una mesa y una jarra.

Todo ello fue valuado por el propietario en la suma de seis libras por año, de alquiler; esto es, en lo que valian dos gallos con arroz.

Convenidos ya en el ajuste, Pitou tomó posesion de su domicilio, mandando servir un trago de vino á los que le habian acompañado, y como los sucesos y el vino se le habian subido á la cabeza les dirijió un discurso desde el dintel de la puerta.

Pitou habia visto, habia aprendido y conocia un poco las fórmulas de la oratoria y sabia las ocho palabras sacramentales, con que en aquella época se ponian en conmocion las masas populares.

De M. de Lafayette á Pitou habia sin duda mucha distancia; pero indudablemente habia mas de Paris á Haramont, hablando moralmente, por supuesto.

Pitou empezó por un exordio que no hubiera desagradado al mismo cura Fortier por descontentadizo que fuese.

—Ciudadanos, dijo, ciudadanos; esta palabra es muy dulce de pronunciar, ya la he pronunciado ante otros franceses, porque todos los franceses son hermanos; pero aquí

sobre todo creo estar hablando con verdaderos hermanos y mis compatriotas de Haramont, son mi familia.

Las mugeres, pues habia algunas entre el auditorio, y seguramente no eran las que se hallaban mejor dispuestas en favor de Pitou, pues Pitou tenia aun las rodillas demasiado abultadas y las pantorrillas demasiado enjutas para prevenir en buen sentido respecto al sexo femenino, las mugeres, decimos, al oir la palabra *familia* pensaron en aquel pobre Pitou, desgraciado huérfano abandonado desde la muerte de su madre que no habia nunca podido contentar debidamente su exigente estómago.

Y la palabra *familia* pronunciada por aquel jóven que no la tenia, conmovió en muchas de ellas esa fibra tan sensible que contiene el manantial de las lágrimas.

Terminado el exordio, Pitou dió principio á la narracion, segunda parte de todo discurso.

Refirió su viage á París, los motines, la toma de la Bastilla, y las venganzas del pueblo; habló muy por encima de la parte que habia tomado en el combate de la plaza del Palais-Royal y del arrabal de san Antonio, pero cuando menos él se alababa de aquellos hechos de armas, tanto mas se engrandecia á

los ojos de sus compatriotas; y al terminar la narracion de Pitou, su casco habia tomado las dimensiones de la media naranja de los Inválidos y su sable era tan largo como el campanario de la iglesia de Haramont.

Concluida que fué, Pitou pasó á la confirmacion, esa delicada obra, en que reconocia Ciceron al verdadero orador.

Probó que las pasiones populares se habian justamente levantado contra los agiotistas. Dijo muy buenas cosas de Pitt y de su hijo, esplicó la revolucion por medio de los privilegios concedidos á la nobleza y al clero, y por último incitó al pueblo de Haramont á hacer en pequeño lo que el pueblo francés habia hecho en grande, es decir, á reunirse contra el enemigo comun.

De la confirmacion pasó Pitou á la peroracion, por medio de una de esas transiciones sublimes que son peculiares de los grandes oradores.

Dejó caer su sable, y al levantarse del suelo le sacó inadvertidamente de la vaina.

Lo cual le suministró el testo de una proposicion incendiaria que llamaba á las armas á los habitantes del distrito, á imitacion de los parisienses.

Los Haramonteses entusiasmados respondieron con descompasadas aclamaciones.

Y la revolucion fué proclamada y victoreada en el pueblo.

Los vecinos de Villers-Cotterets, que habian asistido á la sesion, salieron de ella con el corazon henchido de patriotismo, y cantando en el tono mas amenazador para los aristócratas.

Viva Enrique IV
Viva el rey valiente!

Rouget de l' Isle no habia aun compuesto la *Marsellesa*; y los revolucionarios del año 90 no habian aun resucitado del antiguo *Zatira* popular pues se hallaban aun en el año de gracia de 1789.

Pitou creyó haber hecho tan solo un discurso, y habia hecho una revolucion.

Entró en su casa, se regaló con un pedazo de pan moreno y el resto del queso de la posada del Delfin, resto de queso preciosamente conservado en su casco, y en seguida se fué á comprar alambre para hacer ballestas y lazos, que en cuanto llegó la noche colocó en la selva.

Aquella misma noche, Pitou cogió un conejo y un gazapo.

Bien hubiera querido atrapar una liebre, pero por aquel paraje no habia ninguna, y Pitou tuvo que recordar el antiguo adagio de

los cazadores: perros y gatos, liebres y conejos, nunca viven juntos.

Hubiera tenido que andar tres ó cuatro leguas para llegar hasta un paraje abundante de liebres, y Pitou se hallaba demasiado fatigado, pues sus piernas habian trabajado el dia anterior todo cuanto se podia exigir en una jornada, despues de haber recorrido quince leguas, y habian sustentado durante las cuatro ó cinco últimas, á un hombre rendido por el dolor, que es la mas pesada carga que pueden soportar unas piernas largas.

A eso de la una de la mañana entró en su casa con su primera presa, esperando tener otra durante el resto de ella.

Metióse en la cama, conservando un recuerdo tan amargo de aquel dolor que el dia antes habia fatigado sus piernas, que no pudo dormir mas que seis horas seguidas sobre un feroz colchon.

De modo que Pitou durmió desde la una á las siete de la mañana, y el sol le sorprendió durmiendo y con la ventana abierta.

Por esta ventana mirábanle dormir treinta ó cuarenta vecinos de Haramont.

Pitou se despertó como Turena sobre su cureña, dirijió una graciosa sonrisa á sus compatriotas, y les preguntó por qué motivo

acudian allí tan de mañana.

Uno de los concurrentes tomó la palabra, y daremos una cuenta esacta del diálogo que tuvo lugar.

Era el interlocutor un leñador llamado Claudio Tellier.

—Angel Pitou, dijo este, hemos estado reflexionando toda la noche; los ciudadanos deben, efectivamente, acudir á las armas, como dijiste ayer muy acertadamente en favor de la libertad.

Sí, lo he dicho; contestó Pitou con una enerjía que probaba se hallaba dispuesto á sostener sus palabras.

—Solamente que para armarnos nos falta una cosa.

—Qué?

—Armas.

—Ah! es cierto, dijo Pitou.

—Con todo, hemos reflexionado lo bastante para que nuestras reflexiones no hayan sido sin fruto, y estamos decididos á armarnos á cualquier precio que sea.

—Cuando yo salí de Haramont, dijo Pitou, habia en él cinco armas de fuego; tres fusiles, una escopeta de un tiro y otra de dos.

—Pues hoy solo hay cuatro, contestó el orador; una escopeta ha reventado hace un

mes, de puro vieja.

—Seria la escopeta de Mr. Desire Maniquet.

—Sí; y al reventar me ha llevado dos dedos, dijo Mr. Maniquet levantando por encima de su cabeza su mano mutilada; y como la desgracia me sucedió en las tierras de ese aristócrata que llaman Mr. Longpré, los aristócratas me pagarán esto.

Pitou inclinó la cabeza en señal de asentimiento á esta justa venganza.

—De modo que solo tenemos cuatro armas de fuego, repuso Claudio Tellier.

—Pues bien, con cuatro armas teneis ya con que armar á cinco hombres.

—Y cómo?

—De una manera muy sencilla; el quinto llevará una pica como se hace en París; para cuatro hombres armados de fusiles se pone uno armado con una pica, esto es muy cómodo, porque las picas sirven para colocar las cabezas que se cortan.

—Oh! esclamó una voz que salió de en medio del grupo; pero nosotros no cortaremos cabezas.

—No, contestó gravemente Pitou; si sabemos despreciar dignamente el oro de los Pitt padre é hijo. Pero volvamos á las armas de fuego; no salgamos de la cuestion, como dice

M. Bailly. Cuántos hombres hay en Haramont con que pueda contarse?

—Treinta y dos.

—Segun eso, faltan veinte y ocho fusiles.

—Que nunca tendremos, dijo la voz que se habia dejado ya oir un poco antes.

—Eso será lo que tase un sastre, Bonifacio.

—Pues qué?

—Porque yo sé el modo de tenerlos.

—Y cómo?

—El pueblo de Paris no tenia armas tampoco. Pues bien; Mr. Marat, médico muy sábio, pero muy feo, dijo al pueblo de Paris dónde las habia de hallar, y el pueblo las ha encontrado.

—Y á dónde dijo Mr. Marat que debian ir á buscar armas? preguntó Maniquet.

—Al cuartel de inválidos.

—Sí, pero en Haramont no hay inválidos.

—Con todo, dijo Pitou, yo conozco un punto en que hay mas de cien fusiles.

—Dónde?

—En una de las salas del colegio del cura Fortier.

—El cura Fortier tiene cien fusiles? segun eso, ese galopin quiere armar sus discípulos!

Pitou no sentia las mayores simpatías hácia el cura Fortier; sin embargo, aquel insulto contra su antiguo maestro le hirió profundamente.

—Claudio! esclamó Pitou, Claudio!

—Y bien, qué hay?

—Yo no he dicho que esas armas fuesen del cura Fortier.

—Si están en su casa serán suyas.

—Ese dilema es erróneo, Claudio. Yo estoy en casa de Badinet, y sin embargo, la casa de Badinet no es mia.

—Es cierto, dijo Badinet.

—Así pues, como iba diciendo, las armas en cuestion no son del cura Fortier, dijo Pitou.

—Pues á quién pertenecen?

—Al ayuntamiento.

—Pues entonces, cómo es que se hallan en casa del cura?

—Porque la casa que ocupa el cura Fortier es del ayuntamiento, que le dá habitacion por decir misa y por enseñar gratis á los hijos de los pobres. Ahora bien, supuesto que la casa que ocupa el cura Fortier es propiedad del ayuntamiento, nada tiene de estraño que el ayuntamiento se haya reservado una habitacion en ella para guardar esas armas.

—Es cierto! dijeron los concurrentes.

—Pues ahora lo que hace falta es saber cómo nos apoderamos de esas armas.

La pregunta dejó un poco suspenso á Pitou, que se rascó la oreja.

—Vamos, despáchate Pitou, porque tenemos que ir á trabajar.

Pitou respiró con mas libertad, pues el último interlocutor le habia proporcionado una escapatoria.

—Trabajar! esclamó Pitou. Hablais de armaros y pensais en trabajar.

Y Pitou acentuó sus palabras con un tono tan irónico de desprecio, que los Haramonteses se miraron avergonzados.

—Si es preciso, sacrificaremos algunos dias de trabajo, dijo uno de ellos, para ser libres.

—Para ser libres, dijo Pitou, es preciso sacrificar no algunos dias, sino todos.

—Segun eso, dijo Bonifacio, cuando se trabaja por la libertad, se descansa.

—Bonifacio! esclamó Pitou con un aire de Lafayetfe irritado. Los que no sepan hollar bajo sus pies las preocupaciones, no serán nunca libres.

—Yo, dijo Bonifacio, nada deseo mas que no trabajar. Pero cómo haremos para comer?

—Pues qué, se come? repuso Pitou.

—En Haramont sí, todavía se come. Por ventura en Paris se ha abolido ya esa costumbre?

—Se come cuando se ha vencido á los tiranos. Comieron en Paris el 14 de julio? se pensaba entonces en comer? No, no habia tiempo para pensar en ello.

—¡Oh! esclamaron los mas entusiastas, seria una cosa magnífica la toma de la Bastilla.

—¡Comer! continuó desdeñosamente Pitou. Beber ya era otra cosa, pues hacia un calor con el polvo y el humo de la pólvora!..

—¿Y qué es lo que se bebia?

—¿Qué bebíamos? agua, vino, aguardiente. Las mugeres eran las que nos servian.

—¿Las mugeres?

—Sí, las mugeres, mugeres heróicas que habian hecho banderas con sus vestidos y delantales.

—¿De veras? esclamaron los oyentes llenos de admiracion.

—Pero en fin, dijo uno de los mas escépticos, al dia siguiente comerian.

—No digo que no, contestó Pitou.

—Entonces, repuso Bonifacio con aire de triunfo, si comieron seria porque tra-

bajasen.

—Bonifacio, dijo Pitou, estais hablando de esas cosas sin entender una palabra de todo ello. Paris no es una aldea. No es un grupo de campesinos oscuros que se entregan esclusivamente á las exigencias de su vientre, *Obedentia ventri*, como decimos los sábios en latin. Nada de eso, Paris, como dice Mr. Mirabeau, es la cabeza de las naciones; es un cerebro que piensa por el resto del mundo, y un cerebro no como el del señor Bonifacio.

—Es verdad, dijeron para sí los oyentes.

—Y sin embargo, prosiguió Pitou, el cerebro aunque no come se nutre.

—¿Y como? preguntó Bonifacio.

—Invisiblemente y del alimento mismo con que se nutre el resto del cuerpo.

Aquí los haramonteses cesaron de comprender.

—Esplícanos eso, Pitou, dijo Bonifacio.

—Es muy sencillo, dijo Pitou. París es el cerebro, como he dicho; las provincias son los miembros, las provincias trabajarán, beberán, comerán y París pensará.

—Pues entonces, abandono las provincias y voy á Paris, dijo el escéptico Bonifacio. ¿Venís vosotros conmigo?

Una parte del auditorio no pudo contener la risa, y pareció participar de la opinion de Bonifacio.

Pitou comprendió que aquel incrédulo iba á menoscabar su influencia.

—Id, dijo, á París; y si en toda aquella ciudad hallais una facha tan ridícula como la vuestra, me comprometo á compraros cada gazapo como el que veis ahí á un luis cada uno.

Y con una mano señalaba Pitou á su gazapo, en tanto que la otra hacia sonar en su bolsillo algunos luises, restos de la munificencia de Gilberto.

Pitou á su vez arrancó carcajadas del auditorio; lo cual hizo poner el semblante de Bonifacio encendido como la grana.

—Pitou, dijo, haces mal en llamarme ridículo.

—*Ridiculus tu es*, dijo magestuosamente Pitou.

—Pero echa una ojeada sobre tu persona, dijo Bonifacio.

—Por mas que me mire, lo único que podré ser es una cosa tan fea como tú, pero no tan estúpida.

Apenas habia Pitou concluido de decir estas palabras, cuando Bonifacio le asentó un puñetazo que Pitou paró muy bonitamente

con un ojo, pero al que contestó con un puntapié enteramente parisiense.

Este primer puntapié fué seguido de otro que derribó en tierra al escéptico.

Pitou se inclinó sobre su adversario, pareciendo dispuesto á concluir la refriega de una manera fatal, y ya todos se disponian á acudir en auxilio de Bonifacio, cuando Pitou levantándose:

—Ten entendido, dijo, que los vencedores de la Bastilla no se baten á puñetazos. Yo tengo un sable, toma tú otro, y terminemos este asunto como es debido.

Y diciendo esto, Pitou desenvainó su sable, olvidando ó no olvidando que su sable y el de un anciano guardia eran los únicos que habia en Haramont.

Aquella grandeza de alma entusiasmó á la asamblea, y quedó sentado que Bonifacio era un tronera, un pobre mentecato, indigno de tomar parte en la discusion de los asuntos públicos.

Por todo lo cual, Bonifacio fué espulsado ignominiosamente.

– Ya veis, dijo Pitou, la imágen de las revoluciones de Paris. Como ha dicho Mr. Prudhomme ó Loustalot... Yo creo que el virtuoso Loustalot... si, él fué, estoy seguro de ello:

«Los grandes no nos parecen grandes, sino porque nosotros estamos de rodillas: levantémonos.»

Esta cita no tenia relacion alguna con la situacion; pero tal vez, sin duda por eso mismo, produjo un efecto mágico.

El escéptico Bonifacio, que se hallaba retirado unos veinte pasos, sintió todo el poder de ella, y volvió humildemente á decir á á Pitou:

—No debes querernos mal porque ayer no conocíamos la libertad tan bien como tú.

—No se trata aqui de la libertad, sino de los derechos del hombre.

Este segundo golpe de clavo acabó de echar por tierra al auditorio.

—Decididamente, Pitou, dijo Bonifacio, tú eres un sábio, y nosotros debemos rendirte homenage.

Pitou hizo una grave reverencia.

—Sí, dijo, la educacion y la esperiencia me han colocado sobre vosotros, y si hace un momento os he hablado con alguna dureza, ha sido llevado únicamente de mi amistad hácia vosotros.

Numerosos aplausos resonaron por todas partes.

Pitou conoció que podia lanzarse.

—Acabais de hablar del trabajo, dijo, pero

¿sabeis por ventura lo que es el trabajo? Para vosotros el trabajo consiste en rajar la leña, en segar las mieses, colocar piedra... Este es vuestro trabajo. Segun vosotros yo no trabajo. Pues bien, estais en un lastimoso error, y yo solo trabajo mas que todos vosotros, pues medito vuestra emancipacion; pienso en vuestra libertad, en vuestra igualdad. Uno solo de mis momentos vale por cien dias de vuestro trabajo. Los bueyes que aran hacen todos una misma cosa; pero el hombre que piensa, sobrepuja á todas las fuerzas de la materia. Yo valgo por todos vosotros.

Ved á Mr. de Lafayette, es un hombre delgado, rubio, de menos estatura que Claudio Tellier; tiene una nariz puntiaguda, unas piernas pequeñas y unos brazos como el palo de esa silla; en cuanto á los pies y las manos, no valen la pena de ocuparse de ellos, pues tanto valdria, al parecer, no tenerlos. Pues bien, ese hombre ha sustentado dos mundos sobre sus hombros, uno mas que Atlas, y sus pequeñas manos han roto las cadenas de la América y de la Francia.

Ahora bien, puesto que unos brazos tan pequeños han hecho todo eso, calculad cuánto no podrán hacer los mios.

Y diciendo esto, Pitou mostró triunfalmen-

te sus brazos nudosos como el tronco de una encina.

Despues de lo cual se calló, seguro de haber producido un gran efecto.

Y realmente le habia producido.

V.

Pitou conspirador.

La mayor parte de las cosas que suceden al hombre y que llegan á ser para él grandes felicidades ó grandes honores, le provienen de haber deseado mucho ó de haber despreciado mucho.

Si se quiere hacer debidamente la aplicacion de este axioma á los sucesos y á los hombres de la historia, se podrá ver que no solo es un principio lleno de ingenio, sino eminentemente cierto.

Por ahora nos concretaremos sin acudir á otras pruebas á aplicarlos á Angel Pitou, que es nuestro hombre y nuestra historia.

Pitou, con efecto, y permítasenos retroceder un poco y volver á la profunda herida que habia recibido su corazon; Pitou decimos, despues del cruel descubrimiento que hizo en la selva, habia sentido un gran desprecio por todas las cosas de este mundo.

El, que habia esperado hacer florecer en su corazon esa rara y preciosa planta que se llama amor; él, que habia vuelto á su pais con un casco y un sable, orgulloso de asociarse á Marte y á Venus como decia su ilustre compatriota Demoustier en las *cartas de Emilio sobre la Mitología*, se encontró muy acongojado al ver que habia en los alrededores de Villers Cotterets rivales bien temibles.

El, que habia tomado una parte tan activa en la Cruzada de los parisienses contra los nobles, se encontró muy pequeño al lado de la nobleza campesina representada por Mr. Isidoro de Charny.

Ay! un jóven tan buen mozo, un hombre que agradaba desde que se le veia, un caballero que llevaba unos calzones de piel y un trage de terciopelo!

¡Cómo luchar con semejante hombre!

Con un hombre que llevaba unas riquísimas botas con unas magníficas espuelas; con un hombre á quien llamaban todavia el her-

mano de monseñor.

Cómo luchar con semejante rival! con un rival que le causaba á un mismo tiempo vergüenza y admiracion!

Pitou estaba celoso; estado cruel, fértil en toda clase de dolores, y que hasta entonces habia desconocido el corazon sencillo y honrado de nuestro héroe; los celos, vegetacion fenomenal, venenosa, que brota sin semillas, de una tierra en que hasta entonces nadie habia visto germinar ninguna mala pasion, ni aun el amor propio, esa mala yerba que cubre los mas áridos terrenos.

Un corazon destrozado de ese modo necesita una gran dósis de filosofia para recobrar su tranquilidad habitual.

¿Fué Pitou un gran filósofo en semejantes circustancias? ¿Pitou, que al siguiente dia de haber recibido tan terrible golpe, pensaba en hacer la guerra á los conejos y á las liebres del duque de Orleans y que á los dos dias se ocupaba en pronunciar los magníficos discursos que acabamos de reproducir?

¿Tenia su corazon la dureza del pedernal, en el que cada percusion produce una chispa, ó únicamente la dulce y pasiva resistencia de la esponja, que tiene la facultad de absorver las lágrimas y de comprimirse sin romperse en el choque de las desgracias?

Esto es lo que nos hará apreciar el resto de nuestra narracion. Nosotros no queremos prejuzgar y nos limitaremos sencillamente al papel de narradores.

Despues de recibida su visita y de terminados sus discursos, Pitou, obligado por su estómago á descender á cuidados inferiores en categoría, preparó su almuerzo y comió su gazapo, sintiendo en el alma que no fuese una liebre.

Y con efecto, si el gazapo hubiera sido una liebre, Pitou en vez de comérsela la hubiera vendido.

Esto hubiera sido un buen negocio. Una liebre podia valer de 20 á 24 sueldos, y aunque poseedor aun de algunos luises, Pitou, que no era avaro como la tia Angélica, sino que habia heredado de su madre una buena dósis de economía, hubiera añadido estos 20 ó 24 sueldos á su tesoro.

Porque Pitou se hacia á sí mismo la reflexion de que no es necesario que un hombre haga comidas de tres libras ni de 20 sueldos. Pitou conocia que no era un Lúculo y que con los 20 sueldos de su liebre podia haber vivido una semana.

Ahora bien, durante esta semana, suponiendo que hubiese cogido una liebre el primer dia, pudiera muy bien haber cogido

otras tres liebres, ganando así en una semana la comida de un mes.

Segun esta cuenta, cuarenta y ocho liebres hubieran satisfecho los gastos de un año y todo lo demas eran ganancias líquidas.

Pitou se ocupaba de estos cálculos económicos en tanto que despachaba su gazapo que en vez de producirle 20 sueldos le costaba uno de manteca y otro de tocino. En cuanto á las cebollas, no habia tenido que hacer mas que cogerlas.

Despues de la comida, la lumbre ó el paseo, dice el proverbio: asi es que en cuanto concluyó de comer Pitou se dirigió á la selva para buscar un sitio á propósito para dormir.

Desde que el pobre muchacho habia dejado de hablar de política y se halló á solas consigo mismo, no habia cesado de presentarse á su imaginacion, el espectáculo de Mr. Isidoro de Charny galanteando á la señorita Catalina.

Las encinas y las hayas se conmovian al impulso de sus suspiros; la naturaleza que sonrie siempre á los estómagos satisfechos, hacia una escepcion en favor de Pitou y se le presentaba como un inmenso desierto en el que no habia otra cosa que conejos, gazapos y cabritos.

Una vez cobijado bajo los grandes árboles de su pueblo natal, Pitou, inspirándose con su sombra y con su frescura, se afirmó en la heróica resolucion que habia tomado de alejarse de Catalina, de dejarla en plena libertad, y de no afligirse mas de lo regular por su preferencia, no dejándose humillar mas de lo que era debido á la comparacion.

Era un esfuerzo muy doloroso el que tenia que hacer para privarse de la vista de Catalina, mas era menester que el hombre fuese hombre.

Pero la cuestion no estaba únicamente reducida á este punto.

No se trataba precisamente de no ver á Catalina, sino mas bien de no ser visto de ella.

¿Porque quién podia impedir que de vez en cuando el amante importuno, ocultándose con el mayor cuidado, pudiese dirigir una mirada á la bella cruel?

Nadie.

¿Qué distancia habia de Haramont á Pisseleux? legua y media escasa, es decir, unas cuantas zancadas nada mas.

Si bien es cierto que hubiera sido indigno de Pitou el seguir asediando á Catalina con su cariño, despues de lo que habia pasado, no era malo el seguir espiando sus acciones y

sus pasos, mediante un ejercicio que convenia maravillosamente á la salud de Pitou.

Ademas, la parte de selva que se estendia por detras de Pisseleux hasta Boursonne, era muy abundante en caza.

Pitou iria por la noche á colocar sus lazos y el siguiente dia por la mañana, desde lo alto de algun montecillo, interrogaria la llanura espiando los pasos de la señorita Catalina. Esto se hallaba en su derecho y era hasta cierto punto su deber con arreglo á los poderes recibidos de Billot.

Habiendo procurado tranquilizarse y fortalecerse con esta reflexion, Pitou creyó poder dejar de suspirar. Comió un enorme trozo de carne, y llegada la tarde, colocó sus lazos y se acostó sobre la yerba caliente aun con el sol de un dia caluroso.

Allí durmió como un hombre desesperado, es decir, con un sueño semejante á la muerte.

La frescura de la noche le despertó y visitó sus lazos; nada habia caido en ellos, pero esto no le desanimó, porque Pitou no contaba nunca sino con la caza de por la mañana; pero como se sentia con la cabeza un poco pesada, decidió irse á su casa para volver al dia siguiente.

Pero este dia, que habia pasado para él

tan vacío de sucesos y de intrigas, lo habian pasado los vecinos de la aldea en reflexionar y en hacer combinaciones.

Durante aquel dia que Pitou pasó en meditaciones en la selva, se hubiera podido ver á los leñadores apoyarse sobre sus hachas, á los cavadores suspender su azada en el aire y á los carpinteros detener su cepillo sobre la tosca tabla.

Pitou era la causa de todos estos movimientos perdidos; Pitou habia sido el soplo de discordia lanzado entre aquellos átomos que empezaban á flotar confusamente.

Y Pitou, causa de toda aquella conmocion, ni aun se acordaba de lo que habia dicho aquella mañana.

A la hora en que se volvia á su casa, que eran las diez, hora en que todo el mundo debia ya hallarse durmiendo, Pitou vió un espectáculo desacostumbrado alrededor de la casa que ocupaba. Este espectáculo lo formaban grupos de personas sentadas, grupos de pie y grupos que se paseaban.

La actitud de cada uno de estos grupos presentaba una significacion desacostumbrada.

Pitou, sin saber porqué, se figuró que todos aquellos grupos se ocupaban de él.

Y cuando pasó por la calle, todos se co-

movieron como bajo la impresion de un chispazo eléctrico indicándole con la mano.

—¿Qué hace aquí esta gente? dijo para sí Pitou; todos me miran y eso que no llevo mi casco.

Y en seguida entró en su casa despues de haber cambiado algunos saludos con sus vecinos.

Pero apenas hubo cerrado la puerta, cuando creyó oir un golpe en la parte esterior de ella.

Pitou no encendió luz para acostarse, pues la luz era un lujo demasiado dispendioso para un hombre que como él tenia una sola cama y no podia temer el equivocarse, y que no se ocupaba en leer por carecer de libros.

Pero lo cierto es que llamaban á la puerta, y que Pitou levantó el picaporte.

Dos vecinos de Haramont entraron familiarmente en su casa.

—Calla! ¿no tienes luz, Pitou? dijo uno de ellos.

—No, contestó Pitou; ¿y para qué quiero luz?

—Para qué? para ver.

—Oh! yo veo de noche, soy nictálope.

Y para dar una prueba de esta facultad, prosiguió:

—Buenas noches, Claudio; buenas noches,

Desiré.

—Ahora bien, Pitou, aquí nos tienes.

—Es una visita muy agradable; ¿pero qué es lo que quereis?

—Salgamos á la claridad, dijo Claudio.

—A la claridad de qué? no hay luna.

—A la claridad del cielo.

—Tienes algo que hablarme?

—Sí, tenemos que hablarte, Angel.

Y Claudio acentuó estas palabras.

—Vamos pues, dijo Pitou.

Y los tres amigos salieron de la habitacion.

Llegaron hasta la entrada del bosque, y allí se detuvieron sin poder presumir Pitou qué es lo que querian de él.

—Y bien, preguntó Pitou viendo que sus dos compañeros se detenian, ¿á qué hemos venido aquí?

—Angel, dijo Claudio, yo y Maniquet somos los que llevamos la voz en el pais; quieres ser de los nuestros?

—Para qué?

—Oh! para... para...

—Vamos, acaba de una vez.

—Para conspirar, murmuró Claudio al oido de Pitou.

—Ah! lo mismo que en Paris; dijo Pitou.

El hecho es que Pitou tenia miedo de la palabra y del eco de ella en medio de la

selva.

—Vamos, esplícate, prosiguió despues de un momento.

—Este es el hecho: acércate, Pitou, y tú, Maniquet, que eres cazador y que conoces todos los ruidos de la llanura y de los bosques, tanto de dia como de noche, examina si alguien nos ha seguido; escucha si hay alguno que nos espíe.

Maniquet describió un círculo alrededor de Pitou y de Claudio, con tanto silencio como el lobo lo describe alrededor de un rebaño de ovejas.

En seguida volvió á reunirse con sus dos compañeros.

—Puedes hablar, dijo; estamos enteramente solos.

—Hijos mios, repuso Claudio, todos los pueblos de Francia, segun tú nos has dicho, quieren tomar las armas y tener una guardia nacional.

—Es cierto, dijo Pitou.

—Ahora bien, ¿por qué Haramont no ha de hacer lo mismo?

—Pero tú, Claudio, has dicho ayer cuando yo hacia la proposicion de que nos armásemos, que no habia armas en Haramont.

—En cuanto á eso no debemos tener cuidado, puesto que tú sabes donde las hay,

—Sí, es cierto, dijo Pitou que veia venir á Claudio y que comprendia el compromiso en que le iba á colocar.

—Pues bien, continuó Claudio, todos los jóvenes patriotas del pais hemos estado deliberando.

—Bien.

—Somos treinta y tres.

—Es la tercera parte de ciento menos uno, dijo Pitou.

—¿Sabes tú el egercicio? preguntó Claudio.

—¡Pues no que no! contestó Pitou que ni aun sabia llevar su sable.

—Está bien; ¿y la táctica?

—He visto maniobrar diez veces al general Lafayette con cuarenta mil hombres; respondió Pitou.

—Muy bien; dijo Maniquet, que se cansaba de guardar silencio y que sin ser exigente queria sin embargo intercalar alguna que otra palabra en la conversacion.

—Pues entonces dinos si quieres ponerte á nuestra cabeza.

—¡Yo! esclamó Pitou dando un salto hácia atrás.

—¡Sí! tú.

Y los dos conspiradores miraron atentamente á Pitou.

—¿Qué vacilas? preguntó Claudio.

—Yo...

—Segun eso, no eres un buen patriota, preguntó Maniquet.

—Oh! en cuanto á eso...

—¿Temes alguna cosa?

—¡Yo temer! ¡temer un vencedor de la Bastilla! ¡un hombre condecorado!

—¡Tú condecorado!

—Sí; me darán una medalla asi que las acuñen. Mr. Billot me ha prometido pedirla á nombre mio.

—¡Condecorado! Tendremos un gefe condecorado! esclamó Claudio en el colmo del entusiasmo.

—Vamos, ¿aceptas? preguntó Maniquet,

—Sí, acepto, respondió Pitou arrastrado por el entusiasmo y tal vez llevado mas bien de un sentimiento que se despertaba en él por la vez primera, y que se llama orgullo.

—Pues quedamos en ello, y desde mañana mismo serás nuestro gefe y nos mandarás.

—¿Y qué tendré que mandaros?

—¿El qué? el ejercicio.

—¿Y los fusiles?

—Ya tú sabes dónde están.

—Ah! sí, en casa del cura Fortier.

—Eso es.

—Solamente que el cura Fortier se negará á entregármelos.

—Entonces harás lo que los patriotas han hecho en los inválidos; los tomarás.

—¿Yo solo?

—Irás con un documento que llevará nuestras firmas, y ademas, en caso necesario, te daremos auxilio y pondremos en conmocion á Villers-Cotterets.

Pitou movió la cabeza.

—El cura Fortier es algo testarudo, dijo.

—Bah! tú eras su discípulo predilecto y no podrá negarte nada de cuanto le pidas.

—Bien se vé que no le conoceis, dijo Pitou exhalando un suspiro.

—¿Pues qué, crees que ese viejo se negará á entregarte las armas?

—Se negaria á entregárselas á un escuadron de alemanes. Es un testarudo, *injustum et tenacem*. Pero vosotros no sabeis ni aun latin.

Los dos haramonteses no se dejaron fascinar por aquella erudicion.

—A fé mia! esclamó Maniquet, hemos elegido un gefe incomparable; todos son obstáculos para él.

Claudio meneó la cabeza con aire de descontento.

Pitou comprendió que acababa de compro-

meter su elevada posicion y se acordó de que la fortuna ayuda á los osados.

—Pues bien, dijo, ya veremos cómo salir airosos del asunto.

—¿De manera que te encargas de los fusiles?

—Me encargo de intentar tenerlos.

Un murmullo de aprobacion reemplazó al ligero murmullo de descontento que habia empezado á observarse entre los conspiradores.

—Oh! dijo para sí Pitou; estas gentes me ponen la ley aun antes de que sea su gefe. ¿Qué será despues?

—Intentar, esclamó Claudio, eso no basta.

—Si no basta encárgate tú, respondió Pitou, y yo cedo el mando que me proponeis. Anda y ve á habértelas con el cura Fortier en su palacio encantado.

—Pues no valia la pena de volver de Paris con un sable y un casco para tener tantos temores.

—Un sable y un casco no son una coraza, y aun cuando fueran, el cura Fortier sabria encontrar el sitio débil de ella.

Claudio y Maniquet parecieron ceder á esta observacion.

—Vamos. Pitou, hijo mio, dijo Claudio.

(Hijo mio es un término amistoso muy usa-

do en el pais.)

—Pues bien, sea como querais, dijo Pitou; pero sed obedientes, pardiez.

—Ya verás como somos obedientes, dijo Claudio guiñando el ojo á Maniquet.

—Tú encárgate de los fusiles, dijo Maniquet.

—Convenido, dijo Pitou, aunque poco tranquilo por el resultado de su comision, pero á quien la ambicion empezaba á aconsejar atrevidas empresas.

—¿Lo prometes?

—Lo juro.

Pitou estendió la mano y sus dos compañeros hicieron otro tanto.

Y hé aqui cómo á la luz de las estrellas y en medio del bosque, se declaró la insurreccion por los tres haramonteses, inocentes plagiarios de Guillermo Tell y de sus compañeros.

El hecho es que Pitou entreveia como término de sus fatigas la dicha de verse investido con las insignias de comandante de la guardia nacional, y que estas insignias podrian llegar á imprimir, ya que no remordimientos, al menos sérias reflexiones en la señorita Catalina.

Consagrado asi por la voluntad de sus electores, Pitou volvió á su casa, pensando

en los medios de procurar armas á sus treinta y tres guardias nacionales.

VI.

Donde se ve el principio monárquico representado por el cura Fortier, y el principio revolucionario representado por Pitou.

Aquella noche, Pitou la pasó tan preocupado con el señalado honor que le habian hecho, que se olvidó de ir á visitar sus lazos.

Al dia siguiente, se armó con su casco y su sable y se puso en camino para Villers Cottere'.s.

Las seis de la mañana daban en el reloj de la ciudad, cuando Pitou llegó á la plaza del Palacio y llamó con precaucion á la puertecita que daba al jardin del cura Fortier.

Pitou habia llamado lo bastante fuerte para tranquilizar su conciencia, pero lo bastante débilmente para que no fuese oido de las personas de la casa.

Asi esperaba ganar un cuarto de hora, y durante este tiempo se ocupaba en adornar con algunas flores oratorias el discurso que habia preparado para el cura Fortier.

Su asombro fue grande al ver que á pesar de su prevision vió abrirse la puerta; pero este asombro cesó cuando en la persona que abria aquella puerta reconoció á Sebastian Gilberto.

El niño se paseaba por el jardinillo estudiando su leccion, ó mas bien, haciendo como que la estudiaba porque con el libro abierto su imaginacion corria caprichosamente tras de todo cuanto amaba en el mundo.

Sebastian dejó escapar un grito de alegria al ver á Pitou.

Abrazáronse ambos jóvenes y en seguida Sebastian preguntó:

—¿Tienes noticias de Paris?

—No; ¿y tú? preguntó á su vez Pitou.

—Yo sí, mi padre me ha escrito.

—¡Ah! esclamó Pitou.

—Y en ella hay un párrafo para ti. Y sacando una carta de su pecho, la entregó á

Pitou.

«P. D. Billot encarga á Pitou que no incomode ni distraiga á las gentes de la hacienda.»

—¡Oh! esclamó Pitou, he aqui una recomendacion inútil. Yo no puedo ni incomodar ni entretener á nadie en la hacienda.

Despues añadió por lo bajo y exhalando un doloroso suspiro:

—A Mr. Isidoro es á quien podia convenirle esa advertencia.

Pero en seguida se repuso de la emocion que le habian causado sus amantes recuerdos y devolviendo la carta á Sebastian,

—¿Dónde está el cura Fortier? dijo.

El niño prestó oido y aunque todo el patio y una parte del jardin le separaba de la escalera que crugia bajo los pies del digno cura,

—Ahí está justamente, dijo.

Pitou pasó del jardin al patio y solo entonces oyó las pisadas del cura.

El digno preceptor bajaba pausadamente la escalera leyendo un periódico.

Con la vista fija en el papel, pues sabia de memoria el número de los escalones y las entradas y salidas de la antigua casa, el cura llegó hasta donde estaba Pitou, que acababa de dar á su persona el aire mas magestuoso

posible ante su adversario político.

Digamos ahora algunas palabras en aclaracion de una cosa que nos hubiera hecho ocupar un capítulo de nuestra historia y que se hallan naturalmente colocadas en una situacion.

Ellas esplicarán la presencia en casa del cura Fortier, de los treinta ó cuarenta fusiles que eran el objeto de la ambicion de Pitou y de sus dos cómplices Claudio y Maniquet.

El cura Fortier, antiguo capellan del palacio, como ya hemos dicho antes, habia llegado á ser con el tiempo, y sobre todo con esa paciente tenacidad de los eclesiásticos, el único intendente de lo que en economia teatral se llaman las accesorias de la casa.

Además de los vasos sagrados, de la biblioteca y del guarda-mueble, habia recibido en depósito los antiguos equipajes de caza del duque de Orleans, Luis Felipe, padre de Felipe que fué llamado despues *Egalité*. Algunos de estos equipajes eran del tiempo de Luis XIII y de Enrique III. Todos estos utensilios habian sido colocados artísticamente por él en una galeria del palacio que le habian señalado para este objeto; y para darles un aspecto mas pintoresco, los habia intercalado con escudos, espadas, puñales, dagas

y mosquetes del tiempo de la liga.

La puerta de esta galería estaba formidablemente defendida por 10 pequeños cañones de bronce plateados, regalados por Luis XIV á su hermano Monsieur.

Además unos cincuenta mosquetes traidos como trofeo por José Felipe, del combate Omessant, habian sido regalados por él á la municipalidad. Y la municipalidad que, como hemos dicho, daba alojamiento gratis al cura Fortier, habia puesto estos mosquetes, de que no sabian qué hacer, en una habitacion del colegio.

Este era el tesoro que guardaba el dragon llamado Fortier, amenazado por el Jason que llamaban Angel Pitou.

El pequeño arsenal del palacio era lo bastante célebre en el pais para que escitase la codicia.

Pero como hemos dicho, el cura, dragon vigilante, no parecia dispuesto á dejarse arrebatar fácilmente por cualquier Jason que fuere, las manzanas de oro de sus Hespérides.

Esto supuesto, volvamos á Pitou.

Este saludó muy cortesmente al cura Fortier, acompañando su saludo con una de esas toses que reclaman la atencion de las personas distraidas ó preocupadas.

El cura Fortier levantó los ojos de su periódico.

—¿Es Pitou? preguntó.

—Para serviros, si en algo os puedo ser útil, señor cura; dijo Angel con la mayor cortesanía.

El cura dobló su periódico ó mas bien lo cerró como hubiera hecho con una cartera, pues en aquella feliz época los periódicos no eran aun mas que pequeños libros.

Despues de cerrado el periódico, lo colocó en su cintura al lado opuesto á su martinete.

—¡Ah! sí, pero lo malo es, contestó el cura, que tú puedes muy poco.

—¡Oh! señor cura!

—Oyes, hipócrita?

—¡Oh, señor cura!

—¿Oís, señor revolucionario?

—Vamos, veo que antes de que yo haya hablado os encolerizais contra mí. Este es mal principio, señor cura.

Sebastian, que sabia lo que dos dias antes el cura Fortier habia dicho de Pitou á todo el que queria escucharle, quiso mejor no asistir á aquella escena en que no podia colocarse ni contra su amigo ni contra su maestro, y se eclipsó sin decir una palabra.

Pitou miró alejarse á Sebastian con algun

disgusto. No era un aliado muy vigoroso; pero era un niño que pertenecia á la misma comunion política que él.

Asi es que cuando le vió desaparecer exhaló un suspiro y se volvió hacia el cura.

—Ahora, señor cura, dijo, sepamos por qué me llamais revolucionario. ¿Soy yo por ventura la causa de que se haya hecho la revolucion?

—Tús has vencido con los que lo hacen.

—Señor cura, dijo Pitou dando á sus palabras toda la dignidad que pudo, cada uno es libre en su pensamiento.

—¡Calla!

—*Est penes hominem arbitrium et ratio.*

—¡Ah! ¡conque sabes latin!

—Sí; lo que vos me habeis enseñado, contestó modestamente Pitou.

—Sí, corregido, aumentado y embellecido de barbarismos.

—Señor cura, ¿de barbarismos? ¡pero Dios mio! ¿quién no los comete?

—Tunante, dijo el cura, visiblemente herido de esta respuesta que podia aludir á él; ¿crees tú que yo cometo barbarismos?

—Vos los cometereis á los ojos de un hombre que sea mas estendido que vos en el latin.

—¡Se dará una cosa igual! dijo el cura pálido de cólera y admirado sin embargo dé este raciocinio que no dejaba de ser lógico.

Despues con un acento melancólico:

—Hé aqui en dos palabras, continuó el cura, el sistema de esos malvados: lo destruyen y degradan todo, ¿pero en provecho de quién? ellos mismos lo ignoran; en provecho de un principio desconocido. Vamos, señor revolucionario, hablad francamente, ¿conoceis á alguno que sea mas fuerte que yo en el latin?

—No; pero bien puede haberlo aunque yo no le conozca. No es posible conocer á todo el mundo

—Ya lo creo! pardiez!

Pitou se santiguó.

—¿Qué haces, libertino?

—Vos jurais, señor cura, y yo me santiguo.

—Oh, tunante, ¿has venido aqui á romperme el timpano con tus invectivas? Pero á qué te hablo de timpano si tú no entiendes nada de eso?

—Sí entiendo, señor cura. Oh! gracias á vos, conozco bien el orígen de las palabras: *timpanum*, *tympanon*, tambor ó campana.

El cura se quedó estupefacto.

—La raiz *tipos*, seña, vestigio y como dice

Lancelot en su floresta de raices griegas, *tipos* es la forma que se imprime, cuya palabra se deriva evidentemente de *topto* imprime.

—¡Ah bribon! repuso el cura cada vez mas asombrado, parece que aun saber algo y mas aun de lo que sabias.

—Pst! esclamo Pitou con una falsa modestia.

—¿Cómo es que cuando estabas en casa no me habias nunca contestado de esa manera?

—Porque cuando yo estaba en vuestra casa, señor cura, me teniais embrutecido; porque con vuestro despotismo atontabais mi memoria y mi inteligencia con todo eso que la libertad ha hecho salir despues. Sí, la libertad ¿lo oís? prosiguió Pitou irguiendo su cabeza; la libertad.

—Calla, bribon!

—Señor cura, dijo Pitou en un tono que tenia algo de amenazador, señor cura, no me insulteis. *Contumelia non argumentum*, dijo cierto orador; la injuria no es una razon.

—Sin duda el muy tuno cree que necesito yo que me traduzca su latin.

—No es mi latin, señor cura, sino el latin de Ciceron, esto es, de un hombre que os hubiera cogido en tantos barbarismos como

vos á mí.

—Sin duda creerás, dijo el cura que se veia tan vigorosamente atacado, que voy á ponerme á discutir contigo.

—¿Y por qué no? De la discusion sale la luz: *Abstrusum versis silicum.*

—Oh! el bribon ha estudiado en la escuela de los revolucionarios!...

—No hay tal, puesto que vos creeis que los revolucionarios son unos ignorantes.

—Sí y lo repito.

—Entonces haceis un razonamiento erróneo, señor cura, y vuestro silogismo es defectuoso.

—¿Defectuoso? ¿he hecho yo un silogismo defectuoso?

—Sin duda, señor cura; Pitou raciocina y habla bien; Pitou ha estado en la escuela de los revolucionarios, en donde los revolucionarios raciocinan y hablan bien.

—Animal! bruto! estúpido!

—No os canseis en insultarme, señor cura. *Obpugnatio imbellem animum arguit.* La debilidad se descubre por la cólera.

El cura alzó los hombros.

—Responded, dijo Pitou.

—Dices que los revolucionarios hablan y raciocinan, pero citame uno solo de esos, uno solo que sepa leer y escribir.

—Áquí me teneis á mí, respondió Pítou resueltamente.

—Leer no digo que no, pero escribir...

—Escribir! repitió Pitou.

—Sí, escribir sin ortografía.

—Cómo es eso!

—¿Quieres apostar á que no escribes una página dictándote yo, sin cometer cuatro faltas?

—¿Quereis apostar vos á que no escribís media dictándoos yo, sin cometer dos?

—Veamos.

—Pues bien, vamos allá. Voy á buscar participios y verbos reflexivos, adornaré todo eso con ciertos pronombres relativos que yo conozco muy bien y sostendré la apuesta.

—Lo haria si tuviese tiempo, dijo el cura.

—Perderiais, sin duda.

—Pitou, Pitou, acuérdate del proverbio: *Pitoneus Angelus asinus est.*

—¡Bah! venidme á mí con proverbios. ¿Sabeis el que me han recitado los cañaverales de Wualu al pasar?

—No, pero tengo curiosidad de saberlo, señor Midas.

Fortierus abbas, forte fortís.

—¡Señor Pitou! dijo el cura.

—Traduccion libre: el cura Fortier no es

fuerte siempre.

—Afortunadamente, dijo el cura, no consiste todo en acusar; es preciso probar.

—¡Ah! señor cura, ¡qué fácil me seria! Vamos á ver; ¿qué enseñais á vuestros discípulos?

—¿Yo?....

—Esperad un momento. ¿Qué es lo que enseñais á vuestros discípulos?

—Todo lo que sé.

—¿Todo lo que sabeis?

—Sí, todo lo que sé, dijo el cura desconcertado, pues conocia que durante su ausencia aquel singular adversario habia aprendido ataques desconocidos; ya lo he dicho.

—Y bien, puesto que vos enseñais á vuestros discípulos lo que sabeis, veamos lo que sabeis.

—El latin, el francés, el griego, la historia, la geografia, la aritmética, el álgebra, la astronomia, la botánica, la numismática.

—¿Hay mas aun? preguntó Pitou.

—Pero...

—Recorred vuestra memoria.

—El dibujo.

—Seguid adelante.

—La arquitectura.

—¿Qué mas?

—La mecánica.

—Esa es una parte de las matemáticas; pero no importa, seguid.

—¿A dónde quieres ir á parar?

—A lo que os voy á decir: habeis hecho una estensa enumeracion de todo lo que sabeis; haced ahora la cuenta de lo que no sabeis.

El cura no pudo menos de quedarse cortado.

—¡Ah! veo que para esto será preciso que os preste mi auxilio. Vos no sabeis ni el aleman, ni el hebreo, ni el árabe, que son lenguas madres. No os hablo de las subdivisiones que son innumerables. No sabeis la historia natural, la química, la física.

—¡Señor Pitou!

—No me interrumpais; no sabeis la física, la trigonometria rectilínea, ignorais la ciencia médica, la acústica, la navegacion; no sabeis una palabra de cuanto tiene relacion con las ciencias gimnásticas.

—¿De veras?

—He dicho gimnásticas, del griego *gimnaza exercoe*, lo cual se deriva de *gimnos*, desnudo, porque los atletas hacian sus ejercicios desnudos.

—Yo soy quien te ha enseñado todo eso, esclamó el cura casi consolado de la victoria de su discípulo.

—Es cierto.

—Afortunadamente lo confiesas.

—Con reconocimiento, señor cura. Ibamos diciendo que ignorábais...

—Basta. Seguramente yo ignoro mas de lo que sé.

—¿Y convenís en que muchos hombres saben mas que vos?

—Es muy posible.

—Es seguro. Y cuanto mas se sabe, mas conoce uno que no sabe nada. Esto lo dijo Ciceron.

—¿Concluyes?

—Concluiré.

—Veamos la conclusion.

—De todo esto concluyo que en virtud de vuestra ignorancia relativa, debíais ser mas indulgente con la ciencia relativa de los demás hombres. Esto constituye una doble virtud. Virtud doble que segun dicen era la virtud culminante de Fenelon, que sin embargo sabia á lo menos tanto como vos. Esta virtud es la caridad cristiana, la humildad.

El cura dió un rugido de cólera.

—¡Serpiente! esclamó; ¡eres una serpiente!

—Tú me insultas: pero no me respondes, dijo un sábio de la Grecia. Os lo diria en griego, pero ya os lo he dicho casi en latin.

—¡Oh! dijo el cura, ese es otro efecto de las doctrinas revolucionarias.

—¿Cuál?

—El de haber hecho creer que eras igual á mí.

—Y aun cuando me lo hubiesen hecho creer, no por eso tendríais derecho para haber cometido una falta de lenguage.

—¿De veras?

—Sí señor, habeis cometido una falta de lenguage.

—¿Y cuál?

—Habeis dicho: las doctrinas revolucionarias te han hecho creer que tu eras mi igual.

—¿Y qué hay en eso?

—El que *eras* es un pretérito imperfecto.

—Ya se vé.

—Y debiérais haber usado el presente.

—¡Oh! dijo el cura avergonzado.

—Traducid la frase en latin y vereis qué enorme solecismo produce ese imperfecto.

—¡Pitou! ¡Pitou! esclamó el cura creyendo entrever algo de sobrenatural en aquella erudicion. ¿Quién ha sido el ángel malo que te inspira esos ataques contra un anciano y contra un eclesiástico?

—Pero señor cura, contestó Pitou, conmovido del acento de desesperacion con que ha-

bian sido pronunciadas estas palabras; no es ningun ángel malo el que me inspira, ni yo os ataco: sino que vos me tratais siempre como á un imbécil, olvidando que todos los hombres son iguales.

El cura se irritó de nuevo.

—Eso es lo que yo nunca toleraré; el que digan delante de mí semejantes blasfemias. Tú igual á un hombre que Dios y el trabajo han empleado sesenta años en formar! Eso nunca, nunca.

—Preguntádselo á Mr. de Lafayette, que ha proclamado los derechos del hombre.

—Sí, cita como autoridad el traidor súbdito del Rey, á la tea de las discordias.

—¡Heim! esclamó Pitou enfurecido. Mr. de Lafayette un traidor! Mr. de Lafayette la tea de la discordia! Vos sois quien blasfema, señor cura: ¿dónde habeis estado durante estos tres meses? ¿Ignorais que ese traidor es el único vasallo fiel del Rey? ¿Ignorais que esa tea de la disco dia es la garantía de la tranquilidad pública? ¿que ese traidor es el mejor de los franceses?

—¡Oh! esclamó el cura; jamás hubiera yo creido que la autoridad real descendiese hasta el punto de que un traste de esta especie (y designaba á Pitou) invocara el nombre de Lafayette como en otros tiempos se invocaba

el de Arístides ó el de Phocion.

—Podeis daros el parabien de que el pueblo no os oiga, dijo imprudentemente Pitou.

—¡Ah! esclamó el cura triunfante; por fin te has denunciado á tí mismo; ya veo que me amenazas. El pueblo! sí, el pueblo es el que ha degollado cobardemente á los oficiales del rey, el que se ha ensangrentado en las entrañas de sus víctimas; sí, el pueblo de Mr. de Lafayette, el pueblo de Mr. de Bailly, el pueblo de Pitou. Y bien, ¿por qué no me denuncias ahora mismo á los revolucionarios de Villers Cotterets y de Pleux? ¿Por qué no te remangas para ahorcarme de un farol? Vamos, Pitou: *macte animi, sursum! sursum!* Pitou, vamos, ¿dónde está la cuerda? ¿dónde está la horca? Aquí tenemos el verdugo, *macte animo!* generoso Pitou.

—*Sic itur ad astra*, continuó Pitou á media voz, con la intencion de concluir el verso, y no advirtiendo que acababa de decir un chiste sangriento.

Pero le fué preciso notarlo por la exasperacion del cura.

—¡Ah! ¡ah! esclamó este, lo tomas por el lado jocoso! asi es como llegaré yo á los astros. ¿Conque me destinas á la horca?

—Pero si yo no he dicho tal cosa; esclamó Pitou empezando á asustarse del giro que to-

maba la conversacion.

—¡Ah! ¿tú me prometes el cielo del pobre Foulon, del desgracirdo Berthier?

—No hay tal, señor cura.

—¿Tienes ya preparado el nudo corredizo? Verdugo, ¿eres tú quien sobre la plaza del Hotel-de-Ville subia al farol? ¿y el que con sus sangrientos brazos atraia á sus víctimas?

Pitou dejó escapar un rugido de cólera y de indignacion.

—Si, tú eres, te reconozco, continuó el cura en un arrebato de inspiracion que le hacia asemejarse á Joad, te reconozco, Catalina, tú eres.

—¡Eso mas! esclamó Pitou; ¿sabeis que me estais diciendo cosas horribles, señor cura? ¿sabeis que me estais insultando cruelmente?

—¿Yo te insulto?

—¿Y sabeis que si continuais de ese modo me quejaré á la Asamblea nacional?

El cura se echó á reir de una manera siniestramente irónica.

—Denúnciame, dijo.

—¿Y sabeis que hay un castigo para los malos ciudadanos que insultan á los buenos?

—El farol.

—Sois un mal ciudadano.

—¡La cuerda! la cuerda!

Despues prorrumpió el cura con un arranque de inspiracion repentina y de generosa indignacion:

—¡Ah! el casco! ¡el casco! él es.

—Y bien, dijo Pitou, ¿qué tiene mi casco?

—El hombre que arrancó el corazon humeante de Berthier, el antropófago que lo llevó vertiendo sangre á la mesa de los electores, tenia casco. El hombre del casco eres tú, Pitou, tú, mónstruo! ¡Huye! huye! huye!

Y á cada huye pronunciando de una manetrágica, el cura avanzó un paso y Pitou retrocedió otro.

A esta acusacion, de que Pitou sabia que estaba inocente, el pobre muchacho arrojó lejos de sí el casco de que estaba tan orgulloso.

—¿Lo ves, desgraciado? Lo confiesas.

Y el cura se puso como Lekain en Orosman, en el momento en que encontrando la carta acusa á Zaira.

—Veamos, veamos, dijo Pitou fuera de sí con semejante acusacion. Vos exagerais.

—¡Que exagero! Es decir, que tú no has ahorcado sino muy poco; es decir, que tú so-

lo has ayudado un poco á descuartizar.

—Señor cura, ya sabeis que yo no he sido el asesino, sino Pitt.

—¿Qué Pitt?

—Pitt segundo, hijo de Pitt primero, de lord Chatam, el que ha distribuido el dinero diciendo: «Gastad y no me deis cuentas.» Si supiéseis el inglés, os lo diria en inglés; pero no lo sabeis.

—Y qué, ¿lo sabes tú?

—Mr. Gilberto me lo ha enseñado.

—En tres semanas ¡miserable impostor!

Pitou conoció que habia tomado una senda equivocada y difícil.

—Escuchad, señor cura, yo no os disputo nada; vos teneis vuestras ideas.

—Seguramente que sí.

—Eso es muy justo.

—¿Tú reconoces eso? ¿El señor Pitou me permite tener ideas? Gracias, señor Pitou.

—Vamos, ahora os incomodais. Ya veis que si continuamos de ese modo, no podré daros cuenta del motivo que me trae á vuestra casa.

—¿Desgraciado, qué te trae aquí? ¿eres tal vez diputado?

Y el cura se echó á reir irónicamente.

—Señor cura, dijo Pitou, colocado por el mismo adversario en el terreno en que de-

seaba encontrarse durante toda aquella discusion; señor cura, ya sabeis que siempre os he tenido respeto por vuestro estado.

—Ah! sí, hablemos de eso.

—Y admiracion por vuestra ciencia.

—¡Víbora! esclamó el cura.

—¡Yo! dijo Pitou. Vamos, señor cura.

—Veamos ¿qué es lo que tienes que pedirme? ¿qué te vuelva yo á admitir en mi casa? ¡Oh! no, no quiero que mis discípulos se perviertan;tienes un veneno sumamente contagioso. Infestarias mis jóvenes plantas. *Injecit pabula tubo.*

—¡Pero, señor cura!

—No pretendas semejante cosa, si es que quieres únicamente comer, porque presumo que los feroces verdugos de Paris comen como las personas honradas... Oh! comer esa horda!... Dios mio!... En fin, si exiges que absolutamente te arroje tu parte de carne ensangrentada la tendrás. Pero la tendrás á la puerta de la calle, como hacian los romanos con sus perros.

—Señor cura, dijo Pitou alzando orgullosamente la cabeza, no os vengo á pedir mi sustento; no necesito pedirlo, gracias á Dios, y no quiero servir de cargar á nadie.

—Ah! esclamó el cura sorprendido.

—Yo vivo como viven los demás séres, sin

mendigar y con la industria á que la naturaleza me ha inclinado. Vivo de mi trabajo; y aun hay mas, pues me hallo tan lejos de servir de carga á mis conciudadanos, que muchos de entre ellos me han elegido por gefe.

—¡Hein! esclamó el cura con tal sorpresa y terror como si hubiera pisado un áspid.

—Sí, me han elegido gefe, repitió Pitou.

—Gefe ¿pero de qué? preguntó el cura.

—Gefe de una masa de hombres libres.

—¡Oh, Dios mio! el infeliz se ha vuelto loco.

—Gefe de la guardia nacional de Haramont, prosiguió diciendo Pitou con una afectada modestia.

El cura se adelantó hácia Pitou para poder leer en sus facciones la confirmacion de sus palabras.

—¿Pues hay por ventura una guardia nacional en Haramont?

—Sí, señor cura.

—¿Y eres tú el gefe de ella?

— Sí, señor cura.

—¿Tú, Pitou?

—Yo, Pitou.

El cura levantó los brazos al cielo.

—¡Oh, colmo de la vergüenza! esclamó.

—No ignorais, señor cura, continuó Pitou, que la guardia nacional es una institucion

destinada á proteger la vida, la libertad y los intereses de los ciudadanos.

—¡Oh! continuó el anciano abismado en su desesperacion.

Pitou prosiguó:

—Y que nnnca se dará demasiada influencia á esta institucion, sobre todo en el campo, á causa de los bandidos.

—¡De los bandidos de que eres tú el gefe! esclamó el cura; de esa banda de malhechores, de incendiarios, de asesinos.

—¡Oh! no cambieis los frenos, mi muy venerado maestro; ya vereis á mis soldados, y vereis qué ciudadanos mas honrados.

—¡Calla!

—Figuraos por el contrario, que nosotros somos vuestros protectores naturales, y la prueba es que me he dirigido directamente á vos.

—¿Y con qué objeto? preguntó el cura.

—Os lo diré; dijo Pitou rascándose la oreja y examinando el sitio en que habia caido su casco, para ver si al ir á recoger aquella parte esencial de su traje militar, no se alejaba demasiado de su línea de retirada.

El casco habia caido á pocos pasos de la gran puerta que daba á la calle de Soissons.

—Te he preguntado con qué objeto! repitió el cura.

—Pues bien, dijo Pitou retrocediendo dos pasos en direccion á su casco; hé aquí el objeto de mi venida. Señor cura, permitidme que lo presente á vuestra penetracion.

—Exordio, murmuró el cura.

Pitou dió otros dos pasos hácia su casco.

Pero por medio de una maniobra semejante, y que no dejó de inquietur á Pitou, á cada dos pasos que daba hácia su casco, el cura, para conservar la distancia, avanzaba dos pasos hácia Pitou.

—Y bien, dijo Pitou, empezando á cobrar ánimo con la proximidad de su arma defensiva; todo soldado necesita armas, y nosotros no las tenemos!

—Ah! no teneis fusiles! esclamó el cura sin poder contener un arrebato de alegría. Oh! no tienen fusiles! muy bien, muy bien, soldados magníficos.

—Pero señor cura, dijo Pitou dando otros dos pasos, cuando no se tienen fusiles, se buscan.

Pitou habia llegado al alcance de su casco y le atraia hácia sí con un pie, de manera que ocupado en esta operacion, tardó algun tiempo en responder al cura.

—Buscais, eh? repitió el cura.

—Sí, señor cura, busco.

—Y dónde?

—En vuestra casa, dijo Pitou colocando el casco sobre su cabeza.

—Fusiles en mi casa! esclamó el cura.

—Sí, sin duda ninguna.

—Ah!¿Hablas sin duda de mi museo? ¡Quieres saquear mi museo! Las corazas de los antiguos héroes sobre los hombros de semejantes tunos! Señor Pitou, os lo he dicho hace un momento, estais loco, y loco rematado. ¿Las espadas de los españoles de Almansa, las lanzas de los suizos de Marignau para equipar y armar á Mr. Pitou y consortes? Ah, ah, ah!

Y el cura se echó á reir con un acento tan impregnado de una desdeñosa amenaza, que un espantoso calosfrio recorrió las venas de Pitou.

—No, señor cura, dijo, no busco las espadas de los españoles de Almansa ni las lanzas de los suizos de Marignau;esas armas me serian enteramente inútiles.

—Es una fortuna que lo conozcas.

—No, yo no busco esas armas.

—Pues cuales?

—Esos magnificos fusiles de marina que tantas veces he limpiado cuando tenia la honra de estudiar bajo vuestra direccion.

Dum me Galatea tenebat

añadió Pitou con una graciosa sonrisa.

—¿De veras? esclamó el cura sintiendo erizarse sus escasos cabellos sobre la piel de su cráneo, al contemplar aquella sonrisa; mis fusiles de marina!

—Sí, esos fusiles, es decir, las únicas armas que no tienen algun valor histórico y que pueden ser útiles para algo.

—¡Ah! dijo el cura llevando la mano al mango de unas enormes disciplinas que llevaba en la cintura, como hubiera hecho un militar llevándola á la empuñadura de la espada: por fin el traidor ha puesto en claro sus intentos.

—Señor cura, dijo Pitou, pasando de la amenaza á la súplica, dadme esos treinta fusiles.

—¡Atrás! gritó el cura dando un paso hácia Pitou.

—Y tendreis la gloria, dijo este dando á su vez un paso atrás, de haber contribuido á libertar al pais de sus opresores.

—Que yo dé armas contra mí y contra los mios! esclamó el cura, para que hagas fuego sobre nosotros.

Y diciendo esto sacó las disciplinas.

—Nunca nunca, prosiguió el cura agitándolas en el aire.

—Señor cura, tened presente que si accedeis á mi peticion, vuestro nombre aparece-

rá en el periódico de Prudhomme.

—Mi nombre en el diario de Prudhomme!

—Con mencion honorífica de patriotismo.

—Antes un presidio!

—¿Conque os negais?

—Pues es claro, y te mando salir ahora mismo de aquí.

Y el cura señaló á Pitou la puerta de salida.

—Pero tened presente que esa negativa va a producir muy mal efecto, dijo Pitou: os acusarán de desafecto, de traidor. Señor cura, no os espongais á semejante cosa.

—Haz de mí un mártir, Neron, no te pido otra cosa! esclamó el cura con la mirada amenazadora, y asemejándose mas bien al ejecutor que al paciente.

Al menos, este fué el efecto que produjo en Pitou, que empezó á marchar en retirada.

—Señor cura, dijo dando un paso atrás, yo soy un embajador inofensivo y venia únicamente...

—Sí, venias á apoderarte de mis armas como tus cómplices se han apoderado de las de los inválidos.

—Lo cual les ha valido un sinnúmero de elogios, dijo Pitou.

- Y lo que te valdrá á tí, indudablemente, unos cuantos latigazos, dijo el cura.

—¡Oh! señor Fortier, dijo Pitou, que recordaba al temible instrumento como á un antiguo conocimiento; no creo que os atrevais á violar hasta tal punto el derecho de gentes.

—Ahora lo verás, miserable; espera un momento.

—Señor cura, yo estoy protegido por mi carácter de embajador.

—¡Espera!

—¡Señor cura!... ¡señor cura!...

Pitou habia llegado en su retirada hasta la puerta de la calle sin volver la espalda á tan temible adversario; pero llegado á aquel punto, era preciso aceptar el combate ó huir.

Pero para huir era preciso abrir la puerta, y para abrir la puerta era preciso volverse.

En este caso, Pitou ofrecia á los golpes del cura aquella parte desarmada de su individuo que no hubiera hallado bastante resguardada bajo una coraza.

—¡Quieres mis fusiles! dijo el cura; ¡vienes á buscar mis fusiles! Vienes á decirme: ¡los fusiles ó la muerte!

—Señor cura, dijo Pitou, muy lejos de eso, yo no he dicho una palabra que se parezca á nada de eso.

—Pues bien sabes tú donde están mis fu-

siles, quítame la vida para apoderarte de ellos. Pasa sobre mi cadáver y vé á cogerlos.

—Nada de eso, nada de eso, señor cura.

Y Pitou con la mano en el picaporte, con la vista fija sobre el brazo levantado del cura, calculaba, no el número de los fusiles encerrados en el arsenal del cura, sino el número del golpes que podian descargar las disciplinas.

—¿Conque decididamente, señor cura, no quereis darnos los fusiles?

—Decididamente no.

—No quereis? una.

—No.

—No quereis? dos.

—No.

—No quereis? tres.

—No, no, no.

—Pues bien, dijo Pitou, quedáos con ellos.

Y haciendo una rápida evolucion se volvió y se lanzó por la puerta entreabierta.

Pero no fué tan precipitado este movimiento que no diese tiempo á la inteligente arma del cura para caer sobre los riñones de Pitou, y por grande que fuese el valor del vencedor de la Bastilla, no pudo menos de arrojar un grito de dolor.

A este grito, muchos vecinos salieron de sus casas, y con gran asombro suyo vieron á

Pitou huir con toda la ligereza que le permitian sus piernas y armado con su casco y su sable, y al cura Fortier de pie sobre el humbral de la puerta blandiendo su arma terrible, como el ángel esterminador su espada de fuego.

VII.

Pitou diplomático.

Acabamos de ver cómo Pitou habia caido desde lo mas elevado de sus esperanzas.

La caida era terrible. Satanás al caer, no habia medido mayor espacio al verse precipitado desde el cielo al infierno. Y aun al caer en el infierno, Satanás bajaba rey, mientras que Pitou cayendo bajo la férula del cura Fortier, quedaba Pitou á secas.

¿Cómo volveria á presentarse ante los que le habian enviado? ¿Cómo, despues de haberles manifestado tan imprudente confianza, se habia de atrever á decirles que su gefe era un fanfarron que con su casco y

su espada se dejaba azotar por un anciano cura?

Qué vergüenza!

Pitou asi que se vió solo, se sentó, apoyó su cabeza entre sus manos y se puso á reflexionar.

Habíase lisonjeado de convencer al cura Fortier hablándole en griego y en latin. En su sencilla inocencia habia creido adormecer al terrible Cancerbero con la miel de la torta de *escogidos conceptos* y he aquí que su torta habia parecido amarga y que el Cancerbero habia mordido la mano sin tragar la torta.

Todos sus planes habian fracasado.

El cura Fortier tenia un grande amor propio; Pitou no habia contado con él, pues lo que habia exasperado al cura Fortier era mas bien la falta de lenguaje que Pitou habia encontrado en la frase del maestro, que los treinta fusiles que habian querido sustraer de su arsenal.

El cura Fortier era un acérrimo realista y sobre todo un orgulloso filólogo.

Asi es que Pitou se arrepintió despues de haber despertado en él, á proposito de Luis XVI, y del verbo *ser*, la doble cólera de que habia sido víctima. Pitou conociendo á su maestro debia haber conocido el modo de atacarle y de halagarle. Y en esto consistia

verdaderamente su culpa, que lloró, como sucede siempre, demasiado tarde.

Faltaba hacer lo que hubiera debido hacer.

En primer lugar debiera haber empleado toda su elocuencia en probar su afeccion al trono dejando pasar desapercibidas las faltas gramaticales del cura Fortier.

Hubiera debido persuadir al cura de que la guardia nacional de Haramont estaba en un sentido contrarevolucionario.

Hubiera debido prometerle que aquel cuerpo de ejército seria el ejército auxiliar del rey.

Y sobre todo no hablarle una palabra de aquel desgraciado verbo *ser* puesto en un tiempo indebido.

Y entonces el cura hubiera abierto los tesoros de su arsenal para asegurar á la monarquía el auxilio de un cuerpo de soldados tan valientes y de un gefe tan heróico.

Esta táctica era la que constituia la diplomácia y Pitou despues de haber reflexionado maduramente, trajo á su memoria los hechos que habia leido en los libros.

Pensó en Filipo de Macedonia que pronunció tantos falsos juramentos y á quien sin embargo llamaron un gran hombre.

Pensó en Bruto, que sorprendió á sus ene-

migos dormidos, en Temístocles que pasó su vida engañando á sus conciudadanos para servirlos y á quien llamaban sin embargo un grande hombre.

Recordó á Arístides que por el contrario no admitia nunca los medios injustos y á quien tambien dieron el dictado de grande hombre.

Este hecho le dejó muy indeciso.

Pero siguiendo el hilo de sus reflexiones halló que Arístides tuvo la suerte de vivir en un tiempo en que los persas eran tan estúpidos que podia vencérselos con la buena fé únicamente.

Luego, reflexionando mas aun, pensó que en último resultado Arístides habia sido desterrado y que este destierro por injusto que fuese hizo inclinar la balanza en favor de Filipo de Macedonia, de Bruto y de Temístocles.

Pasando á los ejemplos mas modernos, Pitou se preguntó á sí mismo: Gilberto, Bailly, Lameth, y Mirabeau, ¿cómo hubieran obrado siendo ellos Pitou y Luis XVI el cura Fortier?

¿Cómo se hubieran comportado para que el rey diese armas á quinientos mil guardias nacionales en Francia?

Indudablemente hubieran hecho todo lo

contrario de lo que habia hecho él.

Hubieran persuadido á Luis XVI de qne los franceses nada deseaban con tanto ahinco, como salvar y conservar la vida y el trono del padre de los franceses: y que para salvarse eran precisos quinientos mil fusiles.

Y seguramente Mr. Mirabeau hubiera logrado su intento.

Pitou recordaba tambien la cancion ó el proverbio que dice:

Lorsque l' on veut quelque chose du diable, il faut l' appeler monseigneur!

Cuando se quiere conseguir algo del diablo es preciso llamarle señor.

Y de todo esto deducia que él, Angel Pitou, era un cuadrúpedo y que para volver á presentarse á sus subalternos con gloria, debiera haber hecho precisamente lo contrario de lo que acababa de hacer.

Tratando entonces de esplotar aquel nuevo filon, Pitou resolvió obtener por medio de la astucia ó de la fuerza las armas que no habia podido conseguir por medio de la persuacion.

El primer medio que se presentó á su imaginacion fué el de la astucia.

Podia introducirse en el museo del cura y sustraer las armas del arsenal.

Siendo auxiliado por sus compañeros,

únicamente hacia una mudanza; solo, hubiera cometido un robo.

El robo! esta palabra sonaba muy mal en los oidos de Pitou.

Pitou retrocedió ante los dos medios que acabamos de citar.

Ademas el amor propio de Pitou se hallaba ya comprometido, y para salir airoso debia apoderarse de las armas sin ayuda de nadie.

Volvió por lo tanto á reflexionar, no sin admirarse de la nueva direccion que habian tomado sus ideas.

En fin, lo mismo que Arquimedes, esclamó: *Eureka*, lo que lisa y llanamente quiere decir en español: Lo *encontré*.

Y con efecto hé aqui el medio que Pitou encontró en el arsenal de sus pensamientos.

Mr. de Lafayette era el comandante general de los guardias nacionales de Francia.

Haramont estaba en Francia.

Haramont tenia una guardia nacional.

Asi, pues, Mr. de Lafayette era comandante general de los guardias nacionales de Haramont.

Mr. de Lafayetie no debia tolerar que los milicianos de Haramont careciesen de armas, puesto que los milicianos de los otros puntos estaban armados ó próximos á armarse.

Para llegar á Mr. de Lafayette estaba Gilberto, para llegar á Mr. Gilberto, Billot.

Pitou escribió una carta á Billot.

Como Billot no sabia leer, la leeria naturalmente Gilberto, y el segundo intermediario se instruiria del caso al mismo tiempo que el primero.

Decidido á adoptar este medio, Pitou esperó á que llegase la noche, entró silenciosamente en Haramont y tomó la pluma.

Sin embargo, á pesar de todas las precauciones para entrar de incógnito, habia sido visto por Claudio Tellier y por Maniquet.

Estos se retiraron en silencio despues de haber visto la carta que Pitou les enseñó por fuera solamente.

Pitou se quedaba entretanto entregado á la política práctica.

Y hé aqui la carta en cuestion:

«Mi muy querido y venerado Mr. Billot.

»La causa de la revolucion gana diariamente simpatías en nuestro pais, los aristócratas pierden terreno y los patriotas avanzan.

»El pueblo de Haramont se alista en el servicio activo de los guardias nacionales.

»Pero esta guardia nacional carece de armas.

»Hay un medio de procurárselas, y es el siguiente: Existen en el pais algunos pa.ti-

culares que retienen armas de guerra, y que podian ahorrar al Tesoro público grandes gastos pasando al servicio de la nacion.

»Haced de modo que el general Lafayette disponga que estos depósitos ilegales pasen á disposicion de los pueblos en proporcion al número de guardias que haya en cada uno; y yo por mi parte me encargo de hacer entrar treinta fusiles al menos en los arsenales de Haramont.

»Este es el único medio de oponer un dique á los intentos contrarevolucionarios de los aristócratas y de los enemigos de la nacion.

»Vuestro conciudadano y muy humilde servidor.

ANGEL PITOU.»

Despues de escribir esta carta, Pitou advirtió que se habia olvidado de hablar al arrendatario de su casa y su familia.

Tratábale á lo Bruto; ademas dar á Billot detalles sobre Catalina, era esponerse á mentir ó á destrozar el corazon de un padre y abrir las recientes heridas de su propia alma.

Pitou ahogó un suspiro y añadió las siguientes palabras:

«La señora Billot, la señorita Catalina y todas las personas de la casa se hallan en buen estado de salud y recuerdan mucho al señor Billot.»

De esta menera Pitou no se comprometia ni comprometia á nadie.

Al enseñar la carta que iba á salir para Paris á sus dos compañeros futuros de armas, Pitou se contentó con decirles únicamente.

—Aquí está la carta.

Y en seguida fue á ponerla en el correo.

La respuesta no se hizo esperar mucho tiempo.

A los dos dias llegó un espreso á Haramont preguntando por Mr. Angel Pitou.

Esto produjo una gran sensacion en el pueblo, y sobre todo en los futuros guardias nacionales.

El correo llegaba en un caballo cubierto de espuma.

Y llevaba un uniforme del estado mayor de la guardia nacional de París.

Júzguese el efecto que produciria y la ansiedad en que pondria á Pitou.

Acercóse á él temblando, pálido, y tomó el paquete que le alargaba el oficial, sonriendo.

Este paquete contenia la respuesta de Bi-

llot, escrita por mano de Gilberto.

Billot recomendaba á Pitou la moderacion en el patriotismo.

Y enviaba una órden del general Lafayette firmada por el ministro de la Guerra, para armar la milicia nacional de Haramont.

Aprovechaba la salida de un oficial encargado del armamento de la guardia nacional de Soissons y de Laon.

Aquella órden estaba concebida en estos términos:

Todos los que posean mas de un fusil y un sable, serán obligados á poner las demás armasá disposicion de los gefes de las milicias de cada pais.

La presente órden es ejecutoria en toda la provincia.

Pitou, fuera de sí de gozo, dió las gracias al oficial que volvió á sonreir y siguió su camino.

Pitou se veia en el colmo de los honores, pues recibia directamente las órdenes del general Lafayette y de los ministros.

Y estas órdenes llenaban completamente las ambiciosas esperanzas de Pitou.

Pintar el efecto que produjo esta visita en los electores de Pitou, seria un trabajo imposible de llevar á cabo, y renunciamos á él.

Al ver aquellos semblantes en que se pintaba el asombro, aquella agitacion que reinaba en el pueblo, aquel profundo respeto que todos tributaban á Angel Pitou, el mas incrédulo observador hubiera podido convencerse de que nuestro héroe iba á ser en adelante un gran personage.

Los electores quisieron, uno tras otro, ver y tocar el sello del ministro, cosa que les concedió Pitou con la mayor amabilidad.

Y así que el número de los concurrentes se hubo reducido á las personas mas interesadas, Pitou pronunció las siguientes palabras:

—Ciudadanos, mis planes han tenido un feliz resultado, como ya lo habia previsto. He escrito al general Lafayette participándole vuestros deseos de constituir una guardia nacional, y la eleccion que de mí habeis hecho para el mando.

Leed el final de la carta que me dirigen del ministerio.

Y diciendo esto presentó el despacho, al final del cual se leia:

A Mr. Angel Pitou, comandante de la guardia nacional de Haramont.

Por lo que veis, el general Lafayette aprueba vuestra eleccion, y vosotros quedais reconocidos como guardias nacionales por el

general Lafayette y por el ministro de la guerra.

Un grito de alegria universal hizo estremecer las paredes de la casa de Pitou.

—Respecto á las armas, continuó nuestro héroe, tengo ya el medio de obtenerlas. Vais ahora mismo á nombrar un teniente y un sargento. Estos dos gefes me acompañarán en la mision que tengo que desempeñar.

Los concurrentes se miraron llenos de inquietud.

—¿Cuál es tu parecer, Pitou? preguntó Maniquet.

—Eso no me corresponde á mí decirlo, dijo Pitou con dignidad; y es menester que las elecciones se hagan sin influencias de ninguna especie; reunios sin que yo esté presente, y nombrad los dos gefes que os he indicado. ¡Quedad con Dios!

Y dichas estas palabras con una dignidad casi régia, Pitou despidió á sus subordinados quedándose solo y envuelto en su grandeza lo mismo que Agamenon.

La eleccion duró una hora; fueron nombrados el teniente y el sargento, cuyos cargos recayeron, el primero en Maniquet, y el segundo en Claudio Tellier.

En seguida fueron á buscar a Angel Pitou,

quien los reconoció como tales gefes, y así lo proclamó.

Despues de hecho esto,

—Señores, dijo Pitou, no hay un momento que perder.

—Sí, sí, aprendamos el ejercicio, dijo uno de los mas entusiastas.

—Un momento, contestó Pitou; antes que en el ejercicio es menester pensar en los fusiles.

—Es muy justo, dijeron los gefes.

—Entretanto que llegan los fusiles, ¿no se podrá aprender con palos?

—Hagamos las cosas militarmente, respondió Pitou, que veia el ardor general y no se sentia bastante instruido para dar lecciones de un arte de que no comprendia una palabra; es una cosa muy ridícula que los soldados aprendan el ejercicio con palos, y no debemos empezar por hacernos ridículos.

—Muy bien dicho, respondieron; vengan los fusiles!

—Venid conmigo, teniente y sargento, dijo á sus subalternos, y vosotros esperad á que volvamos.

Un respetuoso silencio fué la única contestacion de los subordinados.

—Nos quedan aun seis horas de dia, y es mas tiempo del que se necesita para ir á Vi-

llers-Cotterets, hacer nuestro negocio y volver.

—Adelante, en marcha, gritó Pitou.

El estado mayor del ejército de Haramont, se puso en marcha al momento.

Pero así que Pitou volvió á leer la carta de Billot para convencerse de que tanto honor no era un sueño, encontró estas palabras de Gilberto, en que no habia reparado la vez primera:

¿Por qué se ha olvidado Pitou de dar al doctor Gilberto noticias de Sebastian?

¿Por qué Sebastian no escribe á su padre?

VIII.

Pitou triunfa.

El cura Fortier se hallaba muy ageno de calcular la tempestad que le preparaba la profunda diplomácia de Pitou, y el prestigio que habia este alcanzado con los gefes del gobierno.

Hallábase ocupado en demostrar á Sebastian que las malas compañías acarrean la pérdida de las virtudes y de la inocencia,

que París era un precipicio, y que los mismos ángeles se pervertirian en aquella ciudad, como los que se habian estraviado en el camino de Gomorra, si no huian inmediatamente al cielo; y tomando por el lado trágico la visita de Pitou, ángel caido, recomendaba á Sebastian, con toda la elocuencia de que era capáz, que se mantuviese siempre honrado y fiel partidario de la monarquía.

Por honrado y fiel partidario de la mornarquía el cura Fortier entendia una cosa muy distinta de lo que el doctor Gilberto.

El buen cura olvidaba que, vista la diferencia que habia en el modo de interpretar estas palabras, su propaganda era una mala accion, puesto que procuraba poner en disidencia el espíritu del padre con el del hijo.

Pero preciso es confesar que su semilla se perdia en una tierra mal preparada para recibirla.

Cosa singular! á la edad en que los niños son una blanda arcilla, á la edad en que quedan impresas en su alma todas las ideas que se quieren hacer fructificar, Sebastian era ya un hombre por sus convicciones y su firmeza en sostenerlas.

¿Era este el hijo de aquella aristocrática naturaleza que habia menospreciado al plebeyo hasta el punto de causarle horror?

¿O bien era esto la aristocrácia del plebeyo llevada en Gilberto hasta el estoicismo?

El cura Fortier no era capáz de sondear semejante misterio: únicamente sabia que el doctor era un patriota algo exagerado, y procuraba con la preventiva sencillez de los eclesiásticos reformar á su hijo para la mayor gloria de Dios y del rey.

Sebastian, aunque parecia prestar atencion á los consejos, no los escuchaba, y su imaginacion se perdia en las confusas imágenes que desde hacia algun tiempo habian vuelto á presentarse á su mente bajos los antiguos árboles de los bosques de Villers-Cotterets, cuando el cura Fortier llevaba á pasear á sus discípulos por el lado de la Pierre Cloueve hácia San Huberto ó hácia Latour Aumont, aquellas alucinaciones, que eran para él una segunda existencia que corria al lado de su existencia real, y una vida de poéticas felicidades, al lado del prosaismo indolente de sus dias de estudio.

De repente la puerta que daba á la calle de Soissons, impulsada con alguna violencia, se abrió por sí misma y dió paso á muchos hombres.

Estos hombres eran el corregidor de la ciudad de Villers-Cotterets, el teniente corregidor y el secretario.

Detrás de estos tres personajes se divisaban dos sombreros de gendarmes, y detrás de estos sombreros cinco ó seis cabezas de curiosos.

El cura, inquieto con aquel incidente, se dirigió al corregidor.

—¿Qué hay, Mr. de Longpré? preguntó.

—Señor cura, respondió este con la mayor gravedad, ¿teneis noticia del nuevo decreto del ministro de la Guerra?

—No, señor.

—Pues entonces, tomaos la molestia de leerlo.

El cura tomó en sus manos el despacho del ministro y lo leyó.

Y al mismo tiempo que lo leia, su rostro se cubria de una mortal palidez.

—Y bien, dijo, ¿qué es lo que quereis?

—Señor cura, los individuos de la guardia nacional de Haramont está ahí cerca, y esperan se les haga entrega de las armas.

El cura dió un salto como si fuese á tragarse vivos á todos los individuos de la guardia nacional.

Entonces Pitou, creyendo que aquel era el momento oportuno de presentarse, se acercó seguido de su teniente y su sargento.

—Ahí los teneis, dijo el corregidor.

El semblante del cura pasó del color ama-

rillo al del púrpura.

—Esos tunantes! esclamó; están ahí esos tunantes!

El corregidor era un pobre hombre que no tenia aun una opinion politica bien marcada, y no queria malquistarse ni con Dios ni con la la guardia nacional.

Las invectivas del cura Fortier solo produjeron en él una sonora carcajada, con la cual consiguió dominar la situacion.

—Ya oís cómo el cura trata á la guardia nacional de Haramont, dijo á Pitou y á sus dos acompañantes.

—Eso es porque el cura Fortier nos ha conocido niños y nos cree siempre en el mismo estado; dijo Pitou con un acento de melancólica dulzura.

—Pero los niños se han hecho hombres, murmuró Maniquet estendiendo hácia el cura su mano mutilada.

—Y esos hombres son víboras, esclamó el cura en el colmo de la indignacion.

—Y víboras que picarán si se las hostiga; dijo á su vez el sargento Claudio.

El corregidor leia en estas amenazas toda la futura revolucion.

El abate adivinó en ellas el martirio.

—Pero en fin, dijo, qué es lo que quieren de mí?

—Quieren una parte de las armas que poseeis, dijo el corregidor procurando conciliarlo todo.

—Esas armas no son mias, contestó el cura.

—¿Pues de quién son?

—De monseñor el duque de Orleans.

—Estamos enterados, dijo Pitou; pero eso no obsta para que me las entregueis.

—¿Cómo no obsta?

—Para nada; y nadie podrá impedirlo.

—Escribiré al señor duque, dijo magestuosamente el cura Fortier.

—El señor cura olvida, sin duda, dijo el corregidor á media voz, que esto seria una dilacion inútil, pues si se consulta á monseñor, responderá que es preciso entregar á los patriotas no solo los fusiles de sus enemigos los ingleses, sino los cañones de su abuelo Luis XIV.

Esta justa observacion hirió profunda y dolorosamente al cura que no pudo menos de esclamar:

—*Circumdedisti me hostibus meis.*

—Si, señor cura, dijo Pitou, es muy cierto; pero solamente os hallais rodeado de vuestros enemigos políticos, porque nosotros no atacamos en vuestra persona mas que al mal patriota.

—¡Imbécil! esclamó el cura Fortier en un arranque de exaltacion que le prestó una especie de elocuencia; ¡negado y peligroso imbécil! ¿cuál de nosotros dos es el buen patriota? ¿yo que deseo guardar las armas para la tranquilidad del pais, ó tú que las pides para promover la discordia y la guerra civil? ¿quién es el buen hijo? ¿yo que ciño la corona de olivo para festejar á nuestra madre comun, ó tú que empuñas la espada para destrozarla?

El corregidor volvió la cara para ocultar su emocion, y al mismo tiempo que lo hacia, dirigió al cura una mirada que queria decir:

—¡Muy bien!

El teniente corregidor, nuevo Tarquino, derribó unas cuantas flores con su baston.

Pitou quedó sin saber que contestar.

Visto lo cual por los dos gefes subalternos, fruncieron las cejas con una espresion marcada de disgusto.

Unicamente Sebastian, el niño espartano permanecia impasible.

Acercóse á Pitou y le preguntó:

—¿De qué se trata, Pitou?

Pitou se lo dijo en pocas palabras.

—¿Y la órden está firmada? dijo el niño.

—Por el ministro de la Guerra y por el ge-

neral Lafayette, y está escrita por tu mismo padre.

—¿Entonces, por qué vacilan en darla cumplimiento?

Y diciendo esto, leíase en sus ojos, de dilatadas pupilas, en los movimientos de las alas de su nariz y en las severas líneas de su impasible frente, el implacable espíritu de dominio de las dos razas que le habian dado el ser.

El cura oyó las palabras que salian de la boca de aquel niño, y no pudo menos de estremecerse y bajar la vista.

—¡Tres generaciones de enemigos se alzan contra nosotros! murmuró.

—Vamos, señor cura, dijo el corregidor; es preciso obedecer.

El cura dió un paso estrechando convulsivamente el manojo de llaves que pendia de su cintura, sin duda por un resto de los usos monásticos.

—¡No, y mil veces no! esclamó deteniéndose; esas armas no son mias, y necesito una órden de su dueño para entregarlas.

—¡Ah, señor cura! dijo el corregidor en tono de desaprobacion.

—Eso es una rebelion, dijo Sebastian al sacerdote; tened cuenta con lo que haceis.

—¡*Tu quoque*! esclamó el cura cubriéndo-

se con su sotana para imitar á César.

—Vamos, vamos, señor cura, dijo Pitou, no paseis cuidado, que esas armas estarán perfectamente cuidadas en el servicio de la patria.

—¡Calla, Judas! contestó el cura, has hecho traicion á tu antiguo maestro; ¿por qué no has de ser luego traidor á la patria?

Pitou acusado por su conciencia bajó la vista. Lo que habia hecho era impropio de un corazon noble aunque muy propio de un hábil administrador de hombres.

Pero al bajar los ojos vió al lado suyo á sus dos subalternos que parecian muy disgustados de tener un gefe tan débil.

Pitou comprendió que si se dejaba dominar destruia todo su prestigio.

El orgullo se apoderó entonces de aquel valiente campeon de la revolucion francesa.

Pitou alzando la cabeza,

—Señor cura, dijo, por sumiso que yo deba estar á mi antiguo maestro, no dejaré sin embargo pasar sin comentarios esas injuriosas palabras.

—¿Ahora te pones á comentar? dijo el cura creyendo derrotar á Pitou por medio de la burla.

—Si, señor cura, quiero comentar, y vais

á ver la justicia de mis comentarios. Me llamais traidor porque no me habeis querido dar las armas que yo os pedia con el ramo de olivo en la mano, y que os arranco hoy por medio de una órden del gobierno. Pues bien, señor cura, mejor quiero que parezca que he hecho traicion á mis deberes, que no haber prestado mi apoyo á la contrarevolucion. ¡Viva la patria! ¡A las armas!

El corregidor, repitió, dirijiéndose á Pitou, el mismo gesto que poco antes habia dirijido al cura, y que queria decir:

—¡Muy bien! ¡muy bien!

El discurso de Pitou tuvo efectivamente un éxito completo, pues produjo un resultado mortal para el cura y un resultado eléctrico en los concurrentes.

El corregidor se eclipsó haciendo señas á su representante de que se quedara.

El teniente corregidor hubiera tambien deseado eclipsarse lo mismo que su superior; pero la falta de las dos autoridades principales de la ciudad hubiera sido muy notada.

Asi, pues, siguió con el escribano á los dos gendarmes que siguieron á los tres guardias nacionales en direccion al museo de armas, cuya posicion conocia perfectamente Pitou.

BIBLIOTECA · Granada · DE ANDALUCIA

Sebastian dando saltos de alegria siguió las huellas de los patriotas.

Los demás niños del colegio contemplaban aquella escena con asombro y terror.

En cuanto al cura, despues de haber abierto la puerta de su museo, cayó medio muerto de cólera y de vergüenza sobre la primer silla que se presentó á su alcance.

Una vez dentro del museo, los dos acompañantes de Pitou quisieron saquearlo todo, pero la tímida honradez del gefe de los guardias nacionales interpuso su benéfica influencia.

Contó los guardias nacionales que podia haber en Haramont, y siendo estos treinta y tres, dió órden de que se sacasen del museo treinta y tres fusiles.

Y como en caso necesario Pitou podia tener tambien que hacer uso de una de estas armas, pues no pensaba hacer menos que los otros, reservó para sí otro fusil, fusil propio para un oficial, pues era mas corto y menos pesado que los otros, y aunque del calibre de ordenanza, podia dirigir tan bien los perdigones contra un conejo ó una liebre, como las balas contra un falso patriota, ó un verdadero prusiano.

Además eligió tambien para sí una espada recta como la de Mr. de Lafayette, una es-

pada que habria tal vez pertenecido á algun héroe de Fontenoy ó de Philippsbourg y que él colocó tranquilamente en su costado.

Cada uno de sus dos acompañantes cargó con doce fusiles, y aquel enorme peso no les hizo flaquear un momento, pues su entusiasmo les prestaba una fuerza sobrenatural.

Pitou se encargó de los demás.

Pasaron por el jardin por no cruzar por medio de Villers-Cotterets, con el objeto de evitar el escándalo.

Además, este era realmente el camino mas corto.

Este camino, además de ser mas corto, ofrecia la ventaja de evitar á los tres gefes de la guardia nacional todo peligro de tener un encuentro con partidarios de ideas contrarias á las suyas. Pitou no temia la lucha, y prueba de su valor era el haberse quedado con un fusil para cuando llegase el caso; pero Pitou se habia hecho un hombre muy pensador y desde que reflexionaba mucho habia comprendido, que si un fusil era un instrumento muy útil para la defensa de un hombre, muchos fusiles era una cosa perjudicial.

Nuestros tres héroes cargados con aquellos ópimos despojos cruzaron el jardin con la mayor precipitacion, y agobiados de fatiga, pero de una gloriosa fatiga, y cubiertos de

sudor trasladaron á la casa de Pitou el precioso depósito que la patria acababa de confiarles tal vez algo imprudentemente.

Aquella misma noche celebró una reunion la guardia nacional, en la que el comandante Pitou entregó un fusil á cada uno de sus soldados, diciéndoles como las espartanas á sus hijos respecto al escudo:

«Con él, ó bajo de él.»

Entonces se produjo en aquella pequeña aldea transformada de este modo por el genio de Pitou, una efervescencia parecida á la que produce un terremoto en un hormiguero.

La alegria de poseer un fusil entre aquellos hombres, todos cazadores de profesion, hizo que Pitou fuese para ellos un semidios.

Olvidáronse entonces de sus largas piernas, de sus abultadas rodillas y de su enorme cabeza; olvidáronse en fin de sus grotescos antecedentes, y Pitou fue el genio tutelar del pais durante todo el tiempo que el rubio Febo empleó en hacer su visita á la hermosa Anfitrite.

El siguiente dia se pasó en examinar los fusiles; quedando unos muy satisfechos si la bateria era buena, y pensando los otros en reparar la desigualdad de la suerte si les habia tocado un arma mas inferior.

Durante este tiempo, Pitou encerrado en su habitacion, como el gran Agamenon bajo su tienda, en tanto que los demás se agitaban, agotaba su cerebro, mientras que sus soldados se destrozaban las manos montando y desmontando los fusiles.

En qué pensaba Pitou?

Pitou que habia llegado á ser pastor de los pueblos, pensaba en la nulidad de las grandezas humanas.

En efecto, llegaba el momento en que todo aquel edificio construido con tanto trabajo, iba á venir á tierra.

Los fusiles se habian repartido el dia anterior. El dia se habia pasado en el arreglo de ellos; al siguiente era preciso enseñar el ejercicio á los soldados, y Pitou no conocia ni aun la primera voz de mando de la carga en doce tiempos.

Pitou habia cargado siempre su escopeta sin contar los tiempos, y del modo que mejor le parecia.

En cuanto á la maniobra se hallaba aun peor.

Ahora bien, qué habia de suceder á un comandante de la guardia nacional que no conocia la carga en doce tiempos ni sabia mandar una maniobra?

Pitou, pues, con la cabeza apoyada sobre

sus manos, con la mirada estraviada, y en un estado de completa inmovilidad, pensaba.

Nunca César entre las malezas de la Gaula salvage, jamás Anibal perdido en las nieves de los Alpes, jamás Colon estraviado en un desconocido Océano, pensó con mas solemnidad en presencia de lo desconocido.

—Oh! esclamaba Pitou, el tiempo vuela, el dia de mañana se acerca con una rapidez espantosa, y mañana apareceré en toda mi nulidad!

Mañana el rayo de la guerra que ha tomado la Bastilla será tratado de ignorante por la asamblea entera de los haramonteses como fué tratado.... no sé quien, por la asamblea entera de los griegos.

Mañana! mañana! cuando hoy soy un héroe!

Eso no puede ser; llegará á oidos de Catalina y quedaré deshonrado.

Y quién puede sacarme de este atolladero? La osadía.

No, no; la osadia dura un minuto y el ejercicio á la prusiana tiene doce tiempos.

Qué idea tan estraña ha sido la de enseñar á los franceses el ejercicio á la prusiana!

Si yo dijese que era demasiado buen patriota para enseñar á los franceses el ejercicio á

la prusiana, y que he inventado un ejercicio mas nacional!.... Pero no, me meteria en un berengenal de que me seria imposible salir.

Recuerdo haber visto un mono en la feria de Villers-Cotterets, que hacia el ejercicio; pero le haria probablemente como lo puede hacer un mono, sin regularidad.

—Ah! esclamó Pitou, qué feliz idea!

Y en el mismo instante abriendo el compás de sus largas piernas iba ya á empezar á cruzar el espacio, cuando una reflexion le detuvo.

—Mi desaparicion les admiraria, dijo; prevengámosles.

Y enviando á buscar á Claudio y á Maniquet, les habló de este modo:

—Señalad el dia de pasado mañana para el primer ejercicio.

—Y por qué no mañana mismo? preguntaron los dos subalternos.

—Porque estais vosotros dos muy fatigados, y antes de instruir á los soldados quiero instruiros á vosotros. Y, hablando de otra cosa, tened entendido que es menester que os acostumbreis á obedecer sin hacerme observaciones.

Los dos subalternos se inclinaron respetuosamente.

—Está bien! dijo Pitou, Iconque señalad el dia de pasado mañana para el primer ejercicio.

Los dos gefes se inclinaron por segunda vez, y salieron de casa de Pitou, para irse á acostar, pues eran ya las nueve de la noche.

Pitou les dejó marchar, y asi que hubieron desaparecido tras de la esquina de la casa salió á su vez y tomando una direccion opuesta, se puso en quince minutos en el punto mas sombrío y espeso de la selva.

Veamos ahora cual era la idea luminosa que iba á sacar á Pitou del apurado compromiso en que se encontraba.

IX.

El padre Clouis y la piedra Clouise ó de qué modo Pitou llega á ser un táctico y adquiere aire marcial.

Pitou corrió asi por espacio de media hora internándose cada vez mas en la selva.

Habia entre aquellas espesuras de tres siglos, apoyada contra una roca y en medio de grandes zarzas, una cabaña edificada hacia treinta y cinco ó cuarenta años, y que encerraba un personaje que habia sabido por su

propio interés rodearse de cierto misterio.

Esta cabaña medio socabada en la tierra y entretejida por fuera con ramage, no tenia otra abertura para dar entrada al aire y á la luz, que un agujero oblicuamente practicado en el techo, por el que salia el humo.

De otra manera, nadie á escepcion de los guardas de la selva, de los cazadores y de las gentes que vivian en los alrededores, hubiera adivinado que aquella cabaña sirviese de morada á un hombre.

Y sin embargo, hacia cuarenta años vivia allí un anciano guardia que estaba retirado del servicio, pero á quien el duque de Orleans habia concedido el permiso de vivir en la selva, censervar el uniforme, y tirar un tiro cada dia del año á una liebre ó á un conejo. Las aves y la caza mayor estaban esceptuados en este permiso.

El buen hombre tenia en la época de que hablamos sesenta y nueve años. En un principio le llamaban Clouis á secas, y despues el padre Clouis, cuya variacion se fue operando con el trascurso de los años.

Con su nombre habia sido bautizada la roca en que se hallaba apoyada su cabaña, llamándola la piedra Clouise.

Habia recibido una herida en Fontenoy y á consecuencia de esta herida habia perdido

una pierna.

Y esta es la razon porque retirado muy pronto del servico habia obtenido del duque de Orleans los privilegios de que acabamos de hablar.

El padre Clouis no penetraba jamás en las ciudades, y no iba mas que una vez al año á Villers-Cotterets para comprar trescientas sesenta y cinco cargas de escopeta y trescientas setenta y seis en los años bisiestos.

En el mismo dia llevaba á casa de Mr. Cosme, sombrerero en la calle de Soissons, trescientas sesenta y cinco pieles mitad de liebre y mitad de conejo, por las que recibia una suma de setenta y cinco libras tornesas.

Y cuando decimos trescientas sesenta y cinco pieles en los años ordinarios y trescientas sesenta y seis en los bisiestos, no nos equivocamos en una sola, porque el padre Clouis teniendo derecho á un tiro diario, se las componia de manera que mataba una liebre ó un conejo en cada tiro.

Y como nunca tiraba un tiro mas ni menos de los concedidos, el padre Clouis mataba ciento ochenta y tres liebres y ciento ochenta y dos conejos en los años ordinarios y ciento ochenta y tres liebres y ciento ochenta y tres conejos en los años bisiestos.

Manteniase con la carne de estos animales, bien las comiese ó las vendiese, y con la piel compraba la pólvora y las municiones quedándole aun un sobrante.

Ademas, una vez al año se dedicaba á una pequeña especulacion.

La piedra en que se apoyaba su cabaña ofrecia un plano inclinado como el de un tejado.

Este plano tenia un espacio de unos diez y ocho pies en su mayor estension y un objeto colocado en su parte mas elevada descendia suavemente hasta la mas baja.

El padre Clouis esparció poco á poco en las aldeas vecinas por medio de las buenas mugeres que venian á comprar sus liebres ó sus conejos, que las jóvenes que el dia de san Luis, se dejasen deslizar tres veces por el plano, se casarian durante el año.

El primer año muchas muchachas solteras acudieron á la piedra, pero ninguna se atrevió á dejarse escurrir.

Al año siguiente se aventuraron tres de ellas y dos se casaron durante el año, y la tercera que quedó soltera el padre Clouis afirmó resueltamente que si le habia faltado marido era porque no se habia dejado escurrir con la misma fé que las otras.

Al año siguiente todas las jóvenes de los

alrededores acudieron al plano inclinado.

El padre Clouis declaró que no habria bastantes hombres para tantas muchachas, pero que sin embargo, una tercera parte de ellas que serian las que tuviesen mas fe, se casarian.

Y con efecto, un buen número de ellas lograron casarse. Desde entonces, la reputacion matrimonial de la piedra Clouise quedó establecida, y todos los años san Luis tuvo una doble fiesta, en la ciudad y en la selva.

El padre Clouis pidió un privilegio; pues como no era posible permanecer allí todo el dia sin comer ni beber, el padre Clouis consiguió que le permitieran dar de comer y beber á sus huéspedas y á sus huéspedes, pues los jóvenes habian llegado á hacer creer á las muchachas que para que la virtud de la piedra fuese infalible, era preciso deslizarse juntos por el plano inclinado y á un mismo tiempo.

Treinta y cinco años hacia que el padre Clouis vivia de este modo. El pais le trataba como los árabes tratan á sus marabus, y habia pasado al estado de leyenda.

Pero lo que preocupaba sobre todo á los cazadores y hacia comerse de envidia á los guardas, era el que estaba averiguado con toda certeza que el padre Clouis no tiraba al

año mas que trescientos sesenta y cinco tiros, y que con estos trescientos sesenta y cinco tiros mataba ciento ochenta y dos liebres y ciento ochenta y tres conejos.

Mas de una vez los señores de París invitados por el duque de Orleans á ir á pasar algunos dias al palacio, habiendo oido referir la historia del padre Clouis, habian ido á depositar un luis ó un escudo, segun la generosidad de cada uno, en su callosa mano. Mil veces habian intentado sorprender el secreto de un hombre que mata trescientas sesenta y cinco piezas de trescientos sesenta y cinco tiros.

Pero el padre Clouis no habia podido darles otra esplicacion que la siguiente: En el ejército habia, con este mismo fusil cargado con bala, adquirido la costumbre de matar un hombre por cada tiro; lo que habia hecho cargando con bala y apuntando á un hombre, lo habia hallado mucho mas fácil de hacer con perdigones respecto á un conejo ó una liebre.

Y á los que se sonreian oyéndole hablar de aquel modo, el padre Clouis les preguntaba:

—Pues por qué haceis fuego sin estar seguro de matar la pieza?

Frase que hubiera sido digna de figurar en-

tre las de Mr. de la Palise.

—Pero por qué, le preguntaban, el duque de Orleans que no era ningun avaro, no os ha concedido mas que un tiro cada dia?

—Porque más hubiera sido una ganancia estraordinaria, y el duque me conocia bien.

La novedad de aquel espectáculo y lo singular de aquella teoría producian un año con otro una docena de luises al anciano anacoreta.

Como además él ganaba otro tanto con sus pieles de conejos y con el dia de fiesta que habia él instituido, y como que no gastaba mas que un par de botines, ó mejor dicho, un botin cada cinco años y un trage cada diez, el padre Clouis lo pasaba muy bien.

Así es que corrian voces de que tenia guardados buenos luises, y que el que lo heredara haria un escelente negocio.

Tal era el singular personage á quien Pitou iba á buscar durante la noche, cuando le ocurrió la feliz idea que debia sacarle de su apuro.

Lo mismo que el anciano pastor de los rebaños de Neptuno, Clouis no se dejaba atrapar asi como se quiera, y distinguia al primer golpe de vista al importuno improductivo, del viajero opulento, y ya que iba siendo poco accesible aun para estos últimos, júz-

guese cómo trataria á los primeros.

Clouis se hallaba acostado sobre su lecho de hojas, lecho maravilloso y aromático que le proporcionaba la selva en el mes de setiembre, y que solo tenia precision de renovar en el mismo mes del año siguiente.

Eran las once de la noche y hacia un tiempo claro y fresco.

Para llegar á la cabaña del padre Clouis era preciso apartar el ramaje de un olmo; ramaje tan espeso que el ruido que producia esta operacion anunciaba las visitas al anacoreta.

Pitou hizo cuatro veces mas ruido que hubiera hecho otro cualquiera.

El padre Clouis levantó la cabeza y miró, pues se hallaba despierto, y con un humor feroz, pues le habia sucedido una terrible desgracia que le hacia inaccesible á sus mas frecuentes visitadores.

La desgracia era terrible, con efecto. Su fusil, que le habia servido por espacio de cinco años con bala y treinta y cinco con perdigones, habia reventado al hacer fuego á un conejo.

Este era el primer tiro perdido en aquellos treinta y cinco años; pero el conejo sano y salvo no era lo único que agoviaba de dolor al padre Clouis. Dos dedos de su mano izquier-

da habian quedado muy estropeados por la esplosion. Clouis habia logrado arreglarse sus dedos con yerba machucada, pero no habia podido componer su fusil.

Para procurarse otro era preciso que el padre Clouis acometiese su tesoro, y aun cuando hiciera este sacrificio por uno nuevo, y empleara en él la suma exorbitante de dos luises, qué sabia él si este fusil seria tan certero como el que acababa de reventar.

Como vemos, Pitou llegó en mala hora.

Asi es que, cuando puso las manos en el picaporte de la puerta, el padre Clouis exhaló una especie de gruñido que hizo retroceder al comandante de la guardia nacional de Haramont.

¿Era algun lobo ó alguna javalina con su cria la que ocupaba la cabaña?

Asi es que Pitou se detuvo.

—Hola! padre Clouis! gritó.

—Qué hay? preguntó el misántropo.

Pitou se tranquilizó al reconocer la voz del digno anacoreta.

—Estais ahí, eh?

Y despues, dando un paso en el interior de la cabaña y haciendo una cortesía á su propietario,

—Buenos dias, padre Clouis, dijo Pitou con la mayor amabilided.

—Quién vá? preguntó el herido.

—Yo.

—Y quién eres tú?

—Yo, Pitou.

—Y quién es Pitou?

—Yo, Angel Pitou, de Haramont.

—Y qué me importa á mí que seais Angel Pitou de Haramont?

—Oh! esclamó Pitou; el padre Clouis no tiene buen humor, y le he despertado á mala hora.

—A muy mala hora, teneis razon.

—Y qué es lo que debo hacer?

—Lo mejor que podeis hacer es marcharos por donde habeis venido.

—Sin hablar lo que os tengo que decir?

—Hablar? y de qué?

—De un gran servicio que podeis prestarme, padre Clouis.

—Yo no presto servicios de balde.

—Es que yo pago los que se me hacen.

—Es muy posible, pero yo no puedo serviros ahora de nada.

—Pues cómo?

—Ya no mato conejos.

—Que no matais ya? vos que no perdeis un solo tiro? eso no puede ser, padre Clouis.

—Idos con Dios, ya os lo he dicho.

—Mi querido padre Clouis!

—Ya me fastidiais.

—Escuchadme, y no tendreis de qué arpentiros.

—Veamos, y acabad pronto: qué es lo que quereis?

—Sois un veterano.

—Bien, y qué?

—Pues bien, yo deseo, padre Clouis...

—Acaba, tunante!

—Quiero que me enseñeis el ejercicio.

—Estais en vuestro cabal juicio?

—Estoy en el pleno ejercicio de mi razon. Enseñadme, pues, el manejo del fusil, padre Clouis, y hablaremos del precio.

—Oh! decididamente este animal está loco, dijo el padre Clouis, incorporándose sobre las hojas secas.

—Padre Clouis, esté ó no esté, enseñadme el ejercicio como lo hace el ejército, en doce tiempos, y pedidme lo que querais.

El anciano se levantó sobre una rodilla, fijando su mirada salvage sobre Pitou.

—Lo que quiera? preguntó.

—Sí.

—Pues bien, quiero un fusil.

—No podeis llegar á mejor hora, pues tengo treinta y cuatro fusiles.

—Tienes treinta y cuatro fusiles?

—Y estoy seguro que el que he escogido

para mí seria de vuestro agrado. Es un magnífico fusil de sargento con las armas del Rey embutidas en oro sobre la culata.

—Y cómo te has hecho con ese fusil? Sin duda no le habrás robado?

Pitou le refirió su historia franca y lealmente.

—Está bien, dijo el anciano guardia; quiero enseñarte el ejercicio; pero es el caso que tengo dos dedos malos.

Y á su vez refirió el padre Clouis la desgracia que le habia sucedido.

—Bien, bien, dijo, no os ocupeis ya de vuestro fusil, pues está reemplazado; ya solo debeis cuidar de vuestros dedos, y no es como los fusiles, pues no tengo treinta y cuatro dedos á mi disposicion.

—En cuanto á los dedos, no es cosa, y con tal que me prometas que mañana estará aquí el fusil, puedes empezar desde ahora.

Y diciendo esto se levantó.

La luna del zénit vertia torrentes de luz blanca sobre un claro que se estendia delante de la casa.

Pitou y el padre Clouis se adelantaron hácia aquel claro.

Cualquiera que hubiese visto en medio de aquella soledad aquellas dos sombras negras gesticular envueltas en la misteriosa luz de

la luna, no hubiera podido menos de sentir un primer movimiento de terror.

El padre Clouis tomó su destrozado fusil, que presentó á Pitou dando su suspiro, y empezó por enseñarle la posicion militar.

Era además una cosa muy curiosa ver á aquel anciano encorbado por la costumbre de pasar por bajo de las ramas, y que rejuvenecido por el recuerdo del regimiento, y aguijoneado por el ardor del ejercicio movia orgullosamente la cabeza poblada de canos cabellos que caian sobre sus hombros.

—Ten mucho cuidado con lo que yo hago, decia á Pitou; mirando es como se aprende; y cuando me hayas observado bien, pon tú en práctica mis lecciones, y yo te miraré á mi vez.

Pitou repitió la leccion.

—Mete esas rodillas,coloca bien esos hombros y mueve la cabeza con libertad, coloca los pies de modo que tengas una buena base; bastante largos son, voto á sanes!..-

Pitou obedecia con la mayor esactitud.

—Bien, dijo el anciano; tienes un aire enteramente marcial.

Estas palabras halagaron mucho el amor propio de Pitou, pues no habia esperado adelantar tanto, en tan poco tiempo.

Con efecto; tener el aire marcial despues

de una hora de ejercicio únicamente, era mas de lo que podria prometerse.

Pitou queria continuar, pero ya era bastante para una leccion.

—Basta, basta, dijo el padre Clouis; con enseñar esta leccion á tus soldados ocuparás cuatro dias y gracias, y durante este tiempo vendrás dos veces.

—Cuatro!

— Ah! veo que tienes mucho entusiasmo y escelentes piernas. Sea cuatro veces ya que te empeñas; pero te advierto que nos hallamos al fin del último cuarto de luna, y que mañana no veremos bien.

—Haremos el ejercicio dentro de la cabaña.

—Sí, trae una vela.

—Una libra si es preciso.

—Está bien. Y mi fusil?

—Mañana mismo lo traeré.

—Cuento con ello. Veamos ahora si recuerdas todo lo que te he dicho.

Pitou volvió á empezar y lo hizo de modo que el padre Clouis no pudo menos de cumplimentarle. Pitou enagenado de alegría hubiera ofrecido un cañon al padre Clouis.

Concluido este segundo ensayo, se despidió de su interlocutor y volvió á Haramont, donde todos dormian con el mas profundo

sueño.

Pitou soñó que mandaba en gefe un ejército de muchos millones de hombres, y que hacia evolucionar al universo entero colocado en una fila, con una voz que resonaba en el valle de Josafat.

Desde el dia siguiente dió leccion á sus voldados con una seguridad y aplomo que le salieron la admiracion de todos y aumentaron su prestijio.

Oh popularidad! soplo imperceptible.

Pitou se hizo popular y fué admirado de los hombres, de los niños y de los viejos.

Las mismas mugeres quedaban pensativas y se ponian sérias cuando en su presencia gritaba con una voz de Stentor á sus treinta soldados puestos en una sola fila:

«Pardiez! ese aire noble, miradme á mí!»

Y con efecto, Pitou tenia el aire noble.

X.

En que Catalina se hace á su vez diplomática.

El padre Clouis tuvo un fusil, y diez lecciones semejantes á la primera habrian hecho

de Pitou un granadero perfecto.

Desgraciadamente el padre Clouis no estaba tan versado en la maniobra como en el ejercicio. Asi que hubo esplicado la vuelta y la media vuelta y las conversiones se halló que nada tenia que enseñar.

Pitou tuvo entonces que recurrir al *práctico francés*, y al manual de la guardia nacional que acababa de publicarse, y al cual sacrificó la suma de un escudo.

Gracias á tan generoso sacrificio la compañía de Haramont aprendió á maniobrar muy regularmente; despues, asi que Pitou vió que los movimientos se complicaban, hizo un viage á Soissons, y entonces vió maniobrar verdaderos batallones mandados por verdaderos oficiales; con lo cual aprendió mas de lo que hubiera aprendido en dos meses de teorías.

De este modo pasaron dos meses; dos meses de trabajo, de fatiga y de fiebre.

Pitou ambicioso, Pitou enamorado, Pitou desgraciado en amores; y sin embargo, saturado de gloria que era una débil compensacion para él, se habia desprendido, por decirlo asi, de la parte bruta.

La parte material de Pitou habia sido cruelmente sacrificada al alma. Este hombre habia corrido tanto, habia movido tanto sus

miembros, y agitado tanto su pensamiento, que admiraba el que hubiese pensado en satisfacer ó en consolar su corazon.

Cuántas veces despues del ejercicio (que sin embargo tenia lugar despues de su trabajo nocturno,) cuántas veces Pitou habia cruzado las llanuras de Largny y de Noue en toda su longitud; despues la selva en todo su espesor, para ir á las tierras de Boursonne a acechar á Catalina!

Catalina que robando una ó dos horas al dia á los quehaceres domésticos iba á buscar á un pequeño pabellon situado en medio de un bosquecillo dependiente del palacio de Boursonne, á su amante Isidoro, á aquel dichoso mortal, cada vez mas orgulloso, cada vez mas bello, puesto que todo cedia y se doblegaba ante su voluntad.

Cuántas angustias devoró el pobre Pitou; qué triste reflexiones se vió precisado á hacer sobre la desigualdad de los hombres en materia de felicidad!

El á quien alhagaban todas las muchachas de Haramont, de Taille-fontaine y de Vivieres; él que tambien hubiera podido tener sus citas en la selva y que en vez de pavonearse como un amante feliz, queria mejor ir á llorar como un niño á quien han pegado azotes, delante de la puerta cerrada del pabellon de

Mr. Isidoro!

Esto consistia en que Pitou amaba á Catalina, y la amaba tanto mas cuanto que la encontraba superior á él.

No paraba la atencion en que Catalina amaba á otro; para él Isidoro habia cesado de ser un objeto de celos. Isidoro era un alto personage, Isidoro era de hermosas proporciones, Isidoro era digno de ser amado; pero Catalina muchacha del pueblo, hubiera debido no deshonrar á su familia ó por lo menos hubiera debido no despreciar á Pitou.

Asi es que cuando reflexionaba la reflexion presentaba agudas espinas y dolores.

Cómo! decia para si Pitou, ella ha llevado la crueldad hasta el punto de dejarme partir, y despues que me he separado de su presencia no se ha dignado de informarse de si me habia muerto de hambre! Qué diria el señor Billot, si supiera que abandonando de este modo á sus amigos, descuidaba tambien los intereses de la casa? qué diria si supiese que en vez de vigilar á los obreros la intendente de la casa, iba á que la hiciese el amor Mr. de Charny, un aristócrata!

El señor Billot no diria nada, sino mataria á Catalina.

—Algo vale, sin embargo, decia Pitou, el tener semejante venganza á mi disposicion.

Sí, era cierto, pero era una gran prueba de nobleza el no acudir á ella.

Sin embargo, Pitou habia tenido ya ocasion de esperimentar que las buenas acciones que pasan desapercibidas no aprovechan á los que las hacen.

Y no seria posible hacer conocer á Catalina aquel buen comportamiento de Pitou!

Oh! no habia cosa mas fácil, y no necesitaba mas que acercarse cualquier domingo á Catalina, durante el baile, y soltar á su oido y como por casualidad, una de esas palabras terribles que revelan á los culpables que un tirano ha penetrado sus secretas maquinaciones.

Aunque no fuese mas que por hacer sufrir un poco á aquella orgullosa cruel, era cosa de hacerlo.

Pero para ir al baile era preciso presentarse en parangon con aquel poderoso señor, y no era una posicion aceptable para un rival esta comparacion con un amante tan galan y apuesto.

Pitou fértil en recursos, como todos los que saben concentrar sus disgustos, encontró un medio mejor que el de hablar á Catalina en el baile.

El pabellon en que se verificaban las citas

de Catalina con el vizconde de Charny, se hallaba rodeado de un bosquecillo que era continuacion de la selva de Villers-Cotterets.

Unicamente un foso indicaba el límite entre la propiedad del conde y la de los particulares.

Catalina que á cada momento se veia obligada por los negocios de la casa á ir á los pueblos vecinos, y que para ir á estos pueblos tenia que cruzar la selva, no tenia mas que salvar este foso para penetrar en las tierras de su amante.

El pabellon dominaba tambien los árboles de este bosque; por sus ventanas guarnecidas de cristales de colores, se podria distinguir todo lo que pasaba alrededor, y la salida del pabellon estaba tan oculta por estos mismos árboles, que una persona que saliera á caballo podia, en tres saltos, hallarse en la selva, es decir sobre un terreno neutro.

Pero Pitou habia ido tantas veces de dia y de noche, Pitou habia estudiado tan bien el terreno, que sabia el sitio por donde pasaba Catalina, como el hábil cazador conoce el sitio por donde ha de pasar la caza para colocarse á tiro.

Nunca Catalina penetró en la selva seguida de Isidoro. Isidoro se quedaba algun tiem-

po despues de su salida en el pabellon, para cuidar de que no la sucediese nada al marcharse, y despues se iba por el lado opuesto.

El dia que Pitou elijió para llevar á cabo su proyecto, fue á emboscarse al sitio por donde tenia que pasar Catalina. Subióse sobre un haya enorme que dominaba con sus trescientos años el pabellon y los bosques.

Antes de una hora vió pasar á Catalina, que ató su caballo á un arbusto, y de un salto como una cierva espantada, salvó el foso y se internó en los bosques que conducian al pabellon.

Esto pasaba precisamente bajo el haya en que Pitou se habia encaramado.

Pitou no tuvo que hacer mas que descolgarse de las ramas y arrimarse al tronco del árbol: allí sacó un libro de su bolsillo, el *perfecto guardia nacional*, é hizo como que leia.

Una hora despues, el ruido de una puerta que se cierra, llegó á oidos de Pitou, percibió el roce de un vestido entre el follage, y la cabeza de Catalina apareció entre las ramas, mirando como asustada en derredor suyo, por si alguien la habia visto.

Hallábase únicamente á diez pasos de Pitou.

Pitou inmóvil é impasible sostenia su libro sobre las rodillas; pero en vez de hacer co-

mo que leia, acechaba á Catalina, con la intencion de que Catalina viese que la miraba.

Catalina dejó escapar un ahogado grito; reconoció á Pitou y se puso pálida como si la muerte hubiera pasado á su lado, y la hubiese tocado con su helada mano, y despues de un momento de indecision, que se dejaba conocer por el temblor de sus manos, y por la contraccion de su pecho, se lanzó en la selva, y arrojándose sobre su caballo tomó la fuga.

El lazo de Pitou estaba bien dispuesto, y Catalina habia caido en él.

Pitou volvió á Haramont medio feliz y medio asustado, porque apenas se dió cuenta á sí mismo del paso que acababa de dar cuando vió en él una infinidad de detalles en que no habia pensado en un principio.

El domingo siguiente era dia designado en Haramont para una solemnidad militar.

Estando bastante instruidos, ó al menos declarados por tales, los guardias nacionales del pueblo, habian rogado á su comandante que los reuniera y los hiciese presentarse en un ejercicio público.

Algunos pueblos vecinos, escitados tambien por la emulacion, debian ir á Haramont para presentar una especie de lucha á los primeros que se habian adelantado en el ejercicio de las armas.

Una diputacion de cada uno de estos pueblos se habia entendido con el estado mayor de Pitou; un labrador que habia sido sargento era quien los capitaneaba.

La noticia de tan brillante espectáculo hizo acudir una porcion de curiosos ataviados con sus mejores trages; y el campo de Marte de Haramont, fue invadido desde por la mañana por una multitud de muchachas y de niños á quienes se reunieron mas lentamente, pero con no menos interés, los padres y las madres de los héroes.

Hubo almuerzos á campo raso compuestos de fiambres y frutas del pais.

Poco despues cuatro tambores resonaron en cuatro distintas direcciones, que eran; Largny, Vez, Taillefontaine y Viviers.

En seguida oyóse un quinto tambor que conducia fuera de la poblacion de Haramont á sus treinta y tres guardias nacionales.

Veíanse entre los espectadores á una parte de la aristocrácia de Villers-Cotterets, que habia acudido allí para reirse un poco á costa de aquellos héroes.

Habia ademas un gran número de arrendatarios de los alrededores; no tardaron en llegar sobre dos caballos Catalina y la señora Billot.

Esto fue en el momento en que la guardia

nacional de Haramont desembocaba del pueblo con un pito, un tambor, y su comandante Pitou montado sobre un gran caballo blanco que Maniquet habia prestado á Pitou, con el objeto de que la imitacion de Paris fuese completa, y de que el marqués de Lafayette estuviese representado *ad vivum* en Haramont.

Pitou, radiante de orgullo y de satisfaccion, cabalgaba con espada en mano sobre aquel inmenso caballo de doradas crines, y seguramente, sino presentaba un aspecto elegante y aristocrático, tenia al menos un aire de robustez y valentía, que chocaban á primera vista.

Aquella entrada triunfal de Pitou y de su gente que era la que habia dado el ejemplo en toda la provincia, fue saludada por estrepitosas aclamaciones.

La guardia nacional de Haramont llevaba sombreros iguales, todos adornados con la escarapela nacional, armados de relucientes fusiles y marchando en dos filas con una igualdad estremadamente satisfactoria.

Asi es que cuando llegó al campo donde habia de maniobrar, se habia ya conquistado todos los sufragios de la asamblea.

Pitou divisó á Catalina, y se puso encendido como la grana, en tanto que el rostro de Catalina se cubria de una mortal palidez.

Desde aquel momento la revista tuvo para el mas interés que para todos los demás.

Primeramente mandó hacer á sus soldados el ejercicio de fusil, y cada uno de los movimientos que mandó fue seguido de una infinidad de aclamaciones.

Pero no sucedió lo mismo con los cuerpos de las demás aldeas, que estuvieron torpes e hicieron mal sus movimientos.

Los unos armados á medias, otros faltos de instruccion, se sentian ya desmoralizados en la comparacion; los otros exageraban con orgullo su pericia del dia anterior.

Y todos ellos no dieron mas que resultados imperfectos.

Pero del ejercicio se iba á pasar á la maniobra, y allí era donde el sargento esperaba á su rival Pitou.

El sargento, por su antigüedad, habia recibido el mando general, y debia hacer maniobrar los ciento setenta hombres de que se componia aquel ejército; pero por mas esfuerzos que hizo no pudo conseguirlo.

Pitou con su espada bajo el brazo y su fiel casco sobre la cabeza, miraba con la sonrisa del hombre superior.

Despues que el sargento vió las cabezas de sus columnas irse á estrellar contra los árboles de la selva, mientras que los pies toma-

ban el camino de Haramont; cuando contempló sus cuadros desordenados, cuando vió las escuadras confundirse, y los gefes de filas sin saber qué hacerse, perdió los estribos y fue saludado por sus veinte soldados con un murmullo de desaprobacion.

Entonces resonó un grito unánime hácia el lado de Haramont.

—Pitou! Pitou! Pitou!

—Si, sí, Pitou, gritaron los aldeanos de los demás pueblos, irritados por una inferioridad que atribuian buenamente á sus instructores.

Pitou volvió á subir sobre su caballo blanco, y se colocó al frente de su gente, á la que puso á la cabeza del ejército, y dió la voz de mando con tal energía y tan estentórea voz, que las encinas del bosque se estremecieron.

En el mismo instante, y como por milagro, se alinearon las rotas filas, los movimientos se ejecutaron con una seguridad y precision tales, y Pitou puso tan bien en práctica las lecciones del padre Clouis y la teoría del perfecto guardia nacional, que obtuvo un éxito brillante.

El ejército reunido por unanimidad le nombró *imperator* en el mismo campo de batalla.

Pitou se apeó de su caballo, bañado en sudor y ébrio de orgullo, y no bien puso el pie en el suelo, recibió las felicitaciones de los

pueblos.

Pero Pitou buscaba en medio de aquella multitud las miradas de Catalina.

De repente la voz de la jóven resonó en sus oidos.

Pitou no habia tenido que ir á buscar á Catalina, sino que Catalina habia ido á buscar á Pitou!

El triunfo era completo.

—Y qué! dijo la muchacha con un aire risueño que estaba poco en armonía con la palidez de su semblante, nada nos decís á nosotros, señor Angel? Os habeis hecho orgulloso desde que sois un gran general?

—Oh! nada de eso! buenos dias, señorita Catalina.

En seguida dirigiéndose á la señora Billot,

—Tengo el honor de saludaros, señora Billot, dijo.

—Señorita, prosiguió volviéndose hácia Catalina: yo no soy un gran general, sino un pobre muchacho animado del deseo de servir á su patria.

Esta frase fué trasmitida de boca en boca, y declarada en medio de las universales aclamaciones como una frase sublime.

—Angel, dijo por lo bajo Catalina á Pitou, es preciso que hablemos á solas.

—Ah! esclamó Pitou para sus adentros; ya

lo comprendo.

Y despues en voz alta:

—Estoy á vuestras órdenes, señorita Catalina.

—Pnes entonces acompañadnos á la hacienda.

—Está bien.

XI.

Miel y acíbar.

Catalina hizo de manera que logró quedarse sola con Pitou.

La buena señora Billot encontró algunas amigas complacientes que la acompañaron y la entretuvieron.

Catalina, que habia abandonado su montura á una de ellas, volvió á pie por medio de los bosques, acompañada de Pitou, que habia podido sustraerse á sus triunfos.

Esto no causó estrañeza á nadie, pues en-

tre las gentes del campo todos los secretos pierden su importancia á causa de la indulgencia que mútuamente se conceden.

Se encontró una cosa muy natural que Pitou tuviese que hablar con la señora Billot y con su hija, y tal vez no pararon la atencion en ello.

—Estoy á vuestras órdenes, señorita Catalina; dijo Pitou asi que estuvieron solos.

—Por qué habeis desaparecido por tanto tiempo de la hacienda? dijo Catalina; eso está mal hecho, señor Pitou.

—Pero señorita, contestó Pitou admirado de aquella pregunta; bien sabeis que...

—Nada sé mas, sino que habeis obrado mal.

Pitou se mordió los labios, pues le repugnaba el ver mentir á Catalina.

Ella lo conoció. Por otra parte, la mirada de Pitou era siempre franca y leal, y entonces no miraba de frente.

—Oidme, Pitou; tengo una cosa que deciros.

—Ah!

—El otro dia, en la cabaña donde me vísteis...

—Donde os ví? pues dónde os he visto yo?

—Oh! bien lo sabeis.

—Yo sé...

Catalina se ruborizó.

—Qué hacíais allí? preguntó la muchacha.

—Conque me conocísteis! esclamó Pitou en un tono de triste reconvencion.

—Al principio no, pero luego sí.

—Y cómo es que me conocísteis despues?

—Es que á veces se halla una distraida, se camina sin parar la atencion, pero despues se reflexiona.

—Seguramente.

Catalina volvió á guardar silencio, y Pitou siguió su ejemplo; tenian ambos demasiadas cosas en qué pensar.

—Lo cierto es, dijo Catalina, que érais vos.

—Es muy cierto, señorita.

—Y qué hacíais allí? estábais escondido?

—Escondido? nada de eso; y por qué razon me habia de esconder?

—Oh! la curiosidad!...

—Señorita, yo no soy curioso.

—Ello es que estábais allí, y que aquel no es uno de los sitios que acostumbrais á frecuentar.

—Ya veríais, señorita, que estaba leyendo.

—Ah! no lo sabia.

—Pues si me vísteis, debiérais saberlo.

—Y decidme, qué es lo que leíais?

—El *Perfecto guardia nacional*.

—Y qué libro es ese?

—Un libro con el cual aprendo la táctica para enseñarla en seguida á mis subordinados; y para estudiar bien, no ignorais que conviene mucho la soledad.

—Es cierto; y en la selva nadie os inquieta ni distrae.

—Nadie.

Aquí hubo otro rato de silencio. La señora Billot y sus amigas seguian charlando y muy adelante.

—Y cuando estudiais así, preguntó Catalina, estais mucho tiempo?

—A veces me estoy dias enteros.

—Segun eso, ya haria mucho tiempo que estabais allí?

—Sí, hacia ya rato.

—Lo que me admira es el no haberos visto al llegar.

Aquí Catalina mentia, y tan descaradamente, que Pitou estuvo tentado de decírselo; pero le dolia verla avergonzarse; Pitou estaba enamorado, y por lo tanto era tímido. Este defecto le hacia tener en alto grado la cualidad de la circunspeccion.

—Nada tiene de particular; yo estaria, probablemente, dormido; pues cuando se trabaja mucho con la imaginacion, se suele uno dormir á lo mejor.

—Y sin duda, durante vuestro sueño fue

cuando yo pasé al bosque para que no me incomodase el sol. Yo iba..... iba á las antiguas paredes del pabellon.

—Ah! del pabellon! y qué pabellon es ese?

Catalina se puso encendida como la grana. Pitou habia pronunciado aquellas palabras en un tono que la dejaba poco tranquila.

—El pabellon de Charny; dijo afectando toda la tranquilidad posible. Allí crece la mejor yedra de todo el pais.

—Ola!

—Me habia abrasado con legia, y ese es un escelente remedio.

Angel, procurando creerla, dirigió una mirada á las manos de Catalina.

—No fue en las manos, se apresuró esta á decir, sino en un pié.

—Y encontrásteis lo que íbais buscando?

—Lo encontré; mirad, ya no cogeo.

—Bien lo creo; y mucho menos cogeaba, dijo para sí Pitou, cuando corria como una cierva sobre los brezos.

Catalina creyó que se habia salvado, y que Pitou no habia visto nada ni sabia nada.

Y cediendo á un movimiento de alegría, movimiento poco digno de un alma tan bella, añadió:

—De manera, señor Pitou, que como es-

tais tan envanecido con vuestra nueva posicion, haceis poco caso de los pobres aldeanos: ya se vé, como sois comandante.....

Pitou se resintió de aquella inculpacion. Un sacrificio como el que él habia hecho, aun pasando desapercibido, merecia una recompensa, y como Catalina, muy lejos de dársela, le reñia y le hacia burla, comparándole, sin duda, con Isidoro de Charny, todas las buenas disposiciones de Pitou se desvanecieron. El amor propio es una víbora dormida, pero que es una gran imprudencia el pisar, á menos que no se la aplaste.

—Señorita, no os quejeis cuando yo soy el ofendido.

—Pues cómo?

—Primeramente, me habeis echado de vuestra casa negándome trabajo. Oh! yo nada he dicho de eso al señor Billot; porque, gracias á Dios tengo buenos brazos y ánimo para tener lo que yo necesito.

—Os aseguro, señor Pitou...

—Basta, señorita, basta. Vos sois dueña de vuestra casa, y habeis podido echarme de ella. Pero vamos á otra cosa; puesto que ibais al pabellon de Charny, y que yo estaba allí, y que me visteis, á vos os tocaba el hablarme en vez de huir con tanta precipitacion.

La víbora habia hincado su diente, y Cata-

lina cayó desde lo alto de su tranquilidad.

—Yo huia? dijo.

—Con tanta prisa, como si se hubiera prendido fuego á la hacienda; no tuve ni aun tiempo para cerrar el libro, cuando ya os hallábais sobre el pobre Cadet, que se hallaba oculto entre las ramas, y que se ha comido toda la corteza de un fresno que ha quedado perdido.

—Pero qué quereis decir con todo eso, señor Pitou? murmuró Catalina que conocia que su valor la abandonaba.

—Una cosa muy sencilla, y es que mientras vos cogíais la yedra, Cadet mordia la corteza del árbol, y en una hora un caballo hace mucho daño.

—En una hora?

—Sí, en una hora, pues necesita una hora un caballo para dejar á un árbol en semejante estado. Y sin duda ninguna, habeis podido coger la yedra suficiente para curar todos los heridos que hubo en la plaza de la Bastilla; es una magnífica planta para cataplasmas.

Catalina pálida y desconcertada no hallaba palabras para responder.

Pitou se calló tambien, pues habia hablado bastante.

La señora Billot, que se habia detenido, se

estaba despidiendo de sus compañeras.

Pitou, condolido de haber causado una herida cuyo dolor sentia él, se apoyaba alternativamente sobre una ú otra pierna, como un ave que va á tomar vuelo.

—Vamos, y qué dice el oficial? gritó la arrendataria.

—Dice que os desea muy buenas tardes, señora Billot.

—No os vayais aun, quedaos; dijo Catalina con un tono en que se pintaba la angustia mas cruel.

—Paes adios y muy buenas tardes, dijo la señora Billot. Vienes, Catalina?

—Oh! decidme la verdad! dijo Catalina á Pitou.

—Sobre qué? señorita.

—No sois ya amigo mio?

—Ay! esclamó el pobre Pitou, que sin esperiencia ninguna entraba en el amor por medio de las confidencias, cosa de que únicamente las personas mas hábiles en la materia saben sacar partido, en detrimento de su amor propio. Conoció que su secreto se asomaba á sus lábios, y comprendió que la primera palabra de Catalina le iba á derrotar.

Pero al mismo tiempo conoció que si hablaba era hombre perdido, y preveyó que moriria del dolor el dia en que Catalina le ase-

gurase de lo que él no hacia mas que sospechar.

Y esta idea le volvió mudo como un romano.

Pitou saludó á Catalina con una ceremonia que heló el corazon de la muchacha, en seguida se despidió de madama Billot con una graciosa sonrisa, y desapareció entre los árboles del bosque.

Catalina instintivamente dió un salto para correr tras él.

Pero la señora Billot contuvo á Catalina dirigiéndola la palabra.

—Es un muchacho de provecho y tiene un corazon bien templado, dijo.

Habiéndose quedado solo Pitou, entabló un monólogo sobre el tema siguiente:

—Es esto lo que llaman amor? pues es muy insípido en ciertos momentos, y muy amargo en otros.

El pobre muchacho era tan sencillo y tan bueno, que no sabia que en amor hay miel y acibar, y que Mr. Isidoro habia tomado la miel para sí.

Catalina desde este momento en que tanto habia sufrido, concibió hácia Pitou una especie de respetuoso temor que se hallaba muy distante de tener algunos dias antes respecto á este inofensivo y grotesco personage.

Cuando no se inspira amor, no sabe del todo mal inspirar algun temor, y Pitou, que tenia grandes deseos de adquirir dignidad personal, se hubiera alegrado mucho de conocer las disposiciones en que se hallaba el alma de Catalina.

Pero como no se hallaba bastante versado en fisiología para adivinar las ideas de una muger á la legua y media de distancia, se contentó con llorar mucho, y con traer á su memoria una porcion de canciones, las mas lúgubres y melancólicas que habia oido en toda su vida.

Mucho se hubiera entibiado su ejército si hubiera visto al general entregado á aquellas jeremiadas tan elegiacas.

Despues que Pitou cantó y lloró mucho, y despues de haber andado mas, entró en su casa, ante cuya puerta halló un centinela que habian puesto allí los haramonteses como una guardia de honor.

El centinela no llevaba el arma al brazo, pues tenia demasiado vino en el estómago, y dormia sobre un banco de piedra con el fusil entre las piernas.

Pitou admirado le despertó.

Entonces supo que sus treinta subordinados habian preparado un convite en casa de Tellier; que doce de las mugeres mas entu-

siastas coronarian á los vencedores y que habian reservado el asiento de honor para el Turena que habia derrotado al Condé del canton vecino.

Hallábase el corazon de Pitou asaz fatigado para que su estómago no se hubiese resentido. «Causa estrañeza, dice Chateaubriand, la cantidad de lágrimas que contiene el ojo; pero nunca se ha logrado medir el vacio que las lágrimas producen en el estómago.»

Pitou conducido por el centinela á la sala del festin, fué recibido con estrepitosas aclamaciones.

Saludó en silencio, se sentó del mismo modo, y con la tranquilidad que ya hemos tenido ocasion de observar en él, acometió á las chuletas de ternera y la ensalada.

Esto duró todo el tiempo que empleó su corazon en desalojarse, y en llenarse su estómago.

XII.

Desenlace inesperado.

Cuando se sufre un dolor, una comida le aumenta ó le anula.

Pitou conoció al cabo de dos horas que el comer no le aumentaba sus pesares; y se levantó de la mesa cuando todos sus compañeros no podian tenerse de pies.

Pitou les dirijió un largo discurso sobre la sobriedad de los espartanos, y viendo que nadie podia entenderle, creyó que lo mejor que que podia hacer era irse á pasear entretanto que los demas dormian.

Respecto á las muchachas de Haramont, debemos decir en honor suyo que se retiraron antes de los postres, sin que su cabeza, sus piernas ni su corazon hubiesen hablado de un modo significativo.

Pitou, el valiente de los valientes, no pudo menos de hacer algunas reflexiones.

De todo aquel bullicio, de todas aquellas riquezas, nada le quedaba en la memoria mas que las últimas palabras de Catalina.

Recordaba, en medio de la confusion de sus ideas, que muchas veces la mano de Catalina habia tocado la suya, que el hombro de Catalina se habia rozado con el suyo, y entonces, ébrio á su vez, pero ébrio de amor, se arrepentia de su severidad para con ella.

Preguntaba á la sombra de la noche el motivo que le habia impulsado á ser tan cruel con una pobre muchacha llena de amor, de dulzura y de gracia, con una muchacha que

al entrar en la vida nada tenia de estraño que hubiese pensado en sueños irrealizables.

Ay! quién no ha hecho otro tanto!

Pitou se preguntaba tambien á sí mismo cómo era posible que él feo y pobre, pretendiese agradar desde un principio, inspirando sentimientos amorosos á la muchacha mas linda de todo el pais, cuando á su lado veia á un gran señor, galan y enamorado, hacerla la rueda.

Pitou se dedicaba despues á pasar en revista sus buenas prendas, y se comparaba con la violeta que exhala lenta é invisiblemente sus perfumes.

La invisibilidad, respecto á los perfumes, no dejaba de ser cierta; pero aquellos perfumes dependian del vino de Haramont.

Pitou, fortalecido de este modo contra los ataques de la filosofía, concluyó por convencerse de que su conducta para con Catalina habia sido poco conveniente, ya que no criminal.

Calculó que era la mas apropósito para hacerse aborrecer; que alucinada por Mr. de Charny, Catalina llegaria á desconocer las brillantes y sólidas cualidades de Pitou, si Pitou descubria un mal fondo.

Era preciso, por lo tanto, dar pruebas á Catalina de un carácter bueno y generoso.

Y cómo?

Un Lovelace hubiera dicho: Esa muchacha me engaña y se burla de mí; yo la engañaré y me burlaré de ella.

Hubiera dicho: la despreciaré y la haré avergonzarse de sus actos, como poco decorosos.

La haré estar siempre inquieta y la deshonraré, cubriendo de disgustos el camino que la conduce á sus amorosas citas.

Pero Pitou, aquel alma hermosa, creyó que podria hacer á Catalina avengórzarse de no haber amado á un muchacho como él.

Y además, preciso esconfesarlo, los castos pensamientos de Pitou no podian admitir que la hermosa, la casta, la orgullosa Catalina fuese para Mr. Isidoro otra cosa que una muchacha coqueta á quien gustaban los encajes y bordados del elegante noble.

Y qué le importaba á Pitou que Catalina estuviese prendada de unos bordados?

Llegaria un dia que Mr. Isidoro iria á casarse á la capital con alguna rica condesa, y no se volveria á acordar de Catalina.

Todas estas reflexiones, propias de un anciano, las inspiraba el vino al valiente gefe de los guardias nacionales de Haramont.

Ahora bien, para probar á Catalina que él era hombre de buen carácter, resolvió des-

truir en el ánimo de la muchacha el efecto que habian podido producir sus crueles palabras.

Pero para esto era preciso ante todo ver á Catalina.

Las horas no existen para un hombre que tenia trastornado el cerebro y que no tenia reloj.

Pitou apenas hubo salido de la casa donde habia sido convidado, cuando sin pensar en que hacia mas de tres horas que se habia separado de Catalina, y que Catalina no necesitaba mas que media para llegar á Pisseleux, se internó en la selva en direccion á la hacienda.

Dejémosle en medio de los árboles, y volvamos á Catalina, que por su parte triste y pensativa, volvia á su casa siguiendo á su madre.

A corta distancia de la hacienda hay un pantano, y en esta parte el camino se estrecha hasta el punto de que no pueden ir dos personas á caballo de frente.

La señora Billot pasó la primera.

Catalina iba á seguirle, cuando oyó un ligero silbido dado con precaucion.

Volvió la cara Catalina y distinguió en la sombra el galon dorado de una gorra, que era la del lacayo de Isidoro.

Dejó á su madre continuar el camino, lo que hizo la señora Billot sin inquietarse, pues se hallaban á cien pasos de la hacienda, y el lacayo se acercó á Catalina.

—Señorita, le dijo; Mr. Isidoro tiene precision de veros esta misma noche, y os suplica que le espereis á las once donde mejor os parezca.

—Dios mio! esclamó Catalina; ha sucedido alguna desgracia á Mr. Isidoro?

—Nada sé, señorita, pero esta tarde ha recibido una carta de París, con sello negro. Hace ya una hora que os espero aquí.

Las diez daban en el reloj de la iglesia de Villers-Cotterets, y el triste sonido de la campana inundaba la atmósfera con su trémula vibracion.

Catalina dirigió una mirada á su alrededor.

—Pues bien, este sitio es sombrío y retirado: decid á vuestro amo que le espero aquí.

El lacayo volvió á subir á caballo, y partió á galope.

Catalina con el corazon oprimido entró en la hacienda poco despues que su madre.

Qué podia tener que anunciarla Isidoro en aquella hora, como no fuese alguna desgracia?

Una cita amorosa se reviste de formas mas

risueñas.

Pero Isidoro pedia una cita, sin cuidarse de la hora ni del sitio. Catalina le hubiera complacido, aunque hubiera elegido para ello el cementerio de Villers-Cotterets y la hora de las doce de la noche.

Asi es que ni aun quiso reflexionar, y abrazando á su madre se retiró á su cuarto como para irse á dormir.

Su madre, sin concebir la mas leve sospecha, se retiró tambien al suyo y se acostó.

Catalina esperaba la hora de la cita con la mayor impaciencia.

Por fin oyó al reloj dar las diez y media y luego las once menos cuarto, á cuya hora apagó la luz y bajó á la pieza de comer.

Las ventanas del comedor daban al camino, y Catalina, abriendo una de ellas, saltó fuera de la habitacion.

Dejó la ventana abierta para poder volver á entrar y se alejó precipitadamente en direccion al pantano, y alli con el corazon agitado por el temor y temblando de pies á cabeza, con una mano apoyada sobre su frente ardorosa y la otra sobre su pecho, de que el corazon parecia quererse salir, esperó la llegada de su amante.

Poco tiempo tuvo que aguardar, pues casi en el momento de llegar distinguió el ruido

de las pisadas de un caballo.

Catalina se adelantó al encuentro del ginete.

Isidoro llegó por fin.

El lacayo se mantuvo á una respetuosa distancia sin apearse del caballo; Isidoro alargó los brazos á Catalina, la levantó del suelo, y estrechándola contra su pecho la dijo:

—Catalina, ayer ha sido asesinado mi hermano Jorge en Versalles y mi hermano Olivario me llama á su lado; me marcho, Catalina.

Un ay! doloroso se escapó del pecho de Catalina, que estrechó convulsivamente á Isidoro en sus brazos.

—Han asesinado á vuestro hermano, y harán lo mismo con vos.

—Catalina, suceda lo que queria, mi hermano me llama y es preciso separarnos. Catalina, bien sabeis si es cruel para mi esta separacion.

—Ah! no os marcheis, quedaos aquí, quedaos! gritó Catalina, que de todo cuanto habia dicho Isidoro solo comprendia una cosa, y es que iba á separarse de ella.

—Pero y mi honor, Catalina? y mi hermano Jorge? y la venganza?

—Oh! desgraciada de mí! esclamó Catalina.

Y la pobre muchacha se dejó caer casi sin

sentido en los brazos de Isidoro.

Una lagrima que se escapó de los ojos de este fue á caer sobre el cuello de Catalina.

—Oh! llorais, dijo la muchacha; gracias, gracias, veo que me amais.

—Sí, Catalina, te amo; te amo con toda mi alma; pero ya lo ves, es preciso que obedezca á mi hermano:

—Id con Dios, ya no os detengo.

—Dame el beso postrero, Catalina.

—Adios!

Y la desgraciada niña, conociendo que nada podria estorbar el que Isidoro obedeciese las órdenes de su hermano, se deslizó de entre los brazos de su amante.

Isidoro volvió la cabeza, vaciló un momento, pero arrastrado al fin por aquella órden irresistible que habia recibido, puso su caballo al galope, dirigiendo á Catalina un último adios!

El lacayo siguió á Isidoro, y Catalina quedó en el mismo sitio en que habia caido inmóvil y tendida en el suelo, obstruyendo con su cuerpo el estrecho sendero.

Casi en el mismo momento apareció un hombre que se dirigia apresuradamente hácia la hacienda, el cual al pasar por el sendero, tropezó con el cuerpo inanimado de Catalina.

Aquel hombre, perdiendo el equilibrio, ca-

yó al suelo y reconoció á la muchacha.

—Catalina! esclamó; Catalina muerta!

Y dió un grito espantoso, que hizo ahullar á todos los perros de la hacienda.

—Oh! prosiguió, quién ha muerto á Catalina?

Y diciendo esto se sentó aterrado, pálido, colocando sobre sus rodillas el inanimado cuerpo de Catalina.

FIN.

9.00
6 Tea + 2 vols

- AN
- LUI
- SX/X